



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE POSGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

PATERNIDADES JUVENILES EN BARRIOS POPULARES

EXPERIENCIAS Y RELATOS DE VARONES PADRES DE UN BARRIO PERIFÉRICO DE
LA CIUDAD DE LA PLATA (2012-2015)

CINTIA HASICIC

TESIS PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES

DIRECTORA: DRA. GABRIELA WALD (UBA)

CO-DIRECTORA: DRA. MANUELA G. GONZÁLEZ (UNLP)

LA PLATA, 3 DE FEBRERO DE 2020

RESUMEN

La presente tesis analiza las experiencias de paternidad(es) de jóvenes varones residentes en barrios populares. Retomando los aportes de los estudios de masculinidades, de juventudes y de familia y cuidados, esta investigación tiene por propósito contribuir a la comprensión de los procesos de reproducción y cuidado en la población masculina joven.

Los estudios sobre la temática que abordaron la problemática del “embarazo adolescente” han centrado su mirada en las mujeres como protagonistas y responsables de estos procesos, relegando a los varones como participantes secundarios, invisibilizados y/o ausentes configurando un área de vacancia sobre estas experiencias en los varones.

La tesis dialoga críticamente con los enfoques tradicionales de fuerte predominio en las investigaciones y programas sanitarios que, amparados en presupuestos de riesgo y transición, consideran el evento de la mater/paternidad en la adolescencia y la juventud como una desviación, producto de comportamientos irresponsables de sujetos inmaduros, incompletos y homogéneos. En contraposición, esta tesis se inscribe dentro de los enfoques críticos, retomando el concepto de juventudes (Chávez, 2005, 2006) para problematizar y reflexionar sobre las experiencias de paternidades en su diversidad, historia y contexto.

El objetivo que guía la investigación consiste en explorar y analizar las formas que asumen las paternidades de jóvenes de un barrio de la periferia suroeste de la ciudad de La Plata (Provincia de Buenos Aires), durante el período 2012-2015. Partiendo de la premisa de que estas experiencias se construyen y se disputan con otros actores sociales, la tesis adopta una perspectiva relacional que recupera el entramado institucional (familiar, sanitario, escolar y territorial) en el que se producen y desarrollan las paternidades de los jóvenes. Estas instituciones en tanto soportes (o no) desempeñan un rol relevante en la vida de estos jóvenes, favoreciendo o agravando sus condiciones de vulnerabilidad.

Desde un abordaje cualitativo y a partir de la articulación de distintas técnicas de producción de datos (observación participante, entrevistas semi-estructuradas y análisis documental de fuentes secundarias) el estudio se orientó a la comprensión de estas experiencias a partir de una tipología (paternidad planificada, paternidad fortuita y paternidad “salvavidas”), construida en base a la identificación de vulnerabilidades (Ayres, 2012) y soportes (Martucelli, 2006) que disponen los jóvenes entrevistados. De este modo, es posible referir a *paternidades juveniles* heterogéneas en los barrios populares, cuya diversidad de experiencias se traducen en distintas

formas de cuidado que se tensionan entre prácticas cercanas al modelo tradicional o proveedor y modelos más participativos o igualitarios.

Si bien los jóvenes entrevistados ejercen una paternidad más comprometida y afectiva (en la que se pondera la presencia y el acompañamiento emocional a lxs hijxs, mayor presencia en los hogares y una distribución equitativa del cuidado), sus prácticas de cuidado no logran romper con el modelo proveedor o modelo de paternidad hegemónica, como tampoco con la división sexual del trabajo dentro de sus propios hogares ni con el maternalismo que entroniza a las mujeres como cuidadoras expertas: las responsables últimas del cuidado son las mujeres. De esta manera, el trabajo de cuidado se amplía pero se encuentra aún generizado.

PALABRAS CLAVE:

Paternidades- Jóvenes- Cuidado- Experiencias- Vulnerabilidades- Barrios populares

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	7
-----------------------------	----------

INTRODUCCIÓN

Ausencias, presencias y búsquedas.....	9
---	----------

CAPÍTULO 1

El estudio de las paternidades como campo de indagación.....	17
---	-----------

1.1. Los inicios: la deuda con los feminismos un campo de estudio construido desde la ausencia.....	17
1.2. La construcción del embarazo adolescente como un problema social.....	27
1.3. <i>Paternidad tampoco hay una sola</i> : tres perspectivas de análisis.....	35
1.4. Claves conceptuales: una propuesta.....	42
1.5. Recapitulación y cierre: ¿Cómo abordar teóricamente el estudio de las paternidades juveniles?.....	54

CAPÍTULO 2

<i>Buscar a los desertores: las claves del proceso de investigación.....</i>	55
---	-----------

2.1. Enfoque epistemológico y metodológico de la investigación.....	55
2.2. Decisiones metodológicas: selección, construcción y análisis de datos.....	57
2.3. Análisis e interpretación de los datos.....	63
2.4. La Vía de Los Hornos.....	64
2.5. Investigar paternidades juveniles en un barrio: algunas reflexiones sobre el trabajo de campo.....	67
2.6. Recapitulación y cierre.....	70

CAPÍTULO 3

Las instituciones frente a la(s) paternidad(es) en la(s) juventud(es).....	72
---	-----------

3.1. El centro de salud: <i>la pregunta del millón y el eslabón perdido</i>	72
3.2. La escuela y la(s) mater/paternidad(es)	83
3.3. Las paternidades juveniles desde el territorio: la mirada de las organizaciones barriales.....	92
3.3.1. “Mónica, la famosa” y Mamá Carmencita.....	94
3.3.2. La Unidad Básica de Mario.....	99
3.3.3. El Club de los pibes.....	101

3.4. Recapitulación y cierre: las paternidades juveniles entre el desconocimiento, la impotencia y el voluntarismo	104
--	-----

CAPÍTULO 4

***Y un día fui papá: relatos de jóvenes padres sobre paternidad y aborto*.....107**

4.1. <i>Voy a ser papá</i>	107
4.1.1. La paternidad planificada.....	107
4.1.2. La paternidad fortuita.....	111
4.1.3. La paternidad salvavidas.....	115
4.1.4. Comunicar la noticia.....	118
4.2. “Yo los llamo <i>los aborta-bebés</i> ”: los jóvenes padres frente a la interrupción voluntaria del embarazo.....	120
4.3. Recapitulación y cierre	132

CAPÍTULO 5

***Acompañar el parto (si me dejan, si quiero y si aguanto)*.....135**

5.1. <i>Jóvenes, padres y ¿compañeros?</i> Los controles prenatales y cuidados durante el embarazo.....	135
5.1.1. Acompañantes frecuentes.....	136
5.1.2. Acompañantes intermitentes: el trabajo/escuela, ¿obstaculiza o justifica?.....	139
5.2. El momento del parto.....	142
5.2.1. <i>Me dejan y quiero</i>	146
5.2.2. <i>Me dejan pero no quiero</i>	148
5.2.3. <i>Me dejan pero participo si aguanto</i>	149
5.2.4. <i>No me dejan pero quiero</i>	152
5.3. Recapitulación y cierre.....	159

CAPÍTULO 6

***¿Jóvenes que cuidan? Prácticas de cuidado de jóvenes padres*.....162**

6.1. Encuadre conceptual: jóvenes y cuidados.....	163
6.1.1. La situación de lxs jóvenes frente al cuidado en números. Características sociodemográficas de la población joven que cuida en Argentina.....	164
6.2. Varones padres y cuidado.....	168
6.2.1. <i>Cuidar desde chico</i> . Varones y cuidados en sus hogares de origen.....	168
6.2.2. Paternar y cuidar en el hogar propio.....	171
6.3. Dos modos de cuidar: el modelo auxiliar vs. el modelo compartido.....	179
6.4. <i>Nadie cuida como la familia</i>	187
6.5. Recapitulación y cierre: los jóvenes, ¿cuidan?.....	192

CONCLUSIONES

Ni tan desertores ni tan ausentes195

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....208

ACLARACIÓN SOBRE LA ESCRITURA DE ESTA TESIS: Haciéndome eco del movimiento que ha señalado acertadamente los límites que tiene nuestro lenguaje para nombrar los colectivos e identidades que no suscriben al binarismo sexual, elegí escribir esta tesis con lenguaje inclusivo. Esto significa que utilicé la letra “x” en los sustantivos masculinos que indicarían un sustantivo universal (incluyendo varones y mujeres, como por ejemplo “hijxs”), pero no alteré los fragmentos de entrevista de los jóvenes e instituciones entrevistadas, como tampoco las citas textuales de lxs autorxs citadxs.

AGRADECIMIENTOS

Aunque las tesis se escriban indefectiblemente en cierta soledad, las ideas que se exponen en ellas son siempre fruto del intercambio y la colaboración de muchxs otrxs. En mi caso, esta tesis fue mucho más que intentar demostrar habilidades o competencias para la investigación académica. Significó muchísimo aprendizaje personal. Por esa razón es tan importante para mí agradecerles a todxs aquellxs que me ayudaron a pensar, hacer y finalizar esta tesis, a lxs que me acompañaron en este largo proceso.

A Manuela González, por haber confiado en mí desde el comienzo. Por los diferentes roles que asumió y que generosamente aceptó. Al Instituto de Cultura Jurídica (ICJ-UNLP) y a todxs sus integrantes, donde hice mis primeros pasos. Definitivamente fue una gran escuela de vida para mí. A Julieta Cano y Karina Andriola, con quienes comparto la certeza de que las mujeres debemos permanecer unidas, trabajar y apoyarnos entre nosotras. Mi agradecimiento especial a Julieta por ser una amiga-lectora de lujo para este trabajo.

A Susana Checa, por su infinita generosidad y calidez humana. Siempre haciéndome sentir como en casa, bienvenida en su enorme biblioteca. Es un honor para mí que haya sido mi directora, mi tutora, mi consejera. Mi mayor admiración y cariño.

A mi directora Gabriela Wald por su *pragmatismo académico*, por sus lecturas atentas y porque sus ideas mejoraron sustancialmente las mías. Por aconsejarme en el plano académico pero más aún en el personal. Agradezco su confianza y libertad para escribir, por enseñarme que *lo simple también embellece* y ayudarme sin pausa a culminar este proceso.

A todo el equipo del PICT de jóvenes del Instituto Gino Germani (UBA), especialmente a Matilde Schwarz por leerme en nuestras reuniones de becarias y más allá y a Bianca Gentinetta por el procesamiento de datos. Agradezco a todxs ellxs por haberme recibido con tanto cariño.

A Licia Pagnamento y a Belén Castrillo, por su apoyo incondicional y por el proyecto de salud que armamos en la FaHCE y que defendemos como un espacio de crecimiento académico, político y humano. Agradezco a ambas por acompañarme siempre con tanto cariño y amistad. Agradezco especialmente a Belén por su lectura, sus comentarios y sus buenas energías. A mis compañerxs de equipo, Diana, Natalia, Hernán, Jimena y Karina.

A Leticia Muñiz Terra, por convocarme hace muchos años como estudiante a transitar y conocer qué es investigar en Sociología. Agradezco sus valiosísimas lecciones de metodología. Mi trabajo de campo intentó seguir sus enseñanzas.

A la UNLP y al CONICET por brindarme el apoyo financiero y el tiempo para poder leer y escribir. Al Doctorado de Ciencias Sociales de la FaHCE, en especial a Martín Retamozo y a Hernán Cánova por ayudarme pacientemente a lo largo de todo este proceso y en este último tramo rumbo a la entrega y defensa de la tesis.

A mi mamá, por haberme apoyado en TODAS mis decisiones desde muy chica. Por enseñarme a luchar y hacerlo todos los días, silenciosa y alegremente. A mi viejo, por desafiarme a ser mejor persona. A mis hermanos, por ser los mejores del mundo siempre.

A mi amiga de toda la vida Regina, por construir una amistad invencible al paso del tiempo.

A mis *amigas coperas*. Nos encontramos de casualidad en un barrio de Los Hornos hace doce años y no nos separamos más. Su amistad es siempre alegría para mí.

Al G.D.A., el *grupo de apoyo*. La facultad y mi vida sin ellas no hubieran sido iguales. A *Tramas*, por haberme y habernos dejado hacer la Sociología que más nos gusta, la *Sociología en el territorio*.

A Pablo, por escucharme hablar de la tesis hasta el cansancio todas las semanas hace años.

A Juan, por su implacable y necesaria honestidad, por su simpleza y por colmarnos de música.

Por sobre todos los agradecimientos, mis más sinceras gracias a los jóvenes entrevistados. Por contarme sus historias, sus penurias, sus injusticias, sus broncas, pero también sus proyectos y sus ganas de seguir peleando. Este trabajo no es otra cosa más que sus testimonios. Agradezco enormemente la confianza que depositaron en mí. A todas las personas, organizaciones sociales e instituciones de Los Hornos que me ayudaron, principalmente a Carmen y Viviana, que ya no están para leer y comprender el porqué de mis largas y reiteradas jornadas en su querido barrio.

¡Muchas gracias a todxs!

INTRODUCCIÓN

Ausencias, presencias y búsquedas

“Mi recuerdo más temprano: su ausencia. Durante los primeros años de mi vida, él se iba a trabajar por la mañana temprano antes de que yo me despertara y volvía a casa mucho después de que yo me acostara. Yo era el niño de mamá y vivía en su órbita. Era como una pequeña luna que giraba alrededor de su gigantesco orbe, una mota en la esfera de su gravedad, y controlaba las mareas, el clima y las fuerzas del sentimiento. Su muletilla era: “No estés siempre pendiente de él, lo malcriarás”. Pero yo no tenía buena salud y mi madre se excusaba en ese hecho para justificar la atención que me prodigaba. Pasábamos mucho tiempo juntos, ella con su soledad, yo con mis dolores, aguardando pacientemente en los consultorios médicos a que alguien controlara la insurrección permanente que hervía en mi estómago. Incluso entonces, me aferraba con desesperación a aquellos médicos, esperando que me tomaran en brazos. Por lo visto, buscaba a mi padre desde el comienzo”.

(Paul Auster (1982:35), “Retrato de un hombre invisible”, *La invención de la soledad*)

La cita de Auster describe una de las tantas escenas familiares en su hogar. La apatía, la desconexión, el silencio, la *invisibilidad* y especialmente, la presencia/ausencia de su padre es una denuncia constante y significativa en su biografía. Su muerte repentina propicia la escritura de esta obra, como un ejercicio reflexivo que lo conduce a bucear en sus primeros recuerdos para encontrar las raíces de esos sentimientos de orfandad y soledad que lo agobian desde siempre, y que alcanzan a su propia paternidad. A través de sus páginas, se deja entrever a un padre de fuerte apego a la rutina, al trabajo, de poca emotividad, pero centralmente cuya existencia es casi imperceptible. Es así que Auster asegura que la muerte de su padre no había cambiado nada en su vida: el autor sólo se había quedado sin tiempo.

Esta tensión entre la presencia y la ausencia y la idea de *la búsqueda de los padres* no es novedosa ni aislada. Si repasamos la bibliografía académica disponible sobre el tema, la paternidad ha sido abordada generalmente desde una perspectiva más negativa que positiva; es decir, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a su presencia (Viveros Vigoya, 2007). Como sostiene la autora, sabemos poco de los padres presentes en sus hogares, de las condiciones bajo las cuales éstos aceptan o no las tareas o deberes de su rol paterno, de los significados que estos varones¹ le atribuyen a la paternidad, sus actitudes, vivencias y expectativas frente a ella. Barker (2003) sostiene una visión similar cuando advierte que los varones han sido mayormente descriptos de maneras

¹ Utilizo la palabra *varones* como diferente a la de *hombres* como una muestra de que comparto el cuestionamiento que se ha hecho sobre el uso de esta última expresión como sinónimo de humanidad.

incompletas en las investigaciones sociales, resaltando sus deficiencias en el desempeño de su rol familiar. La presente tesis también habla de esta tensión: como intentaré mostrar, la idea presencia/ausencia recorre y se despliega a lo largo de todo este trabajo y no es menor: es la condición que, de acuerdo a los jóvenes entrevistados, define el rótulo de quién es y quién no es padre.

En Latinoamérica, la inclusión de los varones en temas vinculados a la salud reproductiva y cuidados fue creciendo paulatinamente y de manera indirecta a partir de investigaciones feministas centradas en la familia y la maternidad. Las investigaciones sobre sexualidad y reproducción se focalizaron en la población femenina por considerarlas agentes naturales de la reproducción (produciéndose la “*feminización de la reproducción*”), lo cual implícitamente relegó a los varones como actores secundarios de dicho proceso, lo etiquetó como obstaculizador del mismo o lo excluyó (Figuroa y Rojas, 2008). En consecuencia, el diseño de políticas y programas sexuales y reproductivos se han dirigido casi exclusivamente a las mujeres o a la dupla madre-hijx, y a nivel institucional expresado en “programas materno-infantiles”, reforzando así las identidades heteronormativas (Lerner, 1998; Figuroa Perea, 1998; Jiménez, 2003; Amuchástegui y Szasz, 2007). En esa dirección, las mujeres han sido las protagonistas, las responsables y las destinatarias de un conjunto de políticas que se ampararon en el supuesto que concibe a las mujeres como mejores cuidadoras o cuidadoras expertas, *feminizando los cuidados* y relegando a los varones a un segundo plano.

Con el impulso de las conferencias internacionales (Conferencia Internacional de Población y Desarrollo de El Cairo, desarrollada en 1994 y la IV Conferencia de la Mujer de Beijing, en 1995) una serie de investigaciones comenzaron a problematizar la intervención de los varones en la salud sexual primero, y posteriormente cuestionaron el papel secundario de los varones en los procesos de reproducción y cuidado (Olavarría, 1998, Parrini y Olavarría, 1999, Valdés, 2000, Fuller, 2000, 2001, Aguayo, 2003). Estos estudios evidenciaron grandes vacíos en el área de conocimiento sobre los varones en general, especialmente aquellos jóvenes de sectores populares y vulnerables, en comparación con la vasta producción de investigaciones referidas a las mujeres.

Si observamos la producción académica en Argentina, la temática se ha abordado desde la construcción de las masculinidades, las representaciones de los varones y su relación con la salud reproductiva (Kornblit, 1997, Kornblit y Petracci, 1998, Zamberlin, 2000, Faur, 2004, Infesta Domínguez, 2004; Gogna, 2005, Pantelides, 2005; Petracci, 2005, 2007, Manzelli, 2007, Villa, 2007). Estas investigaciones continúan sus indagaciones especialmente en las representaciones de

los jóvenes varones sobre el aborto y las políticas y servicios públicos de salud. Otras líneas de investigación reflexionan sobre el embarazo, la maternidad y la paternidad adolescentes conjuntamente desde la escuela (Fainsod, 2003, Villa, 2003, 2007; Mansione, Pallma y Steiman, 2012) o abordan la paternidad de los jóvenes adultos desde sectores medios (Findling y López, 2012).

Si bien podemos constatar una mayor producción de investigaciones que aluden a la paternidad, los varones y su involucramiento en las decisiones reproductivas, son escasos los trabajos que abordan las paternidades y juventudes desde una mirada plural y diversa. En términos generales, las investigaciones se acercan a los enfoques tradicionales en los cuales el embarazo y la mater/paternidad adolescentes se conciben como desviaciones, enfatizando el *carácter problemático y transitorio de la adolescencia*, especialmente en sectores vulnerables. Estos enfoques explican las mater/paternidades en la adolescencia como situaciones de riesgo biológico en tanto que la “temprana” edad en la que ocurren los embarazos y las maternidades conllevaría efectos adversos sobre la salud de la madre y del/a niñx (nacimientos prematuros, bajo peso al nacer, con el consiguiente impacto en la morbi-mortalidad perinatal y maternal).

Por otro lado, se las considera como situaciones de riesgo social dado que este acontecimiento traería aparejado el abandono de los estudios y la inmediata exclusión del mercado de trabajo, afectando significativamente las posibilidades de inclusión social de mujeres y varones, en especial aquellxs que se encuentran en condiciones de vulnerabilidad social. En estas argumentaciones subyace un parámetro de normatividad respecto del ser adolescente/joven y del ser mujer que propone al embarazo y a la mater/paternidad adolescente como comportamientos desviados. A estxs adolescentes, pero especialmente a las mujeres, se les atribuyen conductas irresponsables e inmaduras propias de los contextos de socialización familiar “disfuncionales” en los que viven. Estos discursos lograron constituirse como el discurso hegemónico en la construcción de la agenda académica y de intervención en torno a estas temáticas, atravesando de manera significativa las investigaciones y los sentidos que adoptaron las políticas públicas en salud (Adaszko, 2005, Fainsod, 2008).

Sin minimizar los efectos biológicos y sociales de este evento en las trayectorias de lxs jóvenes, los enfoques críticos de las mater/paternidades establecen un tipo diferente de correlaciones y explicaciones entre pobreza-embarazo y mater/paternidad-escolarización. A diferencia de la mirada biologicista, consideran que los riesgos de la morbi-mortalidad adolescente estriban en las desigualdades sociales. Este enfoque considera el embarazo adolescente no por sus implicancias sanitarias y

demográficas, sino como sintetizador de símbolos y significados pertinentes a la sexualidad, la maternidad, la identidad de género o las relaciones sociales. Los argumentos estrictamente biomédicos basados en el enfoque de riesgo o los psicosociales que apelan a aspectos relativos a la inmadurez etaria, van cediendo espacio para una lectura sociológica del fenómeno, donde se privilegia un enfoque explicativo en torno a la precariedad socioeconómica que permea las condiciones de vida de la mayoría de las jóvenes que se embarazan. Estos enfoques se alejan de las conceptualizaciones de lxs jóvenes como un grupo uniforme, universal o ahistórico y dan cuenta de las diferentes trayectorias de vida y posiciones sociales de lxs jóvenes, habilitando la diversidad de experiencias y prácticas. Es dentro de este último enfoque donde ubico la tesis porque posibilita la reflexión sobre las experiencias de paternidades de varones jóvenes situadas y plurales (Cháves, 2005) que pretendo abordar, estableciendo un diálogo crítico con los enfoques tradicionales y sus presupuestos de riesgo y transición de las juventudes.

Asimismo, esta tesis adscribe a una *perspectiva relacional* en un sentido doble: por un lado, adoptando la perspectiva de género como enfoque general del trabajo y por otro, incorporando otrxs actorxs sociales al análisis.

En primer lugar, la perspectiva de género es una herramienta analítica fundamental porque permite comprender y cuestionar las relaciones de poder, jerarquía y desigualdad que subyacen a los lugares socialmente designados a los varones y a las mujeres, materializándose especialmente en el campo de la salud sexual y reproductiva de lxs jóvenes. Su mirada relacional posibilita problematizar las identidades de género “masculinas” y “femeninas”, y cómo las mismas prefiguran espacios diferenciales a unos y a otras: los varones como productores, las mujeres como (re)productoras (De Barbieri, 1992; Lamas, 2002; Scott, 2003).

Esta perspectiva, junto a los estudios de masculinidades, es de suma importancia para este trabajo porque permite el análisis de cómo se construyen las experiencias de paternidades de estos jóvenes en base a los mandatos de género y a sus representaciones sobre qué es ser varón. La consideración de las paternidades juveniles en plural permite repensar la frontera que prefigura el concepto y echar luz sobre otras dimensiones no incorporadas en investigaciones precedentes. En vinculación a este último punto, observo que las investigaciones citadas refieren brevemente o no aluden a las prácticas de cuidado de los jóvenes realizadas en los hogares, especialmente en sectores vulnerables. Sostengo que incluir la cuestión del cuidado en la investigación ayudará a visibilizar prácticas domésticas y cotidianas, la

distribución de tareas y los diferentes arreglos al interior de las familias. Este concepto permitirá pensar y complejizar el vínculo varones-reproducción-cuidado.

En segundo lugar, partiendo de la premisa de que las experiencias y sentidos sobre paternidad se construyen, configuran y se disputan con otros sujetos y grupos sociales, adopto una perspectiva relacional que recupera el entramado institucional en el que se desarrollan estas paternidades. Sin descentrar la atención en las experiencias de los jóvenes, incorporo al análisis un conjunto diverso de instituciones barriales para conocer sus percepciones y concepciones, pero principalmente sus respuestas e intervenciones brindadas ante este acontecimiento, en base a la labor diaria con los jóvenes que transitan por estos espacios. Considero que las instituciones mencionadas en tanto soportes (o no), desempeñan un papel importante en las experiencias de los jóvenes, favoreciendo o agravando sus condiciones de vulnerabilidad.

En este escenario, la presente tesis se propone aportar a la comprensión de los procesos de reproducción y cuidado de jóvenes varones en contextos de vulnerabilidad social, a partir de la exploración y análisis de sus propias experiencias de paternidades desde perspectivas plurales, situadas y relacionales. Considero que estas aproximaciones ofrecerán más elementos para profundizar su estudio especialmente en jóvenes de sectores vulnerables.

Siguiendo estas preocupaciones, a continuación planteo una serie de interrogantes que guiaron la investigación: ¿Cómo procesan y significan los jóvenes el evento de la(s) paternidad(es)? ¿Cómo impactan las paternidades en las trayectorias vitales de los jóvenes? ¿Qué rol ocupan las familias de los jóvenes en estos procesos? ¿Cómo se interrelacionan las paternidades con otras experiencias que transitan los jóvenes residentes en barrios populares? ¿Cómo operan sus concepciones de masculinidades en sus paternidades? ¿Cómo se vinculan sus representaciones sobre la interrupción voluntaria del embarazo con sus experiencias de paternidad? ¿Cómo intervienen las diversas instituciones en las experiencias de paternidad de los jóvenes? ¿En qué medida estas instituciones se configuran como soportes para estos jóvenes? ¿Qué papel desempeña el Estado en las paternidades de los jóvenes de barrios vulnerables, a través de sus instituciones y programas escolares y sanitarios? ¿Qué rol adoptan los jóvenes a lo largo del embarazo de sus parejas? ¿Qué prácticas de cuidado realizan los jóvenes en sus hogares? ¿Qué arreglos de trabajo/cuidado realizan los jóvenes y sus parejas? ¿Qué factores determinan estos arreglos? ¿Cuáles contribuyen a la equidad de género? ¿Cuáles, por el contrario, refuerzan estereotipos de género? ¿Cuánto del cuidado de niños se desplaza al espacio público, mediante el

uso de servicios estatales, comunitarios o privados? ¿Qué sentidos y significaciones atribuyen los jóvenes a la(s) paternidad(es) en sus proyectos de vida?

Para intentar dar cuenta de estas preguntas, construí una muestra heterogénea conformada por cuarenta varones jóvenes padres (de entre 16 a 24 años) residentes de un barrio de la localidad de Los Hornos, ciudad de La Plata, que registra altos e históricos índices de vulnerabilidad social. Asimismo, incluí un conjunto diverso de instituciones (que denomino estatales y territoriales) por las que transitan los jóvenes a diario, a modo de recuperar sus concepciones pero especialmente sus estrategias y acciones dirigidas a esta población en particular. Para alcanzar los objetivos formulados, empleé un abordaje cualitativo y un diseño flexible que se centró en dos técnicas de producción de datos: observaciones participantes y entrevistas a jóvenes y referentes institucionales en el barrio mencionado a fin de recuperar la dimensión relacional del objetivo planteado.

La tesis se estructura en 6 capítulos. La organización de los capítulos responde a un criterio cronológico que pretendió respetar los diversos momentos que transitan los jóvenes desde la noticia del embarazo de sus parejas hasta la decisión o no de externalizar el cuidado de sus hijos, puntualizando en los siguientes eventos: la noticia y reacción frente al embarazo, la posibilidad de su interrupción, la asunción de la paternidad, su participación en los controles médicos, el momento del nacimiento de los hijos y las prácticas domésticas y de cuidado realizadas en los hogares propios.

En el **capítulo 1** desarrollo el marco conceptual de la tesis, en base a los estudios de masculinidades y de género. De manera articulada, introduzco el estado de conocimiento sobre las paternidades a partir de la reconstrucción de los principales enfoques y perspectivas teóricas desde las cuales se las ha abordado, explicitando mi posición. En base a las potencialidades y vacíos encontrados en las investigaciones precedentes sobre mater/paternidades juveniles, explicito el andamiaje conceptual elegido para analizar las experiencias de paternidad de jóvenes en barrios populares.

En el **capítulo 2** presento la estrategia metodológica y las técnicas de investigación empleadas en la investigación. Explicito las decisiones vinculadas a la selección, construcción y análisis de los datos producidos así como también la estrategia interpretativa adoptada en base al uso de tipologías. Posteriormente, caracterizo la muestra de la investigación que incluye entrevistas a los jóvenes padres y a referentes del entramado institucional que compone el barrio elegido. Finalmente,

incorporo algunas impresiones sobre mi rol como investigadora a modo de ejercicio de reflexividad del trabajo de campo realizado.

A partir del **capítulo 3** presento los resultados de la tesis. En este capítulo recupero la mirada institucional sobre las paternidades juveniles, que se nutre de entrevistas a referentes de un conjunto de diversas instituciones estatales (centro de salud y escuelas) y territoriales (comedores barriales, organizaciones políticas, club) considerados clave, para conocer sus percepciones, pero principalmente las respuestas e intervenciones brindadas ante este acontecimiento en base a la labor diaria con los jóvenes que transitan por estos espacios. Detrás de esas acciones subyacen diferentes miradas y discursos sobre la juventud que sustentan dichas intervenciones, por lo que también serán objeto de análisis de este capítulo.

En el **capítulo 4** exploro las experiencias de paternidad de los jóvenes entrevistados a partir de una tipología de paternidades juveniles, de modo que permita conocer, comparar y explicar las formas que asumen estas experiencias en un escenario barrial. En una primera parte, me concentro en describir y analizar cómo se procesa y significa este evento en la vida de los jóvenes, evidenciando los sentidos que se le atribuyen, los cambios o permanencias que produce en las vidas cotidianas de los jóvenes y las decisiones (o alternativas) que se despliegan y abren ante el embarazo, en la segunda parte.

Una vez conocida la noticia del embarazo de sus parejas, en el **capítulo 5** indago sobre la participación e involucramiento de los jóvenes en los controles médicos de sus parejas e hijxs, centrándome especialmente en el momento del parto y nacimiento. De este modo, en un primer apartado describo y analizo el acompañamiento de los entrevistados a las citas médicas de sus parejas en los establecimientos de salud. En el segundo apartado, reparo en las experiencias de nacimiento y parto de lxs hijxs de los jóvenes en dos maternidades públicas platenses.

El **capítulo 6** tiene como objetivo reflexionar sobre las prácticas de crianza y cuidado que desarrollan los jóvenes varones en sus hogares. Analizo sus prácticas y la distribución de tareas domésticas como también las decisiones sobre el cuidado de los hijxs. De este modo, en primer lugar caracterizo la situación socio-demográfica de lxs jóvenes con responsabilidades de cuidado en Argentina, a partir del uso de fuentes secundarias. En una segunda parte, muestro cómo esos datos se ponen en movimiento al analizar las tareas de cuidado que asumen los jóvenes en sus hogares de origen y posteriormente cómo organizan el cuidado en sus propios hogares en base

a dos modelos de cuidado. En el último apartado, exploro las posibilidades que tienen los jóvenes de externalizar o tercerizar el cuidado de sus hijos a través de jardines maternos o instituciones barriales.

A modo de cierre, en la última parte de la tesis presento las principales conclusiones del trabajo en tono de recapitulación de los hallazgos y posibles líneas de indagación futura.

Capítulo 1

El Estudio de las Paternidades como campo de indagación

En este capítulo desarrollo las coordenadas teóricas que guían mi investigación, en el marco de los estudios de masculinidades y de género. Aquí destaco la importancia que reviste el movimiento feminista para la emergencia y posterior consolidación de los estudios sobre masculinidades en los ámbitos académicos hacia la década del ochenta y noventa. Este antecedente posibilitó la visibilización de los varones como sujetos pasibles de investigación en materia de sexualidad primero, y de reproducción después. De manera articulada, introduzco el estado de conocimiento (o “*de desconocimiento*”; Figueroa, 2016) sobre las paternidades a partir de la reconstrucción de los principales enfoques y perspectivas teóricas desde las cuales se las ha abordado (la perspectiva psicológica, la perspectiva antropológica y la perspectiva sociológica y sus subgrupos) y explicito el andamiaje conceptual que sostiene este estudio. En base a las potencialidades y vacíos encontrados en las investigaciones precedentes presento mi propuesta para analizar las experiencias de paternidad de jóvenes en barrios populares.

1.1. Los inicios: la deuda con los feminismos. Un campo de estudio construido desde la ausencia

Como señala Viveros Vigoya (2007) el proceso subjetivo de la paternidad comenzó a constituirse en objeto de estudio a partir del cuestionamiento del ejercicio exclusivo de la parentalidad por parte de las mujeres. La división sexual del trabajo, como un rasgo característico en el que se asientan las sociedades modernas, asignó y responsabilizó a las mujeres de las actividades de reproducción vinculadas a la esfera de la vida privada (principalmente el cuidado) y a los varones, de aquellas relacionadas con la vida pública.

Estos (y otros) cuestionamientos fueron retomados por los estudios sobre masculinidades, como un intento de dar respuesta a los planteos feministas contemporáneos y la necesidad de reflexionar sobre qué sucedía y sucede con los varones. Al respecto, Gutmann (2008) considera que este origen no se produce por una motivación propia de los varones, sino dentro del movimiento feminista y de los movimientos lésbicos-gays en América Latina, y de su demanda de transformar las desigualdades genéricas en los aspectos culturales, sociales y económicos (Artiñano, 2015). Raewyn Connell (2006) sostiene que como resultado de las investigaciones feministas, desde los años noventa han proliferado los estudios sobre la construcción

social de la masculinidad y sobre las prácticas y posiciones de los varones desde una perspectiva de género.

Los estudios de los hombres o de Masculinidades (*Men's Studies*) hicieron su aparición en la arena académica anglosajona durante la década de los setenta (Minello Martini, 2002), registrando un crecimiento discreto y sostenido en los años ochenta y en la primera parte de los noventa. A partir de la segunda mitad de esa década y durante el transcurso del siglo XXI, su dinamismo aumentó, materializándose en la producción científica y en la compilación de manuales teóricos (Kimmel, Hearn y Connell, 2005)².

No obstante, es importante advertir que si bien las investigaciones sobre masculinidad(es) que se están produciendo actualmente y que desde entonces no desconocen los aportes de los estudios feministas, no significa que su vinculación sea sencilla o esté exenta de tensiones. En este punto, Francisco Aguayo (2016) señala que

“Para un sector del feminismo, es clara la necesidad de trabajar también con los hombres si se quiere avanzar hacia la igualdad de género; otro sector del feminismo tiene serias dudas acerca de la pertinencia de trabajar con aquellos que han detentado la mayor parte del poder y los privilegios, de destinar fondos para intervenciones con hombres que podrían destinarse a programas con mujeres, e incluso, dudas acerca de la presencia de varones en un campo –el del género– que había sido construido por mujeres con demasiado esfuerzo. También hay un debate acerca de si los hombres pueden llamarse a sí mismos feministas o deberían buscar otra categoría, haciendo su propio camino, tal como ellas lo hicieron. Actualmente se observa una irrupción de colectivos y redes, feministas y LGBTQ, entre jóvenes y universitarios, con presencia de mujeres y de hombres, que probablemente ayudará a estos diálogos e intercambios” (2016: 212).

Sin soslayar estos y todos los legítimos cuestionamientos sostenidos por el movimiento de mujeres, considero fundamental estudiar y comprender el colectivo de varones en sus especificidades pero de manera relacional en base a las herramientas académicas y la experiencia política heredada de los feminismos. En ese marco, los estudios de masculinidades nos proporcionan un espacio de análisis crítico sobre los privilegios adquiridos por los varones construidos socialmente por el sistema patriarcal y que, al ser internalizados, se “vuelven naturales” (como ocupar lugares de poder y decisión, tener poca o nula participación en el ámbito privado doméstico, etc.). Connell (1996) ha establecido que la unidad de los estudios de género no consiste en la femineidad o en la masculinidad, sino en las relaciones de género. Por lo mismo, si

² Una de las más importantes recopilaciones que enfatiza la producción anglosajona es el catálogo elaborado por Michael Flood “The Men's Bibliography. A Comprehensive Bibliography of Writing on Men, Masculinities, Gender and Sexualities”, Australia (1992, 1995, 2003).

deseamos comprender la condición social y subjetiva de los varones, conviene abordarla desde una perspectiva que contemple y analice el estado de las relaciones de poder entre los géneros. Al respecto, Connell (2006:188) considera que las masculinidades no existen primero, y luego se relacionan con las feminidades, sino que ambas se producen simultáneamente en el proceso que (re)crea el orden desigual del género.

El género como categoría social es una de las contribuciones teóricas más significativas del feminismo contemporáneo. Esta categoría analítica surgió para explicar las desigualdades entre varones y mujeres, entendiendo que “lo femenino” y “lo masculino” se conforman y construyen a partir de una relación mutua, cultural e histórica. Estos dos universos no se corresponden con su sexo biológico, sino con los comportamientos, roles valores, funciones esperadas y consideradas como femeninas o masculinas.

A partir del diálogo crítico con el determinismo biológico y el “psicologismo”, fue Simone de Beauvoir quien argumentó en *El segundo sexo* (1949) que “lo femenino” es adquirido por las mujeres a través de un proceso social e individual por el que se “aprende” a ser mujer. Lo mismo sucede con los varones y “lo masculino”.

Sin embargo, el término género³ sólo comienza a circular en las Ciencias Sociales y en el discurso feminista con un significado propio y una acepción específica (distinta de la caracterización tradicional, que refería a tipo o especie)⁴ a partir de los años 70, donde el “nuevo feminismo” se desenvuelve dentro de los movimientos surgidos durante esa década en los países más desarrollados: Estados Unidos y Europa. A mediados de los años 80, esta acepción extendida será cuestionada por la *teoría queer* (de Laurentis, 1990) por considerar las categorías “varón”, “mujer”, “gay”, “lesbiana” como categorías universales y fijas. Esta corriente desborda esas fronteras prefiguradas, criticando y desarmando las ideas de género, sexo y sexualidad, entre muchas otras.

A lo largo del trabajo, cuando aluda al género me referiré a un sistema que se estructura como resultado de las relaciones de poder, asignando roles, atributos y funciones predeterminadas a cada sexo/género en la reproducción social basada en las diferencias biológicas. Este se expresa en actitudes, comportamientos y representaciones sociales acerca de lo “femenino” y lo “masculino” como atributos

³ Podemos encontrar antecedentes del término con anterioridad. En 1955, John Mooney propuso la expresión “papel de género” para describir el conjunto de conductas atribuidas a varones y mujeres, pero ha sido Robert Stoller (1968) quien estableció claramente la diferencia conceptual entre sexo y género.

⁴ Sólo a fines de los 80 y comienzos de los 90 el concepto adquiere consistencia y comienza a tener impacto en América Latina. Entonces las intelectuales feministas logran instalar en la academia y en las políticas públicas la denominada “perspectiva de género”.

naturalizados en las relaciones sociales, así como en las relaciones de poder y subordinación entre varones y mujeres en la sociedad (Rubin, 1975; De Barbieri, 1992; Lamas, 2002; Scott, 2003).

Esta tesis asume la perspectiva de género como enfoque general del trabajo, en tanto analiza las experiencias de paternidad(es) de los jóvenes desde una perspectiva relacional, reconociendo las relaciones de poder entre los géneros, en general favorables a los varones como grupo social y discriminatorias para las mujeres, que atraviesan todo el entramado social y se vinculan con otras relaciones sociales, como las de clase, etnia, edad, preferencia sexual, entre otras. Las experiencias de paternidades se construyen en tensión y simultáneamente con las de maternidades, ni antes ni después. Si bien no forman parte de este trabajo las experiencias de maternidad(es) de mujeres jóvenes, contemplo y establezco un continuo contrapunto con fuentes secundarias que permiten desarrollar y mantener una mirada atenta y comparativa a lo largo de la tesis.

En este sentido, considero productivo adoptar para el análisis de las paternidades la perspectiva interseccional (Anthias, 2006; Kerner 2009) o la teoría de la interseccionalidad (Crenshaw, 1995, 1998)⁵. Refiere a la interacción entre el género, la raza y otras categorías de diferenciación en la vida de las personas en sus prácticas sociales, como una perspectiva que se ocupa de comprender la interconexión de todas las formas de subordinación, haciendo visible las estructuras de opresión múltiples y simultáneas que condicionan a lxs sujetxs. Aunque algunas interpretaciones hayan comprendido a la interseccionalidad como un modelo aditivo de opresiones diferentes (de género + de racialización + de clase), que se viven de forma simultánea; dicho modelo fue luego criticado por ser demasiado mecanicista (Anthias, 2008). Aportes más recientes han tratado, por tanto, de alejarse de este modelo aditivo pensando cada división social como constituida a través de una intersección con las demás: las clases son siempre generizadas y racializadas, el género es siempre clasista y racializado y así sucesivamente (Anthias, 2008: 13 retomado por Krause, 2016).

Tal como plantea Crenshaw (1995), no se trata de realizar una ecuación que sume elementos para la desigualdad, sino que cada una en sí misma intersecciona de forma particular en cada situación personal y grupo social mostrando estructuras de poder existentes en el seno de la sociedad y construyendo diversas encrucijadas para lxs sujetxs. Considerar la interacción entre distintos puntos de desigualdad es

⁵ El concepto de Interseccionalidad surge a finales de los años ochenta, acuñado por Kimberle Crenshaw (1995), pero encuentra sus raíces en los feminismos antirracistas. La autora “sostenía que las opresiones que padecían las mujeres afroamericanas no podían ser cabalmente comprendidas al analizar la dimensión racial y el género como cuestiones separadas” (Lázaro Castellanos, 2017:207).

necesariamente una condición para aproximarnos a la vida de los jóvenes porque permite comprender las formas en que los sistemas entrecruzados de exclusión y desigualdades condicionan sus experiencias de paternidad(es).

Ahora bien, ¿qué es la masculinidad? ¿Una condición biológica, una posición o un mandato? David Gilmore (1994) plantea que es la forma de ser varón adulto en una sociedad determinada, una construcción que parte de un ideal representado en la cultura colectiva. Diversxs autorxs coinciden en señalar que esta representación varía de una cultura a otra, e incluso, dentro de una misma cultura en diferentes tiempos históricos, pertenencia étnica, clase social, religión y edad (Connell, 1997, Kimmel, 1992).

Recupero el planteo de Raewyn Connell, quien da un paso más en la definición de Gilmore, al situar la construcción social de las identidades masculinas en un marco de relaciones sociales de género. Según esta autora, las masculinidades responderían a configuraciones de una práctica de género, lo que implica al mismo tiempo: a) la adscripción a una posición dentro de las relaciones sociales de género, b) las prácticas por las cuales varones y mujeres asumen esa posición y c) los efectos de estas prácticas en la personalidad, en la experiencia y en la cultura. Todo ello se produce a través de relaciones de poder, de producción y de los vínculos emocionales y sexuales. Estos tres pilares presentes en distintas esferas de la vida social, familiar, laboral, política, educativa, resultan útiles para el análisis de la construcción social de las identidades de género (Connell, 1995; Faur, 2004).

Considero a las identidades masculinas como construcciones culturales que se reproducen socialmente y que por esa misma razón, no pueden definirse por fuera del contexto en el cual se inscriben. Como señala Faur (2004) esta construcción se desarrolla a lo largo de toda la vida de los varones con las intervenciones de diversas instituciones (la familia, la escuela, el Estado, la Iglesia, etc.) que moldean los modos de habitar el cuerpo, de sentir, de pensar y de actuar el género. Pero, simultáneamente, establecen posiciones institucionales signadas por la pertenencia de género. Es decir que existe un lugar privilegiado, una posición valorada positivamente, jerarquizada, para estas identidades del sistema de relaciones de género. La masculinidad conlleva una forma de relación social, una práctica social, que se materializa en espacios sociales concretos y que subordina ciertas alteridades: todas las mujeres y aquellos varones que no cumplan con sus atributos. Diversas investigaciones sobre la construcción social de la masculinidad (Connell, 1997, Kimmel, 1992) plantean la existencia de un modelo hegemónico de masculinidad, que se convierte en un elemento fuertemente “orientador” de las identidades subjetivas y

colectivas. Este modelo hegemónico opera a nivel subjetivo, plasmándose en proyectos identitarios, a manera de actitudes, comportamientos y relaciones interpersonales, y a nivel social, afectando la manera en que se distribuyen, en función del género, los trabajos y los recursos de los que dispone una sociedad.

Como señala Schongut Grollmus (2012), el concepto “masculinidad hegemónica” fue utilizado por primera vez en tres investigaciones que se usaron para el artículo “Towards a New Sociology of Masculinity” de Carrigan, Connell & Lee (1985)⁶. El autor considera que la aparición de esta noción fue fundamental para generar nuevas comprensiones respecto a los varones y la masculinidad por dos motivos: a) propone la existencia de diferentes formas de masculinidad y no de la existencia de un modelo único, como era la comprensión de la masculinidad en las primeras aproximaciones feministas y b) que no todas sus formas se encuentran en la misma posición de poder, porque el concepto de masculinidad hegemónica se construye siempre en oposición a varias masculinidades subordinadas, forma de relación que se repite en su vinculación con las mujeres (Connell, 1987 citado por Schongut Grollmus, 2012).

Este mismo autor indica que en la propuesta de Connell (1987, 1995) y Connell & Messerschmidt (2005), la masculinidad hegemónica se plantea de forma muy diferente a la noción de un rol sexual masculino específico. Mientras que el rol sexual se define dentro de determinadas características, como lo pueden ser la etnia o la heterosexualidad; la noción de masculinidad hegemónica implica una estructura social que configure y soporte los roles sexuales. La masculinidad hegemónica no se constituye como un estereotipo, es el sustento del poder que se ejerce desde la superioridad masculina, implicando una gran cantidad de varones y mujeres que estén dispuestos a sostener esa hegemonía, porque al no ser un dominio impuesto desde afuera (es decir, por la fuerza) implica un consentimiento de parte importante de la sociedad (Connell, 1987). La masculinidad hegemónica es simplemente la expresión cultural de esta ascendencia de algunas formas de género sobre otras (Connell, 1987).

Luis Bonino (2002) sostiene que la masculinidad hegemónica se inscribe como un conjunto de prácticas normativas respecto a lo que define a un sujeto como varón o no. Las masculinidades hegemónicas están en un constante proceso de negociación y reconfiguración con aquellas que se encuentran subordinadas, dificultando la identificación y definición de estas prácticas de poder, control y regulación (Connell y Messerschmidt, 2005).

⁶ Las investigaciones abordaban tres espacios diferentes: una, la inequidad social entre varones dentro del sistema escolar australiano, otra, la construcción de la masculinidad y las experiencias corporales de los varones, y la tercera, el rol de los varones en la política australiana (Connell & Messerschmidt, 2005).

La identificación de una inequidad de género, dentro de ese gran y difuso concepto que es la masculinidad, es muy importante precisamente porque deconstruye la idea de que todos los varones son iguales: opresivos, dominantes y machos, por el contrario, muestra una gama de diversidades masculinas, desmitificando la división naturalista del género. Es posible decir que la masculinidad hegemónica no encarna solo una forma de constituir identidades sino una estrategia de sujeción (Schongut Grollmus, 2012).

Entre los atributos de la masculinidad hegemónica contemporánea, estudios realizados en distintos países latinoamericanos coinciden en resaltar componentes de la productividad, iniciativa, heterosexualidad, asunción de riesgos, capacidad para tomar decisiones, autonomía, racionalidad, disposición de mando, poder, violencia y solapamiento de emociones (al menos frente a otros varones o en la escena pública) (Viveros Vigoya, 2001, Valdés y Olavarría, 1998, Ramírez, 1993, entre otros).

Así también Gilmore refiere que como protector, a los varones no se les permite socialmente rehuir una lucha, deben ser competitivos y orientarse al éxito. Un varón debe demostrar constantemente ser sexualmente potente y tratar de conquistar y seducir, poseer agresividad sexual, donde el objeto de conquista son las mujeres (Gilmore en Carabi y Armengol, 2008). Además, un elemento transversal a esta forma de masculinidad es que debe ser proveedor de la familia. De esta manera, se constituyen tres de los pilares de la masculinidad hegemónica: protección, provisión y potencia (Silva, Campos, García y Portilla, 2016). Complementando esta idea, Valdez y Olavarría (1998) postulan que el modelo hegemónico se experimenta con un sentimiento de orgullo por ser varón, con una sensación de importancia. Moralmente el modelo indica que un varón debe ser recto, comportarse correctamente y su palabra debe valer; debe ser protector de los más débiles que están bajo su dominio (niñxs, mujeres y ancianxs), además de solidario y digno (Silva, Campos, García y Portilla, 2016).

Contrariamente a este modelo tradicional de ser *hombre*, se han estudiado otros tipos de *masculinidades emergentes* (Montesinos, 2005 y 2007), donde los varones adoptan actitudes y comportamientos de resistencia y constante cuestionamiento al modelo tradicional o hegemónico. Estos modelos de masculinidades no tradicionales se relacionan, entre otras cosas, con el involucramiento activo y permanente del varón dentro de las actividades domésticas, en el cuidado y crianza de los hijxs, en el acercamiento emocional con su familia y en el de su participación dentro de su contexto social y económico. Las actitudes y comportamientos del varón en estas

masculinidades emergentes se vinculan con una mayor conciencia de las desigualdades con las mujeres, al interior del hogar y el medio donde viven y se desarrollan. Todo ello parte del constante cuestionamiento al modelo tradicional hegemónico, donde muchas veces los varones se sienten prisioneros de sus exigencias e imposiciones, dando como resultado notable una fisura con el modelo hegemónico, especialmente en las generaciones más jóvenes, sin negar su condición de *hombres* (De Keijzer, 1997; Rojas, 2007, De Jesús Reyes, 2011).

Varixs autorxs (Connell, 1995; Bourdieu, 2000; Bonino, 1999) coinciden en tres elementos que son constantes a la hora de pensar la masculinidad: la heterosexualidad, la misoginia y la homofobia. La construcción identitaria de los varones está direccionada por estos tres elementos, actuando más fuertemente por la diferenciación negativa que positiva. Por diferenciación positiva se entiende que para ser varón se deber ser heterosexual. La diferenciación negativa es más fuerte que la anterior y se basa en el rechazo y la desvalorización a todo lo considerado femenino. Un varón se definiría en oposición a “la mujer” y todo lo femenino (MacKinnon, 1989, Badinter, 1992). La heterosexualidad obligatoria (Lonzi, 1971, Rich, 1980)⁷ es una de las instituciones clave del patriarcado: la garantía perfecta de reproducción y dominación masculina. Estas autoras sostienen que la heterosexualidad se impone, se organiza y se ha mantenido a la fuerza como un dogma que alimenta la supuesta “complementariedad” entre varones y mujeres, sosteniendo la naturalidad de esa relación con fines reproductivistas. A partir de la existencia lesbiana, Rich (1980) destaca la aceptación acrítica del deseo “innato” que tienen las mujeres por los varones y denuncia la heterosexualidad como una institución históricamente creada para eliminar las preferencias sexuales entre mujeres y propagar la dominación masculina en un sistema patriarcal. En esta dirección, heterosexualidad y patriarcado son un tándem realmente eficaz en la organización socio sexual.

Según el *Diccionario de estudios de género y feminismos* (Gamba, 2008), patriarcado significa en su sentido más literal “gobierno de los padres”. La autora señala que “históricamente el término ha sido utilizado para definir un tipo de organización social en el que la autoridad la ejerce el varón jefe de familia, dueño del patrimonio, del que formaban parte los hijos, la esposa, los esclavos y los bienes” (2008:258).

⁷ El análisis de la heterosexualidad fue desarrollado principalmente por feministas lesbianas. El concepto fue ampliamente difundido a partir del texto “*Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*” de Adrienne Rich en 1980, pero el feminismo italiano (especialmente el colectivo Rivolta Femminile) ya lo denunciaba desde principios de los 70, a través de la obra “*Escupamos sobre Hegel y otros escritos sobre liberación femenina*” de Carla Lonzi, entre otras.

El movimiento feminista de los años 60 retomó los debates sobre el patriarcado, en busca de explicaciones sobre la situación de opresión y dominación de las mujeres. Como señala Gamba, "las feministas han analizado y teorizado sobre las diferentes expresiones que el patriarcado ha adoptado en el tiempo y en sus distintas geografías, estructurándose en instituciones de la vida pública y privada, desde la familia al conjunto social" (2008:258). La autora indica que el poder en el patriarcado puede tener diferentes orígenes (divino, familiar o fundarse en el acuerdo de voluntades); pero en todos estos modelos el dominio de los varones sobre las mujeres se mantiene. Al respecto, Alda Facio (1999) considera al patriarcado como

"un sistema estructural e ideológico que se origina en la familia dominada por el padre. Esta estructura es reproducida en todo el orden social y mantenida por el conjunto de instituciones de la sociedad política y civil, orientadas hacia la promoción del consenso en torno a un orden social, económico, cultural, religioso y político, que determinan que el grupo, casta o clase compuesto por mujeres siempre esté subordinado al grupo, casta o clase compuesto por hombres" (Facio, 1999:28).

Es importante destacar su carácter "metaestable" (Amorós, 2005), es decir, la flexibilidad y adaptabilidad del patriarcado a diferentes tipos de organización económica y social. En este sentido, en el patriarcado no todas las relaciones son de naturaleza familiar: la lógica patriarcal traspasa la esfera privada y comprende también el conjunto más amplio de instituciones sociales, como indica Facio (1999). La forma de entenderlo como gobierno de los padres llega hasta la Modernidad, "cuando el ascenso de una nueva clase, la burguesía, necesita dar otro fundamento al ejercicio del poder para adaptarlo a los cambios producidos. Este nuevo fundamento es el pacto o acuerdo social, mediante el cual se organiza el patriarcado moderno" (Gamba, 2008: 258).

Algunas autoras consideran que, en la constitución del patriarcado moderno, los varones también pactan su poder como hermanos. Los ideales de igualdad, libertad y fraternidad, propios de la modernidad, remiten a este pacto entre *fratres*. En su tesis doctoral titulada *El contrato sexual* (1995), Carole Pateman destacó que en la base de las sociedades patriarcales existe o ha existido un pacto fundador que es, en realidad, anterior al que hasta ahora se creía que fundaba las sociedades humanas, y que Jean-Jacques Rousseau (1762) denominó en el siglo XVIII como contrato social. El verdadero pacto fundador es el contrato sexual, que consiste en un pacto no pacífico entre varones heterosexuales para distribuirse entre ellos el acceso a los cuerpos femeninos. En esa línea, Celia Amorós (2000) apunta a la Fratría como un grupo juramentado, constituido bajo la presión de una amenaza exterior de disolución, donde

el propio grupo se percibe como condición del mantenimiento de la identidad, de los intereses y los objetivos de sus miembros. Como sostiene Gamba (2008):

“Con la conformación de los Estados modernos el poder de vida y muerte sobre los demás miembros de una familia pasa de manos del *pater familias* al Estado, que garantiza principalmente a través de la ley y de la economía la sujeción de las mujeres al padre, al marido y a los varones en general, impidiendo su constitución como sujetos políticos” (Gamba, 2008: 259).

Estas teorizaciones sobre el patriarcado fueron esenciales para el desarrollo de las distintas corrientes del feminismo, como la radical, la marxista y la materialista, entre otras⁸. Para el feminismo radical, la sexualidad de las mujeres se considera prioritaria en la constitución del patriarcado. Autoras como Kate Millet (1975) refieren a las relaciones sexuales como relaciones políticas, a través de las cuales los varones dominan a las mujeres (Gamba, 2008).

Dentro del feminismo marxista, Heidi Hartmann sostiene la teoría de los sistemas duales definiendo el patriarcado como “un conjunto de relaciones sociales entre los hombres que tienen una base material, y aunque son jerárquicas crean o establecen interdependencia y solidaridad entre ellos que los capacitan para dominar a las mujeres” (1980:97). Por su parte Lidia Falcón (1993), desde el feminismo materialista, considera a las mujeres como clase socio-económica y a los padres y maridos como aquellos que controlan y disponen del cuerpo femenino, apropiándose de su trabajo productivo y reproductivo (Gamba, 2008). En ese marco, Christine Delphy asegura la existencia de una “relación de producción entre marido y mujer en la familia nuclear moderna, consistente en la relación de una persona o jefe, cuya producción se integra al circuito mercantil, con otra que le está subordinada, porque su producción, que no se integra a ese circuito, es convertida en algo invisible” (1980:5). A partir del matrimonio y del trabajo doméstico gratuito, las mujeres comparten una posición común de clase social de género. La restricción de la sexualidad, junto al matrimonio heterosexual, son elementos cruciales del patriarcado, que no descansa sólo en la familia sino en todas las estructuras que posibilitan este control (Gamba, 2008).

En términos generales, el patriarcado se define entonces como un sistema de relaciones sociales sexopolíticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurada por los varones, quienes como grupo social y en forma individual oprimen a las mujeres en forma colectiva y también individual.

⁸ El feminismo radical es una corriente que postula que la raíz de todas las desigualdades sociales se originan en el patriarcado. Por su parte, el feminismo marxista considera al capitalismo y al patriarcado como las fuentes de opresión de las mujeres, por lo que postula el socialismo como forma de liberación, de manera similar al feminismo materialista.

¿Pero por qué dedicarnos a reparar en estos términos? ¿Cuál es el sentido de revisar categorías y conceptos universales y en apariencia abstractos o inconexos? Puse especial atención a las definiciones e implicancias de la(s) masculinidad(es) y más aún en la hegemónica porque, como intentaré mostrar en los siguientes capítulos, desempeña un rol importante en las formas en que los jóvenes asumen sus paternidades. Gran parte de los atributos encuadrados en la masculinidad hegemónica pueden rastrearse en los relatos de los jóvenes (a la vez que resistencias y *fisuras* a esa lógica), así como mandatos de género (las ideas de ser varones proveedores y protectores de los hogares, *aguantadores* de presiones y condiciones de existencia desfavorables, demostrando carácter y *hombría* para asumirlas y sobrellevarlas, la heterosexualidad que marca y moldea sus propias concepciones de qué es ser varón y qué no, qué es ser padre y qué no, qué es ser un buen/mal padre, sus vinculaciones con las parejas mujeres y su percepción acerca de lo que es una familia), entre otras dimensiones que analizaré posteriormente. Asimismo, la lógica patriarcal mencionada interpela constantemente las concepciones y prácticas paternas de los jóvenes como también el accionar de referentes institucionales incluídos en esta tesis.

En la próxima sección presento la construcción y el tratamiento del “embarazo adolescente” como problema social y de salud pública como la antesala de las investigaciones sobre paternidades juveniles. Reparar en esta construcción permitirá comprender cómo los enfoques predominantes sobre el embarazo han centrado su mirada en la población femenina con un objetivo preventivo. Los efectos de ese recorte desplazaron a los varones de los procesos reproductivos y de cuidado, relegándolos a un papel secundario. Detrás de estos enfoques, subyacen distintos modos, concepciones y discursos de referirse a lxs jóvenes, como veremos en el apartado siguiente.

1.2. La construcción del embarazo adolescente como un problema social

La tematización del embarazo en la adolescencia como un “problema” de salud pública, merecedor de atención en términos de investigación y de intervención por parte del Estado, *se produce* en la década del sesenta acompañando los cambios sociodemográficos, económicos, culturales e ideológico-políticos que tuvieron lugar tras la Segunda Guerra Mundial (Adaszko, 2005). Estas transformaciones originaron una creciente preocupación por la normalización del comportamiento de lxs jóvenes, más específicamente por aquellas conductas que pudieran *minar su transición* hacia una forma socialmente aceptada de “ser adultx”.

Como señala Adaszko (2005), tras el gran número de nacimientos que siguió a la Segunda Guerra era común y de poco interés en los Estados Unidos que la maternidad/paternidad comenzara durante la juventud. En 1957, la tasa de fecundidad para este grupo en dicho país llegaba a 96.3 por mil: 1 de cada 10 jóvenes daba a luz cada año (Adaszko, 2005). Por el contrario, fue distinguido como tal recién en la década del '60, en el marco de una serie de transformaciones sociales que surgieron en el período de postguerra, especialmente bajo el impulso de las agencias internacionales, entre ellas, el Fondo de las Naciones Unidas para la Población (UNFPA) (Stern, 2003; Adaszko, 2005).

En nuestro país, el problema de la maternidad adolescente construido por lxs adultxs y por las instituciones aparece como preocupación de la salud pública también hacia 1960, habiéndose edificado sobre tres campos fundamentales: el moral, el legal y el de la salud (Palomar Vereá, 2004; Ortale, 2008) definiéndola como un acontecimiento negativo a partir del cual lxs jóvenes son controlados, normalizados o estigmatizados⁹. Para sustentar dicha construcción se han empleado distintos argumentos que permitieron justificar que éste representaba un asunto de interés general, particularmente en el ámbito de la salud pública.

Desde una perspectiva constructivista de los problemas sociales, Criado (2005) sostiene que la definición de los problemas sociales siempre implica una serie de supuestos sobre qué –o quién– constituye el verdadero problema, y por tanto, cuál puede ser su solución. Esta definición es siempre política: depende de –y altera– la relación de fuerzas entre distintos grupos sociales. Y esta definición va más allá de una simple selección, entre la multitud de hechos sociales que podrían constituirse como problemas, de un número limitado de ellos.

Decir que los problemas sociales son construcciones no equivale a identificarlos, no obstante, con meras ficciones. Por una parte, porque estas categorizaciones se establecen a partir de hechos sociales preexistentes. Por otra, porque su misma institucionalización les confiere una realidad social que termina convirtiéndolos en algo evidente: son una parte del mundo que habitamos y de los esquemas con que percibimos este mundo. Ello provoca que sea tan difícil cuestionar las categorías a partir de las que se construyen. En este sentido, Criado (2005) señala que la mayoría de los problemas juveniles son definidos por grupos u organizaciones compuestos

⁹ En 1974, la Organización Mundial de la Salud (OMS) considera al embarazo adolescente como un problema de salud desde el punto de vista biológico, médico, psicológico, ético y legal, integrándolo en su agenda.

mayoritariamente por adultxs. Estas formulaciones suelen ser de dos tipos: *o bien la juventud constituye un problema o bien la juventud tiene un problema.*

En este marco, el estudio del embarazo adolescente ha sido abordado por dos grandes enfoques denominados tradicionales (o *hegemónicos*) y críticos, que ofrecen diferentes explicaciones sobre este evento en la vida de lxs jóvenes, amparándose en concepciones de adolescencia y juventud contrapuestas.

En el polo que conforman los enfoques tradicionales, el embarazo y la mater/paternidad adolescente se conciben como situaciones de riesgo (Fainsod, 2008). Por un lado, son interpretados como situaciones de riesgo biológico en tanto que la “temprana” edad en la que ocurren los embarazos y las maternidades conllevaría efectos adversos sobre la salud de la madre y del niñx (nacimientos prematuros, bajo peso al nacer, con el consiguiente impacto en la morbi-mortalidad perinatal y maternal). Por otro lado, se las considera como situaciones de riesgo social: el ser madre o padre en esta etapa de la vida traería aparejado el abandono de los estudios y la inmediata exclusión del mercado de trabajo. De este modo, otro de los argumentos de peso es la atribución que se les ha dado a estos fenómenos como causas de la pobreza.

Desde los argumentos planteados, y por sus consecuencias negativas, el embarazo y la mater/paternidad se conciben como fenómenos que no debieran ocurrir en esta etapa vital (Fainsod, 2008). Detrás de estas argumentaciones está implícita una norma de ser adolescente o joven que propone al embarazo y a la maternidad/paternidad adolescente como comportamientos desviados. A estxs adolescentes, principalmente a las mujeres, se les atribuyen conductas irresponsables e inmaduras propias de los contextos de socialización familiar “disfuncionales” en los que viven. El supuesto de que la adolescencia es una etapa universal y homogénea en el desarrollo humano lleva también a plantear estos eventos como problemas para los cuales existen causas y consecuencias generalizables, controlables y previsibles.

Estas concepciones de lxs jóvenes hunden sus raíces en los enfoques funcionalistas¹⁰ y de transición. En el primero, la juventud es visualizada en términos negativos, como un tiempo vacío o de espera a la asunción de roles adultos. Esta perspectiva enfatiza en la falta, en aquel tiempo que lxs jóvenes requieren atravesar para llegar a la adultez, definiendo a la juventud como un grupo homogéneo y unificado por criterios emocionales y psicológicos, sin reparar en su carácter de constructo social.

¹⁰ Uno de los referentes ineludibles de esta corriente es Talcott Parsons. A través de su obra “Age and sex in the social structure of United States” (1942), acuña el término “cultura juvenil” para describir un conjunto de patrones y comportamientos de esa nueva categoría social americana.

Estas teorías, dominantes todavía hoy en el sentido común, fueron formuladas por primera vez por Stanley Hall (1904). Este autor caracterizaba a la adolescencia como una etapa de “tempestad y estímulo” o de “turbulencia y tensión” (del alemán *Sturm und drang*) a partir de la teoría de la recapitulación. Los aspectos psicológicos altamente inestables observados entre lxs jóvenes norteamericanxs en su investigación tenían un origen hormonal, y si este proceso era universal, sus consecuencias psicosociales también debían serlo. Al tener una base biológica, esta *turbulencia emocional* convertía a la adolescencia en un estadio inevitable del desarrollo humano¹¹.

Diferenciándose del enfoque funcionalista, el enfoque de transición plantea a la juventud por su finalidad, no por sus roles. Así la juventud es un proceso mediante el cual las personas logran la independencia familiar (conforman un hogar propio) y económica; es decir, supone el pasaje de la escuela al mundo laboral y del hogar/familia de origen al hogar/familia propia. Roberti (2018) señala 3 críticas a este último enfoque: una primera crítica refiere a la mirada adultocéntrica que subyace a esta perspectiva, al definir a lxs jóvenes tomando como parámetro a lxs adultxs. Así se concibe a la juventud como una etapa que media provisoriamente entre la niñez y la adultez, estableciendo las características de lxs jóvenes desde la falta y la negación. Una segunda crítica refiere a su visión lineal y estática de la juventud, que estipula la sucesión ordenada de eventos o acontecimientos comunes para todxs lxs sujetxs, sin reparar en la diversidad de experiencias y contextos durante dicho pasaje a la vida adulta. Finalmente, este enfoque presenta dificultades para definir las fronteras sobre aquello que considera juventud, la delimitación precisa de ese momento vital. Esta perspectiva ignora formas de emancipación económica y familiar alternativas a las tradicionales o esperables y tampoco pone en discusión la prolongación de la etapa juvenil.

Estas perspectivas de la juventud que subyacen a los enfoques tradicionales del embarazo adolescente, considerándola como una etapa universal, invariable y lineal, excluye las diferentes significaciones y prácticas adolescentes que dan cuenta de las desigualdades de clase, género, étnicas y etarias.

Los trabajos producidos dentro de este marco enfatizan en general la falta de educación sexual de lxs adolescentes, la conducta inmadura e irresponsable de lxs mismxs y los inconvenientes y las consecuencias que los embarazos suscitan en relación a la deserción escolar, a su salud y a su condición de pobreza (Stern, 2004;

¹¹ Años posteriores, Margaret Mead (1928) criticará y relativizará el carácter universal de vivir la adolescencia a partir de su trabajo de campo en Samoa. La adolescencia allí no representaba un período de crisis, aparece como una construcción cultural relativa en el tiempo y en el espacio.

Celsam, 2009). Desde estas perspectivas y desde miradas adultocéntricas, la adolescencia fue considerada una etapa de transición y de vulnerabilidad, así como también lxs adolescentes fueron percibidos como sujetxs inconclusxs, incompletxs (ni adultxs ni niñxs) e inestables, que debían ser disciplinadxs, controladxs, “civilizados” por lxs adultxs (Adaszko, 2005). En dicho marco, la ocurrencia de un embarazo en esta etapa vital fue leída como una desviación de la conducta sexual adolescente que debía ser controlada y normalizada desde las distintas instituciones, especialmente desde el Estado. Desde estos enfoques, como sostiene Fainsod (2008), el papel de las instituciones es el de evitar y corregir las desviaciones como el embarazo, la maternidad y la paternidad. De allí la fuerte demanda a las instituciones de salud y educativas para que regulen la vida, vigilen la sexualidad de este grupo etario y logren prevenir lo que no debe ocurrir en este momento vital (Fainsod, 2008; Lavigne, 2013).

Estos enfoques tradicionalistas lograron constituirse como los discursos hegemónicos en la construcción de la agenda académica y de intervención en torno a estas temáticas, atravesando de manera significativa las investigaciones y los sentidos que adoptaron las políticas públicas en salud (Adaszko, 2005).

Como indica Tapia (2012), los argumentos subrayados para posicionar al embarazo adolescente como un problema fue el importante crecimiento de las tasas de fecundidad entre las adolescentes (Stern, 2003; Adaszko, 2005; Fainsod, 2008). La autora destaca que la legitimidad de esta perspectiva se basa en el conocimiento científico “occidental”, a través del cual sustenta sus saberes y prácticas. Otro de los argumentos utilizados con el fin de evidenciar la relevancia de este problema, sostenía que el embarazo contribuía a la transmisión intergeneracional de la pobreza. Esto se explicaba en la necesidad de abandonar la escolaridad tras el embarazo, la limitación para acceder a empleos bien remunerados y por lo tanto, a los recursos necesarios para brindar cuidado a sus hijxs (Stern, 2003; Stern y García, 1996; Adaszko, 2005; Fainsod, 2005, 2008).

Es preciso advertir que, aun cuando tales argumentos no se basaran necesariamente en información correcta o verificable, estos discursos se tornaron hegemónicos para explicar la relevancia de este problema y, aún hoy, atraviesan muchas de las justificaciones utilizadas para implementar acciones vinculadas a la *prevención del embarazo adolescente*. Aunque éstos no constituyeran la única visión acerca de esta temática, lograron imponerse como la visión válida para dar cuenta de aquélla.

Lo que predomina finalmente entre las políticas de salud y los equipos de salud de lxs efectores que las implementan es “una tendencia a considerar que la situación

del embarazo y la maternidad/paternidad durante la adolescencia no es adecuada, independientemente de si se producen o no efectos adversos en la salud, si la joven embarazada tiene doce, dieciséis o dieciocho años, si el mismo es resultado de un abuso o si fue buscado o querido” (Adaszko, 2005:34). Estas concepciones estarán sustentadas muchas veces en el análisis de información estadística en el que se utilizan diferentes indicadores para dar cuenta del aumento y la “urgencia” del tratamiento de estos eventos.

En tal sentido, Tapia (2012) sostiene que la definición del problema del embarazo en la adolescencia, incluso desde su nominación como “embarazo adolescente” y su connotación negativa para la vida de todxs jóvenes, permite vislumbrar estas luchas por la imposición del sentido, en la que los agentes que han contado con mayor legitimidad y autoridad para dar cuenta de su forma de explicación y abordaje han sido lxs adultxs. Como afirma Adaszko, “la expresión ‘embarazo adolescente’ denota inmediatamente una valoración negativa y se entiende como un problema público sobre el cual la opinión de los adultos –padres, maestros, médicos, comunicadores, planificadores y políticos- tienen tanto o mayor peso que la de los propios adolescentes” (2005:34). Estas representaciones se montan sobre el concepto de “responsabilidad” que contribuye a circunscribir en el contexto de la intervención del Estado aquellas conductas sexuales consideradas “aceptables”, promoviendo cierta vigilancia por parte de lxs sujetxs sobre sus propios cuerpos y acciones (Lavigne, 2013). De hecho, la exigencia de ser “responsable” está presente en los textos normativos de diferentes políticas públicas en sexualidad que caracterizan las formas de gestión contemporánea de los cuerpos

Pese a la hegemonía que los discursos tradicionales aún tienen en la salud pública, en los últimos años se ha producido una fractura a través de la cual comenzaron, también aquí, a visibilizarse posiciones alternativas. En oposición a los enfoques tradicionales, comienzan a emerger otros nuevos de corte crítico que establecen un tipo diferente de correlaciones y explicaciones entre pobreza-embarazo y maternidad-paternidad-escolarización, como también una concepción diferente de la juventud. En esta línea, Stern y García (1996) señalan:

La edad del embarazo en sí no es la causa de la pobreza o de un menor bienestar futuro. Son, por un lado, los orígenes sociales y familiares de los que proviene la joven y que tienen más que ver con un contexto de desigualdad social que se traduce en desigualdad de oportunidades, que caracteriza a estas adolescentes más allá del embarazo (1996: 35)

A través de la evidencia registrada en distintas investigaciones (Stern, 2003; Pantelides y Binstock, 2004; Adaszko, 2005; Gogna, 2005, Fainsod, 2005, 2008), se

han cuestionado los enfoques tradicionales que justificaban la preocupación por este acontecimiento en ese momento vital en función de argumentos descontextualizados que solían universalizar, a partir de la edad de las jóvenes, atributos idénticos a grupos sociales diferentes, especialmente, en lo que refiere a las causas y consecuencias del embarazo y la maternidad en la vida de las jóvenes.

Así, en relación al argumento que atribuye al embarazo y a la maternidad en la adolescencia un riesgo biológico, se ha determinado que si bien el embarazo precoz definido en términos biomédicos¹² podría constituirse efectivamente en un riesgo para la salud, no se observan las mismas características en los embarazos que ocurren a partir de los 15 años. Además, los enfoques críticos comienzan a revisar y visualizar nuevas dimensiones ligadas al vínculo pobreza-maternidad o embarazo adolescente-escolarización. Las preguntas centrales de los estudios que se inscriben en esta línea de investigación proponen dilucidar de qué modo, el embarazo y la mater/paternidad se producen en contextos de pobreza y desigualdad social y cómo este evento vulnera trayectorias de vida de las jóvenes, precarizando sus posibilidades en sus estudios y en el mercado de trabajo.

Varias y recientes investigaciones sociológicas en Argentina analizan la maternidad adolescente apelando a categorías como las relaciones de género, sexualidad, ubicación etaria y clase social (Stern y García, 1999; Genolet, 2001; Adaszko, 2005; Gogna, 2005; Pantelides, 2007). A diferencia de la mirada biologicista, considera que los riesgos de la morbilidad adolescente estriban en la desigualdad social y la pobreza. Este enfoque considera el embarazo adolescente no por sus implicancias sanitarias y demográficas, sino como sintetizador de símbolos y significados pertinentes a la sexualidad, la maternidad, la identidad de género o las relaciones sociales. Los argumentos estrictamente biomédicos basados en el enfoque de riesgo o los psicosociales que apelan a aspectos relativos a la inmadurez etaria van cediendo espacio para una lectura sociológica del fenómeno, donde se privilegia un enfoque explicativo en torno a la precariedad socioeconómica que permea las condiciones de vida de la mayoría de las jóvenes que se embarazan, valorizando para su comprensión más cabal los sistemas de representaciones, el género, buscando penetrar en los sistemas de valores, las creencias y prácticas de las adolescentes (Genolet, 2004; Marcús 2006; Checa, 2003; Checa, Erbaro, Schvartzman, 2009).

En efecto, estos estudios problematizaron tales argumentos a fin de complejizar las explicaciones y redefinir críticamente la concepción del embarazo como problema

¹² Es el embarazo que ocurre antes de tener la madurez ginecológica necesaria, la cual se define dos años después de la menarca, alrededor de los 14-15 años.

derivado sólo de la edad de las adolescentes (Stern, 2003, Pantelides, 2004; Gogna, 2005; Adaszko, 2005). De este modo, se destacará que la distribución inequitativa de los riesgos de morbilidad entre distintos sectores sociales devienen no de la edad de las jóvenes, sino de condiciones de pobreza que derivan en dificultades para el acceso a la atención de la salud (Checa 2003; Gogna, 2005; Pantelides y Binstock, 2007). Dentro de los abordajes críticos sobre el embarazo adolescente, se apunta a una multiplicidad de formas de ser joven y se otorga agencia a lxs actores, considerándolxs sujetxs con capacidades (Cháves, 2005).

La presente tesis se ubica dentro de este último enfoque porque permite analizar la diversidad de experiencias de paternidad que se producen en contextos de vulnerabilidad, así como también repensar las vinculaciones y las explicaciones de este acontecimiento con otras dimensiones de sus trayectorias, como la escuela o el trabajo, desde experiencias situadas. De este modo, me distancio de los enfoques tradicionalistas y sus concepciones negativas y de transición sobre la juventud que subyacen a sus argumentaciones.

Sin embargo, considero necesario precisar (nuevamente) que las mater/paternidades en la adolescencia y la juventud deben ser analizadas como un acontecimiento que indefectiblemente impacta en las trayectorias vitales de lxs jóvenes (especialmente de las mujeres) en barrios populares y en sus posibilidades de inclusión social, a través del estudio o el trabajo. Más allá de las discusiones teóricas aquí expuestas sobre cómo las mater/paternidades en este grupo etario se han construido como un problema de agenda pública a resolver y reducir (Heilborn, 1996), considero que estos eventos no pueden ser relativizados o minimizados: las mater/paternidades en la juventud no determinan (como un destino) sus trayectorias, pero sí las condicionan en mayor o menor medida, dependiendo del conjunto de soportes y de vulnerabilidades precedentes (que definiré en la última sección) que lxs jóvenes presenten, como intentaré mostrar para el caso de los varones padres en los próximos capítulos.

En este marco, me posiciono en una perspectiva analítica que contemple las juventudes en sus diversidades. Siguiendo los aportes de Bourdieu (1990), Margulis (1994), Feixa (1998) y Cháves (2005, 2010, 2011), considero a la juventud desde una *categoría relacional*, abierta, plural, histórica, social y culturalmente determinada y pasible de transformaciones y resignificaciones. La referencia directa con una edad es una construcción histórica, cultural y social que se interioriza mediante distintos mecanismos. El punto es que, más que definida por la edad, la juventud se define a partir de una serie de posiciones que lxs sujetxs reconocen ocupar en ciertos espacios sociales. Cada época definirá su significado y a su vez éste no será único, habrá

sentidos hegemónicos y alternos. Así, la juventud puede ser pensada como un modo que propone la cultura de vivir una parte de la vida y de cómo lxs sujetxs lo agencian: es el modo que articula la cultura (moderna y occidental) de explicar, de dar sentido, de practicar, de habitar, ese espacio social de la experiencia, desde diferentes situaciones y distintas posiciones sociales (Cháves, 2006). Estas definiciones permitirán comprender cómo los padres varones entrevistados asumen su juventud y qué particularidades presentan esos modos en un barrio popular. Además de sus definiciones sobre juventudes, retomo los aportes de Cháves (2005) para reflexionar sobre las representaciones y discursos sobre lxs jóvenes presentes en las instituciones por las que ellxs circulan, como el centro de salud y las escuelas, pero también en las instituciones barriales.

En síntesis, en esta sección destacué la construcción social del embarazo adolescente y los dos enfoques principales (tradicionales y críticos) por los que ha sido abordado en las investigaciones sociales, las concepciones de juventud que subyacen en uno y otro y cómo el enfoque tradicional hegemónico logró permear gran parte de las políticas destinadas a este grupo en particular. Estos distintos posicionamientos y discursos son producidos y reproducidos por las diferentes instituciones relevadas que transitan los jóvenes entrevistados atravesando su trabajo diario, como analizaré en el capítulo 3.

En la próxima sección presento un mapa de las investigaciones que han abordado las paternidades, organizadas en distintas categorías de análisis. El objetivo es señalar sus principales hallazgos y sus áreas de vacancia para ubicar y sustentar los aportes de esta tesis a dicho campo temático.

1.3. Paternidad tampoco hay una sola: tres perspectivas de análisis

En este apartado me propongo reconstruir el panorama actual de los estudios sobre paternidades a partir de la selección de un corpus compuesto por artículos académicos publicados en revistas científicas, así como por tesis de posgrados (maestría y doctorales) en base a su relevancia temática. Este proceso de reconstrucción significó ordenar los trabajos encontrados en rótulos que abarcaran grandes temas. Después de su lectura y análisis, organicé estos trabajos en tres grupos (no excluyentes). El objetivo de este proceso es insertar (dialogando/tensionando/complementando) esta tesis en un conjunto más amplio de estudios a partir de su área de vacancia por el caso y por la perspectiva teórico metodológica empleada (incluyendo la estrategia interpretativa). Para organizar la bibliografía disponible, me inspiré en la sistematización provista por Norma Fuller

(2002) quien aglutinó los estudios de paternidad en dos tradiciones o perspectivas (psicológica y antropológica), y una tercera propuesta por mí a la que denominé sociológica (que involucra y se subdivide en otras dimensiones analíticas).

Desde el ámbito académico, los trabajos pioneros en la temática se agrupan bajo la perspectiva que Fuller (2002) denomina *psicológica*. La escuela psicoanalítica ha sido una de las que más ha enfatizado la importancia de la identificación del hijx con el padre para la internalización de las normas sociales y para la constitución de una identidad de género masculina. En desarrollos posteriores, Lacan aborda la noción de función paterna como símbolo de la ley, la política y las normas sociales, separándose del mundo natural y asocial vinculado al universo femenino (Irigaray, 1974, 1993; Kristeva, 1986). De este modo, el padre es el símbolo del orden patriarcal (Fuller, 2000, Arteaga, 2010).

Una segunda perspectiva de corte *antropológico* considera a la paternidad como un fenómeno socio-cultural, resultado de las relaciones genéricas, étnicas y de clase. Estos estudios enfatizan el carácter construido de la paternidad, lejos de considerarlo un *hecho natural*. Además, muestran que la relación biológica de reproducción no es necesaria para la creación de un vínculo de parentesco y de afecto entre padres e hijxs (Flandrin, 1979, Gilmore, 1990, Guttman, 1995). Como señala Parrini (2000:70) “los estudios antropológicos e históricos permiten visualizar la variabilidad histórico cultural de la paternidad y su carácter construido, ligado a determinados contextos políticos, económicos, sociales; así como a ciertas configuraciones simbólicas e imaginarias. La paternidad será construida de maneras específicas en cada sociedad, en un momento histórico dado y será afectada por los procesos socioculturales que se desplieguen en dicho momento. No hay una respuesta a la paternidad para todas las culturas y sociedades humanas”. Considero que el principal mérito de esta corriente fue quitar el foco del hecho natural a la reproducción, des-esencializarlo y codificarlo como una construcción de la cultura.

Desde la perspectiva que denominé *sociológica*, fuertemente vinculada y centrada en los Estudios de Masculinidad en América Latina, los primeros análisis se centraron en la salud sexual de los varones, a partir de las infecciones de transmisión sexual como el VIH/Sida. Como señalé anteriormente, la realización de la Conferencia Internacional sobre Población y el Desarrollo de El Cairo (1994) abrió un escenario propicio para la visibilización de los varones tanto como sujetos de investigación en materia de salud sexual y reproductiva como de intervención por parte de las políticas públicas.

Los trabajos encontrados, desarrollados principalmente en México y Chile, reparan en los comportamientos sexuales “de riesgo” de esta población vinculándolos con su socialización de género. Enfatizan el abordaje de los varones como objeto/sujeto de estudio (como actores principales y no secundarios) en los procesos sexuales (De Keijzer, 1997, 2001; Arias y Rodríguez, 1998; Fuentes, Lozano y Reynoso, 2003; Villaseñor y Castañeda, 2003; Montesinos 2005; Charry y Torres, 2005; Figueroa, Jiménez y Tena, 2006). Gracias a este enfoque de investigación, que aglutina trabajos en su mayoría de corte cualitativo, los estudios dan cuenta cómo el modelo tradicional de masculinidad constituye un factor de riesgo para los varones impactando negativamente en su salud sexual y la de sus parejas, dada la resistencia que en muchos casos existe al uso de métodos anticonceptivos (preservativo masculino) por las connotaciones que éste posee como aparente obstaculizador del placer y por ende de la *hombría* (De Keijzer, 1997, 2001).

El cuestionamiento a los modelos de masculinidad o masculinidad hegemónica (especialmente al *machismo*) trajo aparejadas otras discusiones, poniendo en el centro de la escena las preguntas por la paternidad. Como mencioné en la introducción de la tesis, Viveros Vigoya (2007) y Baker (2003) entre otrxs autorxs (Sadler, 2007; Aguayo, 2016), sostienen que la mayoría de los estudios sobre paternidad han sido abordados generalmente desde una perspectiva negativa, adjudicando especial énfasis al *machismo* y sus consecuencias en la relación padres-hijxs. Estos estudios se centraban en su ausencia y no plantearon una reflexión en torno a su presencia, los valores, actitudes y expectativas de los varones respecto a esta experiencia: “poco sabemos de los padres presentes en los hogares, de las condiciones bajo las cuales aceptan o rehúsan las obligaciones y tareas que llevan al desempeño de su rol paterno, y de los significados que le atribuyen a la paternidad” (Sadler, 2007: 439).

Como contracara de esta serie de estudios, un segundo grupo que integra la perspectiva sociológica, lo conforman un conjunto de producciones bajo el rótulo de las “nuevas paternidades” (Bonino, 2002, 2003). A partir de las últimas décadas, los estudios sobre paternidad comenzaron a poner su foco en la presencia de los padres y en las nuevas relaciones que estaban desarrollándose entre padres e hijxs. Estos trabajos indicaron el surgimiento de una nueva paternidad donde existe un mayor involucramiento de los varones en los cuidados de lxs hijxs, acentuando las relaciones de afectos, la subjetividad y la libertad en las relaciones familiares (Resende y Alonso, 1995, Trindade y Menandro, 2002).

Generalmente la paternidad ha estado asociada con la autoridad y la provisión económica. Sin embargo, distintos estudios realizados en Latinoamérica han indicado

que las prácticas paternas registran algunas transformaciones tendientes a introducir relaciones más igualitarias y cercanas dentro de la familia (Fuller 2000; Viveros 2000; Olavarría 2000; Jiménez 2003). Entre estos cambios se encuentran: las manifestaciones de afecto, la participación en el cuidado de lxs hijxs, la promoción de la autonomía y el deseo de los propios varones a participar más en la vida de sus hijxs (Barclay y Lupton, 1999; Deave y Johnson, 2008; Draper, 2003; Finn y Henwood, 2009; Henwood y Procter, 2003; Herrera y Pavicevic, 2016; Ives, 2014; Miller, 2011; Shirani, 2015), obligando en algunos países a la revisión de la extensión de licencias por paternidad (“o prenatales”) para que los padres varones puedan estar más presentes en esos procesos (Lupica, 2014, Tronco Rosas, Ocaña López y Peralta Quevedo, 2015). Incluyo también en este grupo investigaciones sobre prácticas de participación en el hogar y cuidado de hijxs de varones de clase media urbana (Venturiello, 2012; Findling, 2014; Ponce 2014). Estas producciones reparan en estas nuevas prácticas y se interrogan si las mismas habilitan grandes transformaciones en las relaciones de género o si en realidad se tratan de pequeños retoques que no logran conmovir esa estructura de poder.

El fenómeno de estas nuevas paternidades está representado por la figura del *padre cuidador* (Bonino 2003) donde la paternidad es un servicio y una relación. Se brinda importancia al vínculo cotidiano, a la presencia física y emocional de padre a hijx, más allá del vínculo con la madre, superando la concepción de que los padres representan autoridad, distancia, educación y límites. En este grupo de trabajos la “paternidad” es entendida como una construcción social que cambia históricamente y tiene variaciones notables de una cultura a otra, así como entre las distintas clases sociales y etnias de un mismo país. Tal como interpreta Fuller (2000), la paternidad es:

“un campo de prácticas y significaciones culturales y sociales en torno a la reproducción, el vínculo que se establece o no con los/las hijos/as y su cuidado. Este campo de prácticas y significaciones emergen del entrecruzamiento de los discursos sociales que prescriben valores acerca de lo que es ser padre y producen guiones de los comportamientos reproductivos y parentales. Estos últimos varían según el momento del ciclo vital de las personas Asimismo, estas relaciones están marcadas por las jerarquías de edad, género, clase, raza y etnia” (Fuller, 2000:37).

Así, la paternidad no es unívoca y tampoco un aspecto desvinculado de la identidad de los varones, como podría pensarse (Fuller, 2000, Villa, 2007). Retomo la sugerencia de estos autores para referirme a “paternidades” o “paternidades múltiples” (De Keijzer, 2001, 2003; Bonino, 2003) en esta tesis, alejándome así de las conceptualizaciones que las configuran como un tipo de relación, universal y predeterminada de los varones con sus hijxs. Estos estudios demuestran como

primera evidencia que, lejos de la cuestión machista, la paternidad se configura como una dimensión fundamental de la vida de los varones y que su práctica asume distintas formas según momentos del ciclo vital, estructurales, familiares, condiciones materiales y culturales regionales. Aunque acuerdo con estas afirmaciones, coincido con Jelin (2017) y Volnovich (2017) cuando apuntan que la paternidad no es un rasgo definitorio de la masculinidad comparable a la maternidad para las mujeres.

Considero que estos trabajos realizan un gran aporte al introducir la idea de “paternidades múltiples”, incorporando nuevos elementos que configuran las paternidades actuales desde una mirada plural. En ellos se discute las viejas estructuras reificadas y estáticas, que empiezan a ser cuestionadas y resignificadas, dando lugar a la construcción de modelos alternativos de *paternidades* a partir de las voces de los propios varones (Doria, Oliveira y Muzskat, 1999; Parrini, 1999; Fuller, 2000, Viveros, 2000, Bonino, 2003, De Keijzer, 2003, Olavarría, Aguayo, 2003; 2010, 2017).

A partir del avance y la consolidación de estas investigaciones amalgamadas dentro del grupo de las “nuevas paternidades”, se propició el desarrollo de otras líneas de indagación, como las paternidades por adopción (Domínguez, Mackenna y Pacheco, 2001; Laia, 2010, Laguna Maqueda, 2015), por infertilidad masculina (Herrera, 2015) y uno de los desarrollos más nuevos en relación a las paternidades homoparentales (García y De Oliveira, 2004, Gómez, 2004, Giraldo Aguirre, 2015) y trans (Giraldo Aguirre, 2018). En relación a las paternidades y a la diversidad sexual, los balances generales de la producción bibliográfica en Norteamérica y Europa destacan tres temas: las prácticas de paternidad, el desenvolvimiento psicológico de lxs hijxs y las actitudes del contexto heterosexual frente a la homoparentalidad (Gato y Fontaine, 2014). A pesar de ser un campo de estudios joven en nuestra región, existe una producción suficiente que merece ser revisada. La producción académica coincide con los avances jurídicos dirigidos a la población LGBTIQ+, en particular al matrimonio y la adopción igualitaria. Los países en donde se promulgaron estas medidas con más antelación son aquellos donde se presenta un mayor desarrollo investigativo.

Dentro del grupo de producciones de las “nuevas paternidades”, una línea poco explorada de investigaciones que considero central para esta tesis es aquella que aborda la participación de los varones en el proceso de embarazo, parto, puerperio y cuidados (Sadler 2007, Maroto Navarro, 2009; Castrillo, 2019). Estos estudios señalan las dificultades que tienen los varones padres para *nombrar* la experiencia del parto y el nacimiento de sus hijxs, apuntaladas en parte por las instituciones de salud que han centrado su atención en las mujeres y sus hijxs sin asignarles un espacio en dicho proceso. Sadler (2007) realiza una etnografía con varones padres en una sala de

espera hospitalaria durante el trabajo de parto de sus parejas, analizando su participación en calidad de acompañantes y el manejo de la información de lxs médicos sobre ese proceso. Maroto Navarro (2009) realiza una investigación explorando las necesidades y expectativas de un grupo de varones de clase media española hacia los servicios sanitarios sobre el proceso de nacimiento de sus hijxs. Sus conclusiones son aportes importantes para esta tesis: realiza una crítica al modelo asistencial que no incluye a los varones pero que tampoco considera protagonistas a las mujeres porque no son escuchadas. Los varones aparecen como participantes secundarios durante este proceso porque está corporalmente mediado. Asimismo, establece la afirmación de que los servicios sanitarios hacen invisibles a los varones; constata que los protocolos sanitarios limitan la participación de los varones y finalmente señala que el sistema sanitario reproduce la división sexual de género, prejuzgando a los varones que quieren participar de este proceso.

Por último, Castrillo (2019) analiza las distintas instancias de la atención médica perinatal, involucrando a un conjunto de actores entre los cuales incluye a las mujeres madres, a los varones padres y a las instituciones de salud en la ciudad de La Plata. En relación a los padres, plantea que los varones tienen posiciones oscilantes entre la justificación y el cuestionamiento respecto al modelo de atención de partos (hegemónico), rebelándose o aliándose a lxs profesionales médicos. Señala también los miedos de los varones de ingresar a la sala de partos, su impresionabilidad y el desconocimiento de su rol de acompañantes. Esta última investigación es sumamente valiosa para esta tesis porque problematiza el rol de acompañantes de los varones en el proceso de parto y el trabajo de campo es efectuado en los mismos hospitales públicos a los que acudieron los jóvenes que entrevisté y sus parejas para tener a sus hijxs.

Finalmente, el tercer y último conjunto de estudios que integran la perspectiva que denominé sociológica, repara en las paternidades en la adolescencia y la juventud. Estas investigaciones fueron promovidas en gran parte tras la amplia y profusa producción de trabajos sobre el “embarazo adolescente” como problema de indagación que aborde en la sección anterior (Pantelides y Cerruti, 1992; Stern, 1994, Pantelides, Geldstein e Infesta Domínguez, 1995; Climent, 1995; Checa, 1996, 2003; Kornblit, 1997, Kornblit y Petracci, 1998). Los trabajos apuntaban especialmente a las condiciones en las que se produce la maternidad de las adolescentes, sus comportamientos sexuales, el conocimiento y uso de métodos anticonceptivos, mayoritariamente en contextos de vulnerabilidad y pobreza. Los varones jóvenes aparecen en estas producciones, como ya he señalado anteriormente, como actores secundarios a estos procesos.

Las investigaciones que contemplan las paternidades en las juventudes pueden ser organizadas a su vez en tres grandes subgrupos: el primero resulta el más desarrollado en tanto volumen de producciones y otros dos más incipientes.

En el primero incluyo una serie de estudios que comienzan a visibilizar las prácticas sexuales de varones adolescentes, especialmente de sectores populares, en relación a prácticas de protección e iniciación sexual (Kornblit, 1997, Infesta Domínguez, 2001, Zamberlin, 2000, 2003; Manzelli, 2005) y profundizan sus indagaciones incorporando otras dimensiones analíticas como las representaciones de masculinidad de los varones y su relación con la salud reproductiva (Kornblit, 1997; Kornblit y Petracci, 1998; Zamberlin, 2000; Gogna, 2005; Pantelides, 2005; Petracci, 2005, 2007; Manzelli, 2006, 2011; Villa, 2007; Infesta Domínguez, 2011). Considero que el aporte más importante de este grupo fue visibilizar a los varones como sujetos principales de indagación, abandonando su papel secundario y utilizando la perspectiva de género como enfoque general de trabajo. A partir de ellos sabemos, como mencioné anteriormente, que la masculinidad hegemónica atenta contra las prácticas de cuidado de los varones.

En el segundo grupo incluyo investigaciones más recientes que reflexionan sobre el embarazo, la maternidad y la paternidad adolescentes conjuntamente desde la escuela (Villa, 2003, 2007; Fainsod, 2007, 2013; Vázquez, 2008, Mansione, Pallma y Steiman, 2012; UNICEF 2017). Estos trabajos muestran cómo se aborda desde los establecimientos educativos de diversas zonas (ciudad de Buenos Aires, conurbano y provincia de Buenos Aires) las mater/paternidades de lxs estudiantes, cómo impactan estas experiencias en las trayectorias educativas de estxs jóvenes a través de encuestas y entrevistas personales. El informe de UNICEF es especialmente relevante porque abreva en un viejo debate que divide a la bibliografía especializada: ¿las mater/paternidades necesariamente conllevan a la deserción escolar? Dicho informe afirma, al igual que el trabajo de Vázquez (2008), que las mater/paternidades no conducen necesariamente al abandono de la trayectoria educativa de lxs jóvenes, por lo que se propone (desde UNICEF) fortalecer la consolidación de las salas maternas para que tanto mujeres como varones puedan seguir concurriendo a la escuela y finalizar sus estudios.

En el último grupo de investigaciones sobre paternidades juveniles, los trabajos indagan sobre los significados sobre la paternidad que construyen los jóvenes, principalmente cómo procesaron ese evento en sus vidas, cuáles fueron las reacciones familiares frente a la noticia, sus consideraciones sobre qué es ser buenos/malos padres y cómo este evento es presentado por estas investigaciones

como un pasaje a la vida adulta y de responsabilidades (Kornblit, Mendes Diz, Petracci, 1997; Olavarría y Parrini, 1999; Parrini, 1999; Fuller, 2000; De Jesús Reyes, 2011; Cabello Garza, 2011). Es dentro de este subgrupo donde inserto esta tesis.

Considero que esta serie de investigaciones realizan aportes muy significativos a mi trabajo. No obstante, sabemos poco sobre qué ocurre con los varones en los procesos de reproducción y cuidado (desde el momento de la noticia del embarazo hasta las prácticas de cuidado que realizan en los hogares), y no disponemos de investigaciones que reflexionen sobre las paternidades juveniles incluyendo la dimensión del cuidado. Pero principalmente, no encuentro análisis de las paternidades juveniles desde la presencia y desde una perspectiva relacional que contemple no sólo las experiencias de los jóvenes sino también las respuestas institucionales (escolares, sanitarias, deportivas, políticas) frente a ellas como dos caras de un mismo tema que se complementan y tensionan. Como intentaré explicar en la próxima sección, las experiencias de las paternidades no se producen en el vacío, por lo que es de suma importancia la incorporación de la mirada que poseen las instituciones donde los adolescentes concurren a estos análisis, como también la comprensión de estas experiencias en relación a otras dimensiones, como el trabajo/empleo, el consumo problemático de sustancias, el conflicto con la ley, etcétera.

De este modo he presentado las principales líneas de análisis que constituyen mi estado del arte y a partir del cual he establecido algunas áreas de vacancia, algunos aportes fundamentales y autorxs ineludibles en este campo de conocimiento. En la siguiente sección presento los conceptos elegidos para el análisis de las experiencias de paternidad de barrios populares propuesto, como una caja de herramientas que permitirá comprenderlas en contexto y de modo situado.

1.4. Claves conceptuales: una propuesta

En base al recorrido histórico y conceptual realizado anteriormente y a la revisión del estado de conocimiento, en este apartado presento mi propuesta de análisis de las paternidades juveniles. El marco conceptual de la investigación conjuga aportes del enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos brasileño, de los estudios sobre juventudes y los estudios de familia y cuidados. La articulación de estos enfoques y conceptos permitirá ampliar las indagaciones sobre los jóvenes padres, explorando e incorporando dimensiones poco abordadas en investigaciones previas.

El punto de partida para comprender y analizar las experiencias de los jóvenes es definir a las paternidades como construcciones históricas y plurales. Como

mencioné en el apartado anterior, la paternidad no es unívoca y tampoco un aspecto desvinculado de la identidad de los varones (Fuller, 2000; de Keijzer, 2001, 2003; Bonino, 2003), alejándome así de las conceptualizaciones que las configuran como un tipo de relación, universal y predeterminada de los varones con sus hijxs. Si bien los mandatos de la paternidad tradicional o hegemónica, como sostienen Fuller (2000) y Olavarría (2006), se basan en proteger, proveer, educar y formar a lxs hijxs, parto de una conceptualización que dé cuenta de su heterogeneidad, variabilidad histórica y especificidades particulares que asume a lo largo de la trayectoria de vida de los varones en un contexto determinado (De Keijzer, 2001; 2003).

Pero el análisis sobre las experiencias de paternidades puede volverse una caja negra que incluya diferentes procesos y fenómenos si no explicito el sentido con el que serán empleadas a lo largo de la tesis. En etapas tempranas de este trabajo, mi propuesta original consistía en estudiar las representaciones que tenían los jóvenes sobre su paternidad y como consecuencia, sus prácticas. Dentro de las ciencias sociales, la idea de representación social posee un uso extendido. Las definiciones más precisas y conocidas provienen del campo de la psicología social, para la cual la representación social es siempre representación de alguna cosa (el objeto) y de alguien (el sujeto), sujeto que relaciona al objeto con un contenido. Siguiendo a Jodelet (2002) se trata de una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, orientado a la construcción de una realidad común en un conjunto social.

Avanzando en las lecturas, encontré dos aspectos epistemológicos problemáticos en la teoría de las representaciones apuntados por Segura (2015). En primer lugar, esta corriente parte de la preexistencia del objeto y, por lo tanto, la adecuación o no de la representación a este. En segundo lugar, naturaliza la distinción entre un conocimiento de sentido común y otros modos de conocimiento, como la ciencia, sujeta a otro régimen. De este modo, entiendo que es más adecuado abordar las prácticas discursivas como constitutivas del objeto al cual se refieren, y todo tipo de conocimiento es susceptible de ser tratado como formas específicas de representación social. Retomando a Ramiro Segura (2015) quien evoca a Daniel Mato, afirmo que

“mientras en esta tradición teórica “la idea de representación social se aparea con la de realidad, es decir, se supone que la representación lo es de una cierta realidad”; en el uso aquí dado “la idea de representación se aparea con la de experiencia”, lo que supone que no hay una realidad que representar, sino diversas maneras de interpretar y simbolizar la experiencia social (2015:80 recuperado por Segura, 2015).

Ahora bien, el concepto de experiencia también tiene una extensa tradición y debates al interior de la filosofía. Raymond Williams sostiene que durante el siglo XX

es posible identificar dos posiciones extremas respecto de “experiencia”. En uno de los extremos, “la experiencia (presente) se propone como fundamento necesario (inmediato y auténtico) para todo razonamiento y análisis (subsiguientes)”; en el otro extremo, la experiencia “se ve como el producto de las condiciones sociales, sistema de creencia o sistemas fundamentales de percepción, y por lo tanto, no como material de las verdades, sino como evidencia de condiciones o sistemas que por definición ella no puede explicar por sí misma” (2000:140). Siguiendo a Segura (2015), retomo el camino alternativo de Williams para romper con esta dicotomía: la experiencia supone la comparación constante entre lo articulado y lo vivido, la frecuente “tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica” (Williams, 1997:154-155), proceso que constituye una fuente para los cambios en las relaciones entre el significante y el significado.

Por su parte, Joan Scott (1999) llama la atención sobre el riesgo de que la experiencia aparezca como algo que las personas poseen, excluyéndose los procesos de construcción del sujeto y descontextualizando la agencia como un atributo inherente a lxs individuxs, de modo que se invisibiliza la naturaleza construida de la experiencia y se dejan de lado la historia, el mundo simbólico y su productividad. Scott (1999) enfoca su atención en las identidades, razón por la cual sostiene que lxs individuxs son constituidxs por la experiencia. Lo interesante de la propuesta de Scott es su énfasis en la necesidad de observar los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a lxs sujetxs y dan lugar a sus experiencias. De ese modo evita naturalizar su agencia y permite interpretar las conductas y significaciones como cultura. En línea con las últimas consideraciones realizadas sobre el trabajo de Williams, recupero a Scott (1999) para reforzar la visión que sostiene que percibir cabalmente la experiencia supone pensar a lxs sujetxs en sus posiciones, ya que las experiencias y sus significaciones no son aisladas.

Dentro de las filas del feminismo, el concepto de experiencia fue fundamental desde sus inicios para comprender las experiencias comunes de las mujeres como colectivo convirtiendo lo personal en político (Kate Millet, 1970), como la experiencia de la opresión, la experiencia de la maternidad, entre otras¹³. Sumando a los planteos de Williams y Scott, Teresa de Laurentis (1989) señaló que la experiencia es el proceso por el cual se construye la subjetividad de lxs seres sociales. Para cada persona la subjetividad está en permanente construcción y el proceso es continuo; la experiencia es el efecto de la interacción con el mundo. El aporte del feminismo y que

¹³ Estas primeras acepciones de experiencia dentro del feminismo fueron posteriormente criticadas por considerarlas ahistóricas, esencialistas y ciegas a la diferencia de experiencias. Sin embargo, este concepto permitió enlazar lo personal y lo político y exponerlo en la arena pública.

sin duda será para esta tesis, es que esx sujetx que se construye también es sexuadx, no solamente atravesado por las diferencias de clase o etnia.

En definitiva, en esta tesis abordo las experiencias como los modos de ver, hacer y sentir las paternidades por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que en sus vidas cotidianas se vinculan los discursos y las prácticas, en el marco de un sistema de relaciones genéricas. Las representaciones que se producen de las paternidades dependen de la experiencia social de los actores. Estas representaciones organizan la experiencia, otorgando sentido a las prácticas, a la vez que pueden ser modificadas a través de dichas prácticas. Analizaré entonces las experiencias de las paternidades como un proceso donde interactúan sentidos, categorías y prácticas que se disputan con otrxs actores (en este caso, con las instituciones que asisten los jóvenes).

Apelo al enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos para observar cómo, en dónde y sobre qué sujetxs o grupos se condensa la desprotección y la precariedad en la adolescencia y juventud. En este enfoque, el objeto principal de atención se desplaza de las identidades -personales o sociales- hacia las relaciones sociales, base de las situaciones de vulnerabilidad, como las relaciones de género, las relaciones económicas y las relaciones generacionales (Ayres, Paiva, Buchalla, 2012b). La vulnerabilidad es entendida como un conjunto de aspectos individuales y colectivos vinculados con una mayor susceptibilidad a padecer perjuicios y menor disponibilidad de recursos para su protección (Ayres et.al, 2012b). Se distinguen tres dimensiones en permanente interacción: lo individual, lo social y lo programático. Lo individual refiere a las relaciones intersubjetivas, lo social a los espacios concretos de interacción y lo programático al conjunto de políticas, servicios y acciones disponibles. Esta definición de vulnerabilidad presenta una gran afinidad con la de desigualdad entendida como dimensiones integradas que se retroalimentan y reproducen. Para Kessler (2014), el concepto de desigualdad es otra forma de abordar fenómenos que comúnmente se agrupan bajo la noción de pobreza. Como señala Capriati (2017):

“A diferencia de la pobreza y su referencia a un grupo particular privado de ciertos bienes básicos, el concepto de desigualdad propone una visión de tipo relacional en la cual la condición de pobreza es pensada en un proceso mayor y como parte de una dinámica social marcada por un conjunto de inequidades en el acceso a bienes y servicios. Así, la desigualdad, en tanto distribución diferencial de bienes y servicios, no solo se refiere a la cuestión de los ingresos, sino que también incluye aspectos de la vida social como la salud, la vivienda, el entorno urbano, entre otros. Estudiar las vulnerabilidades en salud es, entonces, un modo de abordar una de las expresiones de las desigualdades sociales”. (Capriati, 2017:123 y 124)

Retomando a Pecheny (2013), Capriati (2017) destaca que estas diferentes esferas de la vida social no deben ser analizadas como una sumatoria de desigualdades separadas o independientes (como también advertí con el enfoque de la interseccionalidad en la primera sección del capítulo), sino como dimensiones que se retroalimentan en procesos más amplios y complejos. En la presente investigación, estos conceptos permiten analizar dichos procesos en el territorio, a través de la descripción del escenario barrial que configura cierta disponibilidad de bienes y servicios para los jóvenes padres, como también las experiencias de los jóvenes sin perder de vista el contexto.

Otro concepto importante para el análisis de las experiencias de paternidades es el de soportes. Danilo Martuccelli (2006, 2007a, 2007b) los define como aquellos medios materiales e inmateriales, relaciones u objetos, experiencias o actividades diversas, que permiten a los individuos sostenerse en la existencia. A diferencia de los recursos o capitales, los soportes rara vez son utilizados a nivel instrumental, son de tipo relacional, escapan al control unilateral y suponen vínculos intersubjetivos (Martuccelli, 2006). La noción de soporte en su concepción ampliada, tal como la propone Martuccelli (2007b), se muestra como una herramienta de análisis productiva para comprender el diferencial de maneras por las cuales lxs individuxs se sostienen en el mundo.

El análisis de los soportes, sean éstos del orden afectivo, material o simbólico, revela que tienen distintas visibilidades y legitimidades, por lo que un soporte puede resultar estigmatizante, ambivalente o patologizante. Así, personas y grupos en posición de privilegio (social, económico, cultural) tienden a poseer soportes invisibles, incrementando el sentimiento de un sujetx que se sostiene y realiza desde el interior. Por el contrario, lxs individuxs en situación de fragilidad social, son definidxs como dependientes por contar con algunos soportes menos legitimados socialmente (como por ejemplo, un plan social). El desafío que propone el estudio de los soportes, más allá de la caracterización de su tipo, calidad y funcionamiento, es comprender cómo se insertan en entornos sociales y existenciales singulares, inscribiendo las historias de lxs individuxs en entramados particulares de interdependencias.

La relevancia de los soportes en esta tesis radica en el presupuesto de que las experiencias de paternidades de los jóvenes son condicionadas por el tipo, el número y la calidad de soportes o apoyos (familiares, sanitarios, institucionales, laborales, programáticos, recreativos) que dispongan, lo que hará que sus experiencias varíen. En este sentido, los soportes mencionados también pueden funcionar como *no apoyos*, dificultando estas experiencias.

Por último, una de las categorías fundamentales de esta tesis es la de *cuidado*. Faur (2014) señala que el cuidado fue considerado a lo largo de la historia como una actividad predominantemente femenina y maternal. Al atribuir este hecho a un rasgo propio de las mujeres por su capacidad de reproducción, la división sexual en la responsabilidad del cuidado se extendió más allá de esta capacidad y se convirtió en un aspecto crítico de su construcción de género. Cuando me refiero a la división sexual del trabajo aludo al proceso mediante el cual se han atribuido habilidades y responsabilidades a una persona en base a sus características biológicas, asociadas a uno u otro género (Faur, 2014). Esto se traduce en la distribución de las tareas fundamentales para la organización social, según se trate de varones o mujeres.

Basado en el mito del “instinto maternal”, el cuidado de niños quedó a cargo del trabajo cotidiano de las madres como un atributo de las “amas de casa”, confinándolas al espacio doméstico y privado en el marco de un modelo familiar instituido (Faur, 2014). Esta familia con roles asignados para varones y para mujeres sostiene este ordenamiento: los primeros son los encargados de la provisión económica del hogar a través del trabajo *productivo*, de las decisiones políticas y de todo lo que conforma la esfera “pública”. Las mujeres, en cambio, de la responsabilidad “emocional” de las familias, de mantener la salud de los hijos y encargarse de las tareas domésticas como *trabajo reproductivo*. El modelo *male breadwinner* (“varón proveedor” y “mujer ama de casa”) sentó las bases del ordenamiento social cuyo resultado fue una clara división de las esferas público y privada, donde la relevancia y la valoración social residen en lo público en detrimento de lo doméstico. Esta organización está justificada por un único modelo de familia: nuclear, heterosexual, monógama y patriarcal (Faur, 2014; Jelin, 2017).

Por su parte, Romero Almodóvar reconstruye cómo los autores clásicos y contemporáneos de la Sociología también aludieron a la división sexual del trabajo al interior de los hogares. Los primeros acercamientos que hallamos en la literatura sociológica sobre el tema “corresponden a reflexiones androcéntricas, sustentadas en argumentos de corte natural-biologicista-funcionalista” (2017:180). En ellos, los varones emergen como representantes de la autoridad, del orden y son los responsables máximos de garantizar la estabilidad (principalmente económica) de su familia; mientras las mujeres son responsables del espacio doméstico y las encargadas fundamentales del hogar, realizando las tareas de cuidado que aseguren el bienestar de todos sus integrantes.

Augusto Comte fue uno de los primeros autores en reconocer que el trabajo constituye la condición más esencial de la vida humana, y destacar qué papel juega el

mismo en la división social y sexual de la sociedad. Otorgaba a la familia el lugar de variable explicativa del conjunto social, entendiéndola como unidad social y cimiento del orden. Las mujeres en ese esquema aseguraban la reproducción social (Romero Almodóvar, 2017).

Asimismo, Emile Durkheim (1967) advirtió la superioridad de los varones por sobre las mujeres basándose en elementos físico-biológicos para explicar la división del trabajo entre ellxs. Además de señalar diferencias morfológicas (como el tamaño de los cráneos) entre varones y mujeres, “destacaba la conveniencia de una división sexual del trabajo donde unos ocuparan determinadas actividades y otras asumieran tareas diferentes para que ambos “sexos” se complementaran y construyeran la solidaridad conyugal que garantizara la evolución” (Romero Almodóvar, 2017:182). De no existir esta división, no habría nacido una forma de vida social: esta separación superaría para el autor los intereses puramente económicos, consiste en el establecimiento de un orden social y moral *sui generis*.

Es importante mencionar que Durkheim, al igual que Comte, destinó sus esfuerzos “no solo por resaltar las especificidades del trabajo extradoméstico, sino también en describir su relación con las dinámicas que ocurren en el interior de las familias” (Romero Almodóvar, 2017:183). Pero un elemento que distingue las reflexiones de Durkheim por sobre sus antecesores, es haber considerado al trabajo doméstico como una consecuencia de las relaciones contractuales que se establecen entre lxs individuxs. Esta idea será retomada por la sociología posterior para desnaturalizar las desigualdades existentes entre varones y mujeres en la división del trabajo (Romero Almodóvar, 2017).

Por su parte, el marxismo argumentó el carácter sociohistórico de la división social y sexual del trabajo al explicar que las diferentes funciones desempeñadas por mujeres y varones no estaban relacionadas con la posición que ellas ocupaban en el tejido social, sino con las formas organizativas y de producción que cada formación social histórica asume.

En “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, Engels (1884, reeditado en 1975) describe y analiza diversas organizaciones familiares. Así, destaca que en los denominados *clanes*, las mujeres constituían una gran fuerza y trabajaban jornadas completas, posicionándose mejor que los varones. Pero con el devenir de la familia hacia formas monogámicas, las funciones entre madres y padres comenzaron a delimitarse. Dicha transformación trajo aparejada la primera división del trabajo y con ella, el primer antagonismo de clases en la historia¹⁴. De acuerdo a Engels “la

¹⁴ Engels (1884) considera que la aparición de la propia privada y la división sexual del trabajo constituyen “la derrota histórica del sexo femenino”.

monogamia no aparece de ninguna manera como una reconciliación entre el hombre y la mujer [...] sino que entra en escena bajo la forma de esclavización de un sexo por otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria” (1975:75 retomado por Romero Almodóvar, 2017: 184).

Así, la justificación de la división del trabajo sexual no puede comprenderse por factores puramente fisiológicos, sino que posee un origen social y sexista. Las mujeres debían realizar las tareas domésticas, quedando excluidas del trabajo social. De manera inversa, si deseaban ingresar al trabajo industrial o productivo resultaba imposible cumplir sus *deberes* con la familia. Este esquema conlleva a Engels a afirmar que las mujeres representaban al proletariado en las familias obreras, y los varones a la burguesía. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845, reeditado en 1974) señala:

“El trabajo de la mujer disgrega completamente la familia, porque cuando la mujer pasa diariamente 12 o 13 horas en la fábrica y el marido trabaja también allí o en otra parte, ¿qué será de los niños? Ellos crecen libremente como la mala hierba o se dan a cuidar por 1 o 2 chelines a la semana, y uno se imagina cómo son tratados [...] es natural [entonces] que la mortalidad general de todos los niños pequeños aumente igualmente debido a que las madres trabajan y los hechos lo confirman de manera concluyente [...] [Pero,] en muchos casos la familia no está enteramente disgregada por el trabajo de la mujer, pero allí todo anda al revés. La mujer es quien mantiene a la familia, el hombre se queda en la casa, cuida a los niños, hace la limpieza y cocina. Este caso es muy frecuente; en Manchester solamente se podrían nombrar algunos centenares de hombres condenados a los quehaceres domésticos. Se puede imaginar fácilmente qué legítima indignación esa castración de hecho suscita entre los obreros, y qué trastorno de toda la vida familiar resulta de ello, en tanto que las demás condiciones sociales siguen siendo las mismas” (Engels, 1974, pp. 195-197 recuperado por Romero Almodóvar 2017:185).

Los análisis marxistas invisibilizaron la importancia de las mujeres en la producción de valor en la reproducción de la fuerza de trabajo en las familias. Esta es una de las principales críticas que el feminismo, principalmente la economía feminista¹⁵, objetará a los planteos marxistas: su “ceguera de género” en el estudio de la generación de plusvalía y la explotación.

Por último, un referente contemporáneo que alude a la división sexual del trabajo es Talcott Parsons, para quien la especialización de las funciones es lo que permite el mantenimiento del sistema capitalista (Romero Almodóvar, 2017). Como sostiene el autor, Parsons naturalizó y legitimó la diferenciación de roles instrumentales para

¹⁵ La economía feminista puso de relevancia la importancia del trabajo no remunerado que realizan las mujeres y llamó la atención sobre el valor económico que el mismo genera y las implicancias de género que tiene, destacando que la organización económica de los países descansa en el trabajo de cuidado invisibilizado y desvalorizado que ejercen las mujeres en el interior de sus hogares y que contribuye a la reproducción de la fuerza de trabajo (Rodríguez Enríquez, 2007).

explicar la familia norteamericana moderna de la posguerra. Esta organización familiar en donde el rol del varón es proveer económicamente los hogares y el de la mujer ser esposa y madre, permite crear una estructura ocupacional en la sociedad donde las mujeres no compitan con los varones, conservando la cohesión social. Otra de las funciones de este concepto en el pensamiento de Parsons es crear un sistema de estratificación único para todos los miembros que componen la familia. El estatus estaría determinado por la profesión del jefe de la familia, evitándose posibles tensiones que podrían producirse en caso de que las mujeres accedieran a un trabajo remunerado. Este tipo de estructura *funciona* en base a la negación de la equidad entre varones y mujeres.

La división sexual del trabajo es un concepto productivo para esta tesis y que la atraviesa por completo en tanto sirve para comprender, como intentaré mostrar más adelante, cómo opera esta idea en las concepciones de paternidad y familia de los entrevistados, como también en los cuidados de sus hijos y la realización de las tareas domésticas en sus hogares. Por último, quisiera recuperar el papel que desempeñan las diversas instituciones en el reforzamiento y sustento de dicha división de roles en el siguiente apartado, a través de la maternalización de las mujeres.

Las instituciones frente al cuidado

La división sexual del trabajo al interior de los hogares logró sostenerse gracias a una diversidad de instituciones y de imágenes sobre la masculinidad (como ya mencioné, asociado a lo productivo y a la racionalidad) y sobre la feminidad (asociado a la sobrevaloración de la maternidad y las “buenas esposas”). Como señala Faur (2014), hasta bien avanzado el siglo XX el desarrollo de las instituciones de gobierno acompañó este régimen de género mediante leyes de familia (que asignaban la patria potestad de los hijos a los varones) y laborales (que no visualizaban a las mujeres como trabajadoras), basándose en el argumento que considera a las mujeres como *las mejores cuidadoras posibles*. Este *ideal maternalista* y la *maternalización de las mujeres*, definida por Marcela Nari (2004) como la progresiva confusión entre mujer y madre, entre feminidad y maternidad, lograron impregnar instituciones, prácticas y representaciones sociales a través de un conjunto de políticas públicas afines a esta ideología. Nari (2004) destaca el rol de las doctrinas dominantes en la medicina, las instituciones como soporte de esas ideas y las políticas del Estado como un intento sistemático de reforzamiento de la maternalización.

De este modo, la ciencia médica elaboró una concepción de la maternidad como un don inscripto en la naturaleza femenina, en el cual las mujeres sólo debían cumplir su función natural: ser madres. Así los médicos iniciaron un proceso de medicalización

de los cuerpos de las mujeres en el que la Ginecología concibió a las mujeres a partir de su aparato reproductivo, la Obstetricia se adjudicó el monopolio de los partos y la Puericultura homogenizó prácticas y hábitos vinculados a la gestación, parto y cuidado de hijxs. El Estado apoyó esta profesionalización médica y alentó el surgimiento de una red de instituciones y políticas públicas para la atención de las mujeres. Aunque parezcan investigaciones distantes en el tiempo (Nari analizó el maternalismo político en Buenos Aires entre 1890 y 1940), sus planteos configuran un gran aporte a la tesis porque, como analizaré más adelante, es posible rastrear en las instituciones sanitarias y escolares entrevistadas, elementos y reactualizaciones de esta ideología que entroniza a las jóvenes (implícita o explícitamente) como madres cuidadoras ideales, invisibilizando y desplazando del plano emocional y de cuidado a los jóvenes entrevistados como partícipes menores o secundarios.

En los últimos años, el ingreso masivo de mujeres al mercado de trabajo (por ampliación de derechos pero también por las crisis económicas), el aumento de hogares con jefatura femenina en los distintos estratos sociales, el crecimiento de las uniones consensuales y los divorcios, la composición de familias con parejas homosexuales, el incremento de la esperanza de vida y el descenso de la tasa de fecundidad, pusieron en cuestionamiento el modelo de familia con mujeres madres cuidadoras exclusivas y dando lugar a nuevas formas de *vivir en familia* (Wainerman y Geldstein 1994, Wainerman, 2007). Esta reestructuración del cuidado generó nuevas demandas al Estado y a las instituciones privadas: el cuidado como actividad privada de las familias comienza a ser un asunto público que involucra a otros actores. Así, Mary Daly y Jane Lewis definen al cuidado como el conjunto de “aquellas actividades y relaciones orientadas a alcanzar los requerimientos físicos y emocionales de niños y adultos dependientes, así como los marcos normativos, económicos y sociales dentro de los cuales éstas son asignadas y llevadas a cabo” (2000:292). Siguiendo a Batthyany (2013), el cuidado en tanto producción de bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un espacio propicio, abarca tanto el cuidado material que implica un trabajo, el cuidado económico que implica un costo y el cuidado psicológico que implica un vínculo afectivo. En el marco de la familia, su carácter a la vez obligatorio y percibido frecuentemente como desinteresado le otorga una dimensión moral y emocional (Batthyany, 2013).

La dimensión moral y ética del cuidado fue analizada por la feminista Carol Gilligan. Amparada en el “feminismo maternal”, desde esta corriente se sostiene que la experiencia de las mujeres como madres les brinda una capacidad moral superior porque está relacionada a una serie de valores más solidarios y humanizados. Gilligan

(1982)¹⁶ acuñó la noción de “ética de cuidado” (en inglés “care”, que además de “cuidado” también significa atención, asistencia, solicitud, preocupación) para referirse a la predisposición que generalmente tienen las mujeres a estar pendientes de lxs demás y de brindarle una atención privilegiada a sus afectos, lo cual obedecería a un tipo de moral particular y elevada, propio de las mujeres, que ella propone revalorizar. No obstante no se refiere a esta “ética femenina” sobre una base ahistórica ni de carácter meramente natural-biologicista, sino que se la atribuye a los modos en los que varones y mujeres somos socializadxs desde la primera infancia. Sin embargo, su planteo naturaliza el rol materno, sin suponer que las funciones de maternaje pueden también ser cumplidas por varones o mujeres indistintamente y más allá de la orientación sexual de unos u otras. La tendencia a ser solícitas, a cuidar de lxs niñxs, ancianxs y enfermxx no es caracterizada desde esta perspectiva como un producto de la división sexual del trabajo (dentro de la cual las mujeres desarrollan dichas aptitudes vinculadas a una socialización orientada al ámbito de lo doméstico) sino más bien como resultado de un desarrollo moral de las mujeres. Es decir, valora como atributos morales positivos propios de las mujeres precisamente aquellos que éstas desarrollaron gracias a su situación desventajosa en las relaciones de dominación.

Por su parte, en los últimos años la agenda feminista ha incorporado con fuerza la noción de *Economía del Cuidado*¹⁷. El concepto da cuenta de la modalidad en que una sociedad prevé y garantiza el acceso a servicios de cuidado. Las decisiones y políticas que se adoptan en este campo son de suma importancia ya que pueden habilitar o restringir la disponibilidad de tiempo de la población, y por ende, sus capacidades y opciones: las mismas pueden continuar confinando a las mujeres a su rol de cuidadoras asociado a ideas tradicionales relacionadas con la feminidad y la maternidad, o bien, mediante la provisión de servicios de cuidado, “socializar” estas tareas y abrir opciones para la participación femenina en la economía (Razavi, 2007). Así, la *organización social del cuidado* refiere a la manera en que las familias, el Estado, el mercado y las organizaciones comunitarias de manera conjunta, producen y distribuyen cuidado (Pautassi y Rodríguez Enríquez, 2014).

¹⁶ En 1982 Carol Gilligan publicó el libro *In a different voice*, que significó un parteaguas en la reflexión ética del siglo XX al poner énfasis en las prácticas de cuidado como definitorias de una manera distinta (y predominantemente) femenina de entender el mundo, de relacionarse con lxs otrxs y de realizar juicios morales en contraposición a la ética de la justicia postulada por Lawrence Kohlberg, en la cual establece que las mujeres poseen una capacidad moral menor que los varones. El trabajo de Gilligan fue muy importante para cuestionar si podían considerarse como medida general de madurez o desarrollo moral los criterios de racionalidad, autodeterminación y universalidad y si la escala de desarrollo moral presentada por Kohlberg de manera general para el ser humano no había sido construida a partir del modelo masculino, establecida como canon.

¹⁷ Asociarle al término *cuidado* el concepto de economía implica concentrarse en aquellos aspectos de este espacio que generan, o contribuyen a generar valor económico.

En las sociedades modernas capitalistas, la familia ocupa un lugar central en esta organización, lo cual permeó el modo de cómo se estructuraron los sistemas de protección social en América Latina, que asumieron que el “cuidado” se trataba de una cuestión privada, de la cual tiene que encargarse la familia. Actualmente, los cuidados no constituyen un componente de los sistemas de protección social en la región y Argentina no es la excepción. Esta cuestión, por ende, no ha ingresado como una esfera que haya que regular o proteger (Provoste Fernández, 2012). Si bien hay avances en algunos instrumentos de política, las acciones presentan debilidades para proveer una respuesta integral y esos vacíos agudizan los problemas vinculados con cambios en la estructura demográfica, complejización de las familias, modificación en los patrones de empleo y participación económica de las mujeres y lxs jóvenes.

La organización social del cuidado actual refuerza la centralidad de la familia en la provisión de cuidados (adoptando un modelo *familiarista*), fortaleciendo el rol de las mujeres como sus proveedoras naturales. Por ello, un elemento central para el análisis de las políticas de cuidado es la posibilidad que las mismas brindan para “desfamiliarizar” o “mercantilizar” a las personas (Esping Andersen, 1999). En esta dirección, el modo que asume la organización social del cuidado constituye un “vector de reproducción de la pobreza” (ADC, CIEPP, ELA, 2014) ya que cuando la presencia estatal es débil o insuficiente las familias realizan “procesos adaptativos” (comparten intergeneracionalmente las tareas de cuidado con algún familiar como abuelxs; o retiran la participación de las mujeres en el mercado de trabajo) que las exponen a mayores niveles de vulnerabilidad, principalmente las de sectores más pobres (CEPAL, 2009).

Si bien estas discusiones teóricas pueden parecer en principio lejanas a los jóvenes padres que pretendo analizar, la problemática del cuidado es sumamente productiva para esta tesis porque permite iluminar y analizar cómo se organizan los arreglos de cuidado de las familias (de origen y propias) de los jóvenes en barrios populares, cómo se posicionan los entrevistados frente a la tarea de cuidar y ejercer su paternidad, qué actividades de cuidado realizan y qué posibilidades de externalizar (tercerizar) esa tarea poseen en base a las ofertas barriales disponibles, evidenciando las marcadas desigualdades que atraviesan. Como analizaré más adelante, la actividad del cuidado involucra a todos los entrevistados desde muy temprana edad.

Sostengo que el abordaje conjunto y articulado de estos conceptos permitirá ampliar las indagaciones sobre los jóvenes padres, explorando e incorporando dimensiones poco abordadas en investigaciones previas en estos procesos.

1.5. Cierre y recapitulación: ¿Cómo abordar teóricamente el estudio de las paternidades juveniles?

En este capítulo, me propuse explicitar el encuadre conceptual dentro del cual se desarrolla la tesis. Expuesto el estado de la cuestión construido sobre el tema de investigación, a través de las principales claves interpretativas que han desarrollado las ciencias sociales sobre el mismo, establecí algunas áreas de vacancia que busqué cubrir con la propia indagación a partir de la adopción de tres conceptos que considero claves: experiencias, soportes y cuidado (haciendo una referencia a la división sexual del trabajo). Esta *caja de herramientas* utilizada para analizar las experiencias de paternidades de los jóvenes en barrios populares proviene en gran parte de los feminismos, porque considero que estas categorías nos permiten comprender cabalmente dichos procesos.

En el capítulo siguiente, desarrollo la metodología y las principales técnicas de producción de datos empleadas en la investigación para abordar a los jóvenes padres y las instituciones que transitan.

Capítulo 2

Buscar a los desertores: las claves del proceso de investigación

“Entonces vos lo que estás buscando son los desertores. Acá el padre no existe, no hay”, me dijo una referente barrial cuando inicié el trabajo de campo. “Los varones no hablan de esas cosas, qué van a decir, menos con una chica”. El panorama que planteaban las instituciones y lxs actores territoriales del barrio de estudio en relación a los jóvenes y su paternidad, no parecía muy alentador. “¿No querés hablar con las chicas, mejor? ¿No sería lo mismo?”, son algunas de las preguntas que inauguraron el proceso de investigación en el campo.

La búsqueda de los “sujetos perdidos” (Gutmann, 2006:429) parecía una tarea inviable, difícil, incómoda. Sin embargo, algo quedaba claro: estas instituciones y actores formaban parte de esas paternidades que quería comprender y analizar. Más aún, ya me estaban hablando de cómo intervenían en esas experiencias.

En este capítulo me propongo caracterizar la perspectiva metodológica de la investigación. En un primer momento presento el enfoque epistemológico y metodológico de la tesis, explicitando las estrategias de investigación cualitativas. En una segunda instancia, describo las técnicas empleadas en el trabajo de campo, haciendo especial hincapié en las decisiones del proceso de investigación y en el análisis de los datos producidos. En tercer lugar, me ocupo de caracterizar la muestra compuesta por los jóvenes padres y las diferentes instituciones (que denomino estatales y territoriales) como también el barrio elegido como unidad de observación. Finalmente, considero oportuno incorporar algunas impresiones sobre mi rol como investigadora a partir de un ejercicio de reflexividad que emerge del trabajo de campo realizado.

2.1. Enfoque epistemológico y metodológico de la investigación

Las preguntas de investigación que guían este estudio son propias de una estrategia metodológica *cualitativa*. Desde este enfoque, parto de una posición interpretativa “que repara en las formas en que el mundo social es comprendido, experimentado y producido” (Roberti, 2018:68). En términos de Geertz (1980), se busca aprehender el significado de la acción humana, atendiendo tanto la intencionalidad del actor como también sus condicionamientos sociales y culturales. Desde una posición similar, Guber (2005) designa con el nombre de “perspectiva del actor” al abordaje que busca ahondar en los significados, experiencias y prácticas de los sujetos de análisis.

Dentro del estilo de investigación cualitativa, existen diferentes enfoques y tradiciones caracterizadas tanto por una orientación metodológica particular, como por sus específicos presupuestos teóricos y epistemológicos acerca de la realidad (Vasilachis de Gialdino, 2006). Con la intención de alcanzar una mirada integral del tema abordado, en mi investigación empleo diversas técnicas de producción de datos al interior de la perspectiva cualitativa: el análisis de documentos, la observación participante y la entrevista semi-estructurada.

El proceso de construcción del conocimiento implica una bidireccionalidad, es decir, supone la interacción permanente entre las categorías del/a investigador/a y las categorías de los actores, adoptando un carácter reflexivo a lo largo de todas las etapas de la investigación: “a través de este incesante ida y vuelta, el investigador puede acceder a nuevos significados, a nuevas relaciones contextuales y, por lo tanto, a nuevas interpretaciones” (Guber, 2005:81 retomado por Roberti, 2018). De este modo, la construcción de conocimiento entre el sujeto cognoscente y el sujeto conocido (Vasilachis de Gialdino, 2006) es cooperativa y flexible, permitiendo producir “nuevos conceptos y conexiones explicativas sobre la base de los presupuestos iniciales, ahora reformulados y enriquecidos por categorías de los actores y sus usos contextualizados en la vida social” (Guber, 2005: 80 retomado por Roberti, 2018).

En los abordajes de estilo cualitativo, los objetivos formulados orientan el proceso de investigación, pero no impiden el surgimiento de categorías analíticas nuevas. En mi indagación, la posibilidad de advertir durante su desarrollo situaciones nuevas vinculadas con el tema de estudio implicó cambios en los interrogantes de investigación (incorporé la pregunta por la experiencia del parto como un evento relevante en el análisis de las paternidades) y las categorías teóricas utilizadas (agregué la categoría de cuidado para iluminar dimensiones de las paternidades que no estaban visibilizadas, la de experiencia en lugar de representaciones, la de desigualdad y la de soportes para pensar de qué modos se “sostenían” los jóvenes que pretendía estudiar).

Partiendo de estos supuestos, busqué comprender las experiencias de paternidad de jóvenes en barrios populares, construida no solamente por los propios jóvenes sino también por las instituciones (sanitarias, educativas, deportivas, barriales) que co-construyen y tensionan dichas experiencias. De este modo, resulta importante atender a una articulación de niveles analíticos diferentes que enlacen la dimensión estructural con la de los sentidos y prácticas producidas por los propios jóvenes (Roberti, 2018).

2.2. Decisiones metodológicas: selección, construcción y análisis de datos

El planteo de un trabajo de campo en un diseño cualitativo involucra una serie de *decisiones de muestreo* referidas a la selección de contextos, casos y fechas (Valles, 1997). En relación al contexto, la unidad de observación elegida es un barrio ubicado en la periferia sudoeste de la ciudad de La Plata, en la localidad de Los Hornos¹⁸, provincia de Buenos Aires. Los Hornos es, luego del casco urbano platense, la localidad más poblada de su periferia con casi 80.000 habitantes (Censo 2010). Limita al norte con las localidades de Melchor Romero, al oeste con Lisandro Olmos, al sur con Arana y al este con Altos de San Lorenzo.

La zona que comprende el barrio de esta investigación está ubicada a 6 kilómetros del casco fundacional de la ciudad. Al igual que otros barrios radicados en zonas periféricas del espacio urbano, presenta condiciones habitacionales y sanitarias precarias, encontrándose la mayor parte de sus habitantes en situación de pobreza. El interés de la elección de este contexto, reside en que en el barrio es uno de los más antiguos de la periferia platense, pudiendo rastrear núcleos duros de vulnerabilidad social. Además, mi participación en un proyecto comunitario de la zona y mis contactos con organizaciones barriales anteriores a esta investigación aseguraban la concreción de las entrevistas a un número significativo de jóvenes y de actores institucionales.

El trabajo de campo se desarrolló entre fines del año 2013 y fines de 2015, dividiéndose en dos etapas. Una primera instancia se orientó a establecer los primeros contactos con lxs referentes barriales y buscar información secundaria sobre el barrio analizado. En el segundo momento, realicé las primeras observaciones y entrevistas a jóvenes en las distintas instituciones que asistían (entre ellas el centro de salud, las escuelas, dos comedores, el FinEs¹⁹ de la unidad básica y un club deportivo). A partir del contacto institucional, pude efectuar un número significativo de entrevistas en los propios hogares de los entrevistados.

En función de los objetivos de la tesis, empleé distintas técnicas de producción de datos, que involucraron tanto fuentes primarias como secundarias. La técnica de la investigación documental (Valles, 1997), fue utilizada para la recopilación y el análisis de documentos secundarios. Entre ellos, utilicé el Primer Registro de Villas y

¹⁸ Los Hornos es una localidad ubicada al sudoeste de la ciudad de La Plata. Fue fundada el 13 de febrero de 1883 por Dardo Rocha (fundador de La Plata) y Benjamín del Castillo (gobernador de la provincia de Buenos Aires).

¹⁹ El Plan de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios (FinEs) es un plan educativo argentino impulsado por el gobierno nacional a partir del año 2008. Su objetivo es facilitar que lxs jóvenes y adultxs con estudios incompletos puedan finalizar su educación primaria y secundaria. En el año 2010, se creó el FinEs 2 orientado a lxs cooperativistas integrantes de programas estatales como "Ingreso Social con Trabajo" y "Ellas Hacen".

Asentamientos Precarios del Ministerio de Infraestructura bonaerense (2015), el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2010 a través de REDATAM²⁰, documentos elaborados por ONGs como TECHO²¹ (2013) y la Encuesta Nacional de Juventud (2014) para caracterizar el contexto barrial en que viven los jóvenes entrevistados, como también conocer las características socio-demográficas de lxs jóvenes con responsabilidades de cuidado en nuestro país.

Como técnica de construcción de datos primarios, la observación participante permitió registrar distintos aspectos de las paternidades de los jóvenes en relación a los grupos e instituciones con las que interactúan y a los espacios en los cuales transcurren sus vidas (Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006; Roberti, 2018). Sin descentrar la atención en los jóvenes, incorporé la mirada de las instituciones para obtener una mirada integral de las experiencias que pretendía estudiar. Así, efectué entrevistas en las principales instituciones radicadas en el ámbito barrial que convocan por medio de diversas actividades a una pluralidad de jóvenes: las escuelas, los comedores de Carmen y Mónica, la Unidad Básica a través del programa FinEs y el club. Estos establecimientos funcionan como espacios de contención y sociabilidad juvenil, donde se desarrollan actividades sociales y educativas de distinta índole.

Por otra parte, la entrevista en profundidad “otorga la posibilidad de acceder a la perspectiva de los sujetos investigados, conociendo cómo interpretan ciertas experiencias en sus propios términos” (Piovani, 2007 retomado por Roberti, 2018:71). Identifiqué a través de una guía de entrevista aquellos eventos considerados clave para analizar las experiencias de paternidad: la familia de origen, el espacio de residencia, la trayectoria educativa familiar y propia, la incorporación al trabajo, la participación en instituciones barriales y grupos de pares, las representaciones sobre la interrupción voluntaria de los embarazos y sus experiencias, el conocimiento sobre sus derechos sexuales y reproductivos, sus prácticas domésticas cotidianas, la distribución de tareas, los arreglos familiares, como también las decisiones sobre el cuidado de lxs hijxs y la conciliación entre el trabajo y la familia, la formulación de horizontes de expectativas²², entre otras.

²⁰ Tal como se detalla en el sitio del INDEC, “REDATAM es una solución tecnológica desarrollada por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de las Naciones Unidas (UN), con el propósito de aportar un conjunto de herramientas a los países de la región, para la caracterización y el análisis local, provincial y regional de los microdatos censales, a partir del procesamiento de los datos en línea, con la posibilidad de obtener tablas, gráficos y/o mapas.

²¹ Antes conocida como un Techo para mi País, TECHO es una organización presente en varios países de América Latina integrada principalmente por jóvenes voluntarixs que trabaja en asentamientos y barrios populares.

²² El término horizonte de expectativas alude a la esperanza, a la posibilidad, a lo deseable y también a la voluntad del individuo; remite a lo que cada persona espera para sí del porvenir, formando parte del calendario privado de cada sujeto (Kosellek, 1985). En algunos casos estos horizontes de expectativas

La aplicación de la técnica de entrevista estuvo dirigida a 40 jóvenes varones de entre 16 y 24 años²³ que fueran padres y residieran en dicho barrio. En cuanto al criterio de selección de los entrevistados, construí una *muestra intencional* integrada por jóvenes que participaban en las distintas instituciones del barrio mencionadas, como también aquellos que no lo hacían, a fin de conformar una muestra con diversidad de experiencias. De esta manera, para la selección tomé en cuenta los criterios de heterogeneidad, accesibilidad y significatividad. En relación a la construcción de la muestra, es importante destacar que los jóvenes incluidos son aquellos que asumieron su *paternidad*, que se reconocen a sí mismos como padres. Esto significa que no entrevisté a aquellos que no la han asumido, ya sea por abandonar a sus parejas o por interrumpir los embarazos. Este no es un dato a menor a la hora de analizar las paternidades dado que estos jóvenes son los que decidieron continuar con ese proceso, cuestión que se verá reflejada de modo contundente en el análisis de sus concepciones sobre el aborto, entre otros aspectos. Esta condición puede interpretarse como un sesgo de la muestra, pero las posibilidades de realizar entrevistas a jóvenes que no asumieran su paternidad era inviable en al menos dos aspectos: en el plano teórico, resultaba difícil de justificar y de analizar (si el joven no asume esa condición, las preguntas son innecesarias) y en el plano metodológico, era difícil de instrumentar (contactarlos y entrevistarlos).

De este modo, conformé un muestreo *heterogéneo* de jóvenes en base a diferentes dimensiones: edades, trayectoria educativa (nivel de educación alcanzado), trayectoria laboral, cantidad de hijos, participación institucional (club, escuelas, comedores). Estas dimensiones contribuyeron a dar cuenta de la diversidad de paternidades presentes en el barrio de estudio. De forma complementaria, realicé 10 entrevistas a referentes institucionales con el fin de recuperar las miradas de otros actores, los cuales permiten contextualizar y complejizar el análisis sobre las paternidades juveniles en un barrio popular.

A partir de ellos, pude contactar jóvenes que participaran en dichos espacios (en mayor o menor medida). En este sentido observé y entrevisté dos tipos de instituciones, que denominé “estatales” y territoriales. Las instituciones estatales son aquellas instituciones creadas y dependientes del Estado en sus diferentes niveles (nacional, provincial y municipal) para distinguirlas de las instituciones creadas por organizaciones sociales o vecinas. La principal diferencia radica en la plena

pueden tomar la forma de proyectos biográficos –aunque no es posible afirmar que todas las personas logran articular este tipo de relato de aquello que esperan sobre su propia vida

²³ En nuestro país, el corte demográfico de la juventud en los censos y principales encuestas nacionales comprende la población entre los 15 y los 29 años de edad, este es el caso del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y la Dirección Nacional de Juventud (DINAJU) (Roberti, 2018).

responsabilidad estatal que tienen las primeras respecto de las segundas. Esto no significa que las instituciones territoriales no reciban subsidios, recursos, ejecuten programas del Estado o que no mantengan relaciones de cooperación o conflicto con el Estado. Entre las instituciones estatales de la muestra se encuentran el centro de salud y tres escuelas barriales. Las tres instituciones educativas que seleccioné (que en adelante denominaré como escuelas A, B y C) fueron elegidas en base a los siguientes criterios: 1) la proximidad geográfica con el barrio analizado (lo que permitía entrevistar jóvenes del barrio que aún continuaban estudiando), 2) su antigüedad, 3) el número de matrícula y 4) la diversidad de actividades extracurriculares que se desarrollaran dentro de los establecimientos.

Por otro lado, denomino *instituciones territoriales* a aquellos espacios u organizaciones creadas por vecinxs al calor de las diversas demandas que enfrentaban lxs habitantes del barrio, como la necesidad alimentaria o que los jóvenes contaran con un lugar recreativo. Mi decisión de observar y entrevistar a referentes de instituciones y organizaciones barriales que trabajan con jóvenes nace de su gravitación y su despliegue en el territorio, a partir de las observaciones realizadas. Considero que estos actores tienen un rol significativo, en mayor o menor medida, en las experiencias de los jóvenes.

Al igual que en las escuelas, utilicé la cercanía geográfica, el trabajo con jóvenes y su antigüedad en el barrio como criterios principales para seleccionarlas. En esa línea, entrevisté a tres tipos de instituciones barriales: una de carácter “social” o integral (dos comedores que contemplan diversas actividades o servicios), otra política/educativa (Unidad Básica que brinda el plan FinEs) y otra deportiva/recreacional (club). Las diferencias entre ellas responden a la conformación de una muestra heterogénea y abarcativa de instituciones por las que circulan los jóvenes en su barrio.

En relación a las entrevistas con los jóvenes, las instituciones territoriales fueron las que proveyeron un mayor número de entrevistados porque tenían un mayor contacto con los jóvenes. Así, los encuentros fueron realizados en el marco de estos espacios o en los hogares de los entrevistados. Contrariamente, las instituciones estatales fueron las que menos contactos brindaron por su escasa conexión con los jóvenes, como desarrollaré con mayor profundidad en el próximo capítulo.

En las tablas N°1 y N°2, presento las características generales de los jóvenes entrevistados y las instituciones relevadas:

Tabla N° 1. Cuadro de jóvenes entrevistados

Entrevista N°	Nombre Entrevistado	Edad	Empleo	Máximo Nivel educativo alcanzado	Hijxs
1	Pablo	18	Albañil	8° grado	1
2	Facundo	21	Albañil	9° grado	1
3	Esteban	18	Repartidor	8° grado	1
4	Alejandro	23	Albañil	7° grado	1
5	Leandro	21	Albañil	9° grado	2
6	Leonardo	17	Albañil	2° polimodal (en curso)	1
7	Guillermo	18	Albañil	2° polimodal	1
8	Martín	21	Albañil	2° polimodal	1
9	Fernando	20	Albañil	8° grado	2
10	Lautaro	22	Repartidor	9° grado	1
11	Hernán	24	Desempleado	9° grado	2
12	Alejo	19	Albañil	7° grado	1
13	Mariano	23	Albañil	2° polimodal	3
14	Alan	23	Albañil	7° grado, retomó con FinEs	2
15	Diego	20	Desempleado	8° grado	1
16	Ezequiel	19	Albañil	2° polimodal	1
17	Antonio	14	estudiante	6° grado primaria	1
18	Ramiro	20	Albañil	5° grado primaria	2
19	Néstor	22	Albañil	faltan materias de 5° año	1
20	Juan	23	Desempleado	8° grado	1
21	Edgardo	21	Albañil	9° grado dejó para trabajar	1
22	Federico	21	Pintor	9° grado, internación	1
23	Jeremías	19	Albañil	2° polimodal	1
24	Daniel	23	Remisero	1° polimodal, dejaba y retomaba	1
25	Miguel	23	Albañil UOCRA	7° grado	1
26	Germán	20	Desempleado	2° polimodal en curso	1
27	Francisco	16	estudiante	1° polimodal en curso	1
28	Julio	20	Albañil	9° grado	1
29	Marcelo	23	Remisero	8° grado	1
30	Santiago	17	Mantenimiento	3° polimodal, falta un año	1
31	Eugenio	20	Albañil	1° polimodal, quedó detenido. Retomó escuela nocturna	1
32	Jerónimo	19	Cooperativista	8° grado	1
33	Ramón	22	Desempleado	2° año secundaria, repitió	1
34	José	20	Mecánico Autódromo	7° grado	3
35	Lionel	21	Mozo	1° polimodal	2

36	Enzo	20	Albañil	1° polimodal	1
37	Jorge	19	Cooperativista	8° grado	1
38	Roberto	22	Desempleado	2° año secundaria, repitió	1
39	Manuel	20	Cooperativista	6° grado	3
40	Lucas	21	Desempleado	1° polimodal	1

Tabla N° 2. Cuadro de instituciones relevadas

	Nombre	Edad	Institución
41	Mónica	60	Referente Comedor
42	Marta	55	Trabajadora Social Centro de Salud
43	Analía	43	Obstétrica Centro de Salud
44	Irma	47	Promotora de salud
45	Carmen	48	Referente Comedor-Merendero
46	Santiago	40	Secretario del Club
47	Sandra	42	Gabinete Orientación Escuela A
48	Paola	50	Gabinete Orientación Escuela B
49	Vanina	55	Preceptora Escuela C
50	Vanesa	48	FinEs Unidad Básica

Como se desprende de la Tabla N° 1, la mayoría de los entrevistados se emplean como albañiles o ayudantes de albañil, pintores, electricistas, repartidores y en menor proporción, como cooperativistas municipales de barrido de calles y poda de árboles. Muy pocos se dedican a *la chatarra* (recolección, trozado y venta de chatarra) o al cirujeo²⁴ y 7 se encontraban desempleados al momento de la entrevista.

Todos los entrevistados son receptores de la Asignación Universal por Hijo (AUH) a través de sus hijxs y en sólo 4 casos detecté que los jóvenes fueran beneficiarios del Programa PROG.R.ES.AR²⁵, que además de ser un incentivo económico para la finalización de estudios, estipula la prestación de servicios de cuidado para los jóvenes que tienen responsabilidades familiares, aunque ninguno de los entrevistados estuviera al tanto de este dato. Previamente a ser beneficiarios del programa, éstos mismos 4

²⁴ Como señala Perelman (2007, 2008, 2010), el cirujeo recibe diferentes nombres, siendo además de éste, el de recuperador urbano y el de cartoneros. El autor señala que *el ciruja* como categoría analítica refiere a las personas que se dedican regularmente a la actividad de recolección de la basura, de materiales que pueden ser reciclados, ya sea a nivel industrial o doméstico y que pueden incluir o no el uso de carros o caballos. Además de la recolección en sí, la actividad de cirujear comprende muchas otras tareas como son la separación y clasificación de algunos materiales, la limpieza de otros, el preparado de los medios de trabajo, etc. En cuanto a la organización del trabajo, el grupo familiar participa en ese proceso en mayor o menor medida. Perelman (2010) indica que existen cirujas estructurales y nuevos cirujas. Los primeros desarrollan esa actividad durante décadas y su realización está naturalizada y los segundos tienen una inserción más reciente y “cuentan con una trayectoria laboral alejada de la basura” (2010:8). En mi investigación, los jóvenes entrevistados pertenecen al primer grupo.

²⁵ El PROG.R.ES.AR brinda una ayuda económica destinada a lxs estudiantes entre 18 y 24 años que no tienen empleo, trabajan informalmente o formalmente, con un ingreso tope del titular y su familia de tres salarios mínimos, vitales y móviles. Se reconoce como grupo familiar autónomo a lxs jóvenes con hijxs. En contrapartida a la asignación económica que reciben, lxs jóvenes que participan en el programa deben retomar, iniciar o continuar sus estudios, sean secundarios, universitarios, terciarios o cursos de formación profesional.

jóvenes se empleaban como recuperadores de residuos en la planta recicladora perteneciente a una cooperativa municipal, aledaña al barrio. De los cuarenta entrevistados sólo dos poseían un “trabajo en blanco” o registrado a partir de su sindicato (UOCRA, sindicato de la rama de la construcción).

2.3. Análisis e interpretación de los datos

Para avanzar en la interpretación de las formas que asumen las paternidades de los jóvenes del estudio, recurrí a la elaboración de una tipología que facilitara la organización de los datos producidos.

La construcción de tipos ideales se emplea como una *herramienta heurística* que, como explica Mc Kinney (1968), parte de la selección, combinación y articulación de un conjunto de atributos en base a los cuales se elabora una taxonomía con el fin de analizar comparativamente la información. Como indica Roberti, “en toda tipología se combinan variables diversas que se ajustan más o menos a cada tipo, al resaltarse aquellos elementos distintivos que conforman la clasificación” (2018:74). Mc Kinney sostiene que “el tipo construido puede prestar el importante servicio de funcionar como puente entre la teoría sistemática sustantiva y los datos empíricos relativamente no estructurados” (1968:85).

La tipología que elaboré es una construcción teórica que sirve como una herramienta conceptual a partir de la cual interpretar la evidencia empírica. Sin embargo, como señala Roberti, “el desarrollo de tipos ideales no debe entenderse como un ejercicio puramente lógico o conceptual, por el contrario, es necesario recurrir constantemente a la información de campo: en este diálogo las categorías de análisis son progresivamente clarificadas y sus significados especificados” (2018:75). En esa dirección, los tipos tampoco reproducen la realidad. Para Zygmunt Bauman (2007) lo caótico de la realidad es irreproducible, por lo que los tipos ideales facilitan el trabajo interpretativo del/a investigador/a y contribuyen a la producción de teoría. En su obra *Vida de consumo*, Bauman (2007) retoma nociones de Max Weber respecto de los tipos ideales como:

“ (...) herramientas útiles que sacan a relucir ciertos aspectos de la realidad social descrita, mientras que dejan en la sombra otros aspectos considerados como menos relevantes (...) no son descripciones de la realidad: son las herramientas utilizadas para analizarla. Son buenas para hacernos pensar. Y aunque resulte paradójico, a pesar de su naturaleza abstracta permiten la descripción de una realidad social empírica. (...) permiten dar coherencia narrativa a la abrumadora y caótica evidencia de la experiencia humana” (Bauman, 2007:41).

Así, en mi investigación el uso de tipologías permite un análisis de las regularidades y diferenciaciones que se constituyen en las paternidades de jóvenes

que pertenecen a un mismo contexto, en la que resalto algunas dimensiones que emergen del campo de manera significativa por encima de otras consideradas menos significativas en términos explicativos e interpretativos, pero que en la realidad analizada aparecen mezcladas e incluso de formas contradictorias.

Por último, la sistematización y análisis de los datos (entrevistas, observaciones, notas de campo) se realizó mediante el uso del Software ATLAS.ti, que permitió ordenar la información en categorías y códigos y sus conexiones.

2.4. La Vía de Los Hornos

El barrio de *La Vía* es el escenario cotidiano de cientos de personas y situaciones: en sus pasillos se superponen casas precarias, carteles contradictorios de calles que no son calles, niños jugando entre escombros, autos abandonados, zanjas y promesas de agua de red. Esta fotografía es una imagen común que podría fácilmente vincularse con otras tantas de asentamientos o barrios precarios de La Plata y del Gran Buenos Aires.

De acuerdo a los datos que surgen del Primer Registro de Villas y Asentamientos Precarios del Ministerio de Infraestructura bonaerense (2015), en toda la periferia platense existen alrededor de 118 villas²⁶ y asentamientos²⁷. Otros documentos no obstante, sugieren que ese número asciende a 129, 136 o incluso a 162²⁸, y que las familias en condiciones de precariedad habitacional rondarían las 23 mil. De los 118 nombres registrados en La Plata, 30 son villas, 81 son asentamientos precarios y siete son “otros” (en general, los llamados asentamientos históricos o consolidados). Estos datos convierten a la ciudad de La Plata en la ciudad bonaerense con más asentamientos y villas.

Las primeras villas de La Plata se formaron en la década del sesenta en Tolosa. Desde entonces hasta 1989, surgieron 16 asentamientos donde se calcula que actualmente existen 2.317 viviendas. En ese período, la mayoría se localizó o en terrenos (en su mayoría, fiscales) cercanos al centro de la ciudad, o en tierras que habían quedado en desuso tras el quiebre del ferrocarril y el proceso de desindustrialización. En base a los datos proporcionados por el citado Registro, se

²⁶ La Ley Provincial de Hábitat caracteriza a las villas por tener “tramas urbanas irregulares” (la distribución espacial se produce en pasillos, en lugar de la organización amanzanada), gran población, escaso o nulo espacio libre y viviendas levantadas con materiales precarios o de desecho.

²⁷ Los asentamientos tienen viviendas con algún nivel mayor de firmeza, un trazado más regular —en general, surgen de una toma decidida y planificada colectivamente—, espacios públicos reservados para plazas y redes de servicios públicos que se han ido formalizando, y “*los ocupantes buscan legitimarse como propietarios*”.

²⁸ Esta cifra es contemplada en el Documento “Relevamiento de asentamientos informales” (2013) elaborado por la Organización TECHO Argentina

puede identificar que más de la mitad de los asentamientos informales del Partido de La Plata son pequeños (56%), es decir, cuentan entre 8 y 100 familias cada uno; algo más de un tercio de los asentamientos de origen informal son medianos (32%) tienen entre 101 y 500 familias; y poco más de la décima parte de los considerados grandes (7%) tienen entre 501 y 1.500 familias.

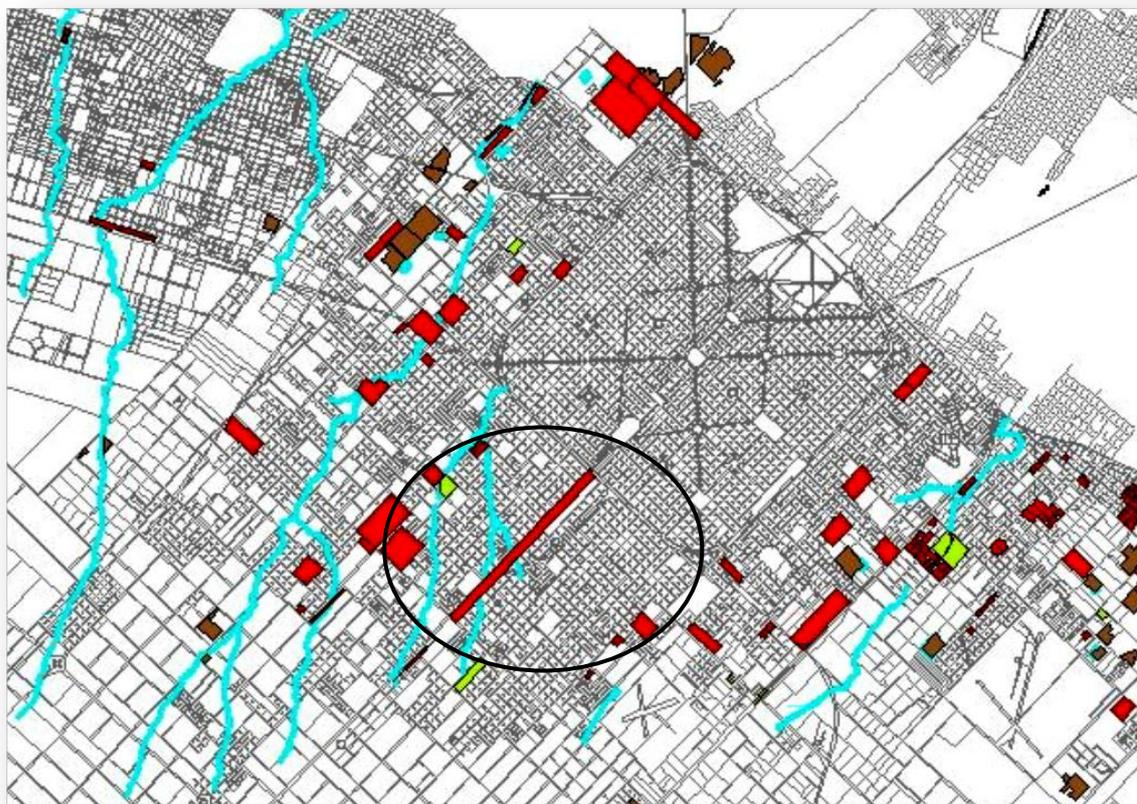
Particularmente en la localidad de Los Hornos, existen 12 asentamientos pequeños y medianos y el 92% de ellos no accede a ningún servicio básico (agua, luz y gas). El barrio de estudio es considerado un asentamiento mediano, donde residen 170 familias. Su construcción se produjo en forma paulatina, con el desuso del ferrocarril y las vías de transporte de carga de las principales fábricas de ladrillos de la zona para su comercialización. Otros datos que elaboré por medio de la base de datos REDATAM del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 y de las observaciones de campo, muestran que el 30% de la población se encuentra en situación NBI. La condición de actividad, único dato que muestra el censo en relación al trabajo, reveló que el 65% eran ocupadxs, el 5% desocupadxs y el 30% inactivxs (donde el 70% lo constituyen las mujeres). Otros dos rasgos importantes para resaltar del barrio son que allí residen un 7% de migrantes, especialmente de nacionalidad paraguaya²⁹ y que el 7% de sus habitantes no sabe leer ni escribir.

Por medio de las entrevistas a referentes institucionales, especialmente a aquellxs referentes que viven en la zona hace décadas, constaté que el barrio se creó por medio de las tomas de terrenos fiscales que eran protagonizadas por familias que provenían de zonas más lejanas de Los Hornos y de la zona oeste de la ciudad de La Plata. Es por esta razón que es posible encontrar por cada tramo que compone la vía familias completas que residen una próxima a la otra: “la vía de los Pérez”, “la vía de los paraguayos”, entre otras³⁰. Así, lxs primerxs habitantes colocaron sus casillas de chapa, y con el tiempo, algunas avanzaron a casillas de madera y piso de cemento, y un número ínfimo a casas de ladrillo. Al tratarse de un terreno fiscal, la zona no cuenta con redes de agua y gas, por lo que se abastece con canillas comunitarias ubicadas en las intersecciones de las calles para acceder a agua potable y garrafas para cocinar y calefaccionarse.

²⁹ Como abordaré en el próximo capítulo, la nacionalidad paraguaya de lxs pobladorxs es señalada como la causa que explica las mater/paternidades de lxs jóvenes del barrio, de acuerdo a algunxs referentes territoriales entrevistadxs.

³⁰ Mónica (referente de uno de los comedores relevados) señala en su entrevista que “cada vía es un mundo”. Esta idea de dividir el barrio en vías, también está presente en el relato de Miguel (23) que describe vías más peligrosas (donde reside una organización delictiva histórica y famosa en Los Hornos, responsable del asesinato del periodista gráfico José Luis Cabezas) y otras más tranquilas.

En el siguiente mapa se aprecia el área que involucra el barrio estudiado. Algunas viviendas se ubican encima de la vía, y otras por debajo del nivel. Lo atraviesa dos brazos del Arroyo Regimiento, por lo que el terreno se inunda fácilmente:



Fuente: Fedriani, Julieta (2010) *Lógicas y tendencias de la expansión residencial en áreas periurbanas. El Partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina, entre 1990 y 2010*. Tesis Doctoral, disponible en SEDICI.

En relación a la constitución temporal de la localidad donde se asienta el barrio, podemos señalar a la fundación de la ciudad de La Plata como su principal propulsora. Construir desde los cimientos una ciudad cabecera para la principal provincia del país requería disponer de materiales y mano de obra de manera abundante e inmediata. La fundación de Los Hornos no es más que una consecuencia de esta situación. Uno de los materiales fundamentales para la tarea de construir una ciudad capital, que necesitaría de grandes edificios públicos (ministerios, dependencias administrativas, como también escuelas y facultades), eran los ladrillos.

En los inicios de la década de 1880, la mayoría de las fábricas que los producían se encontraban diseminadas por la provincia de Buenos Aires. Esta situación no era la más favorable por la distancia al lugar de construcción, lo que resultaba, entre otros factores, lento y costoso. Un intento de solución para este problema fue la instalación de nuevas fábricas en las inmediaciones de la ciudad de La Plata, que se

concentraron de manera específica en Los Hornos (de allí deriva su nombre, aludiendo a los hornos utilizados para la fabricación de ladrillos). Es en este contexto donde los jóvenes entrevistados residen y transitan, en el cual transcurre la mayor parte de su tiempo y de su vida.

2.5. Investigar paternidades juveniles en un barrio: algunas reflexiones sobre el trabajo de campo

Para finalizar este capítulo metodológico, quisiera atender algunos elementos que emergieron antes, durante y después del trabajo de campo realizado. Entiendo que estas particularidades no son colaterales o *anecdóticas* a los datos producidos, sino constitutivas.

En primer lugar, mi condición de joven pero principalmente de mujer fue señalada de manera constante como un obstáculo para el trabajo que pretendía desarrollar, no sólo por lxs actores territoriales del barrio, sino también por algunos (pocos) espacios académicos que fui transitando. La sentencia de que los *varones estudian varones* era desmotivadora e inhabilitante, casi tanto como la recomendación de que “no hiciera el trabajo de campo sola”, que “fuera acompañada por un investigador varón”, que “no iba a ser lo mismo”.

Es innegable el rol que cumplen lxs investigadorxs sociales en la producción de datos: no somos neutrales ni indiferentes en ese proceso. La “persona del investigador(a)” (Guber, 1995) es un elemento que juega un papel fundamental en el intercambio continuo que se establece con lxs sujetxs de estudio y que condiciona la construcción de ese conocimiento. De manera paradójica, las advertencias de unxs (académicxs) y de otrxs (actores institucionales) se asemejaban: al parecer, era complejo que una mujer joven pregunte a jóvenes varones sobre su paternidad en un barrio vulnerable. Avanzado en las lecturas del propio tema, de índole metodológicas (Creswell, 1994, Guber, 1995) y en otras de índole más política, comprendí que esa situación no podía definirse por *si estaba bien o si estaba mal* mi intervención en el campo, sino que esas serían las condiciones de producción que asumirían mis datos.

Como señalé al principio del capítulo, fue significativo encontrar que algunxs de lxs actores institucionales y barriales entrevistadxs me advirtieran que los varones “no saben ni entienden de esos temas, te conviene hablar con las chicas que saben más”, “son difíciles de ubicar”, entre otros comentarios. ¿Qué sería lo que las jóvenes saben de esos temas que los jóvenes ignoran? ¿Por qué es difícil localizar a los varones padres? ¿Dónde están? Como intentaré mostrar a lo largo de este trabajo, la sensación que permanece es que hay que buscar a éstos jóvenes padres como si

estuvieran ocultos, aunque en realidad estén en mayor o menor medida invisibilizados por las diferentes instituciones que transitan.

Lejos de encontrar rechazo por parte de los “jóvenes desertores”, al momento de realizar las entrevistas hallé una buena predisposición. Las instituciones territoriales tuvieron un papel crucial y definitivo en este encuentro porque brindaron el marco propicio para que pueda contactarlos y conocerlos. Si bien algunos referentes no comprendían por qué insistía en la idea de *hablar con varones* y no con mujeres jóvenes, se acercaron a los jóvenes para proponerles participar de las entrevistas.

Al finalizarlas, se mostraban agradecidos por haber sido escuchados, por poder “desahogarse” o “descargarse”, porque “no hablaban con nadie de estos temas”, que se habían sentido bien al contarlo, a pesar de revivir a través del relato ciertos momentos dolorosos. La entrevista de Alan (23), por ejemplo, fue interrumpida y luego reanudada por la angustia que le causó recordar los castigos físicos a los que lo sometía su padre, que relató crudamente. No todos los encuentros tuvieron esta impronta emocional, pero todos se realizaron en un clima agradable y respetuoso. También encontré jóvenes que tenían cierto temor a expresarse libremente por sus antecedentes delictivos y que las entrevistas se volvieran “una confesión grabada” o una “prueba en su contra”. Cuando les pedí a Diego (20) y Fernando (20) que se presentaran en el marco de la entrevista, lo hicieron diciendo su apellido primero y luego su nombre completo y edad; como si estuvieran identificándose. Sólo una entrevista de este tipo no pudo ser grabada a pedido del joven, que fue reconstruida posteriormente por medio de notas. No obstante, en términos generales todos los jóvenes pudieron expresarse en sus relatos y se mostraban intrigados por saber por qué y para qué quería conocer sus historias, especialmente por qué quería preguntarles sobre cómo vivían la experiencia de ser papás. Algunos de los entrevistados se volvieron invaluable informantes clave, presentándose amigos, primos o vecinos del barrio para que los entrevistara porque “querían participar”.

En esa dirección, los objetivos de la investigación fueron explicados al inicio de la entrevista y las veces que fuera requerido a pedido de los jóvenes. Mi filiación institucional tuvo que ser explicitada y aclarada en varias oportunidades. A lo largo del trabajo de campo y en los diferentes espacios donde me presentaba, fui asumiendo diferentes roles y posiciones: “la psicóloga”, “la trabajadora social”, “la chica de la copa” (en alusión a la copa de leche en la que trabajé años anteriores al trabajo de campo), “la chica de la Universidad”, “la chica que pregunta sobre los papás jovencitos”, “la chica de la cooperativa”, referenciándome como parte de la cooperativa

municipal de barrido en la que participaba de sus reuniones. Éstos son sólo algunos de los nombres o roles que fui adquiriendo a medida que avanzaba el trabajo.

Otro dato que resultó significativo en el contexto de entrevista fue que los jóvenes relataban episodios en los cuales su salud se vio afectada un tiempo después de conocer la noticia de su paternidad. Mariano (23) detalla cómo, agobiado por el trabajo, la construcción de su nueva casa y su próxima paternidad su cuerpo colapsó. Expresa que fue una “época para atrás, que me descomponía todo el tiempo, que me acostaba y sentía que me moría, que me faltaba el aire”. Él señala que era “todo de la cabeza”. Esteban (19) también se descomponía en el trabajo. En la entrevista repasa los distintos eventos (desmayos, fiebres, insomnio) y refiere a ellos como “estar pasado de rosca” frente a las responsabilidades que debía asumir y “no poder fallar en ninguna”. Estas respuestas psicósomáticas de los jóvenes no aparecen únicamente al momento de la noticia del embarazo de sus parejas o durante los meses previos a convertirse en padres. Como mostraré más adelante, estos malestares, “desbordes” o pérdidas de control aparecen también en el proceso de parto y nacimiento de sus hijos. La pregunta sobre con quién hablaban los jóvenes de sus preocupaciones, sus miedos o sus ansiedades sobre sus paternidades sigue sin respuesta.

A pesar de estar advertida sobre la reticencia que presentarían los jóvenes al ser entrevistados, contrariamente a lo que finalmente ocurrió, fue en las instituciones “estatales” (el centro de salud y las escuelas) donde mi ingreso y mi trabajo encontraron dificultades. Aunque contaba con las autorizaciones solicitadas y la predisposición para realizar las entrevistas, las complicaciones del trabajo diario y la necesidad de resolver problemas más acuciantes que atravesaban las instituciones producían que mi presencia allí no fuera una prioridad sino en ocasiones *otro problema más* para atender. Este cuadro era particularmente notorio en 2 de las 3 escuelas que asistí. Las problemáticas de violencias y de robos que afrontaban lxs directivxs diariamente en sus escuelas hacían que el tiempo para realizar una entrevista y pensar sobre las paternidades de los jóvenes fuera muy escaso, o nulo. Los gabinetes de orientación vocacional no parecían contar con el dato de los jóvenes que eran padres, a excepción de las estudiantes mujeres embarazadas a quienes asignaban un régimen especial de compensación de clases. En este marco, lxs preceptorxs oficiaron de excelentes e inesperadxs aliadxs en el contacto con los jóvenes, brindándome datos de los entrevistados y ofreciéndome espacios (aulas) donde poder conversar con ellos.

En el centro de salud elegido también tuve ciertas dificultades. Si bien mi propuesta de trabajo fue bienvenida por el equipo médico, tuve que reprogramar en varias oportunidades las entrevistas a las profesionales porque “tenían demasiado trabajo en ese momento”. A pesar de que los encuentros habían sido confirmados el mismo día, cuando me acercaba al centro de salud tenía que esperar en la sala general. A través de esas esperas (que en ocasiones superaban una hora), observé y aprendí sobre la asignación de turnos y de cómo se distribuían lxs pacientes en el espacio: las mujeres adentro del centro de salud, los varones afuera. La entrevista a lxs promotorxs de salud no pudo ser grabada porque “no querían tener problemas” por el contenido de sus opiniones sobre los jóvenes y su tarea en el terreno. La conversación fue reconstruida por medio de notas. Si bien no lo habían explicitado, el equipo médico del centro de salud me posicionaba como una *auditora* que evaluaba su labor, a pesar de aclarar repetidamente mi presencia y mis objetivos en el lugar.

En definitiva, en esta última sección presenté las condiciones de producción de mis datos. Considero que este ejercicio reflexivo es importante en tanto valoriza el rol del/a investigador/a en la investigación, no como un elemento más, sino como uno constitutivo y fundamental. En ese sentido, *el campo* reformuló e interpeló de manera permanente la estrategia, la elección a priori de algunos conceptos teóricos de la investigación y la modificación constante de los guiones de entrevista, incorporando preguntas o dimensiones de indagación no planificadas, lo que conllevó a circunscribir constantemente el objeto de estudio y mi “mapa” de instituciones para relevar.

2.6. Cierre y recapitulación

En el capítulo hasta aquí presentado especificué la estrategia metodológica y las técnicas de investigación empleadas para analizar las experiencias de paternidad de los jóvenes. Asimismo explicité las decisiones vinculadas a la selección, construcción y análisis de los datos producidos como la estrategia interpretativa adoptada (tipologías). Posteriormente, caractericé la muestra de la investigación, que incluye entrevistas a los jóvenes padres pero también a instituciones (estatales y territoriales) consideradas clave por su gravitación en el espacio social. Además, describí las principales características del barrio elegido donde se producen y desarrollan las experiencias analizadas a partir de fuentes secundarias y de los relatos de actores institucionales, especialmente barriales, que residen en la zona. Finalmente, incluí un ejercicio reflexivo sobre las tareas de campo realizadas, que diera cuenta de las condiciones en las cuales produjo los datos como también algunas inquietudes y preguntas sobre investigar jóvenes padres en barrios populares.

En los capítulos subsiguientes analizaré empíricamente las paternidades de los jóvenes que residen en el barrio seleccionado, comenzando primero por la mirada de las instituciones para luego introducir en toda su complejidad las voces de los jóvenes.

Capítulo 3

Las instituciones frente a la(s) paternidad(es) en la(s) juventud(es)

En este capítulo recupero la mirada institucional sobre las paternidades juveniles en barrios populares. Desde una perspectiva relacional y partiendo de la premisa de que las representaciones y experiencias sobre paternidad se configuran y se disputan con otros, incorporo esta dimensión que se nutre de entrevistas y observaciones a instituciones “estatales” (centro de salud y escuelas) y territoriales (comedores barriales, una unidad básica y un club) consideradas clave, para conocer sus concepciones, pero principalmente las respuestas e intervenciones brindadas ante este acontecimiento, en base a la labor diaria con los jóvenes que transitan por estos espacios. El objetivo excede la constatación del cumplimiento o no de las diferentes leyes y programas vigentes sobre los jóvenes, especialmente en el caso de las instituciones estatales. El conocimiento del campo normativo no implica necesariamente su acatamiento. En esa dirección, me interesa analizar *qué hacen* los actores institucionales con las paternidades en su marco de posibilidades.

Detrás de esas intervenciones, subyacen diferentes miradas y discursos sobre la juventud que las sustentan, por lo que también serán objeto de análisis de este capítulo. La decisión de introducir las diferentes instituciones de manera detallada e individual responde a los fines de conocer y comparar la diversidad de percepciones y acciones en torno a las paternidades que cada una presenta, en el marco de los dos grandes grupos de instituciones establecidos. Considero que las instituciones mencionadas en tanto soportes (o no), desempeñan un papel importante en las experiencias de paternidad los jóvenes, favoreciendo o agravando sus condiciones de vulnerabilidad.

3.1. La pregunta del millón y el eslabón perdido

Cuando comencé el trabajo de campo de mi investigación, el objetivo fue construir un mapa de instituciones que trabajaran diariamente con jóvenes desde distintos objetivos y enfoques para conocer sus respuestas e intervenciones frente a las paternidades de los jóvenes que viven en contextos vulnerables. Como desarrollé en el capítulo anterior, las instituciones relevadas del barrio elegido fueron un centro de salud, tres escuelas, dos comedores barriales, una organización política y un club; a fin de obtener una diversidad de miradas y acciones sobre los jóvenes que pretendía indagar. En ese planteo inicial, el primer lugar al que acudí (y que en ese momento consideré un espacio vital para comprender las paternidades) fue el centro de salud.

En el barrio analizado existen dos centros de atención próximos, que mayormente comparten la plantilla de profesionales (entre ellas, la trabajadora social, la médica pediatra y una obstétrica). De este modo, conocen no sólo a las personas y familias que se atienden allí frecuentemente, sino que también están al tanto de las dificultades que supone el trabajo cotidiano en estos espacios de atención primaria (falta de personal, de insumos, bajos salarios, barreras de acceso institucionales, etc.). Estas diferentes falencias se pueden traducir en importantes desventajas para garantizar el acceso a la salud de la población, especialmente la joven.

El centro seleccionado pertenece al ámbito de la medicina pública municipal de La Plata y es una de las 46 unidades sanitarias de la ciudad, también comúnmente llamadas *salitas*. Fue fundada hace más de 60 años y cuenta con los servicios de Clínica Médica, Ginecología y Obstetricia, Pediatría, Ecografía, Odontología, Análisis Clínicos y Enfermería las 24 horas. El volumen de consultas diarias promedia las 70 personas, dependiendo del servicio que se preste según el día, siendo los de Pediatría y Obstetricia los más concurridos.

Allí entrevisté a la trabajadora social, a dos obstétricas y a dos promotoras comunitarias de salud³¹. Éstas últimas, en tanto referentes territoriales, desempeñan un rol importante porque tienen la competencia de generar participación y organización comunitaria, oficiando de nexo entre el centro de salud y la comunidad, bajo la consigna “lo nuestro es el terreno”. Concretamente, se involucran en la promoción y gestión barrial de la salud a partir de la búsqueda de pacientes que han abandonado los controles médicos (especialmente las mujeres embarazadas con bajo peso o bebés recién nacidxs). Una vez que “detectan” a estos dos grupos, dan intervención a la trabajadora social.

Tal vez por mi participación previa en una organización de la comunidad años atrás, fui bienvenida por el equipo médico cuando comuniqué los objetivos de mi investigación en la institución. Se mostraron entusiasmadx con mi tesis porque “el tema de los varones es difícil y no sabemos cómo abordarlo”. El diagnóstico colectivo de las profesionales entrevistadas coincide en que su labor se desarrolla en un barrio vulnerable con grandes inequidades y dificultades económicas y de infraestructura.

Las intervenciones sanitarias dirigidas a adolescentes y jóvenes embarazadas, en particular, se enmarcan en los programas nacionales (particularmente el Programa Nacional de Salud Sexual y Reproductiva y Procreación Responsable y el Programa Nacional de Salud Integral en la Adolescencia), provinciales (Programa Provincial de

³¹ El Programa de Promoción Comunitaria en Salud (Ministerio de Salud de la Nación) tiene como objetivo fortalecer a las organizaciones sociales y comunitarias a través de capacitaciones a lxs referentes territoriales en temas de salud. Su estrategia apunta a contribuir con la atención primaria de la salud a partir de la formación de promotorxs comunitarios y agentes sanitarios.

Salud Reproductiva y Procreación Responsable) y en un plan materno municipal denominado “Mamá y Bebés sanos”³², que apunta a aumentar el número de controles y la captación temprana de embarazos de alto riesgo. Este último programa es en el que más se enfatiza porque constituye la puerta de entrada al centro de salud de mujeres y jóvenes embarazadas. Si los indicadores de peso no se encuentran dentro de los valores considerados normales, las mujeres son ingresadas y entrevistadas por la trabajadora social para conocer su situación habitacional, laboral, sus hábitos alimentarios (si logran cumplir el aporte diario de calorías requeridas), su escolaridad, entre otras. De acuerdo a las estadísticas elaboradas por este centro de atención³³, alrededor del 30% de los embarazos que allí se atienden corresponden a mujeres de entre 15 y 19 años, un porcentaje relativamente alto si además se tiene en cuenta que en ocasiones no se trata del primer embarazo, sino del segundo o tercero. En el caso de que las mujeres y jóvenes detectadas no asistan a los controles, se activan los “rescates” en los que las promotoras de salud acuden personalmente a las viviendas.

Este acercamiento a las mujeres, pero especialmente a las jóvenes, permite al equipo de salud tener un registro más integral de los hogares y “*ahondar en la telaraña*” que observan alrededor de los embarazos en la adolescencia y la juventud. Existe un interrogante compartido entre las profesionales entrevistadas, *la pregunta del millón*, en encontrar causas y respuestas a por qué las chicas se embarazan siendo tan jóvenes: “Si existe acceso a la consulta médica, si existen métodos anticonceptivos gratuitos y no desean el embarazo, ¿por qué quedan embarazadas?”. La desinformación o la falta de educación, la necesidad de tener algo propio sin medir las consecuencias, la naturalización de la maternidad en familias numerosas, son algunas explicaciones señaladas por el equipo médico.

Los argumentos planteados por el equipo de salud en las entrevistas abrevan en viejos y conocidos debates sobre el tema, abordados en el capítulo 1. De manera general, estas explicaciones se vinculan a los enfoques tradicionales de la maternidad y el embarazo, donde este evento supone riesgos biológicos y sociales, y según el cual las jóvenes actúan de manera irresponsable. Pero es relevante observar cómo estas explicaciones que resultan descontextualizadas y ahistóricas continúan operando en el imaginario de las profesionales, permeando su quehacer. Más significativo aún es destacar por qué en ninguna de sus explicaciones aparecen los

³² Fue creado en el año 2008 por la Secretaría de Salud y Medicina Social de la Municipalidad de La Plata y rige desde entonces en todos los centros de atención primaria platenses. Se desarrolló como consecuencia de la alta mortalidad materna detectada en 2006 (6,9 %), cifra por la cual La Plata se había convertido en el municipio de mayor mortalidad materna de la Provincia de Buenos Aires.

³³ Dentro del Centro se elaboran estadísticas trimestralmente para tener un control del volumen de casos atendidos. Esta tarea también formaba parte del Programa SUMAR que requería cuantificar la población atendida.

jóvenes varones como partícipes de esos eventos, atribuyéndoles la responsabilidad del embarazo centralmente a las mujeres; sin mencionar las desigualdades estructurales y de oportunidades que atraviesa este grupo etario en particular en dicho barrio.

En menor medida, se sostuvo que la Asignación Universal por Hijo (AUH) y por Embarazo (AUE) también configuraban un incentivo para que las jóvenes quedaran embarazadas, porque aseguraban un medio económico de supervivencia en condiciones adversas (esta explicación no estaba presente únicamente en el discurso médico/profesional, posteriormente lo encontraremos en algunos [pocxs] actores territoriales entrevistados). Siguiendo a Cháves (2005), en estas explicaciones subyacen y conviven al menos 3 tipos de formaciones discursivas diferentes en torno a la juventud. En primer lugar, las profesionales refieren a lxs jóvenes desde un discurso vinculado a la *patología social*: la juventud es definida como un problema y conlleva un riesgo en sí misma que lxs conduce a adoptar “conductas desviadas”, como convertirse en madres y padres en esa etapa vital. Tal como manifiesta la autora, las intervenciones aplicadas son catalogadas como soluciones a problemas juveniles (“Vamos a tratar sobre juventud, vamos entonces a hablar de alcoholismo, SIDA, tabaquismo, embarazo adolescente”, 2005:17). Simultáneamente es posible observar en los relatos de las entrevistas discursos relacionados con la visión naturalista y psicologista de la juventud: en el primero, la juventud es interpretada como una etapa natural y universal centrada en lo biológico, que existió y existirá siempre y de la misma manera. En el discurso psicologista, la juventud aparece como un momento de confusión y su asimilación al término adolescencia implica ser y estar carente de algo. Como apunta Cháves (2005) todos estos discursos y otros que mencionaré a lo largo del capítulo, quitan agencia o directamente invisibilizan a lxs jóvenes como actores con capacidades propias, simplificando las interpretaciones sobre este grupo social.

No obstante, estas explicaciones pueden matizarse con la intervención de la trabajadora social, que complejiza el análisis y expone el rol de los varones en estas situaciones.

“Uh, ¿otra vez embarazada?”, dicen. ¡Pero por qué no dejan tranquilas a las mujeres! ¿Pudo decir que no? ¿Pudo plantearse el cuidado? Seguimos responsabilizando a las mujeres, los programas se siguen centrando en ellas. Hay que trabajar más con los hombres como agentes del Estado”.

(Marta, 55, trabajadora social)

A pesar de esta diferencia, el equipo de salud concuerda en que es aún muy sutil el involucramiento y la participación de los varones en los procesos del embarazo

y el cuidado. En el relato de las obstétricas, las jóvenes acuden al control rara vez acompañadas por sus parejas: algunas advierten que es porque trabajan, coincidiendo con el horario de atención, y otras que los jóvenes siguen siendo novixs y viven en casas separadas. En ocasiones lo hacen con sus madres o amigas que ya han transitado un embarazo. Lo cierto es que, desde la perspectiva de las profesionales, los varones asisten muy poco al centro de salud³⁴.

Esta escasa concurrencia es entendida por las entrevistadas como un *rasgo cultural* de los varones, anterior a su paternidad. Sabemos por investigaciones previas (de Keijzer, 1994, 1997) sobre la falta de incorporación de medidas de autocuidado tanto médicas como aquellas relacionadas con el estilo de vida, la negación de las enfermedades y las dificultades para pedir ayuda presentes en los varones. Estos comportamientos son comprendidos dentro del concepto del “varón como factor de riesgo” (Kaufmann, 1997; de Keijzer, 1994, 1997) que incluyen la salud sexual y reproductiva, entre otras conductas autodestructivas (como adicciones, alcoholismo, riesgo de accidentes) y destructivas (violencias hacia tercerxs)³⁵. En esa dirección, el ingreso de los varones a los establecimientos de salud no suele producirse con fines preventivos o de consulta, sino para tratar una patología, cuando no una emergencia, consecuentemente a lo planteado por otras investigaciones (Obach, Sadler y Aguayo, 2018; Tajer, 2018). Estos trabajos describen las barreras actitudinales e institucionales para el acceso de los varones jóvenes a los servicios de salud sexual y reproductiva. Entre ellas, mencionan que los procesos socialización masculina producen que los varones no registren la necesidad del cuidado de su propia salud, por lo que su atención ocurre principalmente por episodios de emergencia. Asimismo, señalan la vergüenza que manifiesta este colectivo para reconocer que necesitan información sobre su salud sexual y reproductiva, como también la escasa capacitación y las actitudes negativas del personal de salud para la atención de varones jóvenes (Obach, Sadler y Aguayo, 2018). En ese marco, su poca participación en los procesos reproductivos y de cuidado no parecería ser incongruente.

Tampoco existen dentro del centro de salud relevado espacios específicos para varones jóvenes que los convoquen a asistir. En palabras de las profesionales, no encuentran forma de incentivarlos a participar, sólo existe una *condición de búsqueda* (nuevamente) en los controles de embarazo: “¿Querés venir? Los traemos desde el pensamiento, la pregunta nomás”. Entre esas *invitaciones*, las obstétricas utilizan el

³⁴ En el capítulo 5, abordo la participación de los varones en los controles prenatales desde su propia experiencia, estableciendo un contrapunto con lo expresado por las profesionales del centro de salud

³⁵ Si bien la mortalidad durante la adolescencia es baja en comparación con otros grupos etarios, hay dos aspectos distintivos: la alta proporción de muertes relacionadas a causas consideradas evitables y la sobre mortalidad masculina (Govea Basch, 2015). La sobremortalidad masculina es significativamente mayor en la franja etaria que comprende los 15 a 35 años de edad.

espacio de consulta para indagar a los pocos jóvenes que acompañan a sus parejas embarazadas sobre su estado de salud general en base a una serie de preguntas; focalizándose especialmente en la detección de infecciones de transmisión sexual (ITS), intentando así producir sensibilización y un aparente *efecto multiplicador* entre los mismos jóvenes, pero no desde una estrategia clara de intervención sino desde *una prueba y error*:

“Ahora una cosa nueva que implementamos es el tema de pedirle el HIV a los varones que vienen, a los que acompañan a sus parejas les preguntamos, “*Bueno, ¿te hiciste alguna vez?, ¿Sabés que podés hacerte el análisis de HIV?*” Decirles ahí que tienen acceso [al laboratorio], que van sin turno a hacérselo. Uno les da la orden, cualquier profesional les puede extender la orden y van al municipio, al laboratorio municipal y se lo hacen. Entonces también les damos por ese lado, de “*Bueno, ¿sabés que podés hacértelo una vez por año el control?*” y tratamos de mandarles el mensaje como para que lo manden a otros [varones]. Que ellos también lo distribuyan, lo divulguen, porque también la responsabilidad está un poco en ellos, de moverse hasta allá”.

(Analía, 43, obstétrica)

Si bien la iniciativa es oportuna, en el relato de las obstétricas es difícil distinguir desde qué lugar se piensan estas propuestas y cómo se concibe a “los varones”: si parten desde un enfoque de promoción de salud donde los centros de atención son los responsables de articular una estrategia de intervención o si la responsabilidad última está depositada en los varones como un grupo homogéneo, remitiendo nuevamente al discurso naturalista de la juventud. En ese aspecto, indican que si se solicitara institucionalmente o se brindaran desde alguno de los programas existentes más herramientas que propiciaran mayor participación masculina sin forzamientos, se obtendrían mejores resultados.

Cuando me contacté con el centro de salud, la única médica ginecóloga que trabajaba allí, además de su propia práctica médica (controles ginecológicos, colocación de DIU y distribución de píldoras anticonceptivas) se encargaba de organizar y dirigir talleres de salud sexual y reproductiva a la comunidad, especialmente para la población juvenil. A raíz de una enfermedad que le impidió continuar con su labor, la médica fue dada de licencia por tiempo indeterminado, pero no fue reemplazada. Es decir que las mujeres y jóvenes que acudían al centro de salud no podían acceder a controles ni a anticonceptivos de ningún tipo (excepto a preservativos), a menos que concurrieran a una salita aladaña por fuera de su área residencial. En este contexto, los pocos varones que acompañaban a sus parejas tampoco podían ser “enganchados”. Todas las tareas de promoción y prevención en salud sexual y reproductiva quedaron suspendidas, incluso cuando mis tareas de

campo en la zona estaban concluyendo (luego de 2 años). Al respecto, las obstétricas del centro de salud relataban:

Obstétrica: “Acá [en el centro de salud] distribuimos [pastillas, preservativos]. Ahora tenemos un problema específico que tenemos a la ginecóloga que es la que se encarga de anticonceptivos, de colocación de DIU y demás que está con carpeta médica prolongada. Hicimos un reclamo, una nota de pedido para que nos den un reemplazo, pero bueno, no hay presupuesto. Aparentemente no hay profesionales, no sé. Entonces tenemos los métodos y no tenemos un profesional que los pueda dar. Aparte es como que se corta la cadena porque nosotros atendemos a la embarazada, cuando tiene su bebé la citamos para el puerperio y ahí la enganchamos con la ginecóloga. Al no haber, es como que la paciente queda en el aire y no sabe qué hacer porque tiene que ir a otro Centro de Salud donde se complica porque están explotados de gente. Nosotros no podemos darle los métodos porque es un trabajo de la ginecóloga -un DIU menos- y aparte para colocar DIU o tomar pastillas tiene que hacerse un control ginecológico.

Cintia: Y desde el Centro de Salud, ¿se hizo alguna actividad o taller que convoque a las y los jóvenes?

O: Bueno, pero eso lo hacía Marcela [la ginecóloga]. Marcela está dentro del Programa de Salud Sexual y Reproductiva. Ella es de Provincia pero está acá en Municipio, y estaba dentro del Programa que también tenían lo que es las charlas a las escuelas. Pero de eso se encargaba ella, no nosotras”.

(Analía, 43, obstétrica)

En relación a las charlas o talleres contemplados por dicho programa, su organización o promoción recaían netamente en la ginecóloga del centro de salud. La acción de las obstétricas y de la trabajadora social en este aspecto se encontraba reducida a las preguntas y a las invitaciones a los varones. Tampoco manifestaron articular con las instituciones educativas del barrio, especialmente con la escuela secundaria que se encuentra ubicada detrás del centro de salud³⁶. No existía una estrategia consensuada por las profesionales para abordar a los jóvenes, especialmente a los varones padres:

“Es un eslabón perdido ahí el hombre, ¿viste? No...Nosotros desde nuestra función acá no encontramos el modo de incorporarlos salvo de invitarlos a que vengan a los controles, o de decirles a ellas: “Decile a tu pareja que puede venir cuando quiera”. Después el tema de la inclusión de los familiares o la pareja en el momento de parto, el acompañamiento en el trabajo de parto, todo eso también se está cambiando en los hospitales, gracias a Dios”.³⁷

(Analía, 43, obstétrica)

³⁶ Una vez finalizada la entrevista con la trabajadora social, solicité que me contactara con la directora de la escuela secundaria para continuar mi relevamiento. Me explicó que no la conocía y que no tenía su número de teléfono; y que si yo llegara a conseguirlo, “se lo pasara”. Esta escuela (catalogada como escuela C), integra la muestra de la investigación.

³⁷ Las experiencias de los jóvenes entrevistados sobre el proceso del parto será abordado en profundidad en el capítulo 5, estableciendo un contrapunto con la afirmación de la obstétrica.

Para distribuir los preservativos, la trabajadora social armó una canasta que instaló al ingreso del establecimiento. Al notar que el lote estaba disponible pero nadie los demandaba, decidieron colocarlos allí sin tener que pedirlos en la ventanilla de turnos como se acostumbraba. Cuando terminó la jornada, observaron que la canasta había disminuido su volumen. Pero nuevamente, eso no significaba para el equipo una garantía de uso: “la canastita se vaciaba, no sabemos si los usan o los revenden, pero desaparecieron rápido. La triste realidad es que si vas a depender de un hombre para cuidarte, chau, y esto pasa en todos los niveles sociales”.

La sensación que transmiten las obstétricas durante la entrevista es de una impotencia absoluta en relación a los varones: serían y actuarían de un modo que no se puede cambiar, como una esencia. Insisten en que los jóvenes no tienen conocimiento sobre su propio cuerpo, de allí que ocurra la paternidad de manera temprana. La paternidad en la adolescencia y la juventud aparece entonces como un *evento fugaz y no buscado* en la vida de los jóvenes. Las profesionales destacan que existe un “embelesamiento pasajero” en los varones, un enamoramiento de su propia masculinidad más que un deseo de conformar una familia. La paternidad estaría ligada así a la capacidad que los varones tienen de reproducirse, como una reafirmación de su masculinidad: “Mostrarse con la mujer embarazada es toda una imagen para ellos, que se termina abruptamente cuando el bebé nace, ¡y cuando llora!”. En estas explicaciones es posible rastrear representaciones sobre la masculinidad cercanas al modelo hegemónico, que reivindica su potencia reproductora pero que exige a los varones de la responsabilidad del cuidado de sus hijos.

Esta misma sensación de impotencia percibí al entrevistar a las promotoras de salud. En tanto referentes territoriales, su tarea de revinculación de pacientes, especialmente mujeres embarazadas que no asisten a los controles, es de vital importancia, aunque sus concepciones tal vez no faciliten el vínculo con los jóvenes que podrían convocar (y tampoco con la comunidad que deben intervenir):

“En este barrio hay demasiada droga y vagancia, comparado con otros centros donde hemos trabajado. El que no se atiende es porque no quiere venir. Hay métodos anticonceptivos gratis, claramente te das cuenta que es un tema de educación. Mirá, nosotras la primera vez que salimos a recorrer [el barrio], encontramos jóvenes a las 9 de la mañana con la cerveza en la mano. No fue difícil encontrar este tipo de situaciones. Ni hablar de la inseguridad, nosotras vamos sin los celulares a recorrer. Nos ponemos la chaqueta y nada más, para que nos reconozcan. A veces también nos confunden con los del Sistema Penitenciario”.

(Irma, 47, promotora de salud)

Además de los discursos sobre las juventudes ya mencionados en las profesionales entrevistadas, las promotoras de salud introducen una nueva dimensión: *el pánico moral* (Chávez, 2005). En este tipo de formación discursiva, los jóvenes aparecen ligados al miedo como sujetos peligrosos, desviados o como enemigos internos. Estas representaciones son especialmente reproducidas por los medios de comunicación y diseminadas al conjunto de la sociedad, identificando a los jóvenes de estos barrios como delincuentes y malvivientes.

A pesar de estas definiciones negativas en relación a la juventud en los barrios (“la vagancia”), las promotoras consideran que el poco involucramiento de los varones en los embarazos y en su paternidad se debe a *un problema de educación*, pero también a que estamos inmersxs en una cultura machista, patriarcal, que presiona y condiciona el comportamiento de los varones. En esa dirección apuntan que cuanto más baja es la clase social, más violentas son las expresiones del patriarcado: “las mujeres no pueden usar anticonceptivos porque los maridos las cagan a trompadas”. Esta idea es significativa porque el patriarcado como organización social y cultural no había sido mencionado ni vinculado anteriormente a estos procesos, y es justamente allí donde considero que radica la mayor falencia de las acciones sanitarias destinadas a varones en el centro de salud relevado (en este caso, adolescentes y jóvenes padres): la falta de perspectiva de género y específica sobre masculinidades en el personal de salud. Esto significa atender, entre otras cuestiones, cómo las propias ideas de la masculinidad hegemónica (acudir en casos de emergencia o enfermedad, ausencia de controles médicos, etc.) atentan contra la posibilidad de desarrollar conductas de cuidado, para sí y para otrxs. Asimismo, esta falencia de los centros de salud no se produce en el vacío, sino en el contexto de grandes inequidades sociales en un clima barrial crítico para el ejercicio de derechos de lxs jóvenes (Capriati, 2017).

En relación a los programas nacionales que incluyen a la población joven, tuve la oportunidad de entrevistar a la referente del Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable (PNSSyPR) a principios de 2016, poco tiempo después de haber concluido las tareas de campo. Si bien la entrevistada identificó a la población masculina como un grupo alcanzado por la normativa del programa y como grupo fundamental para las políticas en salud sexual y reproductiva, no asignó prioridad en el trabajo cotidiano ni en la formación de recursos humanos sobre esta temática, atribuyéndolo al escaso presupuesto que disponía su dirección (el momento de la entrevista coincide con el cambio de gestión en la administración nacional y la posibilidad de cerrar el programa a nivel nacional y provincial, que finalmente no se

produjo pero sí disminuyó su presupuesto). En ese marco, al preguntarle específicamente sobre las intervenciones del programa en las paternidades juveniles, indicó que

“Capacitamos a los profesionales o agentes de salud en enfoque de género y derechos, pero el ojo está puesto en la provisión de métodos anticonceptivos y en la detección y seguimiento de embarazos precoces. Nuestra prioridad son las mujeres, no los varones. En un esquema ideal, habría que trabajar con esta población, pero los recursos también son limitados. Con adolescentes trabajamos mancomunadamente con el Programa Nacional de Salud Integral Adolescente (PNSIA), que se encarga directamente de esta población”.

(Referente nacional PNSSyPR)

El PNSIA es un programa nacional también perteneciente al Ministerio de Salud de la Nación, cuyo objetivo es facilitar el acceso de adolescentes y jóvenes a servicios de salud integrales, amigables, de calidad y favorecer las condiciones para el ejercicio del derecho a la salud de manera autónoma³⁸. Orientado a adolescentes de entre 10 y 19 años, entre sus objetivos sanitarios se encuentran disminuir el embarazo no planificado y mejorar el cuidado de los embarazos en la adolescencia³⁹. Además promueve el desarrollo de programas provinciales y centros diferenciados de salud integral y para la atención de adolescentes, favoreciendo, acompañando y brindando asesoramiento técnico a las distintas jurisdicciones.

En la entrevista realizada en 2016 al referente nacional de este Programa, pude también visualizar la falta de trabajo sistemático con los adolescentes y jóvenes varones, específicamente en el área sexual y reproductiva. Recientemente habían comenzado a elaborar manuales sobre “masculinidades” y a incorporar el enfoque de género en el trabajo con lxs profesionales que atienden adolescentes y jóvenes. El referente consideraba completamente necesario incluir a los varones en las decisiones reproductivas y de cuidado, pero a su vez afirmaba que en nuestro país no se priorizaba el tema *en la práctica*, coincidiendo en parte con la referente del PNSSyPR. La iniciativa de los Espacios Amigables contemplados por este programa para la atención de lxs adolescentes es pertinente en tanto lxs profesionales incorporen un enfoque de masculinidades para su atención, especialmente en salud sexual y

³⁸ El Programa promueve la autonomía del/a adolescente/joven en la atención de su salud: la normativa establece que no es necesario el acompañamiento de un adultx en su consulta a partir de los 14 años, respetando su confidencialidad.

³⁹ Los objetivos del Programa son: 1) Disminuir la morbilidad y la mortalidad por gestación en la adolescencia, 2) Disminuir el embarazo no planificado durante la adolescencia, 3) Disminuir la morbilidad y mortalidad por aborto inseguro, 4) Mejorar el cuidado de los embarazos en la adolescencia, 5) Disminuir la morbilidad y la mortalidad por causas externas, 6) Disminuir el consumo episódico de riesgo de alcohol, 7) Disminuir la tasa de suicidios en la adolescencia, 8) Disminuir la mortalidad por lesiones no autoinflingidas, 9) Promover el desarrollo y bienestar de la población adolescente, 10) Favorecer hábitos y estilos de vida saludables, 11) Contribuir a la construcción de proyectos de vida.

reproductiva. En este sentido, el referente daba cuenta del “malestar” existente entre posturas que convivían dentro del programa y lxs profesionales de la salud, que oscilaban entre considerar a lxs adolescentes como sujetxs plenos de derechos (de participación, de decisión y como sujetxs diversxs) a posiciones asociadas al paradigma tutelar que aún se encuentra vigente en las concepciones y prácticas profesionales de lxs médicos que atienden jóvenes.

Sintetizando lo expuesto en esta sección, observo que desde el Centro de Salud relevado no existen acciones sistemáticas o planificadas tendientes a la promoción de derechos ni actividades específicas hacia la población masculina, menos aún a los jóvenes que son padres (exceptuando la distribución de preservativos). Existen una serie de acciones pautadas enfocadas en las mujeres vinculadas a la búsqueda de jóvenes inscriptas en el Programa de Embarazo y Detección de Bajo Peso, o que dejan de asistir a los controles en consultorio, pero la población masculina continúa fuera de sus márgenes de acción.

En la misma línea, entre las profesionales entrevistadas conviven diversas posiciones acerca de los embarazos en la adolescencia y la juventud que concentran su mirada en las mujeres (asignando mayor o menor grado de responsabilidad en estos eventos), pero que no incluyen a los varones como parte de ese análisis porque son “un eslabón perdido”, un sujeto ausente difícil de interpelar desde el ámbito de la salud. Así, las explicaciones sobre el embarazo se concentran en la desinformación o la falta de educación de las mujeres, la necesidad de las jóvenes de tener algo propio sin medir las consecuencias, la naturalización de la maternidad en familias numerosas, o la valoración negativa de que “se embarazan por un plan”, en las cuales subyacen discursos naturalistas, psicologistas, de patología social y pánico moral sobre la juventud.

El contacto con los varones jóvenes se produce a través de *invitaciones* en el espacio de las consultas con sus parejas (proponiendo en algunos casos la realización del test de HIV, pero no de otros estudios). Las actividades del equipo médico orientadas a la promoción de la salud de los jóvenes son, al menos en el momento de las entrevistas, muy escasas. En consecuencia, identifiqué una falta de perspectiva de género en general y sobre masculinidades en particular en la atención de la salud sexual y reproductiva en adolescentes de este barrio. Este ámbito continúa centrado en las mujeres, y en el caso de las adolescentes mujeres o jóvenes, los esfuerzos de las profesionales se asocian al temor de un posible embarazo no planificado. En ese esquema, los varones quedan invisibilizados, acudiendo a los servicios de salud en situaciones de emergencias médicas o, en menor proporción,

acompañando a sus parejas. De este modo, el centro de salud no configura un soporte para los jóvenes padres entrevistados y queda atrapado en una lógica culpabilizadora: las profesionales de la salud denuncian que los jóvenes padres no se involucran en los procesos de salud “por rasgos culturales”, pero desde este espacio no se articula una estrategia concreta de intervención sobre los jóvenes, realimentando así la invisibilización de estos varones como participantes de los procesos de reproducción y cuidado.

En relación a los programas nacionales y provinciales mencionados y sus acciones para promover la salud de lxs adolescentes y jóvenes, encuentro que los varones son incorporados en la normativa pero que en las intervenciones diarias no tienen prioridad, ya sea por falta de presupuesto o porque el equipo de atención no dispone de herramientas o estrategias suficientes para abordarlos. No obstante, es importante aclarar que las entrevistas fueron realizadas hace un tiempo considerable (4 años) y que en el caso del PNSIA se han promovido en los últimos dos años diferentes actividades para jóvenes varones a través del trabajo en red con organizaciones del tercer sector (ONGS como Casa Fusa⁴⁰ o Red Argentina de Jóvenes y Adolescentes Positivos, RAJAP⁴¹, entre otras) y producido manuales para profesionales, documentos de trabajo y artículos académicos con colaboración de especialistas en la materia tendientes a visibilizar el lugar de los varones jóvenes como sujetos de políticas sanitarias específicas.

A partir de lo expuesto, no es difícil concluir que el centro de salud no fue la opción más oportuna para iniciar el trabajo de campo, como mencioné al principio del capítulo. Allí no pude entrevistar a ningún joven porque las profesionales tampoco tenían contacto con ellos. Sin embargo, esta decisión “errada” pronto se convirtió en un dato que da cuenta de la vinculación de los jóvenes padres con las instituciones de salud. Como analizaré en la próxima sección, las escuelas relevadas mostrarán un derrotero similar.

3.2. La escuela y la(s) mater/paternidad(es)

Como mencioné en el primer capítulo, estudios recientes han enfocado sus análisis en comprender el vínculo entre la escuela y la(s) mater/paternidad(es) (Fainsod, 2007, 2008; Vázquez, 2008). Sus esfuerzos se centran en desnaturalizar la relación adolescencia, embarazo y abandono escolar como un destino o único

⁴⁰ Es un centro de atención inclusivo, integral y amigable para adolescentes y jóvenes que sigue los lineamientos del Programa Nacional de Salud Integral en la Adolescencia.

⁴¹ Es una asociación civil por y para personas de entre 14 y 30 años que viven con el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) desde su nacimiento o adquirido posteriormente.

resultado posible. Si bien es innegable la evidencia que demuestra que los embarazos no planeados en la población adolescente generan múltiples dificultades para continuar y finalizar la trayectoria educativa y con ello serias limitaciones de ingreso al mercado laboral (UNICEF, 2017)⁴², existen nuevos estudios que explican el abandono escolar por las vulnerabilidades que aparecen a causa del origen social de lxs adolescentes.

De esta manera, este conjunto de investigaciones destaca que la maternidad y la paternidad en la adolescencia son más frecuentes entre jóvenes provenientes de barrios populares y entre aquellxs que tienen menor nivel educativo (Binstock y Gogna, 2013). Para estas autoras, el embarazo no explicaría por sí mismo la interrupción o la intermitencia de las trayectorias escolares de lxs jóvenes sino las desigualdades sociales previas como condicionantes. Indican que la mitad de las adolescentes que son madres ya habían abandonado la escuela antes de quedar embarazadas. Es decir, quienes tienen mayor probabilidad de abandonar la escuela (con o sin una situación de embarazo, en el caso de los varones) son jóvenes y adolescentes expuestxs a situaciones de desigualdad económica y social, las cuales anteceden y configuran los contextos en los cuales se producen las experiencias de maternidad y paternidad (UNICEF, 2017). Estas investigaciones señalan que al convertirse en madres y padres, lxs jóvenes dan paso a una serie de experiencias diversas en las que pueden profundizarse vulnerabilidades previas o producirse nuevas, pero que sin duda construyen nuevos sentidos sobre la escuela (Fainsod, 2007; 2008, UNICEF, 2017). Es allí donde las familias y las instituciones desempeñan un papel fundamental: las acciones y los destinos posibles de lxs jóvenes dependerán en gran parte de los marcos de posibilidad generados por ellas (UNICEF, 2017).

Como mencioné en el capítulo anterior, las tres instituciones educativas que seleccioné (A, B y C) son escuelas históricas de Los Hornos aledañas al barrio y que reciben una gran cantidad de estudiantes, principalmente del barrio elegido y *algunxs del fondo de Los Hornos*. Un rasgo compartido entre ellas era la falta de personal en relación al número de estudiantes, incluidxs profesorxs, preceptorxs y maestranza, sin mencionar las dificultades de infraestructura, el deterioro edilicio y la falta de aulas. En consecuencia, ninguna de ellas disponía de salas maternas o “guarderías” para lxs hijxs de lxs estudiantes.

Una gama heterogénea de escenas de violencia(s) estaban a la orden del día en todas ellas: desde chicxs víctimas de robos en la entrada de los establecimientos, reiterados destrozos, robos de mobiliario y computadoras escolares los fines de

⁴² UNICEF (2017) Maternidad y paternidad adolescente. El derecho a la educación secundaria. Estudio sobre una experiencia educativa en la provincia de Buenos Aires.

semana. Casi todos los días se presentaban este tipo situaciones en las escuelas. Los esfuerzos de las autoridades para sostener y asegurar su funcionamiento aún sin los recursos necesarios eran notorios.

La escuela A es la más antigua y fue creada hace más de 50 años. Cuenta con una matrícula actual de 1.500 estudiantes en 3 turnos y continúa siendo una de las más reconocidas de la comunidad. Dispone de un equipo de orientación vocacional (al cual referiré como Gabinete) integrado por dos psicólogas y una trabajadora social, quienes al momento de realizar el trabajo de campo tenían un relevamiento pormenorizado de las jóvenes estudiantes que estaban embarazadas a fin de plantear y aplicar un régimen de cursada más flexible que les permitiera finalizar sus estudios, acorde a la ley existente. No obstante, este relevamiento no incluía a los estudiantes varones que también estaban amparados por esta ley a partir de 2014, con lo cual no había seguimiento ni *beneficios* de un régimen especial para este grupo.

Cuando informé cuál era el objetivo de realizar entrevistas y observaciones en el establecimiento, las profesionales del Gabinete expresaron que “nunca se nos ocurrió pensar en los jóvenes varones que podían ser padres”, que “siempre trabajamos con las mujeres porque se les nota [el embarazo]”. De esa manera, no tenían identificados a aquellos jóvenes que se encontraban en esta condición hasta que ingresé y pregunté en la institución. Explicaban esta situación manifestando que “los varones son más reservados con esos temas”, exponiendo así al menos dos elementos. Por un lado, el desconocimiento de la normativa que los abarca y protege y por otro, su concepción de los varones como sujetos ajenos a los procesos reproductivos y de cuidado, reafirmando el modelo de masculinidad hegemónica: los varones no participan ni hablan *de eso*. Así, los jóvenes padres permanecían invisibilizados y no accedían a los *beneficios* que suponía su condición. En un solo caso, la escuela tenía conocimiento de la paternidad de un joven a través de su pareja, quien asistía al mismo establecimiento y estaba contemplada en el régimen para estudiantes embarazadas.

La Ley Provincial N° 14.637 (sancionada en 2014) mediante la cual se establece un régimen especial de inasistencias justificadas para alumnas embarazadas y alumnos en condición de paternidad que cursan estudios en establecimientos de gestión estatal o privados, reemplaza y actualiza la Ley 11.273, que preveía un régimen de asistencias para alumnas embarazadas pero no para los varones padres. El objetivo de la norma es evitar la deserción educativa de lxs jóvenes y asegurar la inclusión, garantizando la permanencia en el sistema educativo.

Esta ley parte de la premisa de que uno de los motivos de deserción escolar en el nivel de educación secundaria en la provincia de Buenos Aires es la maternidad y la paternidad de lxs estudiantes. Esta medida asegura a las alumnas en período de gestación poder contar con 30 días hábiles de inasistencias justificadas y 5 días para los varones. Según la ley, la inasistencia para las alumnas se computa tanto en la etapa del embarazo como en el período que sigue al nacimiento, y para solicitarla las estudiantes deben acreditar el embarazo con la presentación del certificado médico. Asimismo, este régimen especial de inasistencias justificadas prevé posibilitar la lactancia adecuada a las estudiantes. En el caso de los varones, la condición de paternidad se acredita con la presentación de la constatación de parto o inscripción de nacimiento de su hijx.

Respecto a las obligaciones de las instituciones escolares, las escuelas públicas o privadas bonaerenses deben ejercer funciones de apoyo para promover la concurrencia de las alumnas embarazadas y de los alumnos padres a los controles médicos correspondientes. La Dirección General de Cultura y Educación debe garantizar que en todos los distritos de la Provincia de Buenos Aires exista al menos un establecimiento de educación secundaria con jardín maternal, donde lxs estudiantes en situación de maternidad o paternidad tengan prioridad de inscripción.

Los 3 jóvenes que entrevisté en la escuela A concurrían en el turno vespertino, luego de haber sido estudiantes de esa misma escuela por la mañana o la tarde antes de su paternidad. Estaban terminando sus estudios *a la noche* porque ese horario era compatible con sus trabajos y con sus arreglos familiares. Ninguno de ellos estaba al tanto de un régimen especial o licencia, aunque sus parejas sí percibían ese beneficio.

Para poder identificarlos y entrevistarlos, las profesionales del Gabinete *pasaron aula por aula* durante una semana por los diferentes cursos para confeccionar un listado de los estudiantes que eran padres o estaban por serlo. La estrategia no parecía ser la más adecuada: levantar la mano y manifestar su condición frente a una sala repleta de compañerxs, podía resultar intimidante e inapropiada (como señalé en el capítulo metodológico, una vez más *estaban buscando a los jóvenes padres*).

Quienes estaban al tanto de los estudiantes que eran padres eran lxs preceptorxs. Como mencioné en el capítulo anterior, ellxs jugaron un papel importantísimo en la investigación porque además de identificar quiénes eran los jóvenes padres, conocían muy bien el trasfondo de cada historia y de cada escenario familiar, a partir de la cercanía que establecían con los estudiantes. De este modo, y en esta escuela en particular, noté una llamativa desarticulación: lxs preceptorxs estaban al tanto de los jóvenes padres o que estaban por serlo y el Gabinete no. Así,

las repetidas inasistencias a la escuela dependían más de una “negociación” con lxs preceptorxs que como parte de un régimen especial, que los jóvenes también desconocían. Es decir, se trataba más de un acto de voluntad que del ejercicio de un derecho dentro de un programa de contención escolar.

A diferencia de la escuela A, las escuelas B y C tenían un registro de los estudiantes que eran padres o estaban por serlo.

La escuela B es una escuela secundaria de creación más reciente a la A. Su edificio fue construido en los años noventa y cuenta con una matrícula de 800 estudiantes distribuidos en 3 turnos. Además de la modalidad secundaria clásica, posee un bachillerato de adultxs y jóvenes con Orientación en Gestión y Administración y Ciencias Sociales que funciona de lunes a viernes hasta las 11 de la noche. En contraposición a la escuela A, donde la edad promedio de la matrícula nocturna no superaba los 27 años, en esta institución encontramos en su mayoría adultxs mayores de 45 años.

Dentro de este establecimiento, lxs estudiantes participan en talleres extracurriculares de ciencia y crean microemprendimientos en los que elaboran bolsas reutilizables como parte del cuidado del ambiente. Estas actividades son publicadas y difundidas en una página web creada por lxs estudiantes, donde figuran fotos e información de la escuela. La particularidad de esta escuela es que en sus instalaciones funciona el Centro de Actividades Juveniles (CAJ) los sábados por la tarde. El CAJ es un programa socioeducativo que depende del Programa Nacional de Extensión Educativa “Abrir la Escuela” y está destinado a jóvenes de nivel secundario. Tiene como objetivo crear nuevas formas de estar y aprender en la escuela a través de la participación de lxs jóvenes en diferentes modalidades (principalmente talleres) en tiempos y acciones complementarios a la jornada escolar. A través de la música, el teatro, el circo o de talleres audiovisuales, se trabajan diversas problemáticas que lxs estudiantes afrontan en la escuela (y más allá de ella): violencia en el hogar, deserción escolar, repitencia, bullying, depresión. Constituye una estrategia de intervención del Estado en respuesta a innumerables conflictos que afectan al nivel medio, especialmente en los establecimientos educativos en zonas vulnerables⁴³. Al respecto, desde el Gabinete de la escuela se sostenía que:

“Como política educativa viene a romper con la estigmatización de los jóvenes, sobre todo aquella que pesa sobre los jóvenes de sectores populares: nosotros

⁴³ Posteriormente a la crisis social del 2001, comienzan a pensarse políticas públicas que apuntaran a reconstruir el tejido social. Es en este contexto que emergen programas socioeducativos como el CA. Durante el período 2015-2019, los CAJ recibieron menos presupuesto y en algunas escuelas han sido cerrados.

vinimos a plantear de romper con esa idea de que los pibes eran peligrosos, y centrar todo nuestro trabajo en la cuestión de los derechos: derecho a la expresión artística y del disfrute, que eso del disfrute es bastante difícil en estos pibes”.

(Paola, 50, Gabinete Escuela B)

A diferencia de los discursos presentes en el equipo de salud, la concepción sobre lxs jóvenes en esta escuela se aleja de los discursos de la patología social planteados por las promotoras de salud en la sección anterior, o de los discursos naturalistas y psicologistas aludidos por las obstétricas. En esta escuela, la juventud es interpretada desde un discurso sociologista, en el que lxs jóvenes son comprendidxs como “víctimas” de la sociedad. Este posicionamiento difiere al sostenido por el equipo de salud, pero que aún así no otorgan agencia a lxs jóvenes⁴⁴.

Dos de los cinco jóvenes que entrevisté en la escuela B participaron o habían participado en los talleres del CAJ. El Gabinete, en este caso, tenía un registro de los estudiantes que eran padres o estaban por serlo, por lo que al llegar a la institución pude acercarme a ellos sin dilaciones. En el mejor escenario, y a pesar de las dificultades de poder compatibilizar los estudios, las changas y la paternidad, los jóvenes continuaban (como podían) asistiendo a la escuela. Sin embargo, varios de los estudiantes registrados en el listado del Gabinete no volvieron más a clases. La psicóloga explicó el abandono escolar de estos estudiantes porque priorizaban “el trabajito o la changa que tenían, necesitan la plata”, pero no mencionó las dificultades y disparidades en la aplicación del régimen especial para los varones como parte de la responsabilidad de la escuela. Ante estos casos, el Gabinete se comunicaba una vez con los hogares, pero no se activaba un “protocolo de rescate” (como en el caso de las promotoras de salud que describí en la sección anterior para que lxs pacientes vuelvan a los controles) o de seguimiento de los estudiantes. En otros casos, los jóvenes retoman los estudios al año siguiente a partir del Plan FinEs por tener una menor carga horaria presencial y mayor flexibilidad, como veremos más adelante.

Por último, la escuela C es la institución más modesta y vulnerable de la muestra de instituciones. Es más pequeña en términos de infraestructura y de personal y posee una matrícula de 250 estudiantes casi todxs provenientes del barrio de estudio. Comparte el edificio con un bachillerato de adultxs, un jardín de infantes y una escuela primaria, y a diferencia de las anteriores, cuenta con comedor.

Durante mis tareas de campo, la secundaria sufrió 9 robos en los cuales perdieron las contadas computadoras que disponían en la sala de informática, además

⁴⁴ Como mostraré más adelante, este posicionamiento es compartido (con algunos reparos) por Vanina y Santiago (referentes territoriales de la Unidad Básica y el club barrial, respectivamente).

de la “caja chica” y otros objetos de menor valor. En el último episodio, incluso perdieron la comida que tenían almacenada. La primera vez que me contacté con la escuela, esperé a la directora que se encontraba en una reunión con dos madres. Una chica había amenazado a otra con una navaja en el patio y necesitaban resolver el conflicto. En la segunda visita, mientras le contaba a la directora el objetivo de mi trabajo en la institución, un estudiante dejó sobre su escritorio una copia de la denuncia que había hecho en la comisaría por el robo de su computadora en la puerta de la escuela el día anterior. Lo habían amenazado con un arma, pero no lo lastimaron.

Realicé 2 entrevistas dentro de este establecimiento, pero al menos 15 jóvenes que fueron entrevistados en este trabajo concurrieron a ella en algún momento. Se referían en varias oportunidades como la “escuela trucha”, porque su disciplina era más lábil que en otras escuelas de la zona. En sus relatos, rara vez eran sancionados, los recreos los tomaban en la calle y no en el patio, fumaban en el baño y no eran reprendidos.

A pesar de las visibles condiciones de adversidad que enfrentaba la institución, en la escuela C disponían de un registro de estudiantes mujeres embarazadas y varones padres. Esta tarea era desempeñada por una de las preceptoras del último año, porque no contaban con un gabinete. Al respecto, la preceptora encargada expresó que

“Los chicos prefieren tomar changas, aunque tengan que faltar al colegio. Necesitan el dinero. Acá tampoco tenemos guarderías, entonces se complica todo mucho más. Sobre todo a las chicas. Pero yo noto que las chicas cuando quedan embarazadas, buscan terminar compensando con tareas. Vienen hasta que no pueden más y después compensan. Ahí yo noto la diferencia. Los varones que no sufren el embarazo se meten a trabajar porque no pueden con todo. Les damos las faltas, pero a veces se vuelve muy complicado de sostener (...).Y lo de las guarderías ya lo venimos diciendo hace mucho, ¡es fundamental que estén! Así se garantiza que terminen. Pero bueno, para eso también se necesitan recursos que no hay”.

(Vanina, 55, Preceptora Escuela C)

En sintonía con el relato de la preceptora, en el citado informe de UNICEF (2017) se considera a las salas maternas como un gran recurso institucional que ofrece la posibilidad de continuar o reiniciar la escolaridad y resignificarla en el marco de una trayectoria de vida que se ha visto transformada. La propuesta se constituye así en una “política antidestino”; es decir, una forma de intervención estatal que ofrece condiciones para que otras trayectorias escolares sean posibles al permitir que estudiantes con riesgo de abandono o fuera del sistema educativo puedan continuar y finalizar sus estudios secundarios. La existencia de una sala maternal resuelve otra

problemática concreta de muchxs estudiantes: la falta de tiempo “propio” para el estudio. Estos espacios contribuyen a generar ese tiempo “libre” para poder asistir a la escuela y estudiar.

El proyecto de las salas maternas comprendido como parte de una política pública dirigida a garantizar la obligatoriedad de la escuela secundaria está necesariamente articulado con los programas que trabajan la Educación Sexual Integral (ESI) en las escuelas. En la Argentina, a partir de la sanción de la Ley N° 26.150 en el año 2006, se crea el Programa Nacional de Salud Sexual Integral y en el 2008 se aprueban los Lineamientos Curriculares de Educación Sexual Integral. Con esta normativa, lxs docentes de todos los niveles tienen el derecho y la responsabilidad de incluir la educación sexual en las aulas⁴⁵.

La escasa planificación de la mayoría de las paternidades de los entrevistados habilita a preguntarse sobre el real impacto de la ESI y las diferentes instancias donde se brinda información sobre la salud reproductiva y los métodos anticonceptivos. En este punto coinciden estudiantes y actores institucionales: los métodos se conocen, pero no se usan o se usan incorrectamente. Desde la perspectiva de los estudiantes, la escuela como institución influye escasamente en las formas de transitar su sexualidad. A pesar de la existencia de diferentes espacios en los que se trabaja la ESI, cuando se indaga sobre las fuentes de información que han tenido los jóvenes sobre los métodos anticonceptivos y otras temáticas vinculadas con la salud reproductiva se hace especial referencia a lxs amigxs, pares o “aprenden solos”, en pocos casos a las familias, ubicando en un segundo plano a los cursos o espacios escolares. Casi ninguno de ellos recuerda haber tenido contenidos específicos sobre el cuidado, al menos ninguno que les haya sido de utilidad. Tampoco son mencionadas otras instituciones o personas especializadas en la materia (ginecólogxs, centros de salud, etc.). Al momento de conseguir los métodos anticonceptivos (especialmente los preservativos), una parte significativa admitió que los adquirirían por sus propios medios, y en menor medida en los centros de salud. En una mínima proporción, no obstante, desconocían que pudieran obtenerlos en estos lugares gratuitamente.

⁴⁵ De manera sintética, los objetivos del Programa ESI son: a) Incorporar la educación sexual integral dentro de las propuestas educativas orientadas a la formación armónica, equilibrada y permanente de las personas; b) Asegurar la transmisión de conocimientos pertinentes, precisos, confiables y actualizados sobre los distintos aspectos involucrados en la educación sexual integral; c) Promover actitudes responsables ante la sexualidad; d) Prevenir los problemas relacionados con la salud en general y la salud sexual y reproductiva en particular; e) Procurar igualdad de trato y oportunidades para varones y mujeres.

Sintetizando lo expuesto en este apartado, las experiencias de los jóvenes padres en las escuelas están mayormente invisibilizadas, aunque existen diferencias entre las instituciones analizadas. Como intenté mostrar, el Gabinete de la escuela A no tenía un registro de los estudiantes que eran padres porque nunca habían reflexionado sobre la posibilidad de que ellos se convirtieran en padres o que el evento del embarazo pudiera condicionar las trayectorias escolares de los varones (exponiendo una concepción de las masculinidades desligada de los procesos de embarazo y cuidado). Pero aún cuando en los otros dos establecimientos estaban en conocimiento de la condición de los jóvenes, las facilidades o beneficios que alientan la continuidad de los estudios tampoco fueron otorgadas o fueron confusas y discrecionales. No visualicé una estrategia concreta y clara desde las direcciones de los establecimientos educativos sobre cómo abordar las paternidades desde las escuelas. Algunas iniciativas como el CAJ son relevantes como espacios de contención de los jóvenes en general, no en particular en lo que refiere a los embarazos. En este marco, la figura de lxs preceptores se vuelve clave en tanto poseen información personal sobre los estudiantes al estar en mayor contacto con ellos.

Las paternidades juveniles son explicadas desde estas instituciones escolares como *acontecimientos esperables* en estos contextos. En contraposición a las explicaciones del centro de salud, quienes definían a los embarazos en esta etapa vital como un problema que necesita ser abordado y prevenido, las experiencias de mater/paternidades en las escuelas, aunque no son naturalizadas, sí son aceptadas como una parte constitutiva de vivir la juventud en barrios populares. En ese marco, las mujeres son visibilizadas y maternizadas, no así los varones.

En contraposición a la postura del equipo de salud donde se enfatizaban discursos de corte naturalistas, psicologistas y de patología social, los discursos sobre la juventud que circulan en el ámbito escolar relevado refieren a un discurso sociologista (Cháves, 2005), donde lxs jóvenes son un producto de los condicionamientos sociales, por lo que los sujetos *no pueden hacer nada* para modificarlos (menos aún las instituciones). En estos discursos, el accionar de lxs jóvenes está comprometido por su pertenencia de clase y no se visualiza otro camino que no sea el previsto por su sector social: como ejemplifica Cháves, “si es pobre, será ladrón”, “la droga es la única salida de estos pibes de barrio periférico” (2005:18), En las instituciones analizadas, las experiencias de mater/paternidades se interpretan del mismo modo: un destino esperable vinculado a la vida en barrios populares, donde lxs jóvenes mayormente carecen de oportunidades para elegir otros caminos posibles.

Por último, si bien es erróneo establecer una relación mecánica y directa entre la ESI y los embarazos en la escuela, en la muestra analizada el programa ofreció recursos limitados a los estudiantes entrevistados para transitar su sexualidad o prevenir embarazos no planificados. Los jóvenes no recuerdan contenidos específicos que les hayan resultado útiles o que hayan sido aprehendidos en tiempo y forma. Esto no significa desmerecer las enormes virtudes que tiene el programa en términos de derechos y de igualdad, pero en las escuelas seleccionadas se observan dificultades en su instrumentación (como la planificación y el planteo de actividades que convoquen a lxs jóvenes) y tratamiento de la sexualidad en general, y de las paternidades en particular.

En conclusión, estas escuelas no cuentan con las herramientas suficientes para configurarse como un soporte para los jóvenes padres varones, a diferencia de las mujeres, quienes se encuentran contenidas por estas instituciones (al menos en el discurso de lxs actores educativos entrevistadxs). En los próximos capítulos en los que abordo en profundidad la perspectiva de los jóvenes, mostraré que los entrevistados coinciden con esta observación acerca de las escuelas y su rol en sus paternidades, como también en su trayectoria educativa previa (un gran número de los jóvenes había abandonado la escuela antes de convertirse en padres). No obstante es preciso insistir, como mencioné al principio del apartado, en que las escuelas públicas relevadas son instituciones que son verdaderas “malabaristas” (Faur, 2014) en su trabajo diario, sosteniéndose y sosteniendo a los jóvenes con escasos recursos (financieros, humanos) en contextos de marcada vulnerabilidad.

3.3. Las paternidades juveniles desde el territorio: la mirada de las organizaciones barriales

Las instituciones barriales y las organizaciones sociales son actores imprescindibles en los territorios vulnerables. Su trabajo colabora en la contención y la ampliación de la calidad de vida de su comunidad, y en algunos casos, en su supervivencia.

El universo de las organizaciones sociales es heterogéneo y complejo. En la literatura académica no hay acuerdo acerca de cómo nombrarlas, ni sobre el lugar que ocupa en la estructura social, económica y política de la sociedad. Algunxs las llaman “organizaciones de la sociedad civil”, otros “organizaciones sin fines de lucro” o “tercer sector”, también están quienes lo definen como “campo asociativo”: los criterios utilizados para su delimitación son variados (De Piero, 2005; Forni, 2002; Fournier,

2010, González Bombal, 2002). Más allá de estas discusiones, lo que me interesa plantear en esta sección es una interpretación posible sobre el lugar que ocupan las organizaciones comunitarias y sus redes en el abordaje de las paternidades juveniles en barrios populares.

Como señalan Zibecchi y Pautassi (2010), las organizaciones sociales ocupan un rol importante en relación a los cuidados de niñxs y otras personas dependientes en la Argentina, sobre todo en lo que refiere a los sectores urbanos más postergados. Sus características son variables en términos de infraestructura, recursos, orígenes, formación de sus integrantes, formalidad institucional, vinculación con el territorio. Más allá de su conformación y el peso que tienen en el territorio, no existen estadísticas que expliciten cuántos niñxs o adolescentes reciben sus cuidados, o cuántxs trabajadorxs las componen. Como dice la autora:

“Se trata de un “sector” fuertemente invisibilizado, con una presencia importante en los barrios pobres de las periferias metropolitanas y con funciones estratégicas en la promoción de derechos y el acceso a estándares mínimos de bienestar” (Fournier, 2017:93).

En consecuencia, mi decisión de entrevistar a instituciones y organizaciones territoriales que trabajan con jóvenes nace de su gravitación y su despliegue en el barrio, a partir de las observaciones realizadas. Como mencioné en el capítulo anterior, considero que son actores ineludibles en estos contextos y que tienen un rol significativo en las trayectorias de los jóvenes. De modo general, estas instituciones y organizaciones trabajan en promedio hace 30 años en el barrio (algunas son anteriores) y se crearon al calor de las diversas necesidades que enfrentaban lxs vecinxs, especialmente durante la década del noventa. La insuficiencia alimentaria en los hogares, la falta de empleo, la escasez de espacios recreativos, entre otras dificultades, propiciaron la organización de lxs vecinxs para intentar paliar estas condiciones de vida. Con el tiempo, estas organizaciones *aprendieron* a contactarse con las dependencias estatales para conseguir recursos y subsidios municipales, algunas con mejores y otras con peores resultados. Al momento de las entrevistas, todas ellas recibían algún tipo de soporte económico estatal, a través de subsidios o programas.

3.3.1. “Mónica, la famosa” y Mamá Carmencita

Mónica (60) es la referente de un comedor y vive hace 38 años en el barrio. Allí es *famosa* por su amplio trabajo comunitario. Cuando construyó su casa junto a su marido, ambos tuvieron la idea de abrir un comedor en su living para ayudar a lxs niñxs que todos los días se acercaban a pedirles comida. En el momento de mayor necesidad, llegó a establecer hasta tres turnos diarios para alimentar a todas las familias (niñxs y adultxs) que acudían a ella. También cocinaba viandas para que algunxs vecinxs llevaran a sus hogares, no solo porque no disponía de espacio suficiente sino porque muchxs de ellxs tenían vergüenza de asistir al comedor⁴⁶. En sus comienzos, Mónica no recibía ayuda del Municipio porque no quería “meterse con la política”, pero dada la gran demanda empezó a involucrarse y “a aprender cómo se pide”.

Además del comedor, actualmente funciona un FinEs donde asisten jóvenes de 16 a 26 años, principalmente. Esta actividad es coordinada junto a la Unidad Básica del barrio. Asimismo, cuenta con un consultorio jurídico, donde lxs vecinxs resuelven sus problemas de pensiones o conflictos familiares (mayormente, de violencia familiar). Desde hace 8 años, también disponen de un odontólogo que atiende a lxs niñxs del barrio de manera gratuita. El comedor cuenta con una psicóloga -que comparte con el club- y un docente que realiza tareas de apoyo escolar, especialmente para niñxs que asisten a la escuela primaria. La mayoría de estxs profesionales realizaron sus prácticas formativas de la carrera en el comedor y ahora trabajan gratuitamente en él, y una menor proporción son subsidiados desde el Municipio.

En la entrevista, Mónica resaltaba cuál es el principal problema que tienen para ella los jóvenes del barrio: “la droga”. Se manifestaba preocupada por esta situación, que no visualizaba cuando ella comenzó con su labor barrial y para la que tampoco encontraba una forma de ayudar. Explicaba que esta condición conduce a los jóvenes “a delinquir para comprar más porquería, no por zapatillas o comida”. Se lamentaba porque sabía que esa situación no iba a terminar; desde su perspectiva era “un problema mucho más grande que no se iba a solucionar con un nuevo gobierno”. En el comedor, sin embargo, todxs eran bienvenidxs.

Cintia: ¿Cómo ves la situación de los jóvenes en el barrio?

Mónica: Hay chicos que se han criado acá pero yo los veo y están re mal. Yo hablo con los padres. Ya no podemos hacer nada más. Ya los llevamos a todos lados, a granjas ¿viste?, para poder recuperarse. Salen peor. Hay un chiquito que se llama Luca (22)

⁴⁶ La sensación de vergüenza de concurrir al comedor puede interpretarse como un soporte ilegítimo. Como definí en el capítulo 1, los soportes tienen distintas visibilidades y legitimidades sociales, por lo que un soporte puede resultar estigmatizante, patologizante o ambivalente, entre otros.

que ya cumplió su edad y ya no puede estar de guarda así como estaba, ahora ya pasó a Romero⁴⁷. Nosotros a veces le juntamos mercadería y le damos a la hermana para que le lleve, porque los padres se cansaron. Yo le pregunté al padre: “¿Pero usted lo abandonó?”, “No, ya nos cansamos”, me dice.

C: ¿Pero ese chico tuvo una causa penal? ¿Está detenido?

M: Sí, por robo. Robaba para comprar la droga. Estudió acá, se recibió acá. Pero él venía y yo lo miraba de corazón y decía ¿Qué hacés así, por qué? Pero no lo podía echar, no podés andar diciendo “Luca, andate”, así que venía y me ayudaba en el comedor a veces cuando andaba bien, pero ya después se perdió”.

(Mónica, 60, referente Comedor)

Mónica relataba que había muchos *padres jovencitos* de entre 14 y 15 años en el barrio y algunos de ellos habían participado en el comedor. Este dato no la sorprende. Por el contrario, lo comentaba con naturalidad especialmente por la cantidad de habitantes de nacionalidad paraguaya que viven en el barrio (que ella vinculaba como una práctica común en lxs jóvenes oriundxs de ese país). Su explicación sobre los embarazos y las mater/paternidades en su barrio abrevan en un *discurso culturalista*: lxs jóvenes tienen una cultura propia, una cultura aparte diferente de otros grupos de edad (Cháves, 2005). Mónica no es la única que establece una asociación entre la nacionalidad de las personas y el número de embarazos o hijxs⁴⁸, como analizaré más adelante:

Mónica: Allá atrás hay un chico creo que son ellos, los dos, tienen la misma edad: 14 años.

Cintia: ¿14 años?

M: 14 años. No hay problema hija, ellos están bien eh.

C: No, no, me llamó la atención la edad, no otra cosa.

M: Sí, son jóvenes. Después ya son de 18, 19. Porque yo los veo a ellos de 14 y se preocupan por su hijo. Hay otros que capaz que no.

C: ¿Y son chicos que van a la escuela?

M: Van a estudiar los dos. ¿Cómo se llama ese lugarcito que van a estudiar que también es político? [Refiriendo a la unidad básica]. Pero ellos van a estudiar ahí, están haciendo la secundaria. Capaz que el chico de 14 y ella de 14 tienen más maduración para cuidar a su hija, que se yo. Yo veo que los tienen bien a los bebés, eh.

C: Me llamó la atención lo jovencitos que son.

M: Sí, en esta zona es así. Hay muchos paraguayos acá y es común. Yo te digo de esta parejita, pero después yo he conocido muchos chicos de allá [Paraguay] que los propios padres de ellos los ayudan a criar. Bueno, los conozco porque todos han venido acá en algún momento (se ríe).

(Mónica, 60, referente Comedor)

⁴⁷ Mónica refiere al Hospital Melchor Romero denominado Hospital Interzonal Especializado en Agudos y Crónicos Neuropsiquiátrico "Dr. Alejandro Korn", ubicado en la localidad homónima, perteneciente al Partido de La Plata.

⁴⁸ Este es el caso de José. Tiene 20 años, 2 hijxs y uno por nacer, convirtiéndose en uno de los tres entrevistados con más hijxs de la muestra. En su relato, cuando se refiere a los jóvenes padres de su barrio, afirma que “está lleno de paraguayos que reproducen a pleno”, aludiendo al importante número de hijxs que tienen las familias de esta nacionalidad, pero sin mencionarse a sí mismo o a su familia (tiene 11 hermanxs). Sin embargo, en la muestra de entrevistados, solo tres jóvenes de cuarenta casos son procedentes de Paraguay y sus familias no eran más numerosas que las argentinas, ni había en ellas más madres/padres jóvenes que en otras.

Si bien el comedor de Mónica se orientaba principalmente a alimentar a las personas del barrio y a actividades educativas, también tenía lugar para el cuidado. Al igual que en el FinEs que funciona en la unidad básica que analizaré más adelante, en *el FinEs de Mónica* lxs jóvenes concurrían a clase con sus hijxs. Así, las estudiantes embarazadas y aquellxs jóvenes que eran padres de bebés o niñxs muy pequeñxs podían tomar las clases estando con ellxs o dejarlxs en una habitación contigua donde dibujaban, jugaban o simplemente dormían en las colchonetas que tenía el comedor, mientras Mónica circulaba por las instalaciones, organizando otras actividades: “miro a los chicos mientras hago otras cosas”. Durante los meses de octubre y noviembre, podían recrearse también en el patio delantero de la casa de Mónica. Por sus características, distaba en gran medida de funcionar como un jardín maternal, pero colaboraba (de manera limitada, sutil) en la función de descomprimir la carga de cuidado a lxs jóvenes, permitiéndoles estudiar y concentrarse las 3 horas que duraban las clases. Mónica sabía que de otra forma lxs jóvenes padres no hubieran continuado sus estudios.

Radicalmente diferente es la posición de Carmen (51), responsable del otro comedor (luego merendero) relevado, sobre los jóvenes del barrio que son padres. Vive allí desde 1989 y conoce muy bien el territorio. En la entrevista sostuvo que siempre “tuvo corazón para las cosas del barrio” y empezó a “caminar la vía”, a hacer recorridas por el barrio gracias a un vecino que tenía contactos políticos, identificando las necesidades que había en los hogares para después distribuir la mercadería que “bajaba” de la Municipalidad.

Posteriormente, este mismo contacto político le informa que *necesita* abrir un comedor en el barrio, preferentemente en su casa. Este proyecto no estaba en los planes de Carmen. Ella deseaba ayudar a la gente, “no ponerse a cocinar y lavar ollas”. En la entrevista describe la mecánica de su trabajo: su vecino enviaba desde la Municipalidad un “camioncito” con frazadas, zapatillas, guardapolvos, colchones, pañales y latas de comida y ella se encargaba de repartirlos, además de coordinar el comedor. Un tiempo después, este vecino perdió su puesto en el municipio y no visitó más a Carmen. Sin embargo, y por la acuciante necesidad que seguía existiendo en el barrio, junto a un grupo de vecinas lograron establecer un merendero, brindándole la copa de leche a más de 100 niñxs durante al menos cuatro años:

“¿Qué te parece si ponemos un merendero?”, me dice una vecina. Ahí conozco otras mamás y una dice: “Bueno, yo las puedo ayudar amasando”. Y yo hacía la chocolatada. Entonces los chicos venían acá y se tomaban cuatro o cinco vasos. Una cosa es contarlos, otra cosa es vivirla. Y se comían dos pancitos con tantas ganas... “¿No comiste mi amor?” “No” “¿Qué comiste hoy?” “Nada”. Y así sucesivamente. Entonces

bueno, los conteníamos, si tenían tarea, algunos salían de la escuela y venían para acá. Cuando quedaba leche, la cargábamos en botellas para que se lleven. Había chicos que te querían decir mamá, hablaban de sus cosas, nosotros los conteníamos, en todo sentido. Y no. Le enseñábamos que no, que éramos unas tías postizas nosotras, pero *mamá es mamá*. Una, no me olvido más, una rubiecita, ahora no me acuerdo el nombre, me decía: “*Hola, mamá Carmencita*”. Ahí nomás me largaba a moquear”.

(Carmen, 48, referente merendero)

Su trabajo social se orientó a todo el barrio, pero tenía especial devoción por lxs niñxs. Cuando le pregunté por los jóvenes del barrio que eran padres, no tenía una postura comprensiva como Mónica, sino una mirada culpabilizadora sobre los embarazos en la adolescencia/juventud, especialmente hacia las mujeres. En la entrevista relata que, anteriormente, “quedar embarazada en la adolescencia era dramático, pero que ahora es normal porque el Gobierno les da un plan”. En su concepción, los varones no tienen deseos de tener hijxs, “son sus novias las que los meten en esto para retenerlos” y cobrar cierto estatus, culpabilizando a las mujeres y dejando sin ningún tipo de agencia a los varones en estos procesos. En esa dirección tilda de “ignorante” ese razonamiento, porque el monto de la Asignación Universal por Hijo o por Embarazo no alcanzaría para afrontar todos los gastos que supone mantener un bebé y una familia. Carmen reproduce una mirada patriarcal, reivindicando el modelo de masculinidad hegemónica al deslindar a los varones de las responsabilidades en estos procesos reproductivos y de cuidado y centrarlas en las jóvenes (como en las escuelas relevadas). Además, sus concepciones sobre la juventud se acercan a los enfoques funcionalistas que describí en el capítulo 1, donde lxs jóvenes son definidxs desde una mirada negativa y como sujetos irresponsables. En la entrevista cita de ejemplo a su vecino Pablo (18) y a su pareja, a quien conoce desde que nació y que entrevisté posteriormente:

Carmen: “*Y bueno, pero no te hagas problema mi amor, si total con el gobierno tenemos asignación, tenemos asignación, la del embarazo, no es un peso tan pesado*”. Son tontos ¿ves? Pero los menores siguen teniendo hijos. Y para ellos no es un peso, no se dan cuenta.

Cintia: O sea que vos decís que no deciden.

Ca: No. Yo creo que hoy los pibes no se dan cuenta. Cuando te dicen que es “planificado” es una defensa, tienen miedo a que los ataques. Mirá si vas a planificar... El padre [de Pablo], bien o mal, le dejó la casillita de atrás, una de las casitas que ellos levantan, para que él haga su vida y no lo moleste. Además que tenemos... guay, ahí tenemos un gran problema. Ella [la pareja] cae en un estado de grandeza.

Ci: ¿Cómo de grandeza?

Ca: Claro. Saca del bolsillo el monederito. 80, 70, 30, tomá. Cuenta la plata adelante, como: “Tengo plata. Me manejo con plata”. Ahora cuando crezcas te quiero ver. Porque ahora son todos babosos, pero después... Pablito era un chico que iba, estudiaba, él trataba de bien o mal ganarse su manguito con su changa. ¿Entendés? Y ella ahora es una gran... gran señora. No sabe que se le viene la noche. Una gran señora ¿sabés por qué? Porque tuvo la suerte de encontrar todo servido. Ahora, de diez pibas que les pasa esto [embarazo], una sola encuentra todo servido. ¿Las otras nueve qué pasa? Tienen

que vivir junto con toda la familia, aguantarse los gritos, el pataleo, las peleas de la casa, aguantárselas todas. Ellos porque tuvieron una cosa así, que el padre hace casas por todos lados y le dio una casa a él. Pero no todos hacen lo mismo. ¿Vos qué pensás? El tipo que viene y dice: “*Papá, me quedé embarazada*”. “*Bueno. Arreglate*”. Nada que ver a la época de antes que “*¿Cómo le vamos a decir a papá que te quedaste embarazada? Te va a matar*”. Cambió. ¿Sabés cómo va a cambiar esto de nuevo? Cuando saquen las Asignaciones, acordate mis palabras, más de uno se va a querer matar”.

(Carmen, 48, referente merendero)

En este esquema, Carmen interpreta que el alto porcentaje de embarazos en esta etapa vital y en barrios desfavorecidos puede explicarse por las asignaciones del Estado y que las jóvenes “utilizan” este medio para asegurarse una vida mejor a la que tuvieron. No reconoce otro motivo o circunstancia por la cual pueda producirse, menos aún que los varones jóvenes deseen ser padres. Ahora bien, este mismo argumento no sólo es válido para lxs jóvenes argentinxs, sino también para explicar el número de jóvenes extranjeras que reside en nuestro país (de un modo similar al *discurso culturalista* de Mónica sobre lxs jóvenes paraguayxs, pero sin rasgos instrumentales como sugiere Carmen):

“Acá a dos cuadras, me comentaron que vinieron a vivir una familia de Paraguay. No tenían dónde meterlos [donde vivir], los metieron donde tienen tipo un garaje, pero que no es garaje, sino que es donde guardaban el caballo del carro de cirujeo, para que no estén los familiares en la calle. No hace tres meses que vinieron a vivir, ponele cuatro. Me contaron que ella se vino con cuatro hijas y un varoncito chiquito. Bueno, de las cuatro, dos ya están embarazadas. ¿Qué problema hay? Ahora está la asignación, vos apenas tenés el resultado que es positivo, ya lo tenés que entrar [el trámite] así que casi automáticamente a los tres meses empezás a cobrar, llevando otro papel más que seguís con el embarazo. Así que bueno, qué decirte”.

(Carmen, 48, referente merendero)

A partir de experiencias cercanas, Carmen generaliza o reduce un tema complejo y multidimensional como la maternidad y la paternidad en la adolescencia/juventud a una sola explicación: la material. Siguiendo la lógica de Carmen, no podríamos explicar la persistencia de las altas tasas de embarazo adolescente que se registran hace más de 30 años en la Argentina, y en el mundo. Además, se hace eco de la ideología maternalista al poner la responsabilidad del cuidado centralmente en las mujeres por el hecho de serlo, desvinculando a los varones de este evento.

Como se desprende del análisis, no dispone en su comedor de espacios para la juventud ni tampoco estrategias de abordaje para las mater/paternidades. Su respuesta al tema consiste en que el embarazo en esa etapa vital es una acción con arreglo a fines, calculada, como una forma de supervivencia y que la paternidad es un momento fugaz de irresponsabilidad (tal como explicaban las profesionales del centro

de salud), una emoción instantánea que desaparece cuando el/la hijx nace y va creciendo.

“Hay chicos que le huyen a todo eso, pero hay chicos que lo toman como que van a ser jefes. Digamos, que van tener y manejar una familia. Hay chicos que cuando ven criaturas, dicen: “Ay, sí, yo voy a tener un bebé como ése”, pero se emboban y se emboban, y cuando ya crecen y empiezan a caminar y a hacer sus cagadas, ya dejan de ser tan divinos los chicos. Yo lo que veo acá en el barrio, hay chicos muy irresponsables en eso. Cortaron el pasto, vienen y dicen: “¡Ay! ¡Qué cansado que estoy!”. Eso no quita que ellos se hagan cargo de sus hijos. No son de esquivar a las criaturas, porque pienso yo que para ellos será normal. Yo te estoy hablando acá del barrio, no sé en otro lugar más residencial cómo se comportarán”.

(Carmen, 48, referente merendero)

Considero oportuno marcar cómo dos actores con una labor similar en el mismo barrio, presentan dos posiciones opuestas en vinculación con la paternidad de los jóvenes: Mónica (60) expresa una mirada comprensiva aunque naturalista de este evento, mientras que Carmen (48) posee una mirada culpabilizadora de lxs jóvenes (especialmente de las mujeres) y de fuerte impronta patriarcal.

3.3.2. La Unidad Básica de Mario

La Unidad Básica funciona en el barrio desde hace 30 años. Lxs vecinxs aluden a ella como “la Unidad Básica de Mario”, el referente encargado que vive en una casa detrás de este espacio político. Su entrada llama la atención con una gigantografía con el ex presidente Néstor Kirchner abrazado a un niño, en una de sus visitas durante las campañas presidenciales. Tiempo después, supe que ese niño se llamaba Javier y era el hijo de Mario. Mientras realizaba las tareas de campo, Javier (19) perdió la vida luego de que intentara robar en un almacén de un barrio vecino y el dueño le disparara. Este desafortunado hecho estuvo presente en todas las entrevistas de lxs referentes institucionales territoriales, y en los relatos de algunos jóvenes, en particular en la de su hermano Miguel que acababa de ser papá.

Además de las actividades y reuniones políticas del partido, en sus instalaciones funciona una biblioteca popular, el programa FinEs de lunes a viernes, una radio comunitaria donde se dictan cursos para jóvenes (aprenden a operar consolas de sonido y planificar un programa radial) y se han realizado capacitaciones de gas y plomería. En este espacio también funcionó una copa de leche para niñxs del barrio durante la década del noventa.

En la unidad básica de Mario, tuve la oportunidad de realizar diez entrevistas a jóvenes que retomaron sus estudios a través del FinEs. Se trataba en su mayoría de jóvenes que, en la tensión de combinar el trabajo con la escuela, tuvieron que priorizar

el ingreso económico (en su mayoría albañiles, algunos pintores), dejando la escuela en su modalidad tradicional de cursada. El FinEs se presenta ante ellos como una oportunidad, quizás única, para poder completar sus estudios. Su modalidad de implementación territorializada y los horarios flexibles en los que funciona acercó las expectativas de los jóvenes padres a las posibilidades concretas de terminar el colegio secundario.

La coordinación del FinEs dentro de la unidad básica está a cargo de Vanesa. Se desempeña como trabajadora social en una dependencia estatal y trabaja con jóvenes desde hace 20 años. Cuando me contacté con la institución, conocía cada uno de los casos de lxs jóvenes que asistían a clase: dónde vivían, de qué escuela provenían, de qué trabajaban, cómo eran sus familias. Entre ellos, quiénes eran padres. Su técnica para que los jóvenes terminaran el ciclo lectivo en diciembre consistía en un trabajo personalizado y minucioso. Llevaba un registro de faltas de todos los cursos. Cuando por diferentes motivos los estudiantes empezaban a ausentarse por un periodo prolongado, los llamaba por teléfono o los visitaba en su casa. Esta estrategia puede parecer intimidante en cierto punto, pero funcionaba en muchas ocasiones. Es importante recordar que el FinEs se desarrolla en el marco de un espacio político, por lo que las visitas también tenían la función secundaria de relevar las necesidades del hogar y brindar recursos si la situación lo ameritaba (entregar bolsones de comida, verdura, leña, tramitar asignaciones u otros subsidios, etcétera).

Las ausencias de los jóvenes padres a clase se debían fundamentalmente por el trabajo o a que lxs hijxs estaban enfermxs. A diferencia de las escuelas que mencioné en el apartado anterior, lxs estudiantes podían asistir con sus hijxs, por lo que el número de inasistencias era menor. En este FinEs, al igual que en *el FinEs de Mónica*, el cuidado se socializaba al existir espacios para que lxs niñxs jugaran (no equiparables con un jardín maternal), pero que permitían que sus padres y madres pudieran estudiar. En ese marco, la dinámica de las clases era diferente. Las relaciones con lxs docentes eran más cercanas y el espacio asumía las características de un taller participativo.

Vanesa explica, de manera general, que las paternidades juveniles en los barrios populares se producen por la falta de proyectos alternativos para los jóvenes, en un contexto vulnerable que ofrece pocas posibilidades de desarrollo. En particular, considera que las escuelas del barrio no disponen de los recursos necesarios (ni económicos ni humanos) para contener a lxs jóvenes que asisten, y menos aún a aquellxs que transitan por las experiencias de las mater/paternidades. Manifiesta que

las dificultades que afrontan los establecimientos escolares son tan numerosas y acuciantes (problemas de violencia, robos, falta de financiamiento, como mencioné anteriormente), que estos eventos no se encuentran entre las principales prioridades de estas instituciones. De este modo, el FinEs representa una oportunidad para aquellxs jóvenes que, apremiados por las complicaciones de combinar el trabajo, la escuela y los cuidados, puedan finalizar sus estudios y aspirar a un mejor empleo. En oposición al discurso sociologista sostenido por las escuelas, Vanesa otorga agencia a los jóvenes para revertir las trayectorias que resultarían esperables entre jóvenes de barrios populares. Para ella, la finalización de los estudios secundarios es la llave que abre la puerta a esas transformaciones:

“Es difícil poder torcer [cambiar] las condiciones en las que naciste y yo pienso que el contexto te condiciona mucho, pero no te determina. Si pensara que las cosas no se pueden cambiar no estaría acá en el FinEs (Risas). (...) Me parece que las instituciones tenemos mucho para dar y que revisar, para hacer y mejorar la vida de todos los pibes, pero especialmente de los que vos mencionás, de los que ya son papás. Necesitamos que terminen la escuela, que puedan buscar un trabajo mejor y así tener un mejor futuro”.

(Vanesa, 48, FinEs Unidad Básica)

En este marco esta unidad básica a través del FinEs, realiza un seguimiento de lxs jóvenes que allí asisten, particularmente los que son padres, y los alienta a continuar hasta finalizar sus estudios brindando la posibilidad de asistir con sus hijxs a clase, favoreciendo su concurrencia.

3.3.3. El Club de los pibes

Fundado en 1950, “El Celeste” es un club de fútbol infantil y juvenil que disputa torneos con otros equipos locales en la liga platense. Además de fútbol masculino, actualmente tiene un equipo femenino. En su sede también se practica zumba, patín artístico, se dictan clases de taekwondo y boxeo y presta una de sus oficinas de lunes a viernes por la mañana al equipo profesional del CPA (Centros Provinciales de Atención a Adicciones).

Este club barrial se sostiene íntegramente con la cuota de sus socixs y tiene un fuerte anclaje territorial: desde allí se organizan rifas para la compra de materiales deportivos, colectas para diversos problemas barriales (inundaciones, donaciones diversas) y se alquila el salón para eventos sociales (fiestas de 15 años, casamientos, etc.). La sede también proporciona un espacio físico para diversos programas nacionales o provinciales, como “Sonrisas para Todos”, a partir del cual un odontólogo

realiza controles bucodentales a lxs niñxs del barrio. En la entrevista con el secretario del club, éste relataba la importancia que tenía la institución, especialmente para los jóvenes.

“En este barrio hay muchas necesidades, algunos pibes que vienen acá no tienen ni para comer. No tienen qué ponerse. Nosotros trabajamos solos, porque no hacemos política, trabajamos con otros lugares de acá pero sin política. Intentamos contener un poco la zona roja de allá al fondo. El deporte hace que los pibes se mantengan en otra cosa (...). Nosotros hacemos lo imposible para que los pibes sigan viniendo al club, aunque sabemos que tienen mil quilombos en la casa. Hacemos que entrenen, que jueguen, que se comprometan, para que no se metan en problemas. La pelota siempre es un incentivo que te distrae, pero que también te une con el otro, te hacés compañeros, aprendés a respetar, a concentrarte en defender a tu barrio.”

(Santiago, 40, Secretario del club)

En las instalaciones del club realicé 3 entrevistas. Cuando me contacté con la institución y comuniqué cuáles eran mis inquietudes, el secretario conocía quiénes eran los jóvenes padres que asistían al club y que integraban el equipo de fútbol. Los jóvenes jugaban desde muy chicos y a pesar de las dificultades económicas que tenían en el hogar y la combinación con sus trabajos (los 3 eran albañiles y trabajaban con sus padres), no dejaron de entrenar y de participar en el club. Es aquí donde entrevisté al padre más joven de la muestra. Antonio, mejor conocido como “El Paraguayito”, tiene 14 años y es nuevo en el equipo de fútbol. Por esa razón, nadie sabía en el club que era padre, hasta que un entrenador le avisó al secretario ante mi pregunta. Fue una gran sorpresa para la institución, sobre todo por su edad.

Al igual que Vanesa (referente de la Unidad Básica), Santiago comprende que las paternidades en los jóvenes del barrio se producen por la falta de oportunidades y de proyectos alternativos. Agrega que los jóvenes “queman etapas”, “que viven más rápido que otros pibes porque su vida es muy cambiante”, por lo que las paternidades deben ser interpretadas como un acontecimiento que se inserta en un escenario de marcadas vulnerabilidades. En ese contexto, estas experiencias no serían definidas como eventos negativos, sino como un acontecimiento esperanzador:

Santiago: Yo creo que los pibes arman sus propias familias porque no tienen otra, creo que necesitan como agarrarse de algo. La otra ya la conocemos, y es el delito y terminar mal. Entonces, frente a tanta mierda, ser papá es algo bueno. Tal vez no para vos, tal vez no para mí, pero para los pibes que la pasan mal desde que nacieron, esto [la paternidad] es algo que da esperanza, que da sentido, más allá que después es un tema cómo les das de comer [a lxs hijxs]. Pero ya te digo, entre tanta porquería, esto es bueno.

Cintia: ¿Vos decís que la paternidad entonces es la [opción] que les queda?

S: Mirá yo no sé si eligen o no eligen, eso no lo sé bien. Debe haber de todo. Me parece que no tienen mucho para elegir. Creo que no eligieron nunca nada igual, ¿no? Pero, ¿sabés qué pasa? Que estos pibes un día están acá [señalando arriba], y otros están acá [señalando abajo], van y vienen todo el tiempo, de un lado a otro y todo en un

minuto. A veces no te da la cabeza para entender todo lo que les pasa con 15, 16, 17 años. Por eso te repito, sobre esa base tan terrible...La paternidad puede ser un problema, no digo que no, pero frente a los otros que tienen...

(Santiago, 40, Secretario del club)

Santiago introduce la antinomia *paternidad vs delito*, como dos proyectos vitales diferentes y contrapuestos, que es mencionada también por los jóvenes entrevistados y que retomaré en el próximo capítulo. Lo que sobrevuela en la explicación de Santiago es también un discurso sociologista de la juventud, en tanto los jóvenes son pensados como sujetos que pertenecen a un sector social y difícilmente puedan trazar una trayectoria vital diferente a aquella prevista por su pertenencia de clase. Este discurso es compartido en gran parte por los actores escolares entrevistados, pero a diferencia de ellos, tanto Santiago como Vanesa consideran a los jóvenes como sujetos con capacidades (Chávez, 2005) para transformar dichos condicionamientos. Sus labores barriales y su compromiso político pueden explicar en parte el carácter voluntarista de estas convicciones. En esa línea, desde el club alientan tanto a Antonio como a los otros dos entrevistados en particular a que no abandonen el deporte. Santiago considera que es un ámbito sano, recreativo, contenedor que se opone a *la calle* y a *las juntas*, como representación del delito y la droga.

“Cuando vienen al club te olvidás un poco de todo, te descargás y evitamos también que tengan demasiado tiempo libre o en la calle. Siempre les digo, cuando anden al pedo vengan al club, cuando estén mal, vengan al club. Acá siempre hay alguien dando vueltas con el que te podés cruzar y hablar, tomar unos mates, hablar giladas. (...). Cada minuto que le robamos a la esquina es algo”.

(Santiago, 40, Secretario del club)

Existe un consenso entre los actores institucionales entrevistados referido a que en el barrio no existen espacios gratuitos para los jóvenes, menos aún deportivos (excepto el club). Esta demanda histórica se materializó en parte a principios del 2014, cuando se construyó el Primer Polideportivo Municipal de Los Hornos⁴⁹. Uno de los principales objetivos del espacio era justamente que lxs jóvenes de Los Hornos pudieran realizar actividad física de forma gratuita, y más importante aún, *no estén en la calle*.

⁴⁹Las instalaciones se levantaron en los terrenos de la ex fábrica Ripoll. En el mismo espacio se emplaza la nueva Unidad de Pronta Atención médica (UPA) y un amplio espacio verde transformado en 2011 por el Municipio en el parque público "Jorge Julio López". El centro cuenta con una infraestructura de unos 2.000 metros cuadrados emplazada en un parque de dos manzanas y permite desarrollar más de 30 disciplinas deportivas y recreativas. Se estima que 1.700 jóvenes de Los Hornos asisten al Polideportivo.

En suma, las organizaciones barriales cumplen una importante función social en la contención y formación de lxs jóvenes en contextos de vulnerabilidad. Compensan o complementan (en el menor número de casos) aquellas actividades que los hogares y las instituciones estatales no logran cubrir. Específicamente en relación a los jóvenes padres, generan un marco de posibilidades que habilitan a los jóvenes a finalizar sus estudios a través del FinEs y del cuidado que proporcionan a sus hijxs, así como también asegurar un espacio recreativo y lúdico a través del club.

3.4. Cierre y recapitulación. Las instituciones: entre el desconocimiento, la impotencia y el voluntarismo

Al iniciar este capítulo me propuse recuperar la mirada institucional sobre la(s) paternidad(es) juvenil(es) en el barrio analizado. Además de indagar en las percepciones y discursos de estxs referentes, me interesaba puntualmente conocer qué respuestas, intervenciones y estrategias desarrollaban estos espacios para abordar a estos jóvenes en su trabajo diario. En cada institución relevada fue posible encontrar diferentes explicaciones sobre las mater/paternidades juveniles y diversas formaciones discursivas en torno a la juventud.

En el barrio analizado, observo que las instituciones u organizaciones barriales poseen un mejor registro y seguimiento de los jóvenes padres e intervenciones que las *instituciones estatales* (sanitarias y escolares). Podría explicar este alcance más cercano al número más reducido y “fijo” de jóvenes que transitan por los espacios de las organizaciones barriales, en contraposición a la masividad que acostumbran las escuelas o el centro de salud. Aún así, es fundamental señalar el grado de responsabilidad y las obligaciones que las instituciones estatales tienen con los jóvenes, especialmente aquellos que son padres o están por serlo.

Los padres varones están invisibilizados en el ámbito escolar. Gran parte de las escuelas relevadas no tienen registro de ellos, y aquellas que sí los tienen, no garantizan el acceso a un régimen especial que favorezca la continuidad de su trayectoria educativa. El registro sobre los padres se realiza en muchos casos de modo indirecto a partir de las voces de las parejas. Los jóvenes entrevistados intentan compatibilizar con muchas dificultades el trabajo, el estudio y la paternidad (es allí donde los FinEs se constituyen como alternativa en tanto proponen horarios y un régimen flexible que permite continuar, retomar y concluir el secundario). La ausencia de salas maternas o “guarderías” en los establecimientos educativos agravan la situación, atentando contra la posibilidad de estudiar no sólo de las mujeres, sino también de los varones. Lxs preceptorxs son las figuras institucionales que conocen

estas situaciones y resuelven en la medida de sus recursos y sus posibilidades, sin una pauta clara de intervención escolar.

En el centro de salud tampoco encontré acciones dirigidas a contener a los jóvenes padres. Existe una sensación de impotencia generalizada en el equipo profesional: se preguntan por la participación de los varones en los procesos reproductivos y de cuidado, pero no saben cómo responder o no pueden intervenir. Una expresión similar identifiqué con las autoridades nacionales: “nos importan los varones, pero no son prioridad. Nos importan los varones, pero en la práctica se dificulta”. Las explicaciones sobre los embarazos y la maternidad en esta franja etaria siguen centrándose en las mujeres, y los pocos varones que acompañan a sus parejas son escasamente interpelados.

La sensación que permanece en estas instituciones es que hay que “buscar” a los jóvenes padres para encontrarlos, como si estuvieran ocultos. Considero que estos jóvenes están mayormente invisibilizados por estos espacios y en consecuencia, no existe un abordaje integral que los contenga, condicionando sus experiencias de paternidad y su trayectoria vital. En este sentido, observo que estas dos instituciones *estatales* (el centro de salud y las escuelas) no configuran soportes para los jóvenes entrevistados.

Al desconocimiento y la impotencia de las instituciones estatales frente a las paternidades juveniles, se contrapone la voluntad absoluta de las organizaciones territoriales. Estas organizaciones ocupan un rol fundamental en los barrios, supliendo actividades que el Estado no alcanza/no puede/no quiere cubrir. En esta investigación, los comedores son vitales no solamente para que niñxs, adolescentes y jóvenes puedan alimentarse, sino que cumplen funciones educativas y de cuidado. Sin éstos espacios (especialmente aquellos donde funcionan los FinEs) en los que la tarea de cuidar se atenúa, los jóvenes entrevistados no tendrían oportunidad de finalizar sus estudios. Si bien, como analizaré en los próximos capítulos, el cuidado es considerado aún un asunto privativo de las familias y por lo tanto sus hijxs quedan a cargo de sus madres o de familiares cercanxs, la función que cumple Mónica y la unidad básica del barrio en el cuidado son insustituibles, a pesar de que los entrevistados no lo conciben de ese modo: “Llevo al nene al FinEs y se queda ahí”. Aquí los cuidados son trasladados a Mónica en un marco de confianza y de cariño (dos cualidades que, como mencioné en el primer capítulo, obturan concebir las tareas de cuidado como un trabajo y refuerzan el maternalismo).

Una situación similar a la de Mónica ocurre en el FinEs de la unidad básica. El conocimiento cabal que tienen estas organizaciones sobre los jóvenes que transitan sus espacios, como también las relaciones más cercanas que establecen con ellos,

permiten que el acompañamiento a los jóvenes en estas experiencias sea más eficaz. De este modo, el comedor de Mónica, el FinEs de la unidad básica y en menor medida el club barrial, se convierten en soportes que permiten a estos jóvenes continuar con sus estudios o combinar el estudio y el trabajo porque habilitan un espacio de cuidado para sus hijxs, aunque ellos no los definan como tales.

Es entonces entre el desconocimiento, la impotencia y el voluntarismo desde donde se producen las exiguas respuestas institucionales (estatales y territoriales) para abordar la(s) paternidad(es) de los jóvenes, con mejores o peores resultados dependiendo el espacio o la organización y por donde transitan los jóvenes sus paternidades.

En el próximo capítulo, analizo estas experiencias desde los relatos de los jóvenes, recuperando sus propias voces.

Capítulo 4

Y un día fui papá: relatos de jóvenes padres sobre paternidad y aborto

En este capítulo me propongo explorar las experiencias de paternidad de los jóvenes varones del barrio caracterizado en el segundo capítulo. Para esto construí y utilicé una tipología⁵⁰ de paternidades juveniles en base a los sentidos que los propios entrevistados atribuyen a este acontecimiento en sus vidas, de modo que permita conocer, comparar y explicar la homogeneidad o heterogeneidad que pueden asumir estas experiencias en un escenario barrial, identificando recursos y apoyos previos y actuales, compartidos o distintivos, potencialmente vinculados a ellas.

En una primera parte, me concentro en describir y analizar las primeras reacciones de los jóvenes ante la noticia del embarazo, como también las de sus familias y su círculo de amigos y vecinos. Exploro cómo se procesa y significa este evento en la vida de los entrevistados, evidenciando los sentidos que se le atribuyen, los cambios o permanencias que produce en las vidas cotidianas de los jóvenes y las decisiones (o alternativas) que se despliegan y abren ante el embarazo, en la segunda parte. Sostengo que la incorporación de la interrupción voluntaria del embarazo al análisis suma otro elemento importante a la comprensión de estas experiencias dado que, como mostraré más adelante, en un número relevante de casos aparece como una posibilidad aunque luego no se lleve a cabo por diferentes motivos.

4.1. Voy a ser papá

En este apartado avanzo sobre la descripción y el análisis de las formas que asumen las paternidades de los jóvenes entrevistados. En relación a las primeras reacciones de los entrevistados ante la noticia del embarazo, es posible establecer dos grandes posiciones: un grupo de jóvenes para quienes el acontecimiento de la paternidad aparece como un evento esperado, y otro para quienes, por el contrario, se presenta de modo inesperado. A continuación detallo las características de cada uno.

4.1.1 La paternidad planificada

Dentro del grupo donde la paternidad aparece como un evento esperado se encuentran los jóvenes cuya paternidad fue planificada, en el que se sitúa la menor

⁵⁰ Como adelanté en el capítulo 2, utilizo la elaboración de tipologías como una herramienta heurística (Mc Kinney (1968), que habilita un análisis de las regularidades y diferenciaciones que se constituyen en las paternidades de jóvenes que pertenecen a un mismo contexto social. Selecciono y combino una serie de atributos para conformar una taxonomía o clasificación que permita comparar y analizar estas experiencias.

cantidad de casos de la muestra. Se trata de parejas de jóvenes que se conocían y convivían en un mismo hogar desde un tiempo considerable (por lo menos 2 ó 3 años) y/o tenían entre 4 ó 5 años de noviazgo. Entre esos casos, se encuentran los de Ramón y Daniel.

Ramón tiene 22 años y hace 4 está en pareja con Rocío. Vive con ella en la casa de su madre, donde ambos atienden un kiosco que “vende de todo”. El kiosco logró darle cierta estabilidad laboral luego de haber trabajado como empleado en una herrería, un lavadero de autos, en el mantenimiento del club del barrio y de albañil. Si bien el negocio funciona, el dinero es insuficiente para mantener su hogar, por lo que además toma algunas changas cuando lo llaman. Haber dejado la escuela el año anterior a finalizarla complica, según él, sus posibilidades de encontrar un trabajo de calidad. En ese marco, y luego de varios embarazos perdidos, se produce el nacimiento de Ana (1 año).

A lo largo de su relato es posible apreciar el deseo de su paternidad, la alegría que significó la llegada de su hija. Asocia a Ana con “sensaciones buenas”, de ternura, de una nueva presencia que comienza a ser el centro de su vida.

Cintia: ¿Hace cuánto están juntos [con tu pareja]?

Ramón: Hace cuatro años. El bebé ya lo habíamos planeado, bastante, no es que salió por nada. Nosotros perdimos dos hijos [dos embarazos], tuvimos la mala suerte de perder dos hijos, y bueno, la tercera fue la vencida. Fue difícil, pero tuvo su recompensa.

C: ¿Cómo lo tomaron tus amigos del barrio que ibas a ser padre?

R: Ah, ¡me felicitaron todos! Sí, fue una alegría enorme, sí, fue bueno. Sentir que soy papá es buenísimo.

C: ¿Por qué?

R: Porque es tener una hija, es dar una vida. Yo no quería tener un hijo después, de ser más mayor de lo que soy. Yo pensaba en tener una hija ya de chico, hace un montón.

C: ¿Y desde cuándo pensabas que serías ser papá?

R: Como que me salió solo el pensamiento. También yo me crié con mi sobrina desde que era chiquita y con mi hermana. Ella tiene una hija que tiene 10 años y me llevaba bien con las nenas, me gustan las nenas⁵¹.

(Ramón, 22 años)

Es evidente que el deseo de ser padre no es un pensamiento *que viene solo*, sino que responde a una construcción que obedece a varios factores, tanto biográficos como sociales. En la historia personal de Ramón, su crianza con hermanas y sobrinas parece tener un peso importante en tanto que aprendió a estar a cargo de ellas y cuidarlas, darles de comer, llevarlas al jardín de infantes o la escuela,

⁵¹ La declaración sobre su predilección por las hijas mujeres es significativa porque, como analizaré en el capítulo 6, un atributo que caracteriza a la totalidad de los entrevistados es la preferencia por los hijos varones.

entre otras tareas⁵². Así, Ramón entiende que la paternidad es un *trabajo más*, uno difícil, pero también muy placentero. La asociación de la paternidad con el trabajo puede ser interpretada en dos direcciones: por un lado remite al aspecto proveedor del modelo de masculinidad hegemónica descrito anteriormente y por otro, Ramón concibe y pondera al cuidado como un trabajo, equiparable al extra-doméstico.

Al igual que Ramón, Daniel (23) también quería ser padre joven. Explica que sus ganas de ser papá comenzaron desde chico, en el marco de una familia numerosa compuesta por nueve hermanas y sus sobrinxs pequeñxs. Ese importante número es el que también lo obliga a dejar la escuela a los 15 años y salir a trabajar para ayudar a su madre, luego de la separación de sus padres. Así, comenzó lavando autos y luego fue ayudante de cocina en un restaurante del centro de la ciudad. Allí le pagaban muy poco, por lo que aprendió a ser jardinero y trabajar en parqueizaciones. Entre esos cambios de empleo, conoció a su pareja y luego de 4 años de noviazgo tuvieron a Brisa (2 años).

Pero a diferencia de Ramón, el noviazgo de Daniel no fue bienvenido en la familia de su pareja. Él manifiesta que la decisión de tener a su hija fue, además de un deseo, una alternativa para ser aceptado por la familia de su novia. Así, además de sus intenciones de convertirse en padre, Daniel logra a través de Brisa sellar su unión con su pareja y conformar una familia.

Cintia: ¿Y vos tenías ganas de ser papá?

Daniel: Sí, siempre estuvo eso. Y bueno, se me dio la oportunidad, aprovechándola.

C: ¿Y de dónde vienen esas ganas de ser padre?

D: Por mis sobrinos más que nada. Tengo bastantes sobrinos. Y fue por ellos más que nada. O sea, yo siempre estaba con ellos, jugaba, no sé, pero era estar siempre ahí con ellos juntos y ahí empezaron las ganas. Ella [Brisa] llegó más que nada porque nosotros la buscamos, por el tema de que la familia de ella no quería que nosotros estemos juntos. Entonces para llegar adonde estamos ahora, la única opción que nos quedó fue esa. Así que, bueno, 4 años que estamos juntos, la nena tiene 2. Pasaba que yo por ahí antes usaba, era de la época de usar aritos y para ella [la madre de su pareja] eso ya era ser, como que te diga *un negro*. Y no le gustaba. Siempre juzgando sin conocer. Si ella [mi hija] no hubiera llegado, no estaríamos donde estamos ahora. Yo no hubiese aguantado, no hubiese seguido aguantando que sigan hablando sin conocerme.

(Daniel, 23 años)

Contrariamente al caso de Daniel, los suegros de Alejo (19) fueron quienes más alentaron su paternidad. De novio desde los 14 años con María, la llegada de Florencia (2) fue muy esperada por su familia política. Tanto Alejo como María se encuentran terminando sus estudios secundarios en el FinEs de la Unidad Básica del barrio y trabajan en la construcción y en un supermercado chino, respectivamente.

Al igual que Daniel, Alejo dejó la escuela algunos años antes de ser padre. En su

⁵² En el capítulo 6 analizo con mayor detenimiento las tareas o actividades de cuidado que realizan los jóvenes en sus hogares de origen y en los que han conformado.

caso, los continuos cambios de escuela por “mal comportamiento” o “su incapacidad de adaptación”, lo condujeron a una trayectoria educativa intermitente que lo llevó a abandonar los estudios en séptimo grado, cuando comenzó a trabajar. Primero se empleó como albañil en la construcción con su suegro, luego probó suerte como repartidor en una pizzería pero el negocio cerró. Esta situación provocó que volviera a trabajar como albañil con su suegro. Sintiendo que ya estaba relativamente estable en su empleo, retomó los estudios en el FinEs para concluirlos el año siguiente. En ese contexto, y tras 5 años de noviazgo con María (19), la idea de armar una familia propia comienza a tomar forma hasta concretarse con el nacimiento de su hija.

Alejo: [Mi pareja] Me dijo que tenía un atraso, que no le venía y le dije “*bueno, vamos y compramos un test en la farmacia*”, y nada, dio positivo y nos abrazamos y todo.

Cintia: ¿Y tus viejos cómo lo tomaron, los viejos de ella?

A: Re bien, sí, los viejos de ella ya nos decían “*¿Y cuándo nos van a traer un nieto?*”.

C: ¿Ah sí? ¿Y vos cómo te tomabas que te dijeran eso siempre que te veían?

A: Nada, los padres de ella me re quieren, como un hijo propio.

(Alejo, 19 años)

A pesar de los matices que se pueden apreciar en las distintas historias presentadas, el atributo común (y distintivo de otros tipos) que subyace a los relatos de estos jóvenes es el deseo de ser padres. Vinculan este deseo, en parte, a las tareas de cuidado que realizaron desde temprana edad, encargándose de hermanxs menores cuando sus padres estaban ausentes o en sus trabajos. Estos discursos desafían las definiciones habituales de masculinidad en los barrios, dado que es socialmente aceptado y esperado que las mujeres y no los varones, sean socializadas y preparadas para cuidar y ser madres a través de las familias y las instituciones escolares (entre otros dispositivos), que se hacen eco de los mandatos de género. En el caso de los varones, estos mandatos privilegian otras cualidades (como la potencia, la fuerza, el coraje) y roles (de mando, de decisión), que distan en gran medida de cómo aprender a criar y principalmente cuidar a otrxs (sean niñxs, adultxs mayores, parejas, etcétera).

Este conjunto de jóvenes se caracteriza, además de tener una pareja estable previamente a la paternidad (son relaciones que superan los 2 años de relación y hasta 5 como en el caso de Alejo), por contar con un mayor nivel de escolaridad (son los que menos años de repitencia presentan en la muestra, entre 1 ó 2 años) y relatan transitar o haber transitado por diferentes instituciones barriales o educativas a lo largo de su vida comparativamente a los otros grupos de jóvenes, como clubes deportivos. Tanto Ramón, como Daniel y Alejo asistieron desde pequeños al club barrial donde jugaron en las ligas infantiles de fútbol. A lo largo de su vida, continuaron vinculados a

la institución. Si bien tuvieron que desarrollar tareas de cuidado en sus hogares de origen por las necesidades económicas que atravesaban, ninguno de ellos relata situaciones de violencia en su infancia, como tampoco episodios de violencia con la policía o experiencias de consumo problemático. En estos términos, este grupo de jóvenes padres es el que presenta menos vulnerabilidades frente a los otros dos tipos que componen la muestra. Como dije anteriormente, el mayor número de casos de la investigación se reúne en el segundo grupo, donde el embarazo *irrumpe* como un episodio sorpresivo o fortuito, de grandes miedos, angustia y en ocasiones, poco grato, que se sintetiza en expresiones como “quería que me tragara la tierra, como todo pibe”, “nos mandamos un moco”, “quedé shockeado”. Dentro de este conjunto de jóvenes, que comparten el carácter inesperado de su paternidad, existen dos subgrupos: la *paternidad fortuita* por un lado, y la *paternidad salvavidas*⁵³, por otro. Es en este último grupo donde se reúne la mayoría de los entrevistados, como mostraré a continuación.

4.1.2. La paternidad fortuita

Francisco tiene 16 años y está cursando el primer año del polimodal en una de las escuelas de Los Hornos relevadas en esta investigación. Tiene 6 hermanxs mayores y vive actualmente con su mamá. Es novio de Jélica hace un año y fue papá de Rosario hace dos meses. Además de asistir al colegio por la mañana, Francisco ayuda algunas tardes a su hermano albañil en diferentes obras, pero no de manera regular. Con ese dinero y la Asignación Universal por Hijo (AUH), solventa ciertos gastos del cuidado de la bebé. Los días que no trabaja, se dedica a *subir* historias de su barrio relatadas por él mismo en un *canal de Youtube* que creó junto a Juan, su amigo y padrino de Rosario.

Si bien la llegada de Rosario fue inesperada y significó para Francisco un cambio importante en su vida (en referencia a dejar algunas amistades, la pérdida de cierta autonomía de horarios y actividades), continuó asistiendo a la escuela diariamente. Sus padres se visualizan como el principal soporte al brindarle un respaldo tanto económico como emocional en el cuidado de su hija, el cual habilita en gran parte esta continuidad escolar. En el siguiente fragmento y a lo largo de todo el relato de Francisco, es posible rastrear expresiones de marcada impronta moral y normativa respecto a sus decisiones sobre su paternidad:

Cintia: ¿Y cómo fue el tema de la noticia de la bebé?

Francisco: Cuando me enteré de la bebé quería que me trague la tierra. A la bebé no la

⁵³ La *paternidad salvavidas* es una categoría nativa que retomo y utilizo para la construcción de la tipología.

esperábamos para nada. No fue planificado, no planificamos nada, lo único que le dije [a mi pareja] es que “dale vamos, vamos a meterle” [salir adelante]. “**Si nos mandamos este moco vamos, vamos a darle para adelante, vamos a dar la cara**” y nos juntamos antes de que naciera la bebé. Nos juntamos y ahí empezamos a convivir con mi familia, que nos ayudaron un montón, aunque al principio no (Risas).

C: ¿Y vos sentís que cambiaron algunas cosas de tu vida con Rosario?

F: Y sí, antes estaba más con mis amigos, no estaba mucho en mi casa, no pedía permiso, hacía lo que yo quería. Las salidas también se me cortaron un poco, y me abrió más los ojos, por ahí no boludeo tanto como antes.

(Francisco, 16 años)

Una historia similar es la de Santiago (17) que se convirtió en padre a los 16. Su pareja era una compañera de la secundaria con quien salía hacía pocos meses. El nacimiento de su hijo provocó que Santiago empezara a trabajar. A diferencia de Francisco, que acompañaba a su padre y a su hermano en trabajos de construcción, Santiago nunca lo había hecho. Su pareja (que él refiere como su “señora”) continuó asistiendo a la escuela por la mañana hasta que su embarazo lo permitió, y compensó el año que restaba por medio del régimen para embarazadas al que referí en el capítulo anterior. Sin embargo, Santiago no fue *beneficiado* con este programa. Así, consiguió una vacante en el turno vespertino en la misma escuela que le permitiera trabajar de día y estudiar de noche. Además, gracias a un contacto de su padre, obtuvo un empleo en un taller de refrigeración donde repara electrodomésticos. Su trabajo le gusta porque le permite cierta autonomía de horarios en función de la demanda, asegurando un poco de tiempo para su hijo. En su relato, Santiago describe su rutina diaria y el sacrificio que supone combinar el trabajo con el estudio, coordinar las horas de trabajo de su “señora” y dedicar tiempo para estar con su hijo.

Santiago: Yo siempre quise trabajar, tener mi propia plata, pero empecé cuando me enteré lo del nene. Me levanto a las 6 y media de la mañana, trabajo desde las 7 hasta las 5 y media, 6, que vengo para acá, al colegio, y de acá me voy allá, a mi casa de lunes a viernes. Los sábados trabajo medio día, por suerte.

Cintia: ¿Y te queda tiempo para estar con tu hijo?

S: Sí, me queda tiempo. Ahora estuvimos hablando con mi jefe para que martes y jueves trabaje medio día, así puedo estar con él. Hubo un tiempo que mi señora hacía un curso de repostería para poder entrar a trabajar también, pero no sé qué pasó con el curso que no lo pudo terminar. Ese tiempo yo salía de trabajar temprano, me quedaba con el nene, así que... Sí, tiempo tengo para estar, poco pero...Tengo que trabajar y terminar acá [la escuela].

(Santiago, 17 años)

Sin embargo, no todos los jóvenes que componen el grupo de la *paternidad fortuita* asisten actualmente a la escuela como Francisco y Santiago. Aquí también encontramos jóvenes que han dejado los estudios con anterioridad al momento de convertirse en padres. Este es el caso de Jerónimo (19), que tiene un bebé de 7 meses y trabaja desde hace 4 en la cooperativa barrial de barrido de la Municipalidad.

Convive con su madre y su novia. Desistió finalmente de la escuela en noveno grado, luego de intentar retomar los estudios en varias oportunidades.

Jerónimo: Sí, pasé por varios colegios, en la primaria fui a la Escuela X. Y de ahí me echaron y me fui al Instituto. Al que está frente a la plaza, y después de ahí acá a una cerca.

Cintia: ¿Y por qué te echaron?

J: Por la mala conducta.

C: ¿Y te gusta tu escuela ahora?

J: No voy a la escuela, dejé en noveno. Estaba pensando en ir, pero ahora se me pasó el año.

C: ¿Y en noveno por qué dejaste?

J: Porque hice noveno, lo repetí. Bueno, me dije, “*voy a hacerlo de vuelta*”, lo hice de vuelta, repetí, bueno, “*vamos a hacerlo de vuelta*”, hice de vuelta y repetí, y ya está, me cansé.

C: Claro, ¿y vos por qué creés que repetías?

J: Y porque no me llama la atención. Veo al profesor que está hablando y como me está hablando, es como que lo escucho pero quedo en el aire, que no lo estoy escuchando. No me interesaba mucho la escuela. Aparte ya hacía unas changas de jardinero, así que ni bola.

C: ¿Y ahora con el bebé?

J: Sí, no, fue todo medio... Vino, cayó del cielo. Fue por estar ahí... en el momento.

C: Claro. Pero ustedes habían pensado en...

J: No, no, vino del aire. Muy de golpe fue, como... No caía que iba a ser papá, porque yo tenía 18 y mi novia 17.

(Jerónimo, 19 años)

En este aspecto es importante aclarar que solo en tres casos del total de la muestra analizada, la paternidad es el motivo de abandono de la escuela. Este dato abona los planteos de Fainsod (2007, 2008) y Binstock y Gogna (2013, 2017) quienes para el caso de las jóvenes mujeres embarazadas, sostienen que las jóvenes en muchas ocasiones se encuentran excluidas del sistema educativo antes de ser madres, y no de manera inversa como podría esperarse. Como mencioné en capítulos anteriores, estas autoras, amparadas en los enfoques críticos de los embarazos y las mater/paternidades adolescentes, explican el abandono escolar no por la ocurrencia de los embarazos, sino por las situaciones de desigualdad económica y social que anteceden y configuran los contextos de lxs jóvenes en los cuales se producen estos eventos.

Numerosas publicaciones y encuestas sobre jóvenes (INDEC, 2015; Observatorio de la Deuda Social Argentina ODSA-EDSA, 2018) refuerzan la asociación o la co-ocurrencia entre paternidad y abandono escolar, como también la incidencia del nivel educativo de los jóvenes y el estrato socio ocupacional en las paternidades juveniles. En los informes de ODSA (2018) se indica que lxs jóvenes con bajo nivel educativo ingresan más temprano a la paternidad/maternidad que lxs más educadxs: mientras que aquellxs con secundaria incompleta o menos tienen su primer

hijx a los 19,4 años, aquellxs que concluyeron ese nivel ingresan a los 21,2 años. El estrato socio-ocupacional también muestra inequidades respecto de la edad promedio de ingreso a la paternidad/maternidad: quienes viven en hogares de clase media profesional tienen su primer hijx a los 23,6 años, casi 4 años de diferencia con respecto a lxs jóvenes de hogares del estrato trabajador pobre.

Asimismo, el relevamiento de ODSA (2018) indica que 6 de cada 10 jóvenes del estrato trabajador pobre que han tenido hijxs ingresaron a la paternidad/maternidad a partir de un evento temprano o adolescente, mientras que sólo 1 de cada 10 jóvenes del estrato medio profesional lo han hecho. Las diferencias regionales indican que el principal contraste se registra entre lxs residentes de la CABA y lxs demás jóvenes, ya que sólo 12,3% de lxs jóvenes con hijxs de la CABA fueron padres adolescentes, frente a proporciones que casi se cuadruplican en los demás aglomerados urbanos analizados.

En mi investigación, el principal motivo de deserción escolar de los jóvenes es la dificultad que representa combinar los estudios con el empleo/trabajo que desarrollan en paralelo, incluyendo los reiterados cambios de colegios, la repitencia por inasistencias y el escaso interés que poseen para los entrevistados las instituciones escolares (como en el caso de Jerónimo, que pese a su empeño no lograba prestar atención al docente en el aula ni lo convocaba los contenidos curriculares). La escuela había sido abandonada antes de convertirse en padres por el apremio del trabajo, de “colaborar en la casa”, “de mantenerse solos” o por querer disponer de dinero propio, constituyéndose en un rasgo común y transversal a los tres grupos de paternidad identificados.

Continuando con la caracterización de los jóvenes que componen la paternidad fortuita, en este grupo los embarazos ocurren en el contexto de noviazgos breves (no superan los 6 meses de relación) o con parejas casuales, por lo que los jóvenes conocen escasamente a sus compañeras, quienes de manera abrupta comienzan a ser sus “señoras”. Pero el elemento distintivo de este grupo es que la paternidad se presenta como un *evento problemático* que trastoca la rutina de los jóvenes a partir de un conjunto de cambios importantes en sus prioridades, principalmente en su autonomía (“hacer lo que quiero”) y también en sus actividades diarias. Así, Francisco (16) dejó de disponer de tiempo para pasar con sus amigos y comenzó a reorganizar sus días en función de la escuela y el trabajo. Por su parte, Santiago (17) necesitó buscar un empleo para afrontar los gastos del cuidado de su hijo y al mismo tiempo asistir a la escuela por la noche para continuarla. En este tipo, la paternidad aparece como un acontecimiento que reconfigura las trayectorias de los jóvenes y produce

cambios que son interpretados negativamente por los entrevistados, como la falta de tiempo libre, la autonomía de horarios, entre otros.

Este grupo de jóvenes ha transitado por espacios recreativos o deportivos, generalmente desde pequeños, integrando el equipo de fútbol o básquet del club barrial, y varios continúan haciéndolo, en forma menos sistemática, pero sin perder el lazo con la institución. En sus relatos, se autoidentifican fuertemente con el club (algunos de sus hijos heredaron el nombre de dicha institución; como el caso de Ezequiel y su hijo *Martín*, nombrado así en referencia al club barrial), manteniendo un vínculo estrecho con sus dirigentes e integrantes. Además del club de fútbol, los jóvenes mencionan otros dos espacios barriales que funcionan como soportes en sus vidas y en sus paternidades: el programa FinEs de la unidad básica y el comedor de Mónica permiten a los jóvenes que no pudieron continuar en la escuela por sus horarios, tener una alternativa que habilita combinar el trabajo, el estudio y el cuidado.

4.1.3. La Paternidad salvavidas

Federico tiene 20 años. Su vida estuvo marcada desde muy temprana edad por las adicciones. A los 12, luego de tener una fuerte discusión con su padre y dispararle con un arma, Federico relata “me fui a la calle y me agarró la droga”. Después de estar internado en diferentes centros de rehabilitación sin éxito, conoció a su actual pareja y tuvieron a Jazmín. Él considera que su hija fue la única persona que lo pudo ayudar con su consumo, se sentía muy perdido y solo. Ninguna institución o persona parece, al menos en su discurso, haber colaborado efectivamente para revertir la situación en la que se encontraba.

Cintia: ¿Cómo fue el momento cuando [tu novia] te dijo que estaba embarazada?

Federico: Se me cayó una lágrima y fue lo mejor ahí. Fue un parate, porque yo antes estaba perdido por la adicción, tomaba mucha cocaína y fue la única que me pudo así dar un parate en mi vida, tranquilizarme un poco, empezar a laburar, todo. Andaba en la calle, en la joda, en la delincuencia, en todo, andaba mal, perdido por todos lados, enfermo, internado y no me importaba nada.

(Federico, 20 años)

No obstante, a lo largo de su relato, pude rastrear que su madre constituyó un importante apoyo para enfrentar sus adicciones. Ella logró convencerlo de la necesidad de internarse y ofició de sostén afectivo especialmente en las recaídas de su tratamiento en las sucesivas internaciones que transitó.

Alan, Fernando, Leandro, Eugenio y Diego también atravesaron experiencias similares con las adicciones, y la noticia del embarazo inaugura un proceso de cambio de prioridades y un conjunto de promesas de *superación* en relación al consumo y de

“ganarse la vida” de otro modo al que venían haciéndolo (robo, principalmente) a través de un empleo (como pintor, albañil o cooperativista). De acuerdo a sus relatos, esto no fue nada fácil en un contexto barrial en que las oportunidades para los jóvenes son limitadas. Una vez más, como en el caso de Federico, aparece discursivamente una apuesta o una decisión de índole individual, a fuerza de voluntad, más que una decisión respaldada o apuntalada por alguna institución. Incluso en las entrevistas se pueden rastrear las tensiones o consecuencias que, en ciertos casos, desencadenan para los jóvenes estas decisiones de cambio, principalmente en el grupo de pares o amigos varones, como insultos, descreimiento o aislamiento. Sin embargo, las familias, en la medida de sus posibilidades, se erigen como los principales apoyos para éstos jóvenes en los momentos más acuciantes. En este grupo más que en los otros dos tipos de paternidad, la escuela había sido abandonada varios años antes que convertirse en padres, por lo que no aparece como un soporte en ninguno de sus relatos. En el caso de Alan (23) como en el de Germán (20) la iglesia evangélica también se constituye como un espacio de contención para ellos, que retoman cuando conocen la noticia del embarazo.

“Yo era uno de esos, uno de esos que se juntaba en la esquina. Tuve problemas con la droga, con el alcohol. Estuve internado, casi me muero. Por eso [ser papá] fue como un salvavidas para mí. Fue como que me tiraron un salvavidas y yo me agarré. Me cayó como una sorpresa y lo primero que hice fue abrazarla fuerte [a su pareja]. Fue difícil porque me tuve que alejar de todas las amistades que yo tenía. Me trataban como sapo de otro pozo después, porque me decían: “¿Qué te hacés el rescatado? Lo tuyo es una pantalla” y todas esas cosas. “Ya no sos más el Alan, no sos más vos”. Mi familia fue la que me ayudó con esto, volví a la iglesia que me había alejado y orar también me ayudó a darme fuerza para no caer de nuevo”.

(Alan, 23 años)

Así como el consumo se posiciona como una experiencia central y común a los jóvenes de este grupo en especial, los conflictos con la policía o las fuerzas de seguridad emergen también como parte de la cotidianeidad de sus vidas. Un número significativo de ellos ha tenido al menos un episodio con la policía (otros hasta seis), estuvo detenido por breves períodos o continúa con procesos judiciales especialmente por causas de robo, uso de armas de fuego o situaciones de violencia al vincularse con las *hinchadas* platenses de fútbol. Más allá de lo relatado, las marcas en sus cuerpos, cortes, puntos en la cabeza, también hablaban de cierta *familiaridad* con la violencia en su diversidad de formas (el uso de la fuerza por parte de la policía, su vinculación con las hinchadas, las peleas al interior de los barrios).

“Y [cuando me enteré del embarazo] no supe qué contestar, me quedé callado. Me puse a pensar, “bueno, joya”, le digo [a mi pareja]. Mejor, yo estaba re mal, yo era un pibe que había caído en cana, todo. Todavía sigo firmando en el Patronato de

Liberados. Tengo tres años y medio para firmar, porque me dieron la común. Estuve una semana en comisaría por robo en Romero. Después tuve una audiencia y como dije que estudiaba, que trabajaba, *que iba a ser papá, que me estaba portando bien...* me dieron unos requisitos para hacer, me dijeron que me la disminuían [la condena]”.

(Eugenio, 20 años)

“Yo me acuerdo que estaba re flaquito, ni comía, estaba ahí entregado. Apenas amanecía me venía a la esquina, estábamos ahí hasta la 1, 2 de la mañana. Me dice uno “*Vamos a una joda*”, un día de lluvia, y bueno nos fuimos y nos pintó de todo, qué se yo, robar. Estuve más o menos dos semanas encerrado en una alcaidía por robo calificado. El defensor nuestro nos hablaba mal. Yo recé una banda, “*Que por favor nos cambien de abogado, y por favor sacame de acá*”. Rezaba mucho, le pedía a Dios “*que cuando salga de acá me voy a juntar, voy a tener una familia, voy a hacer las cosas bien, voy a ir a la iglesia*”. Y se me dio. Después me firmaron la libertad, ahora estoy firmando hace tres años más o menos. Y salí de ahí adentro y la conocí a ella [pareja]. De a poquito ya salía otra vez, pero ya no me juntaba ahí en la esquina. Ya me di cuenta y dije “*No, otra vez que me pase, ya voy adentro*”.

(Diego, 20 años)

El testimonio de Diego y su promesa de conformar una familia y “portarse bien” una vez concedida la libertad, sugiere pensar en los proyectos de vidas posibles o viables para estos jóvenes, en apariencia antitéticos para ellos: uno relacionado con el delito y “la joda” y otro vinculado a la conformación de una familia, el estudio o el trabajo. No se visualizarían otros por fuera de estos dos grandes mundos, o articulaciones entre ambos. Estos imaginarios no sólo se infieren de los relatos de los jóvenes entrevistados, sino que están presentes de manera explícita en actores sociales clave en el territorio (como advertí con Santiago, el secretario del club), docentes y profesionales de la salud que participaron de la investigación, aunque la práctica de los jóvenes demuestre lo contrario. Indagaciones previas (Kessler, 2004; Chaves, Fuentes y Vecino, 2017) evidencian que *la escuela o la calle* no son condiciones excluyentes, y que en las experiencias vitales de los jóvenes de barrios populares es posible encontrar múltiples entrecruzamientos entre la escuela, el trabajo y la ilegalidad.

Es importante aclarar que una vez finalizado el trabajo de campo, dos de los jóvenes entrevistados de este grupo se encontraban detenidos en el Penal de Olmos y otro joven falleció en un caso de “legítima defensa”, en un intento de robo a un almacén de un barrio vecino al de esta investigación. Las vidas de estos jóvenes transcurren y se desarrollan en condiciones de gran vulnerabilidad social, por lo que sus trayectorias son altamente inestables.

Al igual que el conjunto de jóvenes que componen la paternidad fortuita, los jóvenes del grupo salvavidas también concurrieron desde pequeños al club barrial, pero en la mayoría de los casos estos jóvenes no lograron sostener su vínculo con el club. El consumo de drogas es uno de los grandes motivos de alejamiento y abandono

de este espacio. Como mencioné en el capítulo anterior, el secretario del club aseguró que ese espacio funciona como un “*contenedor de la zona roja*” del barrio, refiriéndose a los jóvenes que se encuentran en condiciones más pronunciadas y visibles de vulnerabilidad. En este marco y a diferencia de los otros tipos descriptos en donde la paternidad aparece producto de un deseo (planificada) o como un *problema* (fortuita), la paternidad se convierte en un importante soporte (aunque de carácter temporal) para estos jóvenes, produciendo nuevos sentidos en sus vidas.

Podemos observar la clasificación de estos grupos y sus dimensiones en el siguiente cuadro:

Tipo de Paternidad	Escolaridad	Tiempo de Noviazgo	Consumo problemático de sustancias	Reacción familia ante noticia	Instituciones/ soportes	Conflicto con la ley/policía	Combinación trabajo/ cuidado	Función paterna
Planificada “Quise tener a mi hijo”	Mayor	Extensos (más de 2 años)	No	Naturalizada	Múltiples (familia, escuela, club)	No	Compartida	Trabajar y “estar con lxs hijxs”
Fortuita “Cayó del cielo”	Mediano, algunos se encuentran en la escuela	Breves o casuales (hasta 6 meses)	No	Crítica y Negativa	Pocas (club, escuela)	No	Mayor participación femenina	Trabajar
Salvavidas “Me tiraron un salvavidas”	Menor	Medianos (de 6 meses hasta 2 años)	Sí	Naturalizada	Se identifica mayormente a la familia	Sí	Compartida	Sacrificar, “traer”, aguantar

4.1.4. Comunicar la noticia

Otro factor ineludible en estas experiencias es la reacción o el impacto del embarazo en el círculo familiar de lxs jóvenes. En el caso de los entrevistados, hallamos en general una recepción naturalizada de la noticia, como algo esperable no sin una advertencia sobre cómo sería esa una *nueva etapa en sus vidas*, en la que deberán ser más responsables y constantes con sus trabajos y con sus familias. Simultáneamente, la comunicación de la noticia revive la propia trayectoria reproductiva de los padres/madres de los jóvenes, retrotrayendo momentos, historias y circunstancias en las que sus padres comenzaron a serlo. Esta recepción naturalizada, podemos identificarla y asociarla principalmente a la paternidad planificada y a la paternidad salvavidas:

Jeremías: Mis viejos ya eran abuelos. No me dijeron nada, “*Bueno, ya está, ahora tenés que hacer las cosas bien*”. Se lo tomaron bien, gracias a Dios aceptaron y me dijeron todas las cosas cómo iban a ser, y que es verdad, pero nada más.

Cintia: ¿Cómo iban a ser?

J: Que se me iba a cortar todo, que tenía que empezar a trabajar, darle las cosas a mi hijo, lo que necesitaba...Y veo que es así.

(Jeremías, 19 años)

“Viste con mi viejo... como te digo, poca relación, mi viejo me aconsejó, me dijo *“Bueno, ahora te tenés que poner las pilas, largar la joda, las juntas”* y mi vieja medio que se puso mal, porque también a ella le tocó tenerme a mí de chica, mi vieja tiene 38 años. Y mi padre biológico no se había hecho cargo. Después de que yo cumpliera los 3 años, mi papá me dio el apellido. Como que ella sabía por todo lo que iba a pasar yo”.

(Federico, 20 años)

Sin embargo, la noticia no fue recibida en todos los casos positivamente o con tranquilidad. En los casos de Mariano (23) y Francisco (16) sus madres se mostraron particularmente decepcionadas de sus hijos, negándoles todo tipo de apoyo, especialmente económico, aunque posteriormente le brindaron ayuda a sus hijos. Pero lo que es importante señalar es la marcada diferencia en la reacción de las familias de las jóvenes, específicamente de sus padres, quienes planeaban otro futuro para sus hijas. Estas reacciones pueden vincularse especialmente a las paternidades fortuitas:

“Mis amigos, la mayoría me felicitaron. Mi vieja fue la que más me tiraba abajo. Que no estaba preparado, que esto, que lo otro, que se me iba a pudrir, que ella es chica, que fue muy cierto: lo tuvo a los 15 y yo tenía 17. Y por un tiempo no me habló, ni nada”.

(Mariano, 23 años)

“Le digo al padre y a la madre que se sienten que quiero hablar, y la madre me mira y me dice *¿Jésica está embarazada?* Y bueno, ahí le dije que sí y el padre me mira con esa cara de decepcionado y me dice, *“Estoy molesto porque yo tenía pensado que mi hija primero terminara el estudio y entrara a un lugar para tener la posición económica suficiente”*. Le dije que no lo hice a propósito. Y después fui y hablé con mi viejo, se puso feliz, no me dijo nada. Mi madrastra sí, me cagó a pedos, me dijo de todo, menos que era lindo. Después en ese momento yo me fui a vivir con mi hermano, y mi hermano a todo esto no sabía nada. Mi hermano es un poco duro y yo estaba asustado por cómo se lo iba a tomar, pensé que iba a ser la persona que se lo iba a tomar más mal en el mundo. Y fue la persona que más me apoyó, no me dijo nada, lo único que me dijo fue *“¿Por qué no te fijás? Sos chico”*. Pero me apoyó en todo momento. Y bueno, mi vieja no, fue como que, después de que Jésica cumpliera 9 meses con el bebé en el estómago de ella, recién ahí lo tomó bien, cuando el bebé iba a nacer. Fue eso más o menos lo que vivimos en todo el embarazo. Pero lo tomamos bien, y nuestra familia, la mitad sí o la mitad no”.

(Francisco, 16 años)

Independientemente de las primeras impresiones del momento, es muy importante advertir que en todos los casos analizados, los jóvenes entrevistados tuvieron un papel relevante en la decisión de continuar o no el curso del embarazo, incluso en las situaciones donde debieron intervenir y mediar con los familiares que se oponían a su continuidad. En general, también oficiaron de comunicadores de la noticia del embarazo ante las familias propias y de sus parejas. En concordancia con

lo planteado por el *Informe del Estado de Paternidad (2017)*⁵⁴, las decisiones de los varones en los procesos de gestación o interrupción de los embarazos son relevantes. En los casos de Julio (20) y Guillermo (18) debieron convencer a sus parejas y a su familia de continuar con el curso del embarazo.

“Y sí, como todo guacho, yo me quería matar. Ahora no, ahora no estoy arrepentido para nada. Y estábamos entre tenerlo y no tenerlo. Pero bueno, yo lo quería tener. Y ella no quería, porque tenía planeado estudiar y qué sé yo, y bueno, la terminé convenciendo y lo tuvimos”.

(Julio, 20 años)

“Cuando nos enteramos tratamos de encontrarle la vuelta porque la mamá de ella es muy arrebatada y tratábamos de ver la forma porque los dos teníamos miedo, de encontrar la forma de cómo decírselo. Teníamos miedo de cómo pudiera reaccionar, porque éramos chicos nosotros, no sé si era una complicación pero que iba a ser difícil por el tema de casa y la plata. Fui a hablar con ella y traté de explicarle. Por suerte ahora se están acostumbrando a la idea, pero fue difícil. Casi me desmayo cuando lo conté. Todos estaban llorando, un poco de enojo y un poco de alegría. Pero de quien tenía miedo era de la madre de ella, porque no sabía cómo iba a reaccionar”.

(Guillermo, 18 años)

De este modo, el peso de las reacciones y opiniones de los jóvenes sobre el embarazo de sus parejas son un factor relevante en la decisión sobre su continuidad o su interrupción voluntaria y sobre su proyecto de paternidad, al menos en el universo de estudio. En la próxima sección, abordo esta dimensión con más detenimiento.

4.2. “Yo los llamo *los aborta-bebés*”: los jóvenes padres frente a la interrupción voluntaria del embarazo

La interrupción voluntaria del embarazo tiene una alta incidencia en nuestro país. Distintas estimaciones consideran que anualmente entre 350.000 y 500.000 mujeres acceden al aborto para interrumpir embarazos involuntarios (Checa y Rosenberg, 1996; Atucha y Pailles, 1996; Pantelides et al 2007; Mario y Pantelides, 2009; Bellucci, 2015, CELS, 2018⁵⁵). La ilegalidad, y por tanto, la clandestinidad del aborto inducido y las condiciones de asepsia y precariedad en que muchos de ellos se realizan se reflejan en las elevadas tasas de mortalidad por esta causa y en las secuelas sobre la salud de las mujeres, particularmente entre las mujeres más pobres. Las adolescentes y las jóvenes no son ajenas a esta situación.

⁵⁴ Este informe ha sido elaborado por Promundo, IPPF/RHO, Cultura Salud/EME y Men Engage América Latina. Se basa en el informe *State of the World's Fathers* del año 2015 que fue elaborado por MenCare, una campaña global para promover el involucramiento de los varones de todas las edades en el cuidado de sus hijxs con igualdad de género y sin violencia.

⁵⁵ Informe *Acceso al aborto en la Argentina*, CELS, septiembre de 2018. Disponible en https://www.cels.org.ar/web/wp-content/uploads/2018/09/20180911_Aborto_ComiteDESC.pdf

Argentina no dispone de un sistema de estadísticas sobre abortos legales. A nivel nacional, la única información disponible sobre aborto proviene de las internaciones en hospitales públicos donde se incluyen bajo una misma cifra los abortos espontáneos, los abortos legales y aquellas mujeres que sufrieron complicaciones por practicarse abortos en condiciones inseguras. Algunos estudios cualitativos e información provista por servicios de adolescencia de los hospitales públicos (Checa y Rosenberg, 1996; Checa, 2006, Gogna, 2008, Zamberlin y otros, 2014; Gogna y Binstock, 2017) indican que las jóvenes recurren al aborto de manera creciente, destacando las dificultades que encuentran para informarse y asesorarse en el ámbito escolar y en los servicios de salud para recibir anticonceptivos adecuados a su edad.

De acuerdo a las estadísticas oficiales y los últimos datos disponibles, en los hospitales públicos de todo el país se registran casi 49.000 egresos hospitalarios por abortos inseguros al año⁵⁶. Del total, alrededor del 18% corresponden a niñas y adolescentes menores de 20 años y alrededor del 46% a mujeres de entre 20 y 29 años. En la última década, la mortalidad por aborto aumentó en las mujeres menores de 15 años y las mujeres muertas por abortos fueron más jóvenes que quienes fallecieron por otras causas vinculadas a la maternidad⁵⁷. Sumando a estos datos, Gogna y Binstock (2017) señalan que “la cifra de veinticinco egresos hospitalarios de chicas de 10 a 19 años por esta causa cada día es solo la punta del iceberg de esta problemática, ya que no están computadas aquellas que no han sufrido complicaciones, las que son atendidas por guardia, ni quienes mueren como consecuencia de un aborto inseguro” (Gogna y Binstock, 2017:127).

Desde 2015, REDASS (Red de Acceso al Aborto Seguro) ha implementado un registro de casos de abortos legales del que participan 11 instituciones públicas de 5 jurisdicciones del país. El registro reúne (hasta febrero de 2018) 1545 interrupciones legales del embarazo en estos establecimientos: 2 de cada 10 de las mujeres que accedieron a un aborto legal tenían 19 años o menos y 3 de cada 10 tenían entre 20 y 24 años⁵⁸.

El debate parlamentario sobre la despenalización del aborto que tuvo lugar en el Congreso Nacional durante el año 2018 expuso este problema en la arena pública, impulsando y propiciando nuevas sensibilidades y discusiones en torno a su

⁵⁶ Informe “Egresos de Establecimientos Oficiales por Diagnóstico – Año 2013”. Estadísticas de Servicios de Salud. Dirección de Estadísticas e Información de Salud. Ministerio de Salud de la Nación

⁵⁷ Pantelides, E., Ramos, S., Romero, M., Fernández, S., Gaudio, M., Gianni, C. y H. Manzelli, Morbilidad materna severa en la Argentina: Trayectorias de las mujeres internadas por complicaciones de aborto y calidad de la atención recibida. CENEP / CEDES: Buenos Aires, 2007.

⁵⁸ “Las cifras del aborto en la Argentina”, REDAAS, marzo de 2018.

legalización: *la marea verde* “alcanzó expresiones de masividad impensadas poco antes” (Socorristas en Red, 2019)⁵⁹. Este colectivo feminista publicó un informe indicando que durante la serie que comprende los años 2014-2018, brindaron información sobre usos seguros de medicación para abortar a 23.314 mujeres. De manera específica, durante 2018 han acompañado a 1069 adolescentes de entre 15 y 19 años. El 74,2% de ellas estaban acompañadas en su decisión de abortar, independientemente de que la persona de la que estaban embarazadas estuviese de acuerdo con la decisión (57,6 %) o no estuviera de acuerdo (6,4%).

Del total de niñas y adolescentes entrevistadas en dicho informe, 203 (17,5%) refirieron haber intentado realizar un aborto del embarazo que las socorristas ayudaron a concretar. De las 995 niñas y adolescentes que optan por aborto medicamentoso acompañado por socorristas, el 98,1% logró abortar en el primer intento. Además de estos acompañamientos, las socorristas articulan con el sistema sanitario para garantizar otros tipos de prácticas de mayores cuidados debido a problemáticas de salud específicas y controles pre y post-aborto. El aborto, por las condiciones señaladas y por la fuerte presión ejercida por la Iglesia y grupos cercanos, es un tema que continúa estigmatizando mujeres en todos los grupos de edad.

Desde el plano académico, Bassa y Radi (2018) sistematizan los discursos presentes en investigaciones científicas, documentos y producciones de divulgación vinculadas al aborto en América Latina en tres grupos diferentes. El primero está compuesto por aquellos trabajos en los que los discursos no ponen en discusión cuál es la identidad de género del sujeto de aborto y se refieren a las mujeres como las únicas capaces de realizar esta práctica (dejando de lado otras identidades, como los varones trans y aquellxs con “cuerpos gestantes”). El segundo, por las investigaciones que reparan en el rol de los varones en las demandas por la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo; y un último grupo por producciones en las que se utilizan categorías que problematizan las representaciones tradicionales acerca de lxs sujetxs de aborto, incorporando a los varones trans como cuerpos gestantes.

En relación al segundo grupo, los autores sostienen que este conjunto de diversas investigaciones coinciden en destacar la ausencia de la perspectiva de los varones en las indagaciones sobre aborto⁶⁰ y que a pesar de que las mujeres

⁵⁹ Informe “Sistematización de acompañamientos a abortar. Realizados en el año 2018 por Socorristas en Red (feministas que abortamos). *Para contribuir al debate social y político sobre la despenalización y legalización del aborto en Argentina*”, mayo de 2019.

⁶⁰ Algunas de las investigaciones señaladas por Bassa y Radi (2018) son: Carril Berro, Elina y López Gómez, Alejandra. “Significados de aborto y opiniones sobre derecho a decidir en varones uruguayos”. *Estudios Sociológicos* Vol. XXX, issue 90 (2012): 739-771. Figueroa Perea, Juan Guillermo. “Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud

continúan siendo el centro de análisis alrededor de la reproducción y el aborto, se observa un creciente interés por analizar el rol masculino en los procesos (no) reproductivos. Estas investigaciones enfatizan la necesidad de llevar adelante iniciativas que involucren activamente a los varones en estos procesos, considerando que con frecuencia son responsables sobre las decisiones acerca del aborto (especialmente aquellos que tienen la potestad de dictar y de aplicar la ley, como legisladores y jueces).

El papel de los varones en el proceso de decisión para interrumpir embarazos no deseados o inesperados, ya sea como árbitros o ejecutores que imponen su decisión o bien como actores que participan bajo diferentes modalidades en este proceso, sea en la esfera privada o en el ámbito público, es aún un tema insuficientemente estudiado (Lerner, 2008, Petracci 2012, Pecheny en Ramos, 2016). No obstante, los estudios y hallazgos existentes muestran la relevancia de incluirlos, tanto como alternativa analítica para una mejor comprensión de la problemática del aborto, de las adversas condiciones y severas restricciones bajo las cuales las mujeres optan por esta decisión, como para fines de diversas acciones, programas y políticas que se desarrollen al respecto.

En estas últimas, sin duda se deben considerar fundamentalmente los argumentos de los movimientos feministas que clara y acertadamente señalan que las mujeres son las dueñas de sus cuerpos y, por tanto, de asumir la libre decisión en su vida sexual y reproductiva, y también tener en cuenta los argumentos que subrayan la importancia de sensibilizar o propender a la toma de conciencia de los varones sobre este proceso, así como de intervenciones públicas dirigidas a ellos en prácticas de corresponsabilidad tanto en materia anticonceptiva como en la prevención de embarazos.

La literatura producida en la región en los últimos años evidencia el interés por indagar acerca de las actitudes y el papel de los varones en la interrupción voluntaria del embarazo (Lerner, 2008; Pantelides, 2009, Pecheny 2015). Como señala Lerner (2008), su participación puede ser activa o pasiva. En ocasiones pueden ser los

reproductiva". *Cad. Saúde Pública* Vol. 14, suppl. 1 (1998):87-96. Pecheny, Mario. "Varones y aborto. Acompañarlas en lo que ellas decidan: aborto y participación de los varones". En *Investigación sobre aborto en América Latina y el Caribe*, López Gómez, A.; et al. Ciudad de Buenos Aires, CEDES (2015) pp. 41-56. Petracci, Mónica. "Opiniones y representaciones sociales de varones sobre aborto en Buenos Aires, Argentina". *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana* Vol. 8 (2011):10-35. Rojas, Olga Lorena. "La participación de los varones en los procesos reproductivos: un estudio cualitativo en dos sectores sociales y dos generaciones en la ciudad de México". *Papeles de Población*, Vol. 8, núm. 31 (2012): 189-217. Chaneton, July; Vacarezza, Nayla. "Capítulo 6. Ellos, participantes". *La intemperie y lo intempestivo. Experiencias del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones*. Buenos Aires: Marea (2011).

principales tomadores de decisión frente a tales eventos, en otras llegan a estar ausentes o totalmente indiferentes y desinteresados o también pueden compartir la decisión de abortar con sus parejas.

De manera sintética, Bassa y Radi (2018) señalan que estos abordajes llegan a las siguientes conclusiones: (a) existe una vacancia temática que hace que se conozca poco sobre las experiencias del aborto desde la perspectiva de los varones; (b) la práctica del aborto afecta de manera diferenciada a varones y mujeres por motivos económicos, jurídicos y sanitarios; (c) el estrato socioeconómico y educativo parece determinar algunos patrones (no) reproductivos de las mujeres y los varones; (d) para los varones, los abortos son hitos que pueden afectar su trayectoria anticonceptiva, marcar el pasaje hacia la adultez, prepararse para ser padres y, circunstancialmente, para seguir o romper una pareja; (e) los varones suelen asumir posiciones reactivas y, en menor medida, algunos se involucran de manera solidaria sin ocupar el lugar de “ellas”, dando cuenta de la vulnerabilidad diferenciada en la que el aborto coloca a las mujeres; (f) los varones son definidos por la literatura como participantes secundarios del proceso.

En esta sintonía con este último punto, Petracci, Pecheny, Mattioli y Capriati (2012) señalan que “el varón juega en algunos casos un papel definitorio, pero nunca como protagonista en pie de igualdad con la mujer, sino como personaje interviniente en el proceso subjetivo decisorio de la mujer” (2012:171).

En dicha investigación se destaca que la trayectoria sexual, afectiva, anticonceptiva y procreativa en la que se inserta el aborto es la de la mujer y que en la *escena* de enfrentar un embarazo (a proseguir o a interrumpir), el varón es fundamental para que la mujer considere con mayor peso una u otra opción. Los varones, independientemente de su postura ante el aborto en abstracto o en la situación concreta, sienten que su papel es de acompañantes mejor o peor bienvenidos. Pero, como señalan lxs autorxs, siempre hay momentos del proceso –o el proceso entero– que los excluye, porque es en el cuerpo y en la subjetividad de las mujeres donde tiene lugar el aborto. Avanzando en sus resultados, indican que para los varones *el aborto es un hito* que deja huellas en sus trayectorias pero no como un evento de curso más o menos esperable, sino como la irrupción de un acontecimiento *intruso* (Petracci et. al, 2012:171). Suele ser vivido como un hito en términos de tomar recaudos en el cuidado en las relaciones sexuales, o para algunos de los más jóvenes, por ejemplo, de modo similar a una paternidad, la experiencia del aborto fue significada como un súbito pasaje hacia la adultez y el mundo de las

responsabilidades no sólo sexuales-reproductivas. En las trayectorias en las que se insertan los abortos, los varones aparecen y desaparecen de las escenas y, particularmente, de la escena del aborto. En cambio, la mujer es protagonista de cada momento del proceso: la relación sexual, la sospecha de embarazo y su confirmación, la consideración personal de proseguirlo o interrumpirlo, la puesta en obra de la decisión y el sufrimiento de eventuales consecuencias físicas.

En este marco, la consideración, decisión y circuito de aborto se relacionan con el tipo de pareja, en el sentido de las implicancias que proseguir o interrumpir un embarazo tienen para el proyecto percibido para la pareja en ese momento, es decir, cómo se inserta el embarazo (que puede llevar a un hijx o a un aborto) en el presente y proyecto de pareja; e inversamente, cómo se inserta el presente de la pareja y el futuro proyectado ante el embarazo (que puede llevar a un hijx o a un aborto). De acuerdo a los varones entrevistados en esta investigación, el aborto es un hito que modifica la relación de pareja: la consolida o la rompe. La decisión no es, entonces, tanto sobre el embarazo sino sobre si se quiere proseguir o transformar ese embarazo en proyecto de maternidad/paternidad, o si ese proyecto es interrumpido o nunca existió.

Retomando este último punto sobre los hallazgos de Petracci et. al. (2012), en los jóvenes entrevistados de mi indagación, la posibilidad de interrumpir voluntariamente el embarazo se vincula también con el tipo de pareja (estable o casual) que tenían cuando se produce el embarazo y a partir de allí, la viabilidad o no de su proyecto de paternidad. Así, entre los jóvenes que se encontraban en pareja por un período extenso (que superaran los 2 años de relación), centralmente los jóvenes que componen el grupo de la paternidad planificada, el aborto no aparece como una opción. En una línea similar, en los jóvenes que integran el grupo salvavidas que poseen noviazgos de duración media (definidos en más de 6 meses y menores a los 2 años), la paternidad aparece como un soporte en sí mismo: *los jóvenes son rescatados por la paternidad*, por lo que la interrupción de los embarazos no se convierte en una opción para ellos tampoco. Contrariamente, en los jóvenes donde la paternidad se produce de manera fortuita (en las cuales su relación de pareja no alcanza los 6 meses de duración), la interrupción del embarazo se vuelve una posibilidad, aunque finalmente privilegian su relación de pareja y no se lleve a cabo.

Sin embargo, más allá de la duración y el tipo de vínculo que establecen con sus parejas, la totalidad de los jóvenes entrevistados tiene una mirada negativa y de impronta marcadamente moral acerca de la interrupción voluntaria del embarazo, en la cual la fuerza del dogma religioso (cristiano católico) juega un papel determinante en

sus decisiones. Solamente en uno de los 40 casos analizados, uno de los jóvenes expresó que “el cuerpo es de la mujer y que ella debe poder decidir qué hacer”, alejándose de las posiciones más reactivas al aborto.

Al introducir la pregunta en las entrevistas, la mayoría de los jóvenes se mostraban incómodos e incluso se enojaban ante la idea del aborto, utilizando insultos que no habían empleado anteriormente en sus relatos. Francisco (16) es el entrevistado más irritado ante este interrogante. Denomina “aborta bebés”⁶¹ a las mujeres y varones que recurren a esta práctica, asociándolo a una “clase de persona” lejos de considerarlo una opción posible en un contexto determinado, que en otro momento tal vez no lo sea.

No obstante, este “enojo” no se dirigía únicamente a las mujeres, culpabilizándolas, sino también a los mismos varones que “negaban” a sus hijxs, argumentando que los embarazos (“la macana”, “eso”, “la cagada”) serían *un precio a pagar* por disfrutar de las relaciones sexuales y no haber “hecho las cosas bien” (utilizar algún método anticonceptivo). En su mirada, el aborto es una práctica repudiable en cualquier escenario.

“Yo les digo *aborta bebés* a esa clase de personas. Se merece una buena paliza cada uno que aborta un bebé. Porque a ver, si fuiste tan inteligente como para quedar preñada o los chabones para hacerlo, tenés que ser más inteligente para hacerte cargo del pibe, y si te gustó, mantenelo. Porque hay muchas personas que no tienen la oportunidad de tener hijos, y que venga un desgraciado y aborte, eso es feo. Porque hay personas que no pueden tener bebés y vos que lo podés tener andás abortando, y no es así, ¿me entendés? *Si te gustó, bancate al pibe*”.

(Francisco, 16 años)

Esta última frase no pertenece solamente a Francisco, sino que es atribuible al universo discursivo del conjunto de los entrevistados. “Bancate al pibe” significa por un lado, condenar a las jóvenes a no poder decidir sobre sus cuerpos, sus deseos y forzar su maternidad (“Ya está ahí el bebé, entonces ya está” o “Acá las pibas que quedan embarazadas son madres”) y por otro, exhortar a los jóvenes a “dar la cara” (como señalé en la primera sección), a afrontar “lo que les toca” como varones, a tener coraje y hacerse cargo del embarazo como hizo Francisco. Como mencioné en el apartado anterior, él integra el tipo de las paternidades fortuitas que, contrariamente a lo esperable, se constituye como el grupo más reaccionario a la interrupción de los embarazos. Ante el impedimento moral que supone interrumpir el embarazo,

⁶¹Francisco, como la totalidad de los entrevistados, refiere al feto como *bebé* en todo su relato, personificándolo.

Francisco y este grupo de jóvenes en particular, recrimina y rechaza a los varones que toman la opción del aborto.

A través del análisis de los relatos es posible observar que la totalidad de los entrevistados manifestó una *moralidad heterónoma* (Lista, 2018) respecto al aborto, en diferentes grados. Esta cosmovisión se basa en la creencia de que la fuente última de autoridad y decisión (en este caso, del aborto) es externa al individuo y asignada a Dios o la naturaleza, el destino, la suerte, entre otros factores. El origen divino de la vida y de la muerte es una creencia central en este tipo de discursos, por lo que el aborto será siempre reprobable porque constituye “un asesinato, un acto cruel y horrible, porque así Dios lo manda” (Lista, 2018: 96).

A pesar de que todos los jóvenes entrevistados definen al aborto como el acto de “matar un bebé” o “sacarse un hijo”, algunos de ellos admiten que fue una posibilidad que habían considerado al enterarse del embarazo de sus parejas. Así, para estos jóvenes se establece una disyuntiva: o bien “toman las riendas de su vida”, trabajan, estudian y “se ponen las pilas” asumiendo su paternidad o eligen la “salida fácil” que implicaría el aborto, que supone pagar esa práctica y seguir adelante (aparentemente) sin ningún costo emocional ni personal (este camino no demandaría ningún esfuerzo de trabajo ni de estudio). En este sentido, en el conjunto de jóvenes entrevistados se observa la disyunción exclusiva y contraria que plantean Chaneton y Vacarezza (2011) como la *sacralización de la maternidad* (en este caso, podría ser también *de la paternidad*) y la *criminalización del aborto*, instalado y alimentado por los discursos dominantes, incluido el religioso del que se hacen eco los entrevistados.

No obstante esta disyuntiva, Fernando (20) considera que existen otras formas de *rechazar la paternidad* sin tener que elegir el aborto a través de la adopción⁶², aunque no precisa cómo. De esa manera, toda la responsabilidad y el costo (corporal, psíquico y emocional) son trasladados a las mujeres que deben atravesar el embarazo de todas formas, exponiendo así un sesgo naturalista en su discurso donde las mujeres son *naturalmente* madres:

Fernando: Me ha pasado con mi primer hijo que nos sentamos y dijimos “Buena, ¿qué hacemos? Tenemos esto [abortar] o tenemos la voluntad, las ganas, yo voy a trabajar, ¿qué hacemos?”. A mí mi papá me negó, yo no voy a negar a mi hijo también. Aparte si no lo podés tener, te vas a una casa y le decís “No lo puedo tener”, qué sé yo, hay otros métodos. Yo no soy dueño de sacar una vida, o sea, vos te mandaste la cagada, hacete cargo de tus actos. Tengo amigos que directamente no se hicieron cargo, conocidos, tienen hijos pero siguen en la joda, no le dan pelota. Pero nunca se dicen entre los hombres “Que se haga un aborto”. Creo que es algo personal, que nadie lo hablaría con los amigos. Es como una mancha muy grande.

⁶² La alternativa de la adopción como respuesta a una maternidad no deseada, forma parte de los argumentos de los discursos que se oponen a la despenalización del aborto.

Cintia: ¿Una mancha cómo sería?

F: Personal, claro, yo digo [si viene un amigo y dice] “*Voy a hacer un aborto a mi hijo*” y yo te digo “*Vos sos un hijo de puta*”. Yo que soy padre, le digo al pibe “*Sos un hijo de puta, no lo hagas*”.

(Fernando, 19 años)

Como Francisco, Fernando también moraliza el aborto al compararlo con “una mancha” que ensucia a las personas (especialmente a los varones) que lo practican. Señala al igual que Francisco que la vida es *sagrada* y nadie la puede quitar, porque la decisión de abortar está por fuera del ámbito de sus decisiones y *de las decisiones humanas* (Lista, 2018). En este marco, los jóvenes deben obrar bien y hacerse responsables de sus *hijxs*, descalificando a aquellos que no lo hacen como ellos. Tanto Francisco como Fernando se posicionan a sí mismos como singularidades moralmente correctas, como *buenos varones* que se hacen cargo de sus deberes y *no se borran* (Chaneton y Vacarezza, 2011). Esto último se vislumbra y conecta de manera concreta en la biografía de Fernando a través de su relato: cuando su madre queda embarazada siendo muy joven, su padre la abandona y no lo reconoce como hijo, “negándolo”. Fernando no desea repetir su experiencia con su propio hijo, por lo que “obra correctamente” y no abandona a “su hijo”, es decir, no interrumpe el embarazo de su pareja. Abandonar (o negar) y abortar son acciones equiparables no solo para Fernando, sino para el conjunto de los entrevistados.

No obstante, contrariamente a Francisco y Fernando, Leandro (20) no sólo pensó en el aborto como una posibilidad ante el embarazo de su pareja. Dio un paso más que el resto de los entrevistados y buscó activamente entre sus amigxs y conocidxs del barrio dónde, cuándo y quién realizaba abortos. Logró juntar el dinero que se requería pero junto a su pareja no pudieron concretarlo. Coincidiendo con los trabajos de Rostagnol (2001, 2003), las condiciones de precariedad e ilegalidad que reviste esta práctica oficiaron de un fuerte condicionante en su decisión. Estos riesgos generaron en Leandro y en su pareja desistir y tener a su hija. En la entrevista celebra posteriormente no haber tomado la decisión de abortar y estar seguro de haber hecho *lo correcto*. Leandro tiene un papel importante en esa decisión porque persuade a su pareja de continuar con el embarazo, en base al miedo a las complicaciones post aborto y eventualmente, la muerte. En este relato se observa cómo el protagonismo de la decisión es ocupado por Leandro, no por su pareja, remitiendo al carácter de agentes y decisores que desempeñan los varones en el orden tradicional de los géneros. Además culpabiliza a las mujeres que abortan porque “no tienen ganas de ser madres”, no sin una advertencia sobre Dios y su capacidad de “castigar” acciones pasadas contrarias a su voluntad:

Leandro: Mirá eso [el aborto] fue medio duro porque también lo pensamos, ¿viste? Diez mil veces, hasta llegamos a decir que sí y después hasta hace poco se lo dije [a mi pareja], se lo sigo diciendo “¿Viste vos la cabeza que tenías de pensar eso?”. Por algo no se dio, ¿no? Ya habíamos averiguado, sabíamos quién hacía [abortos], tenía la plata, todo, pero a último momento le digo “Yo no quiero que te pase nada a vos”. Y bueno, le insistí a lo último que “No, que ya está, que vamos a tener una nena”. Y casi siempre se lo digo “Cualquiera pensamos”, un pensamiento re ignorante.

Cintia: ¿Entonces qué pensás del aborto?

L: Estoy en contra, porque viste que es lo primero que pensás cuando tenés miedo [de tener un hijo]. ¿Qué vas a pensar? Sos pibe, tengo ganas de hacer la mía. Conocidos que se lo hayan sacado [abortado] conozco un montón sí, que lo han hecho. Pero tampoco podés quedar embarazada y no te hacés cargo porque no tenés ganas, no podés ser así. El día de mañana querés tener familia y ¿qué sabes? Dios se acuerda de todo, ¿o no?

(Leandro, 20 años)

Pero el miedo que manifiesta Leandro no es aislado o infundado. Existen otros factores presentes que alimentan esos temores y que se ponen en juego en esta disyuntiva. Los entrevistados relatan historias y situaciones familiares o cercanas de experiencias traumáticas post aborto que refuerzan la aprensión esta práctica. En este sentido, Eugenio (19) menciona a vecinas del barrio que enfrentaron severas secuelas por atravesar abortos en condiciones de clandestinidad:

“Muchas pibas del barrio abortaron y la pasaron re-mal. Fueron por acá [en el barrio] a sacárselos [embarazos] y estuvieron mal. Una estuvo internada un montón de tiempo, pensaban que se iba a morir porque perdió mucha sangre, o eso nos dijeron. Encima después de eso te tienen que hacer todo un raspado, ¿o no? Después de hacerte un aborto. Además puede ponerse en riesgo tu vida. No, yo creo que no estoy de acuerdo con nada. Si lo vas a hacer, tenés que pensar que también te podés morir vos”.

(Eugenio, 19 años)

El relato de Eugenio (19) remite a un imaginario en donde la interrupción voluntaria del embarazo alude siempre a imágenes y escenas crueles y dramáticas (las hemorragias, la utilización de diferentes elementos como agujas, el “raspado”) como consecuencias indefectibles de esta práctica, ya sea que se produzcan en espacios clandestinos como en hospitales. Se expone así la desinformación que poseen los entrevistados acerca de la existencia de formas más seguras y efectivas de abortar, como los abortos medicamentosos (no quirúrgicos) que se realizan a partir de la administración de píldoras de misoprostol, especialmente antes de la doceava semana de gestación. Para estos jóvenes el aborto es una práctica peligrosa y mortal en cualquier modalidad, cuando en realidad el peligro se presenta en las condiciones en las cuales se produce. Este desconocimiento no es ingenuo ni aislado: habla de las marcadas desigualdades de acceso a la información que atraviesa lxs jóvenes en relación a su salud y a sus derechos.

Por su parte, a través del relato de Mariano (23) se vislumbra que lejos de intervenir únicamente la pareja en la decisión de interrumpir un embarazo, lxs padres de los jóvenes (especialmente de las mujeres), también se constituyen en actores de peso en estos procesos. Es significativa la respuesta de su primo, quien a raíz del aborto (aparentemente forzado) de su pareja, intenta quitarse la vida por no poder asumir su paternidad. Destaco este pasaje del relato porque su reacción no es esperable, al menos en la muestra de jóvenes que compone esta investigación.

Mariano: Mi primo que vive enfrente [de mi casa] estaba con una piba. Quedó embarazada una vez y la madre de la chica se lo hizo sacar porque también era menor la piba. Y se lo hizo sacar dos veces, o sea se sacó uno y después se sacó otro, por culpa de la madre. Mi primo se quiso matar. Tiene todo cortado así, todo el brazo.

Cintia: ¿Por esa situación?

M: Y sí porque él estaba entusiasmado, digamos. Quería ser papá, bah, se quería hacer cargo. Y la madre de la chica no quiso saber nada, se lo hizo sacar.

C: ¿Y vos qué pensás del aborto?

M: Yo creo que es horrible y que estás matando a una persona que puede crecer. *Prefiero tener 10 hijos antes que hacer eso.*

(Mariano, 22 años)

Si bien la mayor parte de los jóvenes tiene una postura condenatoria sobre la práctica de un aborto, un grupo menor dentro de los entrevistados presenta una posición más flexible en los casos de violaciones o abusos que sufren las jóvenes. Ante los embarazos producto de violaciones, los jóvenes se mostraban *más comprensivos* con las mujeres que interrumpían ese proceso porque era resultado de un acto de violencia sexual. Sin embargo, *lxs hijxs* continúan siendo un problema en tanto para ellxs “los bebés no tienen la culpa” de esas agresiones y “no deben morir”, por lo que no alcanzan a estar completamente de acuerdo con los abortos aun en estas condiciones. Nuevamente la idea de la adopción parece ser una solución posible que se aplica también en estos casos, como sostiene Ramón (22), apelando a la *sensibilidad naturalmente amorosa* propia de las mujeres sin reparar en su autonomía, deseo y decisión sobre su propio cuerpo.

“¿Y qué tiene que ver el nene con lo que le pasó a la mina? Para eso están las adopciones. Pobre criatura, ¡tiene que salir al mundo pobrecita! Eso de las violaciones no sé, no me cierra, no llega a cerrar...Pero por más que el padre sea una porquería, **vos tenés que tener corazón y parir a tu hijo**”.

(Ramón, 22 años)

El cuerpo femenino en el relato de Ramón es asemejado a un mero receptáculo, a una *vasija vacía* (De Miguel, 2018) donde las mujeres no son reconocidas como personas (como fines en sí mismas) sino como un medio para que otros se reproduzcan a su voluntad. Como sostiene la autora, cuando se cuestiona el derecho a las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo y su capacidad reproductora y se la

apropian terceros (varones), lo que se está cuestionando es su estatus como personas, como seres humanos plenos. En este esquema, el poder ejercido por los varones aparece en forma de dominio sobre capacidades que por naturaleza ellos no disponen: la sociedad patriarcal no puede aceptar que los cuerpos de las mujeres pertenezcan a las mujeres⁶³. La pretendida autonomía expone una supuesta peligrosidad de la sexualidad femenina, que podría poner en riesgo la paternidad de los varones (De Miguel, 2018).

No obstante, otro grupo muy reducido de jóvenes como Guillermo (18), están de acuerdo con la interrupción del embarazo únicamente cuando se trata de adolescentes menores de 14 años, porque considera que después de transcurrida esa etapa vital “una mujer es responsable y conoce las consecuencias de sus actos”, por más que hayan sido víctimas de una agresión sexual.

Guillermo: No sé si estaría bien el aborto pero es, es complicado. Ponele también con el aborto siempre se debate lo de la víctima de violación. Yo creo que para eso está bien el aborto, porque no es algo que se quiso. Pero también tiene sus pros y contras, porque es una vida también. Yo creo que se tendría que, en cada caso específico se tendría que ver en cada caso... Porque una chica ponele de 14 años que queda embarazada y capaz que la familia no quiere saber nada o no puede. Ahí son muy chiquitas las pibas. Yo creo que ahí sí debería intervenir alguien para poder ayudarlas.

C: ¿Quién debería intervenir para vos?

G: Y los médicos ahí en el hospital, se lo tendrían que sacar [interrumpir el embarazo].
(Guillermo, 18 años)

Más allá de las distintas posiciones que los jóvenes establezcan en relación al aborto, existe un consenso de condena moral a este tipo de práctica, que es leída como una *salida fácil*⁶⁴ en contraposición a afrontar o “hacerse cargo” de la situación de embarazo. Sin embargo, es relevante observar que esta condena no recae solamente en las mujeres como responsables principales, sino también en los varones que lo sugieren o deciden hacerlo, aunque de eso no se hable entre varones y en algunos casos lo hayan evaluado como una posibilidad cuando supieron que serían padres. Este último dato debe ser analizado a la luz de que el conjunto de jóvenes entrevistados decidió no interrumpir el embarazo y ser padres, por lo que sus respuestas pueden ser interpretadas como una reacción a estas decisiones.

⁶³ Esta disputa por las mujeres y su autonomía corporal no es novedosa. Las mujeres hemos sido históricamente objetos transaccionales u objetos de intercambio en los pactos entre varones. Ana de Miguel (2018) rastrea estas expropiaciones en diferentes formaciones sociales, desde los análisis producidos por Lévi- Strauss en adelante.

⁶⁴ En la citada investigación de Petracci et al (2012) el aborto también es representado por los jóvenes de barrios populares entrevistados como una salida fácil: “Algunos recuerdan la búsqueda de *una salida rápida*, porque no podían mantener un/otro hijo; otros destacan la necesidad de conseguir *un buen lugar* para *seguridad* de sus parejas, y *el gasto* que eso implicaba. La frase *no sabía qué hacer* (con el embarazo, con comunicar la noticia, con el aborto, con un eventual hijo o hija) resume bien la sensación experimentada entonces” (2012: 179).

Independientemente de sus relaciones de pareja, sus deseos o sus ganas, sus expresiones revelan un marcado tono moral y religioso (“hay que tenerlo porque está ahí, no podemos hacer nada”), normativo y patriarcal que obtura la autonomía y la libertad de las mujeres para decidir sobre sus cuerpos, reforzando la maternidad obligatoria.

No obstante, es preciso mencionar que estas preguntas en el marco de mi indagación fueron realizadas durante el período 2013-2015, un lapso de tiempo considerable y anterior al debate de la despenalización del aborto ocurrido durante 2018, que pudo o no haber producido otros sentidos sobre esta práctica en el conjunto de jóvenes entrevistados como en otros sujetos o grupos sociales.

Lo que intenté mostrar en esta sección es que las paternidades y el aborto no son eventos inconexos o entidades separadas, sino dos caras que forman parte de un mismo proceso que pretendo analizar; a pesar de que los jóvenes lo afronten como una disyuntiva en sus vidas. Considero que la decisión de ahondar en estas concepciones y experiencias es vital para complejizar el análisis y comprender cómo se producen estas paternidades juveniles en los barrios populares.

4.3. Recapitulación y cierre

El objetivo de este capítulo fue presentar y analizar las experiencias de paternidad de los jóvenes a partir de una tipología que permitiera conocer, comparar y explicar la homogeneidad o heterogeneidad que pueden asumir estas experiencias en un escenario barrial, identificando vulnerabilidades y soportes previos y actuales, compartidos o distintivos, potencialmente vinculadas a las paternidades.

En ese marco, observé dos grandes grupos de paternidades juveniles, en base a los sentidos otorgados por los entrevistados: un conjunto de jóvenes cuyas paternidades son esperadas y otro grupo en que se producen inesperadamente. En este último grupo, se despliegan otros dos subtipos: la paternidad fortuita y la paternidad salvavidas.

En el grupo de la paternidad planificada es donde se encuentran la menor cantidad de casos analizados. El rasgo característico y distintivo de este tipo es el deseo que manifiestan los jóvenes de convertirse en padres presente en los relatos de los entrevistados. Estos jóvenes cuentan con relaciones de noviazgo más extensas o de convivencia previa, mayor cantidad de años de escolaridad, una recepción familiar naturalizada de la paternidad y una mayor variedad de soportes institucionales. Podría decirse que este grupo es el que configuraría *una paternidad “más ventajosa”*, ya que

constituye el grupo más favorecido en términos de inclusión social frente a los otros grupos.

En los tipos de la paternidad fortuita y paternidad salvavidas, donde se reúnen la mayor cantidad de casos, la paternidad irrumpe de manera inesperada. En el primer grupo, los jóvenes mantienen relaciones de noviazgo de breve duración o parejas casuales, una recepción familiar crítica de la paternidad y un número moderado de soportes institucionales (en ocasiones, la escuela). En este grupo en particular, la paternidad aparece como un evento problemático que reconfigura la trayectoria vital de los jóvenes, reorganizando prioridades.

En la paternidad salvavidas, observo que este evento aparece como un proyecto de vida posible, cercano/accesible a los jóvenes, operando *como un rescate*, en un contexto de condiciones altamente desfavorables, en el que se intersectan marcadas violencias, diversas vulnerabilidades y escasos o nulas vinculaciones con instituciones (como la escuela, el club del barrio, las organizaciones sociales). La paternidad se convierte en un soporte para este grupo de jóvenes. En ese marco, la noticia del embarazo de sus parejas emerge como un evento que ofrece nuevos sentidos a sus propias vidas, de manera retrospectiva, permitiéndoles ordenarlas y releerlas como un “antes y un después”, abandonando, al menos discursivamente y al momento de las entrevistas, situaciones de consumo problemático de drogas, de soledad y de marcada precariedad. Señalo la temporalidad de estos cambios porque estos jóvenes representan las trayectorias más inestables de los tres grupos descritos, en las que prevalecen una acumulación de vulnerabilidades más pronunciada (escasa escolaridad, experiencias de consumo problemático de sustancias, poca participación en instituciones barriales) que condicionan sus experiencias de paternidad. A través de estos tres tipos, es posible hablar de paternidades juveniles en barrios populares, encontrando diversidad y heterogeneidad de experiencias. Asimismo, considero que es menester analizar las paternidades de estos jóvenes de barrios populares en constante diálogo con otras experiencias centrales: el consumo problemático de sustancias y el conflicto con la ley.

En relación a la interrupción voluntaria del embarazo, todos los grupos descritos tienen una visión condenatoria, negativa, patriarcal y marcadamente moral de esta práctica. Esta condena no recae solamente en las mujeres como responsables principales de los embarazos, sino también en los varones que sugieren o deciden interrumpirlos, aunque algunos de los mismos entrevistados lo hayan considerado como una posibilidad. En el conjunto de jóvenes entrevistados se observa la disyunción exclusiva y contraria que plantean Chaneton y Vacarezza (2011) como la *sacralización de la maternidad* (en este caso, *de la paternidad*) y la *criminalización del*

aborto, instalado y alimentado por los discursos dominantes y el dogma religioso (es decir, entre “hacerse cargo” o “tomar la salida fácil”). Más allá de que estas concepciones morales oficiaron de un fuerte determinante en sus decisiones, algunos jóvenes mencionaron que las condiciones de clandestinidad que reviste esta práctica como las malas experiencias de vecinas, hermanas y primas, desalentaron esta iniciativa.

Considero que la paternidad juvenil y el aborto no son eventos inconexos, sino dos partes de un mismo proceso, aunque los jóvenes lo experimenten como una encrucijada en sus vidas. Más aún, sostengo que no podríamos abordar las paternidades juveniles sin analizar la interrupción voluntaria de los embarazos. La postura de los varones entrevistados sobre el aborto es un factor relevante en la continuidad o no del embarazo, y como tal, sería recomendable indagar, trabajar e involucrarlos en estos procesos a través de políticas que los estimen y contengan, respetando la autonomía de decisión de las mujeres en primer término.

En el capítulo siguiente, continúo la indagación de las paternidades juveniles en torno a los cuidados y controles del embarazo y el parto y nacimiento de lxs hijxs, otra dimensión que considero fundamental en el análisis de estas experiencias.

Capítulo 5

Acompañar el embarazo y el parto (*si me dejan, si quiero y si aguanto*)

Una vez conocida y asumida la noticia del embarazo, en este capítulo me propongo indagar sobre los distintos modos de participación de los jóvenes en los controles médicos de sus parejas durante el embarazo en los establecimientos de salud, centrándome fundamentalmente en su presencia en el momento del parto y nacimiento de sus hijxs.

La bibliografía especializada resalta la importancia de la participación de los varones en dicho momento para fortalecer el vínculo con sus hijxs y sus parejas, como también generar replanteos sobre su propia paternidad y masculinidad. Existe evidencia de los beneficios del contacto temprano de ambos padres con sus hijxs recién nacidxs reportados en diversos estudios, mejorando sustancialmente los aspectos sociales, psicológicos y conductuales posteriores de lxs niñxs (Magill-Evans, Harrison, 2006; Sarkadi, Kritiansson, Oberklaid, Bremberg, 2008; Aguayo, Kimelman y Correa, 2012, Villalón, 2013). Incluso algunas investigaciones destacan que el contacto piel a piel de ambos padres con lxs hijxs en partos o cesáreas, produce que lxs recién nacidxs lloren menos y permanezcan más relajadxs en las internaciones hospitalarias.

En ese marco, considero que el parto es un evento relevante para analizar las experiencias de paternidad(es) y que ha sido poco abordado en la población juvenil. Explorar estas dos instancias de participación permitirá profundizar mi análisis sobre estas experiencias y el involucramiento de los jóvenes varones en los procesos de reproducción y cuidado. De este modo, en un primer apartado describo el acompañamiento de los entrevistados en los controles prenatales de sus parejas. En el segundo apartado, indago sobre la experiencia del parto y nacimiento de sus hijxs en dos maternidades públicas platenses. Como intentaré mostrar a lo largo del capítulo, las distintas formas de participación de los jóvenes no dependerán exclusivamente de ellos, sino también de los criterios del equipo médico interviniente y de los espacios habilitados por las distintas instituciones de salud.

5.1. Jóvenes, padres y ¿compañeros? Los controles prenatales y cuidados durante el embarazo

A partir del análisis de las entrevistas, encontré que en todos los casos los embarazos fueron monitoreados en los dos centros de salud barriales (mencionados

en el capítulo 3), y solo en uno recurrieron a un hospital de mayor complejidad para realizar una ecografía más específica. A diferencia de lo señalado por las obstétricas, los entrevistados relataron haber acompañado a sus parejas especialmente en los primeros meses del embarazo hasta el momento del parto. No obstante, del análisis de las entrevistas surge un abanico de diversas formas de participación en los controles prenatales, que abarcan desde una participación constante hasta distintos argumentos que justifican la no participación de los jóvenes padres. Este continuo comprende entrevistados que denomino *acompañantes frecuentes* hasta jóvenes *acompañantes intermitentes*. Independientemente del grado de involucramiento de los entrevistados, observo que la responsabilidad del cuidado en los controles de embarazo recae siempre en sus parejas (las mujeres). Así, la organización y la gestión de los turnos, la práctica de los estudios, el compromiso de acudir a las citas en el consultorio y todas aquellas tareas que refieran a estos cuidados están a cargo de ellas, mostrando y reafirmando que el proceso de la paternidad está corporalmente mediado (Sadler, 2007).

5.1.1. Acompañantes frecuentes

Miguel (23) está en pareja con Laura (21) desde los 15 años. Iban juntxs a la escuela y luego de algunos años de noviazgo, tuvieron a Matías (4). Al momento de la entrevista, Miguel se empleaba como albañil en obras que realizaba su tío, lo cual le permitía (en ocasiones) ausentarse o reorganizar su horario laboral. Afirma que siempre acompañó a su pareja en sus controles médicos y que su rol era darle apoyo y “ayudarla” durante su embarazo. Al ser un proceso que tiene lugar en un cuerpo ajeno, en el cuerpo de *otra*, Miguel comprende que su conocimiento y su experiencia del embarazo son de *segunda mano* y que su “papel” es el de asistir a su pareja en todo lo que ella necesite. Algunas situaciones esperables sobre el final del embarazo de su pareja produjeron que él tomara mayor consciencia del estado de salud de su hijo y prestara especial atención a las indicaciones realizadas por la obstétrica que lxs atendía:

Cintia: ¿Con los controles del embarazo cómo hacían?

Miguel: Yo la acompañaba siempre cuando me decía que tenía que ir a la salita, siempre intentaba ir con ella, sobre todo los últimos meses que ya estaba muy hinchada y no se sentía tan bien.

C: ¿Pero le pasó algo durante el embarazo?

M: En los últimos meses tenía que se le hinchaban mucho los pies [tobillos], y le dijeron que no comiera con sal y que no comiera tanto porque se había pasado del peso que tenía que tener. No estaba muy pasada, pero lo que le habían dicho era que tenía que parar un poco [de comer] (risas).

C: Y después de esas recomendaciones, ¿qué pasó?

M: Trataba de no comer con sal y eso le ayudó a tener los tobillos bien, parecía que le habían dado una patada, los tenía re hinchados pero siguió comiendo como venía.

C: ¿En los controles vos preguntabas cosas?

M: No, yo no me metía, como que escuchaba para saber, por si se llegaba a sentir mal. Más que eso no se puede hacer porque es ella la que se siente así. Es ella la que está embarazada.

(Miguel, 23 años)

Por su parte, Ramón (22) expresa que también acompañó a su pareja Rocío en todos los controles de Ana (1). El centro de salud se encuentra a 5 cuadras de su hogar. La distancia geográfica no suponía un problema para ellos porque atienden su kiosco en el frente de su casa, lo que le permitía ausentarse algunas horas. A diferencia de Miguel, cuando le pregunté a Ramón en qué consistían las consultas médicas, relata que no recuerda con precisión de qué trataban porque se sentía incómodo en ese espacio, sin saber completamente *para qué* asistía. Tampoco recuerda ninguna pregunta específica sobre su salud o que lo hayan “invitado” a concurrir al centro de salud, como afirmaron las obstétricas anteriormente:

Cintia: ¿Y los controles dónde se los hizo [tu pareja]?

Ramón: En la salita, siempre lo hacía acá, pero también la mandaban al hospital algunas veces, y que yo sepa hizo todos los controles.

C: ¿Vos la acompañabas a los controles o cómo hacían?

R: Siempre la acompañé, siempre. Siempre estuvimos juntos para todo.

C: ¿Te acordás qué pasaba en esas consultas? ¿Qué les decía la obstétrica?

R: No, me mataste, no me acuerdo nada. Sí era todo raro, como que yo me sentía raro porque como que yo no tenía mucho que hacer ahí.

C: ¿Por qué te sentías raro?

R: No sé como que yo no hacía nada, solo iba con ella.

C: Claro, estabas con ella. ¿Y la obstétrica te preguntó algo a vos o les comentó algo del embarazo o del parto?

R: No, no me preguntó nada a mí. Como que nos hablaba a los dos, así a los dos del embarazo pero no me acuerdo qué. Nos decía cuándo teníamos que ir de vuelta, eso es lo único [que me acuerdo] (Risas). Ah sí, y que a la salida nos lleváramos la leche que te dan siempre ¿viste? Y así todas las veces [que íbamos].

(Ramón, 22 años)

Los relatos de Miguel (23) y Ramón (22) muestran que, a pesar de acompañar *frecuentemente* a sus parejas, no intervenían o formulaban preguntas a la obstétrica, sino que escuchaban las recomendaciones médicas pero en muchos casos no recuerdan en qué consistían. A diferencia de Miguel y Ramón, otros jóvenes que integran este grupo afirman que concurrían con sus parejas al centro de salud, pero aguardaban al momento de la consulta fuera del establecimiento sentados en los bancos municipales. En una nota de campo describo esta situación:

Fui al centro de salud alrededor de las 8.30. La sala estaba llena de gente, las sillas todas ocupadas. A partir de las 9 hs, la administrativa irritada por el número de gente que había, entregaba diez turnos por día en cada servicio. Hoy, Obstetricia y Clínica

Médica. Había una cola grande agolpada en la ventanilla para ser atendida. Conté 3 varones en toda la sala, la mayoría mujeres jóvenes embarazadas y un par de mujeres mayores (que acompañaban a las jóvenes). Ayer al mediodía vi un cuadro similar. Es una rutina: las mujeres y lxs niñxs pequeñxs se encuentran en la sala de espera para ser atendidxs o en la fila para tener un turno en la ventanilla, *pacientes*. Los pocos varones que había estaban sentados afuera, en los bancos de la calle, *fumando impacientes* (6 de marzo de 2015).

Algunos jóvenes expresaban que salían porque la sala de espera estaba colapsada, no había lugar para sentarse, que “estaba sucio” o simplemente porque al tener que esperar se impacientaban y querían fumar. Cuando les tocaba el turno, sus parejas se dirigían hasta la puerta, les avisaban e ingresaban juntxs. Uno de esos jóvenes es Edgardo (21), quien relata que acompañó a su pareja a la mayoría de los controles que se realizó pero que la espera no la transitaban juntxs. Él prefería aguardar afuera del centro de salud, para poder estar tranquilo y no sentirse incómodo por el resto de lxs pacientes que allí acudían. Consideraba que su pareja estaba acostumbrada a estos procedimientos, entonces *podía tolerar* mejor los espacios de atención que él.

Cintia: ¿Donde se atendió el embarazo [tu pareja]?

Edgardo: Se atendió acá, en la salita.

C: ¿Y cómo la atendieron?

E: Y más o menos, lo que pasa es que no me gusta mucho la salita porque está muy sucia.

C: ¿Sucia?

E: Sí, no quiero llevarlos ahí a ellos [pareja e hija]. Hay mucha gente, no quiero que se agarren algo ahí. Yo por eso cuando voy me quedo afuera, aparte es un quilombo me pongo de mal humor enseguida.

C: ¿Por la cantidad de gente que se atiende?

E: Es que no me aguanto todo ese quilombo, tanta gente junta que no se puede estar. Yo me pongo nervioso y la pongo nerviosa a ella, así que mejor [esperar] afuera.

(Edgardo, 21 años)

De esta forma, el conjunto de jóvenes acompañantes frecuentes se distingue por su presencia continua pero no plena en los controles médicos. Aunque los entrevistados asistan junto a sus parejas a los centros de salud, eso no se traduce en un acompañamiento en el que ellos intervengan, pregunten o planteen inquietudes a lxs médicxs respecto al embarazo o al nacimiento de sus hijxs. La sensación de incomodidad y la aparente “ajenidad” con los espacios de atención son señalados como factores que limitaron su participación. Asimismo, los modos de acompañar no son interpretados y realizados de la misma manera por estos jóvenes: incluso dentro de este grupo, existen miradas disímiles que dan cuenta de la diversidad de representaciones en torno al acompañamiento que poseen los entrevistados, como

también muestro en el siguiente apartado.

5.1.2. Acompañantes intermitentes: el trabajo/escuela, ¿obstaculiza o justifica?

El horario de atención únicamente matutino de los centros de salud relevados es resaltado por los entrevistados como un obstáculo que impide que se involucren y estén al tanto de los procedimientos y estudios de sus parejas y de sus hijos. Este obstáculo fue también señalado por las obstétricas y otras profesionales entrevistadas en capítulos anteriores y está descrito en la bibliografía especializada (Sadler, 2004, 2007; Maroto, 2009): las instituciones de salud atentan contra el involucramiento masculino en los procesos de cuidado.

Ezequiel (19) trabaja desde los 15 años como albañil y hace 2 que lo hace junto a su suegro en la construcción de nuevos locales en el centro de Los Hornos. Comienza su jornada a las 7 de la mañana y termina a las 17 hs, regresa a su hogar alrededor de las 17.45/18 hs. Esa es su rutina de lunes a viernes y los sábados trabaja medio día. En este contexto, asistir con su pareja a los controles de embarazo fue difícil para él. Si bien su capataz era familiar suyo, Ezequiel no pudo o eligió no pedir excepciones y fue su suegra quien se encargó de acompañar a su pareja la mayor parte del proceso.

Cintia: ¿Y los controles, dónde se los hizo [tu pareja]?

Ezequiel: Se los hizo en la salita de acá y yo la acompañaba a veces. Yo no puedo porque tengo que trabajar. Entro muy temprano y cuando salgo, la salita está cerrada. Entonces va sola. Sino la acompaña mi suegra que siempre está en la casa, así yo no faltó y ella no va sola.

(Ezequiel, 19 años)

En este grupo de entrevistados, la imposibilidad de faltar o ausentarse por algunas horas del trabajo especialmente en horarios matutinos reduce o inhabilita sus posibilidades de acompañamiento. Al no poder estar presentes, algunas de sus parejas son acompañadas por las madres, las hermanas o amigas de sus parejas. Así, el acompañamiento en el control del embarazo se *feminiza* y queda bajo el dominio femenino.

Francisco (16) explica que además del trabajo, continuar asistiendo a la escuela también dificultaba acompañar a su pareja a todos los controles en el centro de salud. Manifiesta haber asistido a las citas médicas que pudo, al menos la mitad de ellas, pero que también su agotamiento por su carga horaria no le permitía sumar más tareas. Además de su cansancio, expresa que la sorpresa de la noticia del embarazo lo dejó “descolocado” y asumir su paternidad y todo lo que conlleva esa experiencia, lo sobrepasó. La espera es una de las dimensiones de las consultas médicas que a los

jóvenes más les disgusta y lo que menos están dispuestos a soportar.

Cintia: Y con los controles, ¿cómo hacían?

Francisco: Vamos los dos, siempre fuimos los dos [a los controles] o eso traté de hacer. No es que voy, voy mucho. Porque, ponele, da la casualidad que en los controles y las veces que hubo que ir al hospital yo laburaba o estaba en la escuela, y cuando llegaba estaba cansado y no tenía ganas de ir a ningún lado, pero hay veces que me daba energía e iba, pero... Sí, ponele que de las 10 cosas que haya hecho [controles de mi pareja] con la salita, habré faltado unas cuatro. No fue ni la mitad, ni la mitad. Porque si vamos al caso no soy el mejor papá ni el peor, todavía me cuesta un poco. No solo eso porque yo no pude [ir a los controles por los horarios], o sea, me costó... entrar y decir soy *papá*, entonces aparte que no podía tampoco me salía ir. Siempre me tenían que estar diciendo que había que ir.

C: Y cuando ibas a los controles, ¿qué pasaba?

F: Para mí era medio un bajón porque te hacían esperar y todo eso. Pero bueno, había que ir también.

(Francisco, 16 años)

El argumento del trabajo aparece como una ambigüedad en los discursos de los jóvenes: por un lado, *explica* sus inasistencias a los controles prenatales por los horarios de los centros de atención, lo cual constituye un obstáculo institucional importante en su participación. Por otro, también es empleado para *justificar* dichas inasistencias y *evadir* otro conjunto de responsabilidades vinculadas al cuidado, remitiendo así al modelo proveedor centrado en el trabajo⁶⁵.

Así como la espera era señalada como el aspecto más difícil o intolerable por estos entrevistados, la ecografía aparece como el momento más significativo en los controles. Como advierte Castrillo (2019) la ecografía es una instancia que permite a los varones padres dar cuenta de lo que sucede en el cuerpo de las mujeres, conocer qué es lo que sienten y establecer una conexión con su hijx. La ecografía funciona como *corroboración* de su paternidad, actuando en algunos casos como verdadero *insight* sobre su condición.

Pablo (18) narra que la primera vez que su pareja se realizó una ecografía, él no pudo estar presente por su trabajo. En su lugar, asistió su suegra. Pero en el segundo estudio, pudo participar de la consulta y observar la ecografía. Admite que “recién ahí me di cuenta lo que estaba pasando posta, que iba a ser papá de verdad”. Aunque Pablo sabía que se convertiría en padre pronto, la imagen *constata* su paternidad de un modo contundente, poniendo forma y sentido a lo que hasta ese momento era sólo una idea. Al verla, piensa en que debe trabajar más y con mayor responsabilidad, pero no relata emoción, sino que vincula a su hijo con la necesidad de destinar más horas

⁶⁵ Como mostraré en el próximo capítulo, este argumento será replicado en más de una oportunidad en las prácticas de cuidado de sus hijxs.

al trabajo para poder proveerlo. Si bien trabaja desde los 15 años, el bebé representa tomar el trabajo con mayor compromiso que antes:

Cintia: ¿Y los controles se los hizo en la salita?

Pablo: Sí, ahí se los hizo pero yo pude ir solo a algunos por el laburo.

Cintia: Y en los que estuviste, ¿qué pasó? ¿Qué recordás?

Pablo: Nada, yo siempre con nervios por las cosas médicas. No me gusta ir al médico. Pero en la primera tomografía [ecografía] que le hicieron [a su pareja], bah que yo vi, fue re loco ver cómo se movía el bebé: "*Bueno listo, ya está. Ahora hay que laburar*".

Cintia: ¿Eso pensaste?

Pablo: Sí, listo ahí está [el bebé]. Ahora hay que seguir y meterle para adelante.

(Pablo, 18 años)

Por último, el caso atípico de la muestra lo compone Guillermo (18), cuya pareja no asistió a los controles prenatales desde el comienzo porque ambos desconocían el estado de embarazo. Ante los reiterados malestares de su pareja, en el centro de salud barrial le realizaron una primera ecografía abdominal sin advertir su condición y le diagnosticaron problemas estomacales asociados a su peso. Como los malestares continuaban, realizaron una nueva ecografía abdominal en otro centro de salud y allí detectaron el embarazo. De acuerdo a lo informado por el médico en ese momento, Guillermo relata que el bebé no lograba verse porque estaba dispuesto en una posición que no permitía hacerlo. Así, tuvieron la primera ecografía a los 6 meses de gestación. En ese sentido y como abordo en la próxima sección, Guillermo manifiesta temor en el parto de su hijo por la falta de estudios previos.

Guillermo: Ella se venía sintiendo re mal, vomitaba mucho y cuando fue a la salita le dijeron tenés un problema de no sé qué, no sé qué le dijeron, pero nunca le dijeron que estaba embarazada o sea...

Cintia: ¿En la salita?

G: Fue a la salita y le dijeron ehh que tenía un coso de peso no sé qué.

E: ¿Un problema de peso?

G: Claro, porque a ella le dolían las piernas, pero era el mismo bebé que le pesaba. En la salita le dijeron que era un problema de peso, que comiera menos. Y yo le dije "*¿Cómo vas a comer menos? Vos sos grandota, no podés comer menos, tenés que comer*".

C: Claro.

G: Siguió comiendo, no le hicimos caso, pero fuimos a otro lado donde le hicieron la ecografía. Y cuando le hicieron la ecografía nos dijo [el médico] "*¿Sabés por qué no les salto la panza? Porque estaba en la columna*", así [hace un gesto simulando la forma de "U"].

E: ¿Recostado?

G: Sí, como tapado, entonces no se notaba.

C: ¿En un centro de salud de acá [Los Hornos] se atendieron?

G: Sí, en la salita de acá del barrio se atendió.

(Guillermo, 18 años)

En esta sección me centré en describir y analizar el acompañamiento de los jóvenes en los controles de embarazo de sus parejas. Si bien los jóvenes relatan haber asistido a las consultas médicas, es posible encontrar una diversidad de formas en las que los varones acompañan a sus parejas, bajo dos grandes modalidades: de manera frecuente o intermitente. Aun con sus matices, el primer grupo se distingue por tener una presencia continua en estos espacios, mientras que los jóvenes del segundo grupo lo hacen en la medida en que sus trabajos, la escuela o sus propios deseos lo habiliten. *El argumento del trabajo* es utilizado por este grupo de entrevistados para explicar o justificar su tipo de participación. Esto no significa que los jóvenes acompañantes frecuentes no estudien ni trabajen, sino que ellos no explican su presencia/ausencia en esos términos.

Más allá de las formas que adquiere la participación de los entrevistados, los horarios de atención del centro de salud condicionan la participación de los jóvenes, convirtiéndose en obstáculos para integrar a los varones en estos procesos. Ante la imposibilidad de asistir, las madres, hermanas o amigas de la pareja (generalmente que tienen hijxs) sustituyen a los varones. Sin embargo, de los testimonios también pude inferir que el acompañamiento de éstos jóvenes no depende solamente de los horarios, de los trabajos o de la escuela, sino también del vínculo de cercanía afectiva y la comunicación entre la pareja de jóvenes, entre otras variables. Por último, de las entrevistas analizadas no es posible asociar de manera directa y excluyente las formas que adquiere el acompañamiento con los tipos de paternidades presentados en el capítulo anterior. Existe una tendencia que indica que los padres que integran las paternidades planificadas son generalmente compañeros frecuentes, pero eso no significa que los jóvenes de otros grupos no lo sean.

En la próxima sección, continúo las indagaciones sobre la participación de estos jóvenes en el proceso de parto y nacimiento de sus hijxs y sobre las diversas respuestas esgrimidas desde los hospitales donde transcurrieron.

5.2. El momento del parto

A lo largo de las cinco semanas en que mi hija Hannah estuvo metida en una incubadora, las encargadas del hospital, en la columna de “comentarios sociales” de su ficha, rutinariamente anotaban “madre estableciendo vínculos” cuando mi esposa la visitaba, mientras que cuando aparecía yo ponían la frase afectivamente neutral de “visita del padre” (Thomas Laqueur (1992), *Los hechos de la paternidad*).

Más allá de la participación de los jóvenes en los controles prenatales, el evento que más me interesa abordar en este capítulo es el proceso del parto porque lo considero un acontecimiento relevante para el estudio de las paternidades. El informe sobre el *Estado de la paternidad en América Latina y el Caribe* (2017) establece que en los países de la región es creciente el interés de los padres y de las madres para que el padre acompañe el proceso del parto y el parto.

Los datos de la encuesta IMAGES⁶⁶ citados en este informe establece que el 9% de padres en Brasil, el 24% en México y más del 50% en Chile (de 18 a 59 años) estuvieron presentes en el nacimiento de su último hijo, a los que se agregan otros padres que estuvieron en el hospital o el centro de salud pero no pudieron o no les permitieron entrar a la sala de partos. En la región, el caso de Chile es excepcional y pionero porque ha registrado un cambio radical en cuanto a la presencia de los varones durante el parto, con el 90% de padres menores de 24 años presentes en ese momento, frente a sólo el 31% de los que tienen entre 50 y 59 años. Esto se debe, en gran parte, a una política nacional que se ha propuesto sensibilizar sobre el proceso de parto y ha alentado a las mujeres que tienen partos en los hospitales públicos a que elijan un acompañante, que en la mayoría de los casos es el padre.

En otros países de la región es posible que existan aún tabúes culturales o normativos contra la presencia de los varones en el parto, así como regulaciones del sector salud o de los propios centros específicos de atención a la salud que a veces están congestionados o que carecen de la infraestructura adecuada para garantizar la privacidad de otras mujeres que están en trabajo de parto. En aquellos países en los cuales está regulado el parto acompañado⁶⁷ se establece que es un derecho de las mujeres embarazadas definir si quiere estar acompañada y por quién (*Estado de la Paternidad en América Latina y el Caribe*, 2017).

El mismo informe señala que en ocasiones los centros de salud no les permiten a los padres presenciar el nacimiento de sus hijos y acompañar a sus parejas. En muchos casos, la decisión la toma sobre la marcha el personal médico que puede dar una serie de excusas para justificar la exclusión de los padres: “Estamos demasiado ocupados”, “No tenemos tiempo para lidiar con eso”, “Es una cuestión de espacio en

⁶⁶ *The International Men and Gender Equality Survey* (IMAGES) traducida como Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género consiste en un estudio desarrollado en varios países (Brasil, Chile, Croacia, India, México, Ruanda) en base a encuestas por hogares a más de 8.000 varones y más de 3.500 mujeres de 18 a 59 años, en el cual se indagan temáticas como la prevención y eliminación de la violencia, la paternidad y el cuidado de hijos, la salud sexual y reproductiva de los varones, el fin de la homofobia a fin de generar evidencia para diseñar políticas y tomar decisiones.

⁶⁷ Argentina (Ley 25.929), Brasil (Ley 11.108), Chile (Programa Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género. Chile Crece Contigo), Cuba (Programa Nacional de Maternidad y Paternidad Responsable), México (Norma Oficial Mexicana 007), Nicaragua (Normativa 042), Perú (Norma Técnica de Salud 047), Uruguay (Ley 17.386)

las salas”, “Es nuestra decisión”. Parecería tratarse de una disposición desde el poder médico más que una decisión de las mujeres poder elegir un acompañante.

En Argentina, las condiciones sanitarias/institucionales como también los derechos de padres y madres durante los nacimientos de sus hijxs están contemplados en la Ley de Derecho de Padres e Hijos durante el Proceso de Nacimiento (N° 25.929). Sancionada en 2004 y reglamentada el 1° de octubre de 2015, establece los derechos de madres y padres en el proceso de parto y posparto; entre ellos: recibir información sobre los tratamientos o procedimientos de la madre y el bebé⁶⁸, eligiendo o evitando intervenciones innecesarias, el derecho a elegir un acompañante durante el trabajo de parto y el posparto, el derecho a recibir asesoramiento e información en cuanto a la lactancia y sus beneficios, al cuidado de sí misma y al cuidado del bebé.

Paralelamente y previo a la reglamentación de la ley, existió la iniciativa “Maternidades seguras y centradas en la familia” (MSCF⁶⁹, en adelante) conducida por UNICEF, que promovió fuertemente la participación activa de las mujeres y la familia a lo largo de todo el proceso de atención del embarazo, parto y seguimiento del bebé y la posibilidad de un parto respetado (elegir la posición en la que desean parir, estar acompañadas por la persona que ellas elijan y evitar intervenciones innecesarias). Las MSCF, además, fomentan la internación familiar y facilitan el contacto del bebé con la misma desde el momento del nacimiento. En el año 2012, la Provincia de Buenos Aires define a MSCF como una política pública provincial.

De acuerdo a Castrillo (2016), la política social pública principal que “regula” la atención médica del embarazo y del parto en establecimientos de salud públicos argentinos actualmente es el modelo MSCF, que toma la experiencia de las prácticas en la Maternidad Sardá desde 1980 y busca replicarla⁷⁰. Supone, implica y propone una transformación institucional y organizacional del funcionamiento de las maternidades:

⁶⁸ La Ley refiere a “el bebé” y no emplea lenguaje inclusivo en su redacción.

⁶⁹ El modelo MSCF postula la humanización de la atención en el marco de un enfoque de derechos, del protagonismo de la mujer y su familia y del equipo de salud, del uso de prácticas efectivas y a través de ideas ligadas a la efectividad, seguridad, cultura del error basada en el sistema, evidencia, cambio espacial, medicina centrada en el paciente y a la suma de lo humanístico al progreso tecnológico.

⁷⁰ El desarrollo de esta iniciativa se fundamentó en dos grandes componentes: por un lado, en la elaboración del modelo de “*Maternidad Centrada en la Familia*” (MCF), cuyos antecedentes provinieron de la experiencia de la Fundación Larguía que llevaba implementando esta iniciativa por 35 años en la Maternidad Sardá, ubicada en la Ciudad de Buenos Aires; y por otro, en el concepto de Seguridad del Paciente introducido por UNICEF. La unión de estas dos concepciones crea finalmente la iniciativa completa de “*Maternidad Segura Centrada en la Familia*” (MSCF). De esta manera, “se contaba con la experiencia práctica de implementación a la vez que con una primera guía para transformar las maternidades tradicionales en establecimientos centrados en la familia” (Castrillo, 2016:10).

“Una MSCF tiene una cultura organizacional que reconoce a los padres y a la familia, junto al equipo de salud, como protagonistas de la atención de la mujer embarazada, la madre y el recién nacido y define la seguridad de la atención como una de sus prioridades; estimula el respeto y la protección de los derechos de la mujer y del bebé por parte del equipo de salud; *promueve la participación y la colaboración del padre*, la familia y la comunidad en la protección y el cuidado de la mujer y el recién nacido; implementa prácticas seguras y de probada efectividad, y fortalece otras iniciativas, como la iniciativa Hospital Amigo de la Madre y del Niño, que promueve fuertemente la lactancia materna” (UNICEF,2012:1 retomado por Castrillo, 2016)⁷¹.

Castrillo (2016) sostiene que “regula” pero sólo en términos simbólicos, en tanto emerge como el horizonte al que se aspira desde el Estado en la atención perinatal y como modelo de comparación y medición de las maternidades públicas, como propuesta en desarrollo. Esta normativa cubre a los nacimientos que se producen en hospitales públicos (60% del total en el país), lo que constituye una orientación limitada ya que por la descentralización del sistema de salud, sólo ha recibido el aval de algunos sectores. Como apela a un cambio en el paradigma y cultura organizacional de ciertas instituciones sanitarias, el alcance es aún más limitado.

El acompañamiento de la persona que elija la mujer durante el proceso de parto, es uno de los derechos/prácticas que actúa como *indicador* de la implementación real de la política de humanización. En el marco de su investigación, Castrillo (2015, 2016, 2019) señala que en las maternidades públicas de la ciudad de La Plata este derecho, que apunta a generar paternidades conscientes y afectivas (Sadler, 2004) no está garantizado totalmente, en tanto el acompañamiento se encuentra feminizado, en el marco de cierta discrecionalidad o arbitrariedad por parte de las parteras y jefas de servicio. Esto es, se reproduce el lugar de las mujeres de la familia de la embarazada (madres, hermanas, amigas) como encargadas del cuidado, legitimando roles y estereotipos de género, y se obstaculiza el acceso a este derecho a los varones-padres y acompañantes.

En consonancia con las mencionadas investigaciones de Castrillo (2015, 2016, 2019), las experiencias narradas por los jóvenes entrevistados de mi indagación sobre el nacimiento de sus hijxs son disímiles y solamente en 2 casos los jóvenes pudieron presenciar y acompañar el parto de sus parejas. Un número muy reducido de jóvenes fue consultado sobre su deseo de participar en el nacimiento de sus hijxs, mientras que la gran mayoría fue excluida. Ninguno de ellos asistió a los cursos de parto porque sus parejas tampoco lo hicieron⁷², lo que se tradujo en una marcada

⁷¹ *Maternidad Segura y Centrada en la Familia [MSCF] con enfoque intercultural. Conceptualización e implementación del modelo*, (2012) UNICEF

⁷² En el centro de salud relevado, los cursos de preparación al parto también estaban a cargo de la médica ginecóloga que se encontraba de licencia por tiempo indeterminado. De esta manera, allí tampoco se realizaban estos cursos, quedando las mujeres (y los varones) sin posibilidad de participar. En las dos

desventaja para estxs jóvenes al no disponer de información sobre los procedimientos esperables en el proceso de parto como tampoco el conocimiento sobre sus derechos para exigir su cumplimiento.

Los nacimientos se produjeron principalmente en dos importantes hospitales públicos de la ciudad de La Plata, que se destacan por el alto número de población atendida y por la complejidad de sus servicios. El primer hospital es considerado como una “megamaternidad” (Castrillo, 2016) por asistir aproximadamente 4000 nacimientos anuales. El segundo se caracteriza por poseer uno de los más reconocidos servicios públicos de Tocoginecología y Obstetricia de la ciudad, asistiendo alrededor de 1500 partos por año.

Como señalé en la primera sección de este capítulo, aquí también se presenta un abanico de diversas formas de participación en el parto que se desarrolla en la tensión entre el *grado de permisividad* del equipo médico de los hospitales y los deseos de los jóvenes entrevistados. No obstante, en el evento del parto el actor que habilita y define en mayor medida la participación de los jóvenes es la institución hospitalaria. La palabra, el deseo o la voluntad de las jóvenes en el parto también quedan reducidos o minimizados en este esquema, como planteo a continuación.

5.2.1. Me dejan y quiero

Los únicos dos entrevistados a quienes *dejaron y quisieron* presenciar el parto de sus hijxs son Fernando (20) y Eugenio (20). A través de sus testimonios, refirieron a la importancia que tuvo en sus vidas presenciar el nacimiento de sus hijxs, describiendo el parto como un hecho trascendental y de una fuerte emoción.

Fernando (20) es albañil y tuvo a su primera hija a los 17 años. Luego de establecerse con su novia en la casa de sus padres, volvió a ser papá y tiene también un bebé de 8 meses. Pudo presenciar ambos partos sin ningún tipo de impedimento por parte del equipo médico o del hospital. Durante la entrevista, mientras detalla esas experiencias, se entusiasma y se enorgullece por su temperamento para afrontar esos momentos de nerviosismo, pero a la vez de mucha alegría.

Cintia: ¿Y estuviste en el parto?

Fernando: ¡Sí, en los dos! Fue una experiencia única. Es increíble todo, no te lo puedo decir porque tenés que estar. Estaba más metido que los médicos ahí mirando, qué hacían, qué no hacían (Risas). Estaba re nervioso pero igual me quedé ahí, no quería estar en otro lado, así afuera esperando. No me bajó la presión ni nada, viste que te dicen [...]. En el primero [de los partos] no estaba igual tan tranquilo, tenía mucho miedo por ella [pareja]. En el segundo [parto] ya sabía qué iba a pasar, entonces fue mejor.

C: ¿Cómo sería mejor?

F: Como más tranquilo estaba yo, no tenía esa idea de que iba a pasar algo malo. Nada,

maternidades donde nacieron lxs hijxs de los jóvenes entrevistados, dictaban los cursos de parto pero la distancia geográfica con sus hogares supuso un importante obstáculo.

fue algo lindo.

(Fernando, 20 años)

Como señala Sadler (2007) para el caso chileno que analiza, la participación de los varones en el parto se transforma en una experiencia completamente nueva. Como señalaba Fernando, presenciar el nacimiento de un/a hijx “es increíble; no te lo puedo decir porque tenés que estar”, destacándola como una experiencia que no se compara con otras que hayan vivido. La autora explica y asocia este incomparable momento en su investigación con que la mayor parte de sus entrevistados eran primerizos y que habían estado al margen de los hitos relacionados con la salud reproductiva de sus familias, por ser socialmente valorados como espacios eminentemente femeninos. De este modo se enfrentaban con una novedad, con un evento totalmente nuevo que los llenaba de emoción. En esa misma dirección, Fernando tampoco había participado de los controles médicos previos de su pareja a causa de su trabajo. En su relato, muestra su escaso conocimiento sobre lo que iba a suceder en el momento del parto (especialmente en el primero), qué sensaciones y dolores eran esperables y cuáles no, qué procedimientos eran los adecuados y cuáles no, pero lo que definitivamente no sabía era qué rol ocuparía él en ese proceso.

Eugenio (20) también pudo presenciar el parto. A diferencia de Fernando, Eugenio es padre primerizo y acompañó a su pareja a la mayoría de los controles médicos previos. Si bien describe el nacimiento de su hijo como un momento feliz, surgieron complicaciones postparto que empañaron en parte esa grata experiencia. Su relato expone el accionar del equipo médico en la atención de su pareja (al menos en el discurso del entrevistado) que provoca una nueva internación. La retención de placenta es un fenómeno poco frecuente pero peligroso en el postparto, que necesita ser evaluado por medio de ecografías previamente a otorgar el alta médica definitiva. Eugenio no supo explicar si lxs médicxs intervinientes realizaron este estudio o si su pareja integra el bajo porcentaje de mujeres que atraviesan estas complicaciones.

Eugenio: Encima yo miré el parto, presencié el parto. ¡Es re lindo!

Cintia: ¿Por parto natural fue?

E: Sí, parto normal. Igual estuvo internado dos semanas el gordo, 15 días, porque tuvo problemas ella después del parto. Cuando les dieron el alta fuimos a casa, pero esa noche me despierto a las 5 de la mañana y mi señora estaba temblando, estaba blanca. Es blanca, re blanca es, y estaba más blanca todavía. Temblaba, tenía mucha fiebre y me los llevé al hospital de nuevo. Le habían quedado restos de placenta en el útero, y le tuvieron que hacer un raspado y después le tuvieron que hacer [una] transfusión de sangre. Me quería morir, me sentía tan mal después de algo tan lindo...

C: ¿Y vos qué pensás que pasó?

E: No sé, para mí la atención fue buena pero igual en algo fallaron, eso [la placenta] no puede quedar ahí.

(Eugenio, 20 años)

De este modo, Fernando y Eugenio fueron los únicos dos entrevistados que lograron presenciar el proceso de parto de sus hijxs, en los que sus deseos de participar (a pedido de sus parejas) fue acompañado con la anuencia del equipo médico del hospital.

5.2.2. Me dejan pero no quiero

Otro grupo de jóvenes, en cambio, cuando fueron consultados por el equipo médico para ingresar en la sala de parto decidieron no hacerlo y que participara otra familiar (en general, las madres de sus parejas o sus hermanas). Este fue el caso de Leandro (21), quien a último momento decidió que no deseaba estar en la sala de parto y que lo hiciera su suegra porque consideraba que él no sabía lo que tenía que hacer. Leandro expresó que ella sabría contener mejor a su pareja, que no se pondría nerviosa como él y que centralmente “sabía lo que se sentía”. Esta idea de que las *mujeres saben* puede reflejarse en varios relatos de los jóvenes. No obstante, no todos los procesos de parto son iguales entre las mujeres, ni tampoco estos eventos son similares en una misma mujer.

Una idea análoga a la de Leandro manifestó Alejo (19). Cuando ingresó con su pareja Camila (20) al hospital, el equipo médico indagó sobre su deseo de participar del parto, pero él se negó y prefirió que lo hiciera la hermana de su pareja, apenas unos años mayor que él. En su relato expresa que en ese momento Camila se sentiría más cómoda y contenida por su hermana que por él, que en realidad el parto era “una cosa de mujeres” y que “entre mujeres se comprenden mejor en estos temas”. En este esquema, para Alejo los varones no saben cómo acompañar estos procesos a diferencia de las mujeres, por más que no tengan hijxs y no hayan transitado por una experiencia de parto. Ellas *saben* por el hecho de ser mujeres.

Cintia: ¿Pudiste presenciar el parto?

Alejo: Bueno, no. No quise. Me dijeron eh, pero yo era como que no sentía que tuviera que estar yo ahí. Como que se iba a poner más loca [mi pareja] conmigo (risas). Más nerviosa porque yo también estaba nervioso. Entonces ahí me dijo su hermana si no quería que fuera ella y le dije que sí. Ella no tiene hijos ni nada, pero no sé, es como que capaz si era mujer iba a entenderla más y ayudarla más.

C: ¿Vos pensabas que ella la podía contener más que vos?

A: Y sí porque viste que, yo soy un poco boludo para eso, y como que entre ellas por ahí se iban a ayudar. No sé cómo explicar bien. Yo la hubiese enloquecido me parece (risas), no sabía bien lo que tenía que hacer y estaba re loco yo también en ese momento.

(Alejo, 19 años)

Los relatos de Leandro y Alejo retratan lo que en capítulos anteriores referí como la ideología maternalista (Faur, 2014): se trata de un discurso que entroniza a las mujeres como responsables del cuidado en todas sus dimensiones, al equiparar a las

mujeres como cuidadoras expertas o cuidadoras ideales por el hecho de ser mujeres. De esa manera, los varones son considerados responsables secundarios de estos procesos o directamente desvinculados. Como afirmé también al inicio de este trabajo, dicha ideología no está presente únicamente en los discursos de los entrevistados: las instituciones, en nuestro caso principalmente las de salud, producen y reproducen en sus políticas y acciones este tipo de discurso por acción u omisión, perpetuando la división sexual del trabajo (las mujeres cuidan, los varones proveen) en diferentes espacios y procesos.

5.2.3. Me dejan pero participo si aguanto

Otros jóvenes, al tener la oportunidad de presenciar el nacimiento de sus hijxs, eligieron no hacerlo por temor, nervios, impresión o miedo a desvanecerse al manifestar que se encontraban extremadamente ansiosos en la sala de espera con expresiones como “nunca tuve tantos nervios en mi vida”, “me movía para todos lados, la sala me quedó re chiquita”, “estaba que me moría”, “estaba ojeado, pálido”.

Ezequiel (19) es el padre de Luca (2). Recuerda el nacimiento de su hijo como un “parto tranquilo” para su pareja Lorena, sin mayores sobresaltos. Junto a ella, que en aquel momento tenía 16 años, llegaron caminando al hospital. Ese mediodía no se encontraban en su casa sino en el centro de la ciudad realizando trámites cuando, advertidxs por el inicio de las contracciones, se dirigieron al hospital. Alrededor de las 19 hs, Luca nació por parto vaginal. A pesar de la tranquilidad con la que transcurrió el trabajo de parto, Ezequiel no pudo vencer sus temores a descomponerse y decidió no presenciar el nacimiento de su hijo. Lorena fue acompañada por su mamá, que logró llegar al hospital a tiempo una vez que fue ingresada y Ezequiel se comunicara con su familia.

Ezequiel: ¡Unos nervios tenía! No, pero después fue un momento hermoso para mí, pero lo que sí no quería entrar [a la sala de parto].

Cintia: ¿Por qué?

E: Sí, porque tenía miedo a desmayarme, que me baje la presión y todo eso. Pero ni bien nació, lo cambiaron [al bebé] y entré. Yo ya me había cambiado para entrar, pero dije no, al parto no entro, entró mi suegra. Yo no entro, estaba transpirando, unos nervios... Ese día me quedé sin uñas.

(Ezequiel, 19 años)

Al igual que Leandro y Alejo, Ezequiel prefirió que su suegra acompañara a su pareja en el parto, pero a diferencia de ellos, lo hizo para no demostrar sus miedos y quedar expuesto como José.

José (20), padre de dos niñxs y uno por nacer, también refiere al primer parto

como un momento de extrema tensión que lo conduce a casi desvanecerse en la sala “de piso”, donde estaba alojada su pareja luego de dar a luz. Más allá de la ansiedad y una serie de emociones esperables que suscitan estos eventos, José no se podía explicar a sí mismo por qué estaba tan alterado (“sacado”) como nunca antes había estado. Él no estaba impresionado por el parto, por la pérdida de sangre o por las expresiones de dolor de su pareja porque no pudo estar allí. La causa de su nerviosismo se debía a la pérdida de control de sus propias emociones y sobre su cuerpo, lo cual estaba poniendo en jaque su propia masculinidad.

Luego de un intento fallido por presenciar el parto que le hace abandonar el hospital, reingresó a la sala general donde estaba su pareja y su hijo, pero nuevamente tuvo que retirarse al no poder contener sus lágrimas: estaba muy conmovido por el nacimiento de Bruno y se sentía expuesto ante familiares y médicos.

Cintia: ¿Y pudiste estar en el parto?

José: En el de Bruno me dijeron para entrar pero no, no me animé. Antes de que naciera yo decía “*Cuando nazca lo voy a ver*”. Estaba ahí afuera en el pasillo y no, me agarró un nudo acá, no...

C: ¿En la garganta?

J: Sí, salí afuera del hospital, todo. Estaba muy nervioso, sólo quería llorar, no podía ni respirar. Cuando ya había nacido, dije “*Bueno ya está, tengo que entrar*”. Fui, lo agarré [al bebé] y no, se me bajó la presión, todo.

C: ¿En la sala general?

J: Sí, tuve que volver a salir afuera, una vergüenza me dio...Un boludo, no quería quedar como un boludo. Pero no sabía que me iba a pasar eso. Estaba sacado, no podía parar.

C: ¿Te fuiste afuera del hospital para calmarte?

J: Sí, para bajar, pero me dio mucha vergüenza ser tan boludo, llorar y eso. ¡Si yo no lloro! Estaban todas las familias, los médicos...Cualquiera.

(José, 20 años)

La expresión de José aclarando que él no llora es una muestra contundente del modelo de masculinidad hegemónica que describí al inicio de esta tesis. Este modelo impone ciertas normas o máximas (como *los varones no lloran*) que generan que para los varones no sea común expresar sus sentimientos, demostrar ternura, sensibilidad, cariño, mostrarse sobrepasados hasta las lágrimas. Es por ello también que se sienten nerviosos de lo que les podrá suceder al presenciar el parto, surgen conductas que los asustan, como no poder contener las lágrimas o un posible desmayo o lipotimia. En este marco, los entrevistados saben que si ingresan a la sala de parto o a la sala general *deben aguantar* y no ser vistos como débiles. Temen no lograrlo, por lo que en varios relatos observo que prefieren no ingresar a las salas de parto.

Estas mismas emociones en los padres que presencian los partos de sus hijos fueron estudiadas por Michelle Sadler (2004) en Santiago de Chile para el caso de

varones adultos. En esta investigación, la autora afirma que aunque sea un breve momento y la finalización de un proceso (embarazo), la participación de los varones en el parto genera numerosos cuestionamientos y habilita sentimientos que en otros contextos no son permitidos. Por eso es importante que las instituciones de salud dispongan de las condiciones para habilitarlas:

“El parto es un momento tan impresionante, que los autoriza para demostrar sus emociones; este permiso para expresarse, que se contradice con las definiciones de la masculinidad hegemónica, los lleva en ocasiones a reflexionar sobre su relación con su mujer e hijos/as. (...) En este sentido, encontramos testimonios en los que se valora o revalora a la mujer por su fuerza, por el “acto heroico y sobrecogedor” de dar a luz un/a hijo/a. Esta valoración cobra gran importancia en contextos donde encontramos elevados niveles de violencia intrafamiliar (...). Para ellas, la relevancia de la presencia del varón no está dada sólo por la compañía afectiva que implica, sino que también se acompaña de un cambio de actitud por parte de los varones. En este sentido, las mujeres reconocen cambios en el comportamiento de parte de sus parejas tras la experiencia, y cambios en la manera en que las valoran” (2004:14).

Guillermo (18) también fue consultado para saber si deseaba presenciar el nacimiento de su hija Amparo (9 meses), pero a diferencia de Ezequiel y de José, él había decidido de antemano que no iba a participar del parto. Sus miedos no se relacionaban con la posibilidad de sufrir un desmayo o que le ganara la emoción del momento. Como comenté en la sección anterior, él temía por la vida de su pareja y la de su bebé pues no habían realizado todos los controles prenatales estipulados. Cecilia (17) comenzó a controlarse al sexto mes de gestación porque no se dieron cuenta del embarazo. Luego de confirmarlo, pasaron varias semanas buscando el modo de comunicarles a sus padres la noticia. Finalmente, Amparo nació en término y por parto vaginal.

Contrariamente a Ezequiel, José y Guillermo, otros jóvenes expresaron sentirse más preparados para enfrentar el proceso de nacimiento de sus hijos, basados en experiencias de otros varones, vecinos, amigos o familiares. Es significativa la metáfora que utiliza Edgardo (21) para imaginar, comparar y prepararse para el momento del nacimiento de su hijo Pedro (2), apelando a una situación cotidiana de violencia en su barrio como ejemplo:

Edgardo: Yo no me iba a impresionar. Tengo un amigo que tuvo una nena. Me dijo que [el parto] parece mucho pero no es tanto, así como te muestran en la películas. Me dijo “*Si ya estás acostumbrado a [ver a] uno que le rompieron la cabeza es casi lo mismo, si ya viste a alguien sangrando es lo mismo*”.

Cintia: ¿Y vos viste muchas personas sangrando con la cabeza rota?

E: Ah, sí, sí, eso todo el tiempo...Bah, así me contó, me dio una explicación de cómo podría ser, así que ya iba preparado, lo veía así.

(Edgardo, 21 años)

En este testimonio, así como en otros anteriores de este mismo apartado, mostré cómo los jóvenes contaron con la posibilidad de presenciar el nacimiento de sus hijxs, pero su participación estuvo condicionada por su *capacidad de poder aguantar*, de no demostrar debilidad ni emoción frente a sus familiares y personal médico y posicionarse antes ellxs como varones padres fuertes que podrán proveer a sus incipientes familias, con diferentes resultados.

5.2.4. No me dejan pero quiero

Un último y gran grupo de entrevistados no pudo estar presente en la sala de parto, sin tener una respuesta o argumento claro por parte de lxs profesionales de la salud que lo justificara. En todos sus relatos se observa que no existe certeza en que la participación del varón va a ser posible hasta el último momento. Los padres aparecen como alguien que va a “asistir” al parto, un espectador del producto final que es su hijx y no como un integrante de ese proceso. Entre las principales respuestas esgrimidas por el personal del hospital y relatadas por los jóvenes, estaba su edad. El “ser menor” (de 18 años) silenciaba su voz para poder decir, preguntar o decidir, aún cuando ellos se identificaban como los padres de lxs niñxs y sus parejas habían expresado su deseo de ser acompañadas por ellos.

Alan (23) tuvo que enfrentar esta situación en el nacimiento de su primer hijo. Había acordado con su pareja ingresar a la sala de parto, aunque no supiera cabalmente con qué escenario se encontraría y menos aún qué rol desempeñaría como acompañante. La médica que atendía a su pareja no le permitió presenciar el parto porque tenía 17 años en ese momento, motivo por el cual su suegra ocupó su lugar. Tres años después, cuando tuvo a su segunda hija, pudo estar presente en el parto y compartir esa experiencia con su pareja.

Alan: Fui al hospital con mi novia re nervioso yo porque no entendía nada, no sabía cómo era todo. Me peleaba con los de seguridad porque yo quería subir [a la sala de parto] y el de seguridad me decía que no, que no podía subir.

Cintia: ¿Y por qué no te dejaban?

A: Porque yo era menor [de edad] y aparte no sé por qué, porque era un ortiva no sé. Estaba también la madre de mi señora, estaba arriba y decía que uno sólo podía entrar. Y yo no podía subir y me peleaba con el de seguridad que quería subir y cuando se descuidaba yo me metía corriendo [risa], subía corriendo, me subía por el ascensor, pero no pude estar.

C: ¿Y tuvo un parto normal o fue una cesárea?

A: Tuvo un parto normal. Yo en ese momento estaba yendo a la iglesia [evangélica] y como que no sabía qué hacer ahí en el hospital, me puse a orar. Porque en ese momento no podía pedir ayuda a nadie porque un parto sale con la naturaleza, con la naturaleza divina. Nadie te va a ayudar por la mano del médico, si sale bien o sale mal es por intervención de Dios nada más. Y bueno yo oraba ahí en la capilla para que salga bien el parto.

C ¿Y con el segundo bebé pasó lo mismo cuando quisiste estar en el parto?

A: Con el segundo bebé no porque yo ya tenía 20 años y nos fuimos solos al hospital,

porque fue todo muy rápido. Ella me dijo “*Tengo contracciones, parece que ya va a nacer*” y fuimos. Rompió bolsa en la puerta del hospital. Yo igual estaba medio nervioso porque bueno ya había pasado por ese momento, pero estaba la familia de ella y ellos me apoyaban un poco pero en ese momento estábamos solos. Fue re lindo, me comí todas las uñas pero fue lindo todo.

(Alan, 23 años)

Pero la limitación de la edad para ingresar a la sala de parto no fue el único obstáculo que enfrentaron estos jóvenes. Ningún procedimiento médico fue explicado como tampoco fue comunicado el estado de salud de sus parejas y de sus hijxs, y aunque los jóvenes se mostraron molestos o nerviosos por la experiencia, expresaron que este mecanismo es común a la rutina de los hospitales que habitualmente transitan o transitaron en casos cercanos (familiares y amigxs), como lo señalan los relatos de Enzo (20) y Lionel (21):

“Yo tenía planeado estar, pero no me dejaron entrar. No me habló nadie de nada, me dejaron ahí esperando como un boludo...Horrible. Tenía planeado estar, pero no se pudo. Yo preguntaba, ¿viste?, por “González” a ver que me digan algo, y me decían “*bueno, ahora salgo y te aviso*” y me tuvieron así hasta la 1 de la mañana, 2, y la llevé a las 6 de la tarde”.

(Enzo, 20 años)

Lionel: Fui al Hospital, la vi a ella que la hacían caminar, después le pusieron el goteo. Estuve esperando ahí afuera [de la sala] media hora, una hora y salió con la gordita. Me la dejó ver porque no podía pasar. Y después tuve que esperar hasta la una [de la tarde] para poder verla bien, hasta la 1 que era el horario de visita⁷³.

Cintia: Ah, ¿y no te preguntaron si querías entrar?

L: No, no porque...Creo que es medio raro el hospital, de a dos [mujeres en la sala] tienen familia creo, entonces como que no podés estar, no tienen la sala como para una persona. Y aparte había una cantidad de gente teniendo familia, ¡pero cantidad!

(Lionel, 21 años)

Como indica el testimonio de Lionel, la infraestructura aparece como un gran determinante de la atención médica de partos y como un obstaculizador de ciertas prácticas que se consideran que humanizan el acto médico. En consonancia, el informe de evaluación elaborado por UNICEF (2016) destaca aspectos críticos de la iniciativa MSCF, principalmente el acceso de las mujeres y sus familias a un parto respetado, en los cuales el 48% de los casos no se cumple la existencia de una sala para el trabajo de parto y de parto acorde con el modelo propuesto.

⁷³ La idea del *padre como visita* no es novedosa en las instituciones de salud y necesita ser revisada. Al respecto, el Instituto Papai (Brasil), en colaboración con otras ONGs, implementaron una campaña con el eslogan “**Pai Não É Visita**” (“**El padre no es visita**”), para concientizar en torno al derecho que le asiste a la mujer de estar acompañada en la sala de partos si así lo decide, alentar a los papás en particular a estar presentes y responsabilizar a los hospitales por el cumplimiento de la política. La campaña enfatiza el derecho de la mujer de tener a alguien presente en el parto, incluido el padre, pero que no es derecho del padre estarlo. De esta manera, la política y la campaña privilegian la elección de las mujeres, a la vez que exhortan a los varones a ser parte del proceso.

Asimismo, señala que en algunas de las maternidades (50%) observadas, pese a que existe un discurso de acompañamiento de un familiar durante el trabajo de parto, esto no ha sido posible de implementar, principalmente por razones edilicias y falta de adecuación de los espacios (UNICEF, 2016). Vinculada a las condiciones estructurales, la presencia de los varones en las maternidades es conflictiva, en tanto que en salas conjuntas donde se tactan y evalúan a mujeres la presencia de los varones suscita inconvenientes (Castrillo, 2016). La autora afirma, en este punto, que “algunas maternidades se vuelven *expulsoras* de los varones-padres o acompañantes” (2016:13).

Otras explicaciones brindadas a los jóvenes que imposibilitaron su presencia durante el parto fue que al tener que realizar una cesárea en el quirófano, no se permitía a ninguna persona, familiar o allegadx ingresar para preservar la asepsia de la sala. Este argumento trasgrede la ley dado que el acompañamiento está contemplado tanto para el parto (vaginal) como en las cesáreas, así como en la internación y en el post-parto de las mujeres. Ninguno de los jóvenes cuyxs hijxs nacieron por cesárea pudo presenciar ese momento.

En el caso de Néstor (22), su hija Ludmila (3) nació por cesárea. Junto a su pareja (Luciana) habían planeado que presencie el parto, pero una complicación de último momento alteró el curso de los hechos. Ludmila “se trabó” en el canal de parto, por lo que el equipo médico decidió practicarle una cesárea a la madre de inmediato. La médica a cargo le comunicó a Néstor que no iba a poder participar del nacimiento de su hija porque la cirugía implicaba un espacio de asepsia que su presencia podía complicar. Así, Néstor permaneció en la sala de espera varias horas hasta que su pareja e hija salieran del quirófano. Estar detrás de una puerta esperando es una escena común a la mayoría de estos entrevistados. Esta situación es recordada por él como un momento difícil, en que creyó el peor escenario a falta de información de lo que acontecía con su familia.

Cintia: ¿Y estuviste en el parto?

Néstor: No, no me dejaron presenciarlo porque como era una cirugía, fue a cesárea, no me dejaron, y nadie, ni yo ni la madre...Solamente los cirujanos. Se le complicó y *le tuvimos que hacer* cesárea, me dijeron que se había trabado la nena, no sé.

C: ¿Y cómo fue ese momento para vos?

N: Durísimo, nervioso, re nervioso, nunca tuve tantos nervios en mi vida. Transpiraba... me movía para todos lados, la sala me quedó re chiquita, me movía por toda la sala.

C: ¿Y qué pensabas en ese momento?

N: No, no tenía ni lugar para pensar, nada, quería ver a la nena y que esté todo bien y nada más. Pero no sé por qué pensaba en lo peor, tenía miedo a que saliera la nena bien pero no mi señora. Fueron varias horas sin saber nada.

(Néstor, 22 años)

La misma situación atravesó Miguel (23) a quien me referí en la primera sección.

Él había acompañado a su pareja en todos los controles como un acompañante frecuente, pero no pudo presenciar el parto porque su hijo nació por cesárea y en el hospital no lo autorizaron. Al respecto, la citada investigación de Castrillo (2016) en las maternidades públicas platenses, sostiene que las razones esgrimidas para limitar su acompañamiento se relacionan con la falta de insumos que aseguran adecuadas condiciones de higiene en la sala de parto, por ejemplo, apelando a la escasez de recursos hospitalarios como un mecanismo desalentador para los varones.

Además de los distintos obstáculos que los jóvenes señalaron a la hora de presenciar el parto de sus hijxs, cuando describen el momento en que comienza el trabajo de parto en sus relatos pueden observarse marcadas situaciones de violencia por parte del personal de los hospitales. Estas no son visualizadas como tales por los jóvenes, sino que son explicadas con expresiones como “tuvo un parto malo”, “las enfermeras no le creían a mi mujer” o “se reían de los gritos”, “no la ayudaban”. En los testimonios de Diego (20) y Pablo (20), pueden observarse algunas de estas prácticas:

“En la salita de acá [del barrio] la atendieron re bien. Pero en el parto no, fue un asco. Ella rompió bolsa 1.30 de la mañana y fuimos al hospital. La atendieron, la hicieron pasar para arriba, por suerte estaba sola, no tenía que estar escuchando a las otras pacientes. La atendieron bien hasta la hora del parto, cuando ya la hicieron esperar mucho. Por eso el bebé tuvo un problemita en la cabeza, porque coronó, que significa cuando el bebé ya está por nacer, y ellas [las parteras] no le hacían caso. Ellas estaban riéndose a las carcajadas. Yo estaba ahí en la puerta, la escuchaba a ella que lloraba y...qué se yo, quería entrar pero a la vez no quería porque si no me iban a cagar a pedo. No la atendieron bien, ella gritaba que ya estaba viniendo el bebé y le decían que no, que faltaba y que dejara de gritar. Cuando la revisaron, se preocuparon porque estaba naciendo de verdad (...). Escuché todo desde la puerta, porque no me dejaron entrar igual.

(Diego, 20 años)

“Yo pude estar ahí, tuvo un parto natural. Renegó igual. Costó mucho, aparte de que estaba... justo ese día estaban de paro en el hospital. Estaban las... ¿cómo es que se les dice? Practicantes [Residentes] o algo así. Justo estaba una chica ahí, ella [pareja] le decía y le decía que ya lo estaba teniendo [al bebé], ya tenía 5 de dilatación, lo estaba teniendo ahí en la camilla. Vinieron las médicas, se dieron cuenta y la atendieron. No le daban mucha bola, pero por suerte ya pasó”.

(Pablo, 20 años)

Pero además de estas notorias prácticas de disciplinamiento médico, los jóvenes no recibieron información sobre el estado de la pareja o de su hijx durante el proceso de parto y postparto, como la administración de calmantes o inyecciones a sus parejas durante el procedimiento ni tampoco pudieron evacuar inquietudes inherentes al momento que estaban transitando. Al no tener la información adecuada o actualizada sobre el avance del trabajo de parto de sus parejas, algunos jóvenes no se encontraban circunstancialmente en el hospital (porque salieron a comer, fueron al baño o tuvieron que volver a sus hogares) por lo que no pudieron estar presentes en el

momento en que nacieron sus hijxs, como ocurrió en los casos de Federico (21), Alejandro (23) y Daniel (23). “El procedimiento” en los tres relatos fue similar: una vez ingresada su pareja al hospital, el equipo médico comunicaba el estado general de la paciente a lxs familiares y luego transcurrían largas horas sin ningún tipo de información. En algunos casos, como mostraré, lxs médicos sólo avisaron que el bebé había nacidx y se encontraba en buen estado de salud.

Como narra Federico (21), su pareja Nadia (21) comenzó a manifestar los dolores que consideraban previos al parto en la madrugada del día en que nació Lucía (3). Llegaron al hospital con tiempo pero ansiosxs, guiadxs por el desconocimiento que ambxs tenían sobre cuándo era el momento preciso que Nadia requería atención médica o cuando no lo era. De todas formas, cuando ingresó al hospital, Nadia fue internada y allí transitó las horas restantes hasta tener a Lucía por la noche. De acuerdo a Federico, el trabajo de parto fue muy extenso y tuvo que ausentarse momentáneamente del hospital. De haber estado al tanto de la etapa avanzada del trabajo de parto de su pareja, Federico no se hubiera ido del hospital y no se hubiera perdido el nacimiento de su hija:

Cintia: ¿Y fue por parto natural el nacimiento de Lucía?

Federico: Cesárea, pero no... Justo me había ido [del hospital] porque yo me volví a casa por ropa, que iba a necesitar mi novia. Ya me lo había dicho. De paso me iba a bañar, había pasado todo el día en el hospital.

C: Y cuando te fuiste a bañar nació la nena.

F: ¡Sí! Nació como a las 10 de la noche, pero yo no sabía que ya podía nacer. Vi a la médica solo una vez y no nos avisó nada de que la bebé ya salía.

C: Claro.

F: Así que la que la pudo ver después fue su mamá, que se había quedado en el hospital mientras yo no estaba.

(Federico, 21 años)

Alejandro (23) tampoco estaba al tanto del avanzado estado del trabajo de parto de su novia Romina. No obtuvo ninguna información mientras duró ese proceso. En un momento determinado necesita “bajar” y comprar algo para comer. En ese lapso de tiempo, el equipo médico anunció a lxs familiares allí presentes que su hijo había nacido. Quien comunica esta noticia a Alejandro es su hermana Gisela, quien conocía “el procedimiento” del hospital (el mismo aplicado a Federico: internación de la pareja y luego largas horas sin información) porque ella había tenido sus tres hijxs allí. Esta *desinteligencia* produce que Romina posteriormente se enoje con Alejandro por no entender “la necesidad de ir al kiosco, sabiendo que su hijo nacería pronto”.

Alejandro: Eran las 5.40 de la mañana ya, estaba re cansado y tenía un hambre bárbara. Entonces me fui a comprar ahí, había justo un bar, un kiosquito (se ríe)...Y después cuando ya estaba volviendo, terminé de comprar, estaba volviendo al hospital me dice Gisela [mi hermana], me llama y me dice “Ya nació”, “¿Qué?” le digo yo, “Ya

nació”, y ahí me fui corriendo para la sala. Y cuando llegué ahí, [los médicos] me hicieron pasar y estaba en la incubadora.

Cintia: O sea que no pudiste ver todo el momento.

A: No, no me dejaban estar igual.

C: ¿Por qué decís que no te hubieran dejado?

A: Porque si no me avisaron nada, no me iban a dejar pasar. Ni loco. Romina después se enojó, de que por qué fui al kiosco y eso. ¡Y yo qué iba a saber, no te decían nada nunca!

(Alejandro, 23 años)

Daniel (23) asegura en su relato que las “parteras” que asistieron el nacimiento de su hija sabían de su intención de presenciar e involucrarse con el parto de su hija. Como mencioné en la primera sección del capítulo, Daniel acompañó a su pareja a todos los controles de embarazo, incluso pidiendo permiso en su trabajo para hacerlo. En su entrevista asevera que desde la llegada al hospital, el equipo médico tuvo prácticas evasivas con él, “prometiéndole” que lo llamarían para cuando su pareja estuviera por parir, es decir, para que participara solo en la etapa expulsiva del parto (Sadler, 2007) pero no en el proceso. Este tipo de maniobras del equipo médico es lo que, como sostiene Fuller (2001), determina la *deserción masculina* en los procesos perinatales, de cuidado y de parto, desalentando su participación y también estableciendo quiénes son lxs que deciden en estos procesos.

Cintia: ¿Y estuviste en el parto?

Daniel: No. No porque también fue un tema complicado. Cuando ella entró internada nosotros estábamos acá, en el colegio. Ese día a ella le habían dado reposo, y ella se vino para acá porque no quería estar sola en la casa, y vino al colegio. A la hora llamamos al padre para que la venga a buscar porque ella no daba más de los dolores, empezaron las contracciones. Y, bueno, cuando llegamos allá, la revisaron y ya estaba para el parto. La llevaron a la habitación y le preguntaron si quería que esté alguien. Ella dijo que sí, que entraba yo. Y recién cuando llegó el momento en que ya estaba la nena con la cabeza afuera, le preguntaron si quería que entre alguien, y lo único que quería ella era que saquen a la nena.

C:-Claro, me imagino lo que debe ser ese momento...

D:-Claro. Más que nada me da bronca la partera, porque sabía que yo iba a entrar, pero esperó hasta último momento para decirle, pero bueno yo...Me dio bronca, mucha bronca.

C:-¿Si? ¿Te hubiese gustado estar?

D:-Sí, me hubiese gustado estar ahí. Me dio tanta bronca que casi me voy del hospital.

(Daniel, 23 años)

En este último apartado mostré como un conjunto importante de entrevistados no pudo estar presente en la sala de parto sin tener un argumento claro por parte del equipo médico interviniente que lo explicara: la edad, los problemas de infraestructura, el nacimiento por cesárea, la falta de insumos, fueron algunos de los motivos esgrimidos. De esta manera, los diversos criterios institucionales y las arbitrariedades profesionales impidieron a este grupo de jóvenes participar del proceso de nacimiento de sus hijxs.

Sintetizando lo expuesto en esta sección, encuentro que los jóvenes entrevistados han tenido diferentes experiencias en torno al proceso de parto y postparto; algunos pocos con presencia en la sala de partos y la gran mayoría quedando excluidos. Las diversas formas que asumen la participación de los jóvenes son producto de las distintas combinaciones de la tensión *me dejan-quiero/aguanto*, es decir, entre el grado de permisividad del equipo médico de los hospitales y los deseos de los jóvenes entrevistados. Si bien la casi totalidad de los nacimientos fueron atendidos en estos dos hospitales mencionados (37 de 40 casos), los argumentos descritos que impedían la participación de los jóvenes no fueron claros e iguales para todas las familias, primando la discrecionalidad del equipo médico.

Por otro lado, las sensaciones de desmayo o de impresión que los jóvenes relatan exigen profundizar el análisis más allá de las respuestas sintomáticas del momento: ¿qué elementos permiten a unos jóvenes decidir que quieren presenciar el parto y a otros que no? En principio, su edad no es una explicación suficiente, dado que entrevistados como Fernando y Eugenio deseaban acompañar a sus parejas, como también aquellos que quisieron pero no los autorizaron (como Daniel, Alan, Lionel, Enzo, entre otros). Asimismo, en trabajos realizados con jóvenes adultos (de entre 30 y hasta 40 años) de clases medias (Sadler, 2007; Ponce, 2012; Castrillo, 2019), el parto también es vivido con ansiedad y temores de desmayos, pero en estos sectores la presencia de los padres en las salas de parto (habilitadas por la estructura sanitaria, generalmente de gestión privada) se configura como un deber ser, como un comportamiento socialmente esperable y valorable. En su trabajo, Castrillo (2019) plantea incluso una sobreprotección de los varones padres en el ingreso a la sala de parto (“pobre, que no entre”) en detrimento de las mujeres que son quienes experimentan el proceso en primera persona y son quienes padecen, tienen sueros o reciben inyecciones.

Ahora bien, ¿qué respuestas, opciones y qué prácticas habilitan las estructuras sanitarias públicas a los jóvenes varones, principalmente aquellos de barrios populares, en los procesos de parto? Como expuse en capítulos anteriores, los varones y especialmente los más jóvenes, no son abordados en sus especificidades por la estructura sanitaria como sujetos relevantes en los procesos de reproducción y cuidado, sino como participantes secundarios o de menor grado en el mejor escenario. De este modo, no es incongruente que el evento del parto no esté apropiado de igual manera por todos los segmentos de esta población.

En ese sentido, la política de MSCF que promueve la participación de las familias y de los padres se enfrenta a la estructura sanitaria pública existente, en

particular con la dinámica hospitalaria, al menos en el conjunto de jóvenes entrevistados, obturando su participación e involucramiento en el momento del nacimiento de sus hijos. Reforzando este argumento, el informe de evaluación de UNICEF citado (2016) muestra una brecha importante entre los objetivos y el espíritu del modelo en términos teóricos y su proceso de implementación práctica. Coincidiendo con el análisis de UNICEF, este es un punto a destacar porque los mencionados derechos ganados dependen del cambio de prácticas del personal de la salud sobre los cuales incide la adecuación de la infraestructura hospitalaria, cuyos cambios dependen a su vez de la inversión del Estado central o de la provincia.

Existe, como afirma Castrillo (2016), una tensión a resolver: la enunciación de derechos tiene que acompañarse no sólo de la infraestructura necesaria para la atención, sino también de la formación y la concientización de los equipos médicos sobre la importancia de la presencia de los varones (jóvenes, en este caso) en el momento del parto.

5.3. Recapitulación y cierre

En este capítulo me concentré en describir y analizar la participación e involucramiento de los jóvenes entrevistados en los controles prenatales y especialmente en el proceso de parto y nacimiento de sus hijos.

En relación a las consultas médicas durante el embarazo de sus parejas, encontré una diversidad de experiencias en las que los varones acompañan a sus parejas bajo dos grandes modalidades, de manera frecuente o intermitente. Aun con sus matices, el primer grupo se distingue por tener una presencia constante en estos espacios, mientras que los jóvenes del segundo grupo lo hacen en la medida en que sus trabajos o la escuela lo permiten, utilizando *el argumento del trabajo* para explicar o justificar este tipo de participación. Más allá de estas modalidades, los horarios de atención del centro de salud son uno de los grandes limitantes de la participación de los jóvenes, convirtiéndose en un verdadero obstáculo para integrar a los varones en estos procesos. Ante la imposibilidad de asistir, las madres, hermanas o amigas de la pareja (generalmente que tienen hijos) sustituyen a los varones, feminizando el acompañamiento.

Asimismo, las diversas formas de participación de los jóvenes en la sala de parto son resultado de la tensión *me dejan-quiero/aguanto*, es decir, entre el grado de permisividad del equipo médico de los hospitales y los deseos de los jóvenes entrevistados. En esta investigación, las maternidades tendieron mayormente a la expulsión de los jóvenes que a la promoción de su participación. Unos pocos

entrevistados pudieron presenciar el parto de sus hijxs, describiendo el evento como un momento único y de mucha emoción. Otros fueron consultados y no se animaron a participar por miedo a descomponerse o desmayarse, factores que he vinculado en parte al modelo de masculinidad hegemónica que impide a los varones expresar sus emociones. Pero un gran número de los jóvenes entrevistados no pudo presenciar el nacimiento por un conjunto de motivos esgrimidos de manera discrecional por el personal de salud: ser menores de edad (en su mayoría, se convirtieron en padres alrededor de los 17/18 años), no disponer de espacio en la sala de partos para que participen los padres, la práctica de una cesárea lo impedía, la falta de insumos apropiados, entre otros. Como sostiene Castrillo (2019), las instituciones médicas reproducen espacios generizados para varones y para mujeres. Así, el proceso de parto continúa siendo un evento feminizado que no alienta a los varones a participar. Los “mensajes” de las instituciones de salud en sus diferentes niveles mencionadas en mi investigación son contradictorios: mientras que en los controles prenatales realizados en los centros de atención primaria los jóvenes son *invitados* a participar y su asistencia depende de su deseo/voluntad, en los hospitales estas invitaciones son arbitrarias, tienden mayormente a la expulsión de los varones padres y son quienes definen la participación de los jóvenes.

Por su parte, observé que los varones entrevistados se encuentran en una tensión respecto al momento del parto. Por un lado, consienten determinados procedimientos del equipo médico en la atención de sus parejas e hijxs (“en el hospital es así, el hospital es medio raro”, “eso es lo que me dijeron”) y por otro, cuestionan estas prácticas (“tuve que pelearme con el guardia para que me deje pasar”, “eso no puede pasar en un hospital”, “dejaron llorando a mi pareja porque no le daban bola”, “no me dijeron nada y me dejaron esperando como un boludo”).

Desde la ausencia de la promoción institucional para integrar a los varones a los procesos de embarazo y parto, la oferta inespecífica de servicios sanitarios para varones y la poca demanda de los varones, se contribuye a la falta de implicación paterna en estos procesos. Tal como señala Sadler (2004), la participación de los varones en el parto es una instancia privilegiada para fomentar transformaciones, dado que es un espacio donde *los varones también se emocionan*. En ese aspecto, la presencia del padre debe considerarse como parte integral de ese proceso y las instituciones de salud deben proporcionar las condiciones para que el parto se humanice, como también las prácticas de la salud reproductiva. Como señalé al principio del capítulo, el nacimiento es un momento crucial para la vinculación entre el padre y su bebé, como lo es para el vínculo con su pareja que brinda diferentes beneficios para lxs niñxs, la madre y el mismo varón, por lo que las instituciones de

salud deberían trabajar para promocionar “paternidades más afectivas, equitativas y comprometidas” (Sadler, 2007:439). Los varones también se emocionan y es fundamental que estos espacios generen las condiciones que las habiliten.

En el próximo capítulo, continúo las indagaciones sobre las paternidades de los jóvenes concentrándome en el análisis de las prácticas de cuidado que realizan los entrevistados en sus hogares, así como en las decisiones sobre el cuidado de sus hijxs.

Capítulo 6

¿Jóvenes que cuidan? Prácticas de cuidado de jóvenes padres

En varios países de América Latina la concepción y la crianza de lxs hijxs son aún experiencias atribuidas a las mujeres que incluyen muy discretamente al padre. Poco se interpela a los varones jóvenes sobre su participación, responsabilidad y deseo en los procesos de reproducción y cuidado. Sin embargo, recientemente algunos estudios (Sarkadi, 2008; Levto, 2015) vienen señalando la importancia y la necesidad del involucramiento masculino en el cuidado infantil, además del propio deseo de algunos varones de participar de las decisiones y de la división de las tareas domésticas (Aguayo, Barker y Kimelman, 2016).

En este capítulo reflexiono sobre las prácticas de cuidado que desarrollan los jóvenes varones en sus hogares, a partir de su propio testimonio. Me concentro en conocer sus prácticas domésticas cotidianas, la distribución de tareas, los arreglos familiares, la organización/usos del tiempo en los hogares, así como las decisiones sobre el cuidado de lxs hijxs y la conciliación entre trabajo y familia. Considero que las representaciones, pero principalmente las prácticas de cuidado, se encuentran íntimamente ligadas con el ejercicio de la paternidad, y recuperar este tipo de dimensiones permitirá profundizar la comprensión sobre las formas que asumen las paternidades juveniles en contextos de vulnerabilidad social. Retomando los planteos y definiciones en relación al cuidado mencionados en el primer capítulo me pregunto, ¿qué ocurre cuando el cuidado es realizado por varones jóvenes? ¿Cómo cuidan? ¿Es necesario *feminizarse* para cuidar? ¿Qué papel desempeñan las familias y el mercado en la organización y en la distribución del cuidado?

De este modo, en primer lugar caracterizo y analizo la situación socio-demográfica de lxs jóvenes con responsabilidades de cuidado en Argentina, a partir del uso de fuentes secundarias como la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ)⁷⁴, el Observatorio de Salud Sexual y Reproductiva (OSSyR) y otros datos proporcionados por organismos de investigación y monitoreo que trabajan específicamente con esta población. En una segunda parte, analizo cómo esos datos se ponen en movimiento al analizar las tareas de cuidado que asumían los jóvenes padres en sus hogares de origen y posteriormente cómo organizan el cuidado en sus propios hogares.

⁷⁴El objetivo general de la encuesta fue caracterizar los principales comportamientos de lxs jóvenes residentes en centros urbanos de 2.000 o más habitantes. El universo de personas entrevistadas estuvo conformado por mujeres y varones de 15 a 29 años. Uno de sus objetivos específicos consistió en identificar la participación de los jóvenes en actividades de cuidado dentro y fuera de su hogar.

Finalmente, en el último apartado indago sobre las posibilidades que tienen los jóvenes de externalizar o tercerizar el cuidado de sus hijxs a través de jardines maternos o instituciones barriales, en caso de existir.

6.1. Encuadre conceptual: jóvenes y cuidados

Como ha señalado María Ángeles Durán (2005, 2009, 2010), el cuidado es un *gran devorador de tiempo*. Si reflexionamos sobre nuestra propia cotidianeidad, puede sorprendernos encontrar cuánto tiempo y energía están dedicados al cuidado de familiares (hijxs, adultxs mayores, parejas) como a nosotrxs mismxs. En ese sentido, es paradójico que una práctica tan cotidiana como vital sea con tanta frecuencia invisibilizada en nuestras reflexiones, más aún en la población joven.

Como mencioné en el primer capítulo, para analizar las prácticas de cuidado que realizan los jóvenes de mi investigación retomo principalmente el concepto de Daly y Lewis, quienes lo definen como el conjunto de “actividades y relaciones orientadas a alcanzar los requerimientos físicos y emocionales de niños y adultos dependientes, así como los marcos normativos, económicos y sociales dentro de los cuales éstas son asignadas y llevadas a cabo” (2000: 292). Pero este trabajo de cuidado no lo realizan únicamente las familias de manera aislada, sino que incluye (directa o indirectamente) a otrxs actorxs sociales. De este modo, *la organización social del cuidado* refiere a los modos en que las familias, junto al Estado, el mercado y las organizaciones comunitarias de manera conjunta, producen y distribuyen cuidado (Pautassi y Rodríguez Enríquez, 2014).

En las sociedades modernas capitalistas, la familia ocupa un lugar central en esta organización. Dicha centralidad permeó el modo en que se estructuraron los sistemas de protección social en América Latina, que asumieron el “cuidado” como una cuestión privada de los hogares y que por tanto, la función estatal debía ser limitada en este asunto. Paralelamente, centralizar la provisión de cuidados en las familias reforzó el rol de las mujeres como sus proveedoras naturales.

Esta forma de organización constituye un *vector de reproducción de la pobreza* (ADC, CIEPP, ELA, 2014) ya que cuando la presencia estatal es débil o insuficiente, las familias de bajos recursos realizan “procesos adaptativos” que las exponen a mayores niveles de vulnerabilidad (CEPAL, 2009). La escasa infraestructura pública de cuidados destinada a la primera infancia refuerza el rol de las familias y las mujeres en la provisión de cuidados e impacta en las trayectorias educativas y laborales de lxs jóvenes. Así, las familias de estratos socioeconómicos más altos tercerizan parte o toda la responsabilidad del cuidado a través de la contratación de ayuda doméstica o de servicios privados, mientras que las de menores ingresos recurren a “mecanismos

adaptativos” (comparten intergeneracionalmente las tareas de cuidado con algún/a familiar como abuelxs; o retiran la participación de las mujeres en el mercado de trabajo) que incrementan su vulnerabilidad (Filgueira, 2007; CEPAL, 2009). Por ello, un elemento fundamental para el análisis de las políticas de cuidado es abordar en qué medida las mismas brindan herramientas o soportes para “desfamiliarizar” o “mercantilizar” a las personas (Esping Andersen, 1999).

A partir de la articulación de estos conceptos, analizaré las prácticas de cuidado que desarrollan los jóvenes en sus hogares y las respuestas institucionales disponibles para su externalización (Esquivel, 2011; Esquivel, Faur, Jelin, 2012; Lupica, 2014, Faur, 2014; 2017).

6.1.1. La situación de lxs jóvenes frente al cuidado en números. Características sociodemográficas de la población joven que cuida en Argentina.

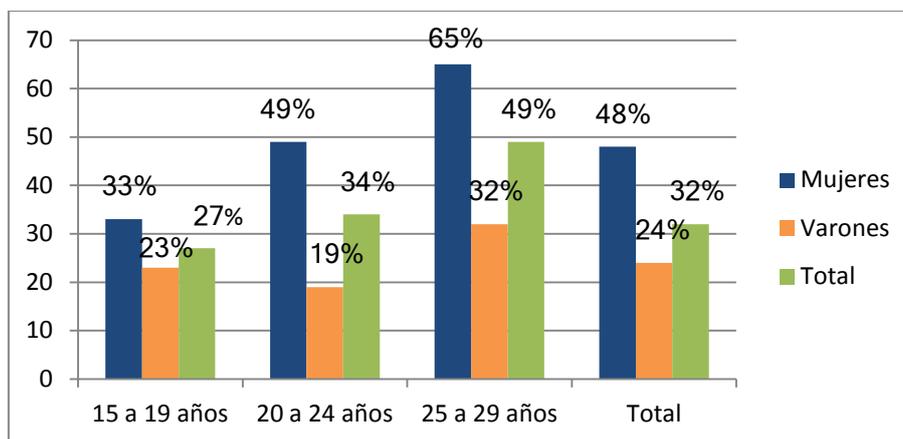
Como señala la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ, 2014), en Argentina el 29% de lxs jóvenes entre 15 y 29 años tiene hijxs a cargo. Entre las mujeres, el 36% tiene un hijx antes de los 30 años, mientras que este porcentaje disminuye en el caso de los varones a 22%. El 90% de quienes tienen hijxs convive con ellxs, aunque este dato difiere por género; mientras casi la totalidad de mujeres lo hace, en el caso de los varones lo hace el 75% (ENJ, 2014).

En efecto, la mayoría de lxs adolescentes y jóvenes que no han iniciado aún su vida reproductiva estudia, no trabaja ni busca trabajo, y no cuida a otras personas. Quienes tienen hijxs, en cambio, están en mayor proporción incluidxs en la fuerza de trabajo, además de realizar tareas de cuidado. Un 63% de quienes tienen hijxs trabaja o busca trabajo, mientras ese porcentaje es de 49% en el caso de lxs jóvenes que no tienen hijxs (ENJ, 2014; De León, 2016).

De este modo, casi 4 de cada 10 jóvenes (de 15 a 29 años) en el país tiene responsabilidades de cuidado, sobre todo de niñxs (el 34% de lxs jóvenes cuida niñxs habitualmente, dentro o fuera de su propio hogar y un 3% cuida a ancianxs). Sin embargo, la encuesta realizada destaca una diferencia de género importante: las mujeres duplican a los varones en el desarrollo de esta función: mientras el 24% de los varones jóvenes realiza actividades de cuidado, este porcentaje aumenta a 48% en el caso de las mujeres (ENJ, 2014; De León, 2016). Un elemento no menor en el análisis de la población joven con responsabilidades de cuidado es la *dimensión electiva* (De León, 2016) en el cumplimiento de esta función. La autora señala que a través de los datos disponibles no es posible diferenciar si el cuidado es voluntario o no porque los hogares no cuentan con otras opciones que permitan pensar arreglos alternativos. Una

mirada de la distribución del cuidado por franjas etarias podría colaborar con el análisis, bajo el supuesto de que es probable que la población menor a 19 años desarrolle estas actividades como única opción.

Gráfico 1. Jóvenes de 15 a 29 años que realizan actividades de cuidado, por grupo etario y sexo. Total país, 2014

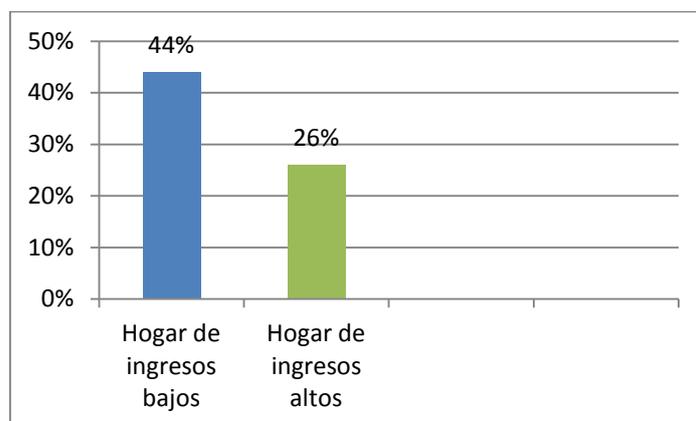


Fuente: De León (2016) sobre la base de la Encuesta Nacional de Juventud, INDEC, 2014.

Como se desprende del gráfico, la tendencia de mayor cantidad de mujeres que cuidan se mantiene en todos los sub-grupos de edad, aunque tiene una incidencia menor en el grupo de 15 a 19 años, y aumenta a medida que crece la edad. Sin embargo, es en la franja de 20 a 24 años donde la diferencia entre mujeres y varones es más notoria. Allí las mujeres que cuidan son más del doble que los varones. Y en el grupo de 25-29 años vuelven a duplicar a los varones (De León, 2016). Asimismo, el 27% de adolescentes entre 15 y 19 años que cuida no tiene necesariamente responsabilidades parentales, sino que cuida niñxs que no son sus hijxs, como por ejemplo hermanxs menores o sobrinxs.

Como señalé anteriormente, las actividades de cuidado tienen una incidencia mayor entre lxs jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos. El 44% de jóvenes que viven en hogares con ingresos bajos realizan actividades de cuidado, comparado con un 26% de jóvenes que viven en hogares del primer quintil. Es relevante destacar este último punto: “dentro del grupo de jóvenes que no está incluido en la fuerza laboral y no estudia y que se encuentra en el estrato de ingresos del hogar más bajo, existe una mayoría que, lejos de estar ociosa, se dedica a cuidar a otras personas y realiza trabajo doméstico” (De León, 2016:14).

Gráfico 2. Jóvenes de 15 a 19 años que realizan actividades de cuidado, según nivel de ingresos de su hogar. Total país, 2014



Fuente: De León (2016) sobre la base de la Encuesta Nacional de Juventud, INDEC, 2014.

Respecto del nivel educativo, De León señala que “la menor proporción de jóvenes de 15 a 29 años que cuida se encuentra entre quienes cuentan con nivel terciario o universitario incompleto: solo el 24% participa de actividades de cuidado” (2016:14). Por su parte, 4 de cada 10 (39,9%) jóvenes con secundario incompleto participa en tareas de cuidado de niñxs y/o personas mayores. Entre quienes han finalizado el secundario, un 46% tiene responsabilidades de cuidado. Cabe destacar que en este grupo quienes no siguen estudiando evidencian una participación en actividades de cuidado tres veces más alta que aquéllxs que continúan estudios superiores (34,9% contra 11,6%). En el cuadro debajo se detallan los motivos de abandono de los estudios secundarios, en los que el embarazo y las mater/paternidades ocupan el tercer puesto.

Gráfico 3. Razón principal por la que no finalizó el secundario. Población de 15 a 29 años que no finalizó el secundario por sexo. Localidades de 2.000 y más habitantes. Total del país. Noviembre de 2014 en porcentajes

Razón principal por la que abandonó el secundario	Total	Varones	Mujeres
Tuvo que trabajar	30,0	42,2	14,8
No le gustaba estudiar/no le servía	20,0	23,7	15,3
Por embarazo/maternidad/paternidad/ formó pareja	15,8	4,5	29,8
Le iba mal en las materias	15,4	12,7	18,7
Tuvo que ayudar en su casa/ problemas familiares	9,1	7,3	11,4
La escuela le quedaba lejos/no tenía dinero para los libros, transporte	3,7	3,5	3,8
Otra razón	6,1	6,1	6,0

Fuente: Encuesta Nacional de Jóvenes 2014, INDEC

El tiempo que la población joven dedica al cuidado es mayor a un trabajo a tiempo completo (como se observa en la tabla debajo). Las actividades de cuidado de niños les insuermen a los jóvenes un promedio de 56 horas semanales (ENJ, 2014; De León, 2016). Las mujeres duplican la cantidad de horas dedicadas al cuidado respecto de los varones, llegando a las 86 horas entre las de 25 a 29 años: una dedicación de tiempo completo de 10 horas diarias o más, en promedio (ENJ, 2014).

De esta forma, el impacto de las obligaciones de cuidado sobre la situación laboral de los jóvenes es contundente: 1 de cada 4 jóvenes no trabajaba (al momento de realización de la encuesta) por sus obligaciones familiares (23,8%), aunque este motivo fue manifestado mayormente por las mujeres: el 36,2% de ellas declararon no hacerlo por esta causa. Asimismo, el 10,6% de las mujeres no trabajaba por embarazo o maternidad (ENJ, 2014; De León, 2016).

Pero lo que es más importante, como señala De León (2016), es el obstáculo que representan las responsabilidades de cuidado para sostener la presencia en el mercado de trabajo o el estudio. Poco más de 3 de cada 10 jóvenes que cuidan niños dejó de trabajar, de estudiar o tuvo que trabajar menos horas para realizar esta tarea. Entre las mujeres, quienes dejaron de trabajar o estudiar por esta razón alcanzan el 42,1% y entre los varones, el 12,9%.

Gráfico 4. Cuidado de niños, promedio de horas por semana y reducción del tiempo dedicado al trabajo y/o estudio de la población de 15 a 29 años por sexo y grupo de edad. Localidades de 2.000 y más habitantes. Total del país, noviembre de 2014. En porcentaje por fila

		Habitualmente cuida niños			Dejó de trabajar o estudiar			
Sexo y grupo de edad		SI	NO	Promedio de horas por semana	SI	Cantidad de horas que cuida niños	NO	Cantidad de horas que cuida niños
TOTAL	TOTAL	33,7	66,3	56	32,7	89	67,3	40
	15 - 19	24,3	75,7	22	8,0	51	92,0	20
	20 - 24	32,1	67,9	63	44,5	88	55,5	42
	25 - 29	46,6	53,4	71	38,7	95	61,3	56
VARÓN								
	TOTAL	21,3	78,7	30	12,9	64	87,1	25
	15 - 19	19,6	80,4	15	3,2	14	96,8	16
	20 - 24	16,8	83,2	37	33,4	70	66,6	20
	25 - 29	28,8	71,2	39	7,3	67	92,7	36
MUJER								
	TOTAL	46,6	53,4	68	42,1	93	57,9	50
	15 - 19	29,5	70,5	27	11,6	58	88,4	23
	20 - 24	47,9	52,1	72	48,5	93	51,5	52
	25 - 29	64,0	36,0	86	52,4	97	47,6	73

Fuente: Encuesta Nacional de Juventud 2014

Entre lxs jóvenes que cuidan niñxs habitualmente, una proporción importante combina esta actividad con estudio o trabajo (De León, 2016). Así, un 27% de quienes cuidan dentro o fuera de su propio hogar, estudia, trabaja, realiza ambas cosas o busca trabajo (ENJ, 2014).

Asimismo, entre las mujeres el peso del cuidado es mucho mayor, pero además se entrelaza con el impacto que tiene en las posibilidades de trabajar, estudiar o realizar ambas actividades: 2 de cada 10 mujeres no estudia, no trabaja, ni busca trabajo, pero casi todas ellas cuidan (De León, 2016). Si el 70% de lxs jóvenes excluidos del mercado laboral o de la esfera educativa realizan actividades de cuidado, esa cifra muestra un impacto diferencial por género cuando se la analiza en profundidad. En efecto, del universo de jóvenes que no estudian ni trabajan pero cuidan, el 95% está representado por mujeres. De esa forma, las jóvenes cuidadoras no solo representan el 82% del total de jóvenes mujeres que no estudian ni trabajan, sino también el 67% de todxs lxs jóvenes, varones y mujeres, que se encuentran en esa situación (De León, 2016). Es importante aclarar que lejos de tratarse de una población que “no hace nada” y que es conceptualizada a través de la visión peyorativa y estereotipada del término “Ni-Ni”, una parte importante de estxs jóvenes realizan, de forma no remunerada, tareas de cuidado esenciales para el sostenimiento y la reproducción de la sociedad (De León, 2016).

Los datos hasta aquí presentados muestran las marcadas desigualdades que se producen entre mujeres y varones jóvenes frente al cuidado, especialmente en los sectores más vulnerables. En este escenario, en el próximo apartado analizo las experiencias de los jóvenes entrevistados, indagando sobre sus propias prácticas de cuidado e intentando establecer puntos de conexión o de diferencia con las fuentes secundarias relevadas, en base a la tipología planteada en el capítulo 4.

6.2. Varones padres y cuidado

6.2.1. *Cuidar desde chico*. Varones y cuidados en sus hogares de origen

Ahora bien, ¿qué es lo que sucede con los varones y el cuidado? Para indagar sobre las prácticas de los jóvenes entrevistados, considero oportuno primero referirme a sus hogares de origen y recuperar las dinámicas familiares en relación a la organización del cuidado, para luego centrarme en el análisis de los hogares propios de los jóvenes.

En sintonía con los datos de la sección anterior, en mi investigación observo que tanto las tareas domésticas (ordenar y limpiar la vivienda, hacer compras) como aquellas más específicamente vinculadas al cuidado, como encargarse de hermanxs

menores, primxs, sobrinxs cuando no hay un/a adultx responsable (cambiar pañales, alimentar niñxs, llevarlx al jardín o a la escuela), son asumidas desde temprana edad por los jóvenes, es decir, se encuentran *familiarizados* con el cuidado. Esta tendencia es común a los tres grupos de paternidad presentados y se profundiza en los casos donde los jóvenes son hermanxs mayores.

Todos los entrevistados provienen de familias numerosas, de entre 5 y hasta 12 hermanxs, muchas de ellas monoparentales (de jefatura femenina) en las cuales su involucramiento se tornaba fundamental frente a la necesidad de cubrir a sus madres cuando salían a trabajar, o simplemente asistirles ante la gran demanda que representaba el cuidado de hermanxs menores.

Este es el caso de Daniel (23), quien queda al cuidado de sus 9 hermanxs. Luego de que sus padres se separaran, pierde contacto con su papá y no vuelve a saber de él. Ante esta situación, su mamá comienza a cuidar a adultxs mayores por las mañanas y a limpiar casas por las tardes, lo que significó encargarle a Daniel la tarea de asegurarse que sus hermanxs volvieran de la escuela, almorzaran y “no se metieran en ninguna” hasta que ella regresara del trabajo. Este “arreglo” no elegido (De León, 2016) finaliza cuando Daniel se convierte en padre y forma un nuevo hogar. Una historia similar atravesó Guillermo (18), luego de que sus padres se separaran. Su mamá comenzó a trabajar “haciendo horas”, empleándose como trabajadora doméstica. Esto supuso que Guillermo se quedara con sus 4 hermanxs todas las tardes, pero a diferencia de Daniel, se encargaba de limpiar la casa (tender las camas, hacer las compras) además de hacer sus propios deberes escolares. De ese modo y gradualmente, a las actividades escolares de los jóvenes se sumaban las de cuidado y las del hogar, que iban aumentando en cantidad (tiempo) y en complejidad (de tareas) a medida que los jóvenes crecían.

Sin embargo, en las entrevistas los jóvenes no relatan haberse sentido “solos” al cuidar. En varias ocasiones se mencionan a tías, vecinas, madrinas o “comadres” cercanas para recurrir en momentos en que no supieran resolver una situación o necesitaran ayuda. Ramiro (20) menciona y recuerda con especial cariño a su vecina Olga, quien lo ayudó en varias oportunidades con su hermana menor, quien solía tener episodios de fuertes broncoespamos que requerían llevarla al centro de salud.

No obstante, la realización de tareas de cuidado no es exclusiva de los hogares en los cuales los padres de los jóvenes se separan o los padres varones abandonan el hogar. En aquellos donde los padres estaban presentes y/o convivían con sus hijxs, los jóvenes también realizaban las tareas de cuidado, aunque asumían un carácter menos acuciante dado que en la mayoría de los casos las madres se encontraban en el hogar y se encargaban en gran parte de las mismas.

Lautaro (22) relata que su madre era ama de casa y por tanto, responsable de los quehaceres domésticos y del cuidado de sus hermanxs, y que su padre se dedicaba a trabajar como albañil la mayor parte del día, por lo que no intervenía en estas actividades. Sin embargo, la demanda de cuidado de sus 10 hermanxs era de tal magnitud que aprendió desde temprana edad a asistirle, ayudándola siempre que se lo pidiera, especialmente cuando ella se ausentaba ocasionalmente de la vivienda. En su caso, las labores de cuidado terminaron cuando debió buscar un trabajo para colaborar en la economía del hogar.

Es preciso mencionar que en los hogares donde los jóvenes entrevistados tienen hermanas mayores o de una edad similar, como en los casos de Francisco (16) o de Diego (20), la responsabilidad de los cuidados recae *preferentemente* en ellas, es decir, principalmente en ellas y en una proporción menor en ellos. Esto puede comprenderse mejor cuando pensamos en que, más allá del trabajo reproductivo, los jóvenes varones son muchas veces “empujados” por la situación económica de sus hogares, en al menos la mitad de los casos analizados, a conseguir un trabajo o *changa* para generar una entrada extra de dinero o para mantenerse a sí mismos, a diferencia de sus hermanas mujeres que son “retenidas” en el espacio doméstico. En este aspecto, puede observarse la reproducción de la división sexual del trabajo clásica, asignando así el trabajo doméstico a las mujeres y el extra-doméstico a los varones.

De hecho, los entrevistados se emplean como albañiles principalmente porque fue un oficio aprendido con sus padres desde chicos en aquellos casos en que estuvieron presentes, y en aquellos que no, por un tío o familiar cercano (suegros, padrinos) que les enseñó y empleó en alguna obra. Si no fuera por la necesidad de buscar un empleo que colabore a solventar los gastos de la vivienda, la participación de los jóvenes varones en las tareas de cuidado en el hogar culminaría cuando arman su propia familia. En las entrevistas realizadas, no es posible encontrar referencias que luego del nacimiento de sus hijxs, los jóvenes continúen desarrollando estas actividades en sus hogares de origen.

Un último dato en relación a este punto, es que en ninguno de los relatos de los entrevistados se menciona su concurrencia o la de sus hermanxs a un jardín maternal o una institución similar para descomprimir esta “carga” en sus familias. Como advertí anteriormente, estos hogares desarrollan “mecanismos adaptativos” de cuidado en los cuales estas necesidades se resuelven o distribuyen entre lxs mismxs integrantes de la familia o las mujeres jefas de hogar, impidiendo que se inserten en el mercado de trabajo o en el caso que lo hagan, centrando el cuidado en algunx de lxs hijxs. La

ayuda brindada por vecinas o comadres es puntual y específica, y continúa siendo femenina. La única posibilidad de externalización del cuidado está representada por los comedores del barrio, donde los jóvenes del grupo salvavidas han concurrido de niños de manera más frecuente que los otros grupos descritos. Allí además de almorzar, los jóvenes refieren haber realizado tareas escolares o haber transcurrido algunas tardes jugando con otrxs niñxs, convirtiéndose en un espacio de contención importante pero que no visualizan como de cuidado. Como analicé en el capítulo 3, los dos comedores que existen en el barrio y que componen la muestra de esta tesis fueron creados y son coordinados por dos mujeres vecinas del lugar. En estos casos, el cuidado de los hogares fue trasladado en parte a los comedores de Mónica y de Carmen.

Esta cuestión no es menor si pensamos en las oportunidades de externalizar el cuidado que poseen los jóvenes con sus propixs hijxs y su falta de demanda de espacios para su contención y educación, la cual analizo con mayor detenimiento en la próxima sección.

6.2.2. Paternar y cuidar en el hogar propio

A partir de las entrevistas realizadas observo que la totalidad de los jóvenes concibe las tareas de cuidado como actividades que no pueden eludirse, que requieren de su *participación*. Al respecto, es posible encontrar dos grandes modelos sobre prácticas de cuidado en estos jóvenes padres: un modelo auxiliar y un modelo compartido. Antes de referirme a ellos, considero oportuno mencionar las experiencias y rasgos comunes asociados al cuidado de sus hijxs que atraviesan al conjunto de los entrevistados (experiencias que pueden leerse en clave etaria, de género y generacional), como también concepciones compartidas respecto a qué es un padre y qué rol ocupa en una familia.

En el primer caso, y especialmente durante los primeros meses de vida de sus hijxs, los jóvenes encuentran dificultades para cuidarlx. Más allá de las razones y funciones biológicas inevitables de ese momento vital que centran la atención en la diada madre-bebé (como amamantar), los entrevistados expresaron sentirse “raros”, “perdidos”, “que no sabían bien qué hacer” y en ese sentido, no participaban y quedaban autoexcluidos de ese proceso, aunque como anticipé en la sección anterior, muchos de ellos se encontraran *familiarizados* con estas tareas. Francisco (16) relata de este modo la familiaridad con el cuidado y simultáneamente la dificultad de encontrar su propio espacio en el cuidado de Rosario:

“Los primeros días, mi mujer se encargaba de las cosas de la bebé y yo la ayudaba con lo que podía. Cambio pañales porque me crié con mis sobrinos, o sea, ayudé a mi

hermana a criar a mis sobrinos, entiendo de esas cosas. Pero en ese entonces no me salía *el papel de padre*, era como que no reaccionaba. Ella le cambiaba los pañales y yo me quedaba mirando como... raro, y te digo más, no la quería alzar hasta que cumpliera dos meses por miedo a que la lastimara, como era tan chiquita y yo era muy bruto... Por ejemplo, ahora tiene cuatro meses y ya se acostumbró a la brutalidad, cómo juego a lo bruto. Cuando la bebé tenía dos meses sin querer la mordí, jugando. No me di cuenta de la fuerza y la dejé llorando. Era como algo delicado que no la podía tratar bruscamente”.

(Francisco, 16 años)

El miedo sobre cómo manipular un bebé aparece como una preocupación en los jóvenes, pero más aún la dificultad de abandonar una aparente “brutalidad” que les impide conectarse con sus hijxs y sus emociones, colaborando con esa desorientación durante los primeros días de vida. Facundo (20), padre de dos hijxs, también refiere a esos momentos con su hija. Al igual que Francisco, el cuidado de hermanxs y/o sobrinx no era un tema ajeno para él (dado que tiene 10 hermanxs), pero cuando nació Lara no pudo sortear sus primeros días con facilidad. La idea del miedo a lastimar por la fuerza empleada, la brusquedad de movimientos o el trato poco sofisticado, aparentemente propio de los varones, sobrevuela la totalidad de los relatos. Para estos jóvenes alzar y sostener a sus hijxs siendo muy pequeñxs requiere de maniobras sutiles asociadas al universo femenino. Estas concepciones reeditan la ideología maternalista, en tanto que para los entrevistados las mujeres sabrían cuidar (bebés, niñxs, parejas, adultxs) por el hecho de ser mujeres, y por esa misma razón, brindarían un trato delicado y adecuado a sus hijxs. Esta explicación exige a los varones de ser cuidadores equiparables a las mujeres.

A pesar de estar *familiarizados* con el cuidado, los jóvenes consideran que “no es lo mismo” cuidar a un hermanx o un sobrinx, que a un hijx propix. Éste último exigiría un mayor compromiso y responsabilidad que el cuidado de otrxs familiares, aparte del hecho de que los jóvenes no se encargaban de sus hermanxs o sobrinx durante los primeros días de vida sino cuando éstxs tenían más edad. Si bien los primeros cuidados de un bebé podrían interpelar a todx padre o madre primerizx, el dato significativo de los relatos es la brutalidad enunciada por los entrevistados como un impedimento para involucrarse.

Facundo: A mí me pasó por ejemplo cuando le ponía el pantalón, no la quería levantar porque parece re frágil, ¿viste? Y ella [la pareja] me decía “*Agarrala*”, “*No, mirá si le hago mal*”, le decía yo. Si, no sabés la angustia que me agarró. Con una pincita un poco más la cambiábamos. Un cuidado terrible.

Cintia: ¿Pero nació prematura?

F: No, no nació chiquita, pero es semejante mano la mía que me daba cosa. Todo el tiempo pensaba que la lastimaba y no quería hacer nada. Ahora sí, la cambio y la doy vuelta.

(Facundo, 20 años)

Otra dimensión compartida por el conjunto de los entrevistados es que los jóvenes construyen una relación de cuidado diferente entre sus hijxs, dependiendo si se trata de hijxs varones o mujeres. Si el hijo es varón, se muestran más entusiasmados e involucrados en su crianza, incluso algunos manifestaron llevarlos consigo a sus trabajos para mostrarles “lo que hacían”. Además, expresaron pasar más tiempo con ellos, jugar a la pelota y otros juegos como “la lucha”⁷⁵, en los cuales podían “ser más brutos” (“puedo ser más yo”) y emplear más fuerza sin preocuparse por lastimarlos (sugiriendo que los niños no se lastiman, o por lo menos no con tanta facilidad como las niñas).

En cambio, el cuidado de las hijas mujeres quedaba preferentemente en manos de las madres, dado que debían ser tratadas con mayor delicadeza y que no podían apelar ni compartir los mismos juegos. El baño, el cambio de pañales o vestimenta tampoco es compartido con sus hijas, expresando que al realizar alguna maniobra pudieran lastimarlas, o generar algún conflicto al entrar en contacto con ellas por ser varones, más allá de que sean sus padres. Esta diferencia sexual entre hijos e hijas es visible particularmente en los grupos de paternidad fortuita y salvavidas, en los cuales se concentran la mayoría de los relatos; no así en la paternidad planificada. Además, a través de los testimonios de estos dos grupos se puede apreciar que tener un hijo varón tiene otro valor (superior) para los jóvenes, como continuadores de un legado familiar, responsables de la descendencia y el reconocimiento ante los demás.

Cintia: ¿Sentiste lo mismo cuando nació Bruno que cuando nació María?

José: ¡No! Bruno es otra cosa. El varón, ¡era varón! El varón es todo.

C: Ah, entonces ahora que viene [está por nacer] otro varón, ¿estás más contento?

J: ¡Sí! ¡Los dos varones! Ojalá que sea como yo, así le puedo enseñar todo lo que sé de mecánica, de autos.

C: Pero María también puede aprender algunas cosas, ¿o no?

J: No, no necesariamente. Te rompe todo, te tira todo, no quiere armar nada. No le gustan esas cosas a ella.

(José, 20 años)

“Queríamos tener un varón. Y para un hombre tener su primer hijo varón, no sé tal vez queda como machista pero para mí es, qué sé yo, es tu *generación* (sic). Vos decís, el día de mañana o tus nietitos van a ser tal, van a llevar tu apellido. En cambio la nena, vos le ponés tu apellido y después cuando ella tiene tus nietos, no van a ser tu descendencia. Se corta ahí. En cambio, yo veía que si tenía un varoncito, ya iba a tener descendencia. Si me decía mi señora, “*vamos a ponerle mi apellido*” a mi hijo, yo le digo que no. Yo lo quiero reconocer como el papá. Es mi apellido”

(Alejo, 19 años)

⁷⁵ Es un juego de manos entre uno o más participantes en el cual se simula “pegar” golpes de puño y patadas a un oponente. Hace alusión a un ring de boxeo, de ahí deviene el nombre.

Estas referencias no resultan novedosas si pensamos en que históricamente, la paternidad hegemónica ha sido y es asociada a la virilidad masculina, es decir, a la posibilidad cierta de gestar una nueva vida, de ser fértil (De Keijzer, 2000; Fuller, 2000). Desde esta posición se sustenta que un varón padre de familia debe continuar el legado familiar, mantener vigente el apellido, trascender, prevalecer, además de poseer la capacidad de mantenerla económicamente. Desde este marco podría interpretarse la preferencia de los entrevistados por los hijos varones o “*los machitos*” como sostiene Juan (23), aunque esta predilección pueda ser considerada machista como advierte Alejo (19).

Por último y desde una mirada generacional, los jóvenes expresaron que “cuidan más” y de otro modo a sus hijxs en comparación a sus propios padres. Manifiestan que destinan más tiempo a su crianza, asisten a las consultas médicas con sus hijxs y lxs acompañan desde nuevos lugares que los entrevistados no experimentaron cuando eran niñxs (principalmente en el juego, pero también en el seguimiento del desempeño escolar). Esto puede observarse con mayor énfasis en aquellos jóvenes que no tuvieron a su padre presente, por diferentes motivos, y de manera específica en los entrevistados que conforman los grupos de paternidad planificada y salvavidas.

Al menos la mitad de los entrevistados no conoció a su padre biológico porque fueron abandonados, no reconocidos o se encuentran en prisión. Por estas razones, *adoptaron* un “padre de crianza” (generalmente, la pareja de la madre que los reconoció como *hijxs*) al que consideran como el padre, en sentido estricto. Los jóvenes expresan mantener un buen vínculo con ellos, incluso mejor que aquellos que convivieron con su padre biológico. Para el conjunto de los entrevistados, la característica que define el rótulo de padre es la presencia, a través del acompañamiento físico (“es el que está”) y principalmente, emocional. De modo inverso, *los padres ausentes* (quienes abandonan a sus hijxs o no mantienen un vínculo con ellos), no serían padres en sus propios términos.

En relación a su papá, Mariano (23) también define como su padre a la pareja de su madre. Al igual que en los casos de Federico (21), Juan (23) y Santiago (17), cuando refiere a su padre biológico lo hace como “el chabón” o simplemente no lo menciona. Para Mariano, ser papá es todo lo contrario a lo que ocurrió con él: no dejar abandonado o “tirado” (como él expresa) a lxs hijxs.

Mariano: Mi viejo, bah le digo mi viejo porque me crió, pero biológico no es, no lo conozco. Igual qué sé yo, me crió desde los 3 años así que yo le digo papá. Cuando me preguntan “¿*Querés conocer a tú...?*” Nunca tuve, ni ganas, ni, no sé cómo se dice [risas].

Cintia: Tener curiosidad.

M: Eso, curiosidad. Saber de dónde...Viste que te dicen: *¿No te gustaría saber de dónde...?* Y no, no me pasa. No me interesa. Nunca me dio nada ni quiero nada de él tampoco. Más que nada mi mamá a veces me dice "*Mirá que cuando seas grande vas a tener hijos y te van a preguntar*". No. Por ahí me da curiosidad porque debo tener hermanos seguramente. Pero al chabón digamos [risas] no, no me interesa.

C: ¿No sabes a lo que se dedica?

M: Nada de nada.

(Mariano, 23 años)

A diferencia de Mariano, Juan (23) y Santiago (17) sintieron curiosidad de conocer a sus padres biológicos. Ambos hicieron largos viajes (Juan a Tucumán y Santiago a Entre Ríos) para encontrarlos, pero ninguno de los dos tuvo experiencias positivas. En un principio lograron mantener un buen vínculo con sus padres, pero con el tiempo afloraron reclamos sobre su ausencia y un conjunto de situaciones adversas que los jóvenes debieron afrontar en su infancia, por lo que decidieron terminar la relación. En la entrevista, Juan (23) relata con la voz entrecortada que conocer a su padre biológico "lo enloqueció" de la angustia por no entender sus explicaciones sobre su abandono.

Cintia: ¿Y vos considerás que sos diferente con Benicio de cómo fue tu papá con vos?

Juan: Sí, si yo cuando me vine de Tucumán tenía 8 meses, él... mi papá [pareja de mi mamá] me crió desde los 8 meses cuando se juntó con mi mamá. Pero sí... o sea, él [papá biológico] me dejó a los 8 meses y yo a él nunca lo dejé, a Benicio, nunca lo voy a dejar.

C: ¿Lo conocés?

J: Sí, yo fui para Tucumán, tampoco le iba a dar la espalda, fui y lo saludé, me preguntó por mi mamá, todo...

C: Ah, pudieron charlar bien.

J: Sí, charlamos, lo conozco, mi mamá me lo hizo conocer a los 9 años, por eso ahí me volví loco, a los 9 años... 9 años, 8 años. ¡Como que con 9 años no entendía nada que tuviera un papá acá, pero tenía otro que me había dejado y vivía en Tucumán! O sea, yo estaba viviendo acá en mi casa como hace un nene y viene mi mamá y me dice que mi papá no era mi papá, que mi papá estaba en Tucumán, ¡me agarró una locura que no entendía nada! Fue un palazo eso, aparte me lo dijo así nomás. Después me quedé re mal.

C: ¿Y sobre qué conversaron?

J: Que él me había tenido muy de pibe, que lo disculpe. Boludeces, excusas. Yo siempre digo que después [de conocerlo] quedé re loquito (risas), pero loquito mal, no bien. Quedé *enloquecido de la tristeza* que me agarró. No me entraba que me hubiera dejado. Se me vino todo abajo, todo.

C: ¿Después de que tu mamá te contó eso?

J: Sí, hoy por hoy me sigue poniendo mal porque *¿cómo vas a dejar un hijo? ¿Y a mi vieja qué le pasa?* ¡Yo era muy chico para entender que el tipo con el que vivía no era mi viejo posta! Yo a Benicio nunca lo dejaría, salvo que me pase algo, pero no porque yo quiera.

(Juan, 23 años)

Santiago: Mi papá no es mi papá. Mi papá [biológico] me abandonó cuando tenía meses, un año, por ahí, y lo encontré y lo conocí a los 15 años.

Cintia: ¿Y cómo fue ese momento cuando te encontraste con tu papá?

S: Fue raro, porque cuando lo conocí todo lo más bien. Me habló, me dijo por qué no estuvo conmigo, por qué esto, por qué lo otro. Pero después, cuando empecé a ir a la

casa era como que no me daba bola, era como que hablaba siempre de él. Hasta que llegó un momento que dejé de ir. Tengo tres hermanos varones de parte de él, que me hablo a veces. Pero no hay mucha... no hay algo para empezar [retomar la relación con el papá].

(Santiago, 17 años)

De acuerdo a las definiciones de los jóvenes, ser padre de una familia excede al sostenimiento económico de un hogar. Si bien esa dimensión es señalada con gran importancia (padre es el que “lleva el plato”, “trae a la casa”, “es que el que se sacrifica para que no falte nada”, “es el sexo fuerte del hogar”, “el que aguanta todo lo que venga”), el afecto, la presencia, el acompañamiento a los hijos también son indicados como cualidades necesarias de esa función. Las ideas del padre asociadas al “aguante” y al “sacrificio” son mencionadas por los tres grupos de paternidad, pero son remarcadas con mayor fuerza por el grupo salvavidas.

En varias oportunidades el padre es señalado como la *cabeza*, el *centro* y la *cara* de una familia, dando a entender que es quien toma las decisiones y quien las afronta, quien se *hace cargo* de los hogares (en palabras de Facundo (20): “*si la cabeza falla, todo anda mal*”). Como contrapartida, las mujeres son (en palabras de ellos) el “corazón” de las familias. Es así como se ponen en juego elementos que podríamos vincular al modelo del varón proveedor, pero que no resultarían suficientes en esas definiciones. Así, un buen padre sería quien aparte de satisfacer las necesidades económicas de un hogar, tiene un *vínculo emocional* con su hijo, es decir, lo escucha, “tiene oídos”, lo acompaña, lo aconseja, pasa tiempo con él/ella, le manifiesta su aprecio. De manera opuesta, un “mal padre” es aquel que tiene una adicción (alcohol o cocaína), maltrata o violenta a su familia, como también aquel que no está presente o la abandona.

“Y para mí ser un buen padre es tener relación con tu hijo. Porque algunos se hacen llamar padre porque le pasan plata a la madre, le compran los pañales y a la nena o al nene no lo ven nunca, o la nena no sabe quién es el padre. “*Le paso plata*” dicen, como si fuera ponerle nafta al auto. Para mí eso no es ser padre, el padre es el que está con su hija, que extraña a su hijo, para mí es eso ser padre. Tuve un amigo que por Facebook, decía eso, “*hijo te amo, hijo...*”, muchísimas cosas así, pero no tenía la relación de padre a hijo, *pasaba plata*, lo veía cuando se acordaba, porque era así. Capaz que estábamos a veces tomando una gaseosa o una cerveza por ahí, y decía “*Uh, yo tenía que ir a ver al nene*”, y nosotros le decíamos “¿*Y por qué no vas?*”, “*No, ya fue, mañana voy*”.

(Néstor, 22 años)

Aquellos jóvenes que tuvieron a su padre presente en los hogares, o al menos en un período de su infancia o adolescencia, expresaron que el ejercicio de la

violencia y los castigos físicos eran parte de su crianza, aunque no podían explicar el por qué. La violencia a la que fueron sometidos es denunciada, pero en sus relatos aparece como una práctica habitual en la que no sólo ellos fueron los destinatarios; toda la familia estaba atravesada por ella. En este aspecto en particular más que en otros, los jóvenes entrevistados se reconocían muy diferentes con sus propixos hijos: la violencia física no es aceptada (al menos discursivamente) en su estilo de crianza por ninguno de los grupos de paternidad descritos.

Alan (23) y Federico (21) son los entrevistados más afectados por los castigos físicos de sus padres varones. En el caso de Alan, su padre era especialmente violento con él pero no con su madre o con sus hermanas y no representa en su relato un quiebre en la relación con su padre o su familia: “era su forma de educarnos”. Contrariamente, Federico y su madre padecían diariamente los malos tratos de su padre en un contexto de violencia familiar que se resuelve de manera dramática: Federico le dispara a su padre en medio de un episodio muy agresivo hacia su madre. Sin herirlo de muerte, Federico abandona su hogar inmediatamente después del hecho y no vuelve a encontrarse ni saber de su padre. Después de ese momento, convive con su abuela materna por algunos meses, pero continúa “en la joda” hasta que su adicción se vuelve insostenible y necesita ser internado (sin éxito).

“Yo no entendía por qué mi viejo me trataba tan mal. Me agarraba con una manguera y me dejaba todo marcado. Por ahí me iba a cazar a pajaritos con los pibes del barrio. ¡Todas esas cosas que hace uno de chico! Y mi viejo me llamaba ¡Alan! Cuando llegaba [a casa], ya me mataba a palos. Me agarraba con la manguera, tenía un cable de esos de antena y me arruinaba. Mi vieja siempre se peleaba porque mi viejo era muy bruto para educarnos. No se medía una vez que se *encarnecía* [sic]. Con mis hermanas tan así no era. Pero cuando se enloquecía, no le importaba nada. Si mi vieja no nos sacaba, hoy en día capaz... Yo lo amo a mi viejo, no tengo rencor, fue su forma de educarme y ya está yo lo tomo así y a veces le agradezco *“gracias viejo por los valores que me diste, por la educación que me diste, te agradezco”*. Tal vez no fue la manera, yo no lo hago con mis hijos, pero te lo agradezco. Y para mí es eso, que yo nunca lo vi a mi viejo borracho, nunca me enteré. He conocido gente en la calle que lo conocía a mi viejo de pibe, nunca me enteré que se drogó, me dijeron *“Tu viejo, un tipazo”*, *“tu viejo, mirá que nosotros le ofrecíamos [droga], tu viejo nunca agarró nada, un tipazo, un labrador, labrador de la casa, nunca le pegó a tu mamá, nunca”* y así”.

(Alan, 23 años)

Cintia: ¿Y vos sentís que sos diferente con Juana?

Federico: Sí, olvidate. [Una vez mi papá] me fue a llevar al jardín y se fue y no me fue a buscar más. Se olvidó. Pero bueno, nunca más... Casi lo mato a mi viejo yo, le di un tiro una vez. Le pegaba mucho a mi vieja y a mí también. Yo ya era grande, tenía 14 años, entonces le di [un tiro]. Yo ya andaba en la joda, la delincuencia, de vago.

C: ¿Y qué pasó después?

F: No, ahora no me dedico a eso, me dedico a laburar y hacer las cosas bien, para estar bien, porque si yo estoy encerrado [preso], ¿quién la va a proteger a mi hija? Nadie.

C: ¿Pero tenés contacto con él ahora?

F: No, no lo veo, si lo veo ni lo saludo, nada. No tengo nada que ver con ese chabón, con esa persona, no tengo nada que ver. Se portó muy mal cuando nosotros [mis hermanos y yo] éramos chicos. Yo pienso a veces en mi papá, las cosas que hizo el chabón, creo que no me quería tener ni nada. Me pegaba mucho... Cuando me veía en la esquina así, me pegaba para llevarme a mi casa. Hasta que me enojé y bueno, pasó lo que tenía que pasar.

C: ¿Y después de eso que pasó?

F: Me fui de mi casa y ni cabida al chabón, no lo vi más.

C: ¿Pero lo llevaron al hospital? ¿Cómo se recuperó?

F: No sé porque yo me fui a la mierda. Le pegué en la pierna, tampoco se iba a morir el loco. Pero no aguantaba más que nos dé [palizas] todos los días.

(Federico, 21 años)

En relación a los castigos físicos, los jóvenes se muestran en amplio desacuerdo con el uso de la violencia para llamar la atención de sus hijxs cuando desobedecen o no se comportan como se espera, mostrando también su desaprobación o *bronca* sobre los jóvenes que “por cualquier cosa le dan un sopapo” a sus hijxs. Sin embargo, Alan (23) manifiesta que a veces es necesario “amenazarlos con un chirlo”, como en su caso, que cuando su hijo mayor no obedece, simula tomar un cinturón y su hijo inmediatamente se tranquiliza o depone su actitud. Los modos de “retar” a sus hijxs son explícitos, pero se diferencia radicalmente de su padre: él ha sufrido mucha violencia y maltratos cuando era niño, por eso expresa “no querer repetir la historia” y le pide a su pareja no discutir ni tener escenas agresivas frente a ellxs.

A su entender, los padres (varones) son quienes lxs hijxs más respetan, quienes más autoridad tienen el hogar. En esa dirección, es significativa la idea de que un padre desempeña el rol autoritario y su pareja el rol de mujer buena (“amorosa, blandita”), dando cuenta de la división sexual del trabajo de cuidado que existe en su familia aunque él también se asume “amoroso”: los padres retan, las mujeres consienten.

Cintia: ¿Cómo hacen cuando los chicos se portan mal?

Alan: Con el tema de los retos... Yo hago el rol de malo en la casa y ella hace el rol de buena porque siempre tienen que, el tema de la psicología es así, en todos lados. Si vos vas a un lugar público donde uno va a hacer trámite siempre hay uno que te descarta, que te trata mal y hay otro que si vos haces quilombo te trata bien.

C: O sea para vos uno tiene que hacer de bueno y otro de malo.

A: Y para mí es así. Uno más rígido y el otro más amoroso, más blandito (Risas). Yo soy amoroso con ellos pero más... yo a ellos les digo “No” y es “No” y ellos saben que es “No”. A mi nene, nunca le pegué pero yo hago como que le pego, le digo “*Ahora cobrás*” y hago como que me voy a sacar el cinto “*No papi, no papi*” me dice, y se queda así y no hace más cagada, nada.

C: Se queda en el molde.

A: Se queda en el molde, sí. Y la nena también.

E: ¿Y cómo era tu viejo con vos cuando hacías una macana?

A: Y yo la pasé mal, horrible. Mi viejo me recontra cagó a palos siempre. Por cualquier boludez me arrinconaba y me rompía los brazos con cualquier cosa que veía. Con el cinturón, con una antena, con un palo, con lo que hubiera me lo tiraba encima. [...]. Yo no quisiera que mis hijos vean una discusión con mi pareja. Es decir, a veces discutimos

y yo a ella le digo “*Shh que están los nenes*”, le digo por favor “*¿Por qué nos peleamos? Vamos a discutir este problema cuando ellos se duerman*”, que nos miren que estamos bien. Y eso es un ejemplo que les das a ellos. Que ellos después el día de mañana cuando tengan su pareja, tengan ese trato con su pareja de decir “*es así la pareja, se tiene que tratar así*” porque siempre los vi a mis padres que se trataron bien entre ellos, por más que a mí mi viejo me fajara.

(Alan, 23 años)

Hasta aquí mencioné los rasgos o experiencias comunes en relación al cuidado que comparten los jóvenes entrevistados en sus propios hogares: las dificultades de cuidar los primeros días de vida de sus hijxs, las preferencias por los hijos varones sobre las hijas mujeres, las diferencias generacionales en el cuidado que los jóvenes recibieron de sus padres y los que brindan ellos, su condena sobre el uso de la violencia física con sus propixs hijxs y las definiciones sobre qué significa ser un padre, un buen padre y su rol en las familias. De este modo, se pueden establecer algunos puntos de continuidad y ruptura en las prácticas de cuidado que responderían a un modelo tradicional o hegemónico de paternidad (la idea del legado o la trascendencia a través de lxs hijxs, proveer, proteger) con otros emergentes (Bonino, 2003) que critican, se distancian o reconfiguran algunas de sus dimensiones anteriormente aceptadas (la crítica a una crianza violenta, el acompañamiento emocional a sus hijxs, la mayor presencia de los varones en los hogares). Sobre este último punto me ocupo en la próxima sección, en la cual analizo las modalidades que asumen las prácticas de cuidado que desarrollan los jóvenes.

6.3. Dos modos de cuidar: el modelo auxiliar vs. el modelo compartido

Como anticipé en la sección anterior, a pesar de las similitudes compartidas en algunas dimensiones del cuidado, es posible encontrar dos grandes modelos sobre prácticas de cuidado en estos jóvenes padres: un modelo auxiliar y un modelo compartido. Estos modelos tienen un objetivo heurístico, es decir, constituyen una herramienta teórica que permite agrupar y diferenciar prácticas de cuidado que habilitan describir y explicar cómo cuidan los entrevistados. Como todo modelo, encuentra limitaciones en las explicaciones generales que pueden brindar al excluir tensiones, *grises* y diversidad de modos de cuidar, como aparecen en los relatos de los jóvenes. Sin embargo, sostengo que estos dos modelos iluminan discursos y prácticas de paternidad y cuidado juvenil.

El modelo auxiliar se caracteriza por la participación de los varones en el cuidado en caso de “emergencia”, es decir, cuando las mujeres no están presentes o están imposibilitadas para realizar una tarea. En estas situaciones, los jóvenes reemplazan o

suplantando a sus parejas en momentos específicos, pero no participan transversalmente (a lo largo del tiempo): “si ella no está, lo hago yo”, “si lo tengo que hacer, lo hago”, “si me lo piden, lo hago”. En este esquema, las mujeres son las responsables centrales y los varones son cuidadores de segundo grado o participantes menores que intervienen puntualmente.

Uno de estos casos es el de Diego (20), que llegó a Los Hornos desde Pozo Hondo (Santiago del Estero) hace tres años en busca de trabajo. A partir de un contacto en la UOCRA⁷⁶ ingresó a la Refinería YPF con un contrato temporal, pero al momento de la entrevista se encontraba desempleado. Lali (su pareja) tenía 18 años y tampoco trabajaba. Se conocieron en el barrio cuando ella migró desde Paraguay con su madre, también en busca de progreso económico. Luego de casi un año de relación tuvieron a Manuel. Diego tenía largas jornadas de trabajo que le impedían disponer de tiempo e involucrarse en el cuidado de su hijo. No obstante, cuando quedó nuevamente desempleado, su participación en el cuidado comienza a ser “auxiliar”: ayuda a Lali cuando ella no puede hacerlo.

Cintia: ¿Tienen distribuido quién hace cada cosa en la casa?

Diego: No. Al principio no la ayudaba nada yo. Trabajaba de noche, no podía ayudarla, qué se yo, venía cansado, entraba a las 7 de la tarde y venía a las 7 de la mañana, laburaba toda la noche sin descansar. Así que venía rendido, no podía...

C: ¿Cambiaste pañales?

D: Una sola vez y encima lo puse al revés (risas). No, la verdad que no ayudo con esas cosas salvo que me lo pida y ahí lo intento hacer.

C: Y ahora que estás sin laburo, ¿podés estar más tiempo con el nene?

D: Mmm sí, a veces estoy acá en la casa haciendo algo, *le cuido el nene*, a veces cuando está haciendo algo ella le agarro al nene, o lo hago jugar un toque, y a veces me dedico a otra cosa...

(Diego, 20 años)

Al manifestar “le cuido al nene”, Diego (20) deja entrever que centraliza el cuidado de su hijo Manuel en su pareja por el *argumento del trabajo*. Como señalé en el capítulo anterior, este argumento es utilizado también para explicar el acompañamiento intermitente de un grupo de jóvenes en los controles prenatales y en el parto. A su vez, no sólo es mencionado como un factor determinante a la hora de cuidar a los hijos, sino también en la participación de los quehaceres domésticos. Como describí anteriormente, los jóvenes se emplean principalmente como albañiles, pintores o cooperativistas (todas actividades ligadas al sector de la construcción) entre otras, sosteniendo que las largas jornadas de trabajo imposibilitan y atentan contra el tiempo que podrían dedicar a realizar las tareas del hogar.

En esa dirección, Mariano (23) comparte con Diego el argumento del trabajo para

⁷⁶ Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina

no ocuparse de las tareas del hogar a la par de su pareja, lo hace cuando se *debe hacer*. Cocinar queda definitivamente excluido de sus dominios:

“Cuando yo no laburo, la ayudo obviamente. No sé a veces ella, a veces yo, depende. Lo que sí ella cocina y limpia porque yo no me ocupo. Ni ahí. A veces cambio los pañales. Después limpiar...Por ahí yo también, cuando estoy aburrido, y tengo que estar muy aburrido (risas)”.

(Mariano, 23 años)

Este argumento es frágil porque en los casos en que los jóvenes no tienen empleo, tampoco aumenta su participación en las tareas del hogar. En otros relatos se puede visualizar que a este argumento se suman concepciones o imágenes de familia tradicionales, que identifican a las mujeres con el trabajo doméstico, como ilustra el caso de Lionel (21). Es músico y era tecladista en una banda de cumbia. Su abuelo le regaló un teclado cuando era muy chico y desde entonces se dedica tocar y a hacer colaboraciones con distintos grupos musicales de la escena platense, principalmente los fines de semana. De lunes a viernes trabajaba como empleado en un kiosco, pero el negocio no funcionó como esperaban y cerró 5 meses antes de la entrevista. Este cambio significó que tuviera más disponibilidad horaria para estar con su hija y encargarse del hogar mientras su pareja trabajaba en un comercio, pero Lionel lo interpreta como un abandono de su rol de padre para tomar un rol de madre. Las tareas domésticas (limpiar, lavar, planchar, hacer las camas) tienen para este modelo de cuidado una marca genérica (Wainerman, 2007) que las vincula íntimamente con las mujeres, como dominios femeninos.

Lionel: Mirá yo estoy *en un rol más de madre que de padre* ahora igual.

Cintia: ¿En qué sentido?

L: Y estoy con ella desde la mañana hasta la tarde, estoy todo el día con la nena. *En cambio cuando yo era papá* no, estaba más en el laburo y preocupado por lo que faltaba, qué se yo, pensando en algo mejor...En cambio ya se encarga mi señora, qué se yo de ir a comprar no sé, el otro día nos faltaba un ventilador y se encargó ella de decirme “*ey, andá a comprar un ventilador*”, si no antes me salía a mí, lo iba a comprar yo, ¿viste? Estoy más enfocado en la nena, en cuidarla, estar con ella o llevarla, sacarla a algún lado porque a mí no me gusta tenerla ahí en mi casa todo el día.

C: ¿Y eso a vos te parece que lo hace más una mujer?

L: Una mujer, sí. Ordenar no, a mí no me gusta ordenar, si tengo que ordenar lo hago por obligación, pero no.

(Lionel, 21 años)

Alejo (19) también identifica y equipara a las mujeres con el rol materno y la realización de las tareas domésticas. A través de su relato expone su concepción de

familia, sustentada en la división sexual del trabajo, estableciendo funciones diferenciadas para unos y otras:

Cintia: ¿Cuál te parece que es el rol de un padre en una familia?

Alejo: Y tiene que mantener toda la casa. O sea... mantener la casa, comprar lo que falta, arreglar lo que se rompe, no puede limpiar... eso yo creo que se encarga la mujer y todo eso...

C: Vos no limpiás.

A: Sí, limpio, si mi mujer no está y veo que está todo sucio, agarro y lo hago.

C: Pero en general es ella, digamos, la que se encarga de eso.

A: Sí, igual mi mujer es media adicta a la limpieza y discutimos bastante por eso.

(Alejo, 19 años)

Como contrapartida, el modelo que denomino compartido se sustenta en *la retórica de la equidad* (Venturiello, 2012). En estas familias, las tareas de cuidado son asumidas y repartidas de manera compartida tanto por las mujeres como los varones, siendo los dos igualmente responsables de su organización: “los dos hacemos todo”. Sin embargo, y como sostiene la autora para el caso de familias de clase media, es posible encontrar la persistencia de dominios masculinos y dominios femeninos en la realización de estas tareas aún cuando el cuidado es compartido. A partir de las entrevistas, pude visualizar dos dominios masculinizados en este modelo: una *dimensión administrativa de los cuidados* que consiste en la realización de tareas de corte “administrativo” (como llevar a lxs hijxs al centro de salud, retirarlx de los jardines de infantes, hacer un trámite o certificados como la Asignación Universal por Hijo (AUH)) y un segundo dominio relacionado con la *dimensión lúdica de los cuidados* (que contempla el espacio de juegos, incluyendo paseos o salidas recreativas).

Cuando nació Agustín, Ezequiel (19) tenía 17 años. En ese momento no trabajaba y había dejado la escuela dos años antes. Estaba la mayor parte de su tiempo en la calle y tenía un grave problema de consumo de pastillas. La llegada de Agustín fue un acontecimiento que él consideró una “bendición”: su hijo lo “había sacado” de la calle y lo había librado de sus adicciones. El cuidado de bebés o niñxs pequeñxs no le resultaba una cuestión ajena, se había acostumbrado a estar y jugar con sus 25 sobrinxs y previamente a eso, a compartir su hogar con 11 hermanxs. Cuando Agustín finalmente nació, Ezequiel y su pareja arreglaron repartir equitativamente el cuidado de su hijo, principalmente porque su pareja quería terminar la escuela y él tenía que trabajar. Sostenía que ese trato fue “lo más justo” para lxs dos, aunque al principio les costara encontrar la forma de organizarse:

Ezequiel: Cuando nació Agustín nos encargamos los dos de hacer las cosas, creo que es mejor así también. No soy machista de “No, lavá los platos vos”, yo no tengo problema, si los tengo que lavar los lavo, no, somos bastante organizados, bastante organizados, a lo que éramos antes...

Cintia: ¿Por qué?

E: Antes no, antes... Chocábamos mucho, porque yo le decía “*Bueno, andá a hacer esto*” y ella me contestaba “*No, yo no lo voy a hacer*”, y empezábamos a discutir muchísimo. Aparte yo me levantaba para ir a la obra muy temprano y llegaba molido, ella estaba mal también con querer terminar el colegio, todo difícil. Por suerte eso ya pasó, nos hablamos bien las cosas como tenían que ser para seguir, y por suerte entendimos los dos, y ahora estamos mejor, parejos.

(Ezequiel, 19 años)

Federico (21) tampoco esperaba la llegada de Jazmín. Al igual que Ezequiel atravesaba un momento crítico en que su vida se desarrollaba entre diferentes internaciones que lo ayudaran a frenar su consumo. Conoció a su pareja Sofía entre los ingresos y egresos de los centros de rehabilitación y al tiempo tuvieron a Jazmín. A pesar de sus dificultades, logró estabilizarse y conseguir empleo, repartiendo su tiempo entre el trabajo y el cuidado de su hija:

Cintia: ¿Y cómo se arreglan con el cuidado de Jazmín, hay algo que vos o ella se encarguen en particular?

Federico: No, sí, yo me levanto a la noche. Me levanto, le hago la mamadera, también cuando ella [Jazmín] se levanta, ya se levanta con hambre, a la mañana le preparo otra, le damos manzanilla así pisada. Un yogurcito, yogur también le damos con la leche.

C: Claro, ¿y todas esas cosas se las preparás vos o se las prepara tu pareja?

F: Sí, los dos, los dos ahí bien compañeros.

(Federico, 21 años)

A diferencia de Ezequiel y de Federico, en capítulos anteriores me referí a la historia de Daniel (23) y a sus deseos de convertirse en padre. Si bien tuvo que afrontar desde el principio de su noviazgo la poca aceptación de la familia de su novia, lograron afianzar su relación. Luego del nacimiento de Brisa (2), acordaron en compartir sus cuidados aunque su pareja no tuviera un empleo (extradoméstico). Su trabajo de remisero le permite cierta flexibilidad horaria cuando necesita “cortar” la jornada y cuidar a su hija. Los fines de semana son los días que más tiempo pasa con ella.

Cintia ¿Tenés tiempo para compartir con la gordita?

Daniel: Sí, me tomo y me lo hago al tiempo.

C: ¿Qué cosas hacen juntos?

D: Yo no es que salgo todos los días, ponele, a las 18 hs. A veces salgo más temprano, o a veces más tarde. Pero esas horas que aprovecho, me levanto temprano, la despierto, y ahí siempre nos vamos a algún lado. Ponele, el fin de semana nos vamos a juntar en una plaza, vamos a comer a algún lado. Trato de disfrutar lo más que pueda.

(Daniel, 23 años)

Al preguntar sobre lo que más disfrutaban en el cuidado de sus hijxs, los jóvenes resaltaron los juegos y las salidas recreativas. Al respecto, Catalina Wainerman (2007) ha señalado el valor que adquiere la emotividad en la conformación de las nuevas prácticas de la paternidad así como el juego y los paseos. El juego puede ser

interpretado como una forma de mayor acercamiento de los padres con sus hijos, en los que se establecen canales de comunicación donde la afectividad se transmite con mayor fluidez.

Cintia: ¿Y laborás muchas horas por día?

Facundo: No, de las 8 hasta las 2 de la tarde.

C: ¿Y tenés tiempo para estar con la nena?

F: Sí, sí, todos los fines de semana paseo también. Me voy al zoológico o a cualquier lado. Nos gusta pasear, a andar en bote allá en el Bosque, en el lago [del Bosque de La Plata].

(Facundo, 20 años)

Cintia: ¿Qué es lo que más te gusta de ser papá?

José: Lo que más me gusta es tenerlos y jugar con ellos, jugar a la pelota (con sus hijos varones), me divierto y ellos también, andar juntos para todos lados, me hacen reír. Es lo mejor que hice creo.

C: ¿Ser papá?

J: Y sí, es una de las mejores cosas que me pasaron, me hace ir para adelante.

(José, 20 años)

Los encuentros lúdicos con sus hijos, especialmente con los varones, son un momento trascendente en su relación. Como expresa José (20), la posibilidad de disfrutar de ese vínculo lúdico constituye una motivación para realizar las tareas de la crianza. Mis datos reafirman lo que sostiene Venturiello (2012) cuando señala que “el ejercicio de la paternidad se vincula en mayor medida con el hedonismo: asumir o no ciertas tareas (...) está en directa proporción a la posibilidad de disfrutarlo” (2012:80).

En referencia a los “cuidados administrativos”, es llamativa la importancia que algunos jóvenes otorgan a la atención médica de sus hijos, teniendo en cuenta que casi la totalidad de los entrevistados no recuerda haber asistido a un establecimiento de salud por controles o aplicación de vacunas cuando eran niños. Incluso uno de los jóvenes (Fernando, 20 años) expresa que “nunca tuve una libreta sanitaria, o algo que diga qué vacunas me di”. La mayoría de los jóvenes concurren sólo en situaciones concretas de preocupación o urgencia (sutura de brazos, cabeza, quebraduras o esguinces, fiebre muy elevada) como además evidencian las investigaciones citadas en el capítulo 3 (de Keijzer, 1998; Obach, Sadler y Aguayo, 2018; Tajer, 2018). No obstante esta prioridad otorgada a la salud de los hijos, cuando éstos se enferman quedan al cuidado de las parejas (mujeres).

Cintia: ¿Cómo se organizan en la casa, tenés algunas tareas que hacés vos o los dos hacen todo?

Fernando: Para ir al médico si la puedo acompañar la acompaño, si no va ella, eso sí, con la salud yo le rompo siempre las bolas, que las vacunas, que esto, que lo otro. Yo

debo tener la mitad de las vacunas, ni libreta sanitaria tengo, pero no, los nenes sí, tienen mocos o algo, "Bueno, vamos al médico". Para mí eso es re importante, mantener a los chicos bien y que no se enfermen es importante.

C: ¿Y a dónde van a atenderse?

F: A la salita o al hospital de niños y la verdad que nunca tuvimos problemas.

(Fernando, 20 años)

La misma situación explicó Martín (21) en relación a los trámites de sus hijxs. Se dedica al cirujeo, actividad que aprendió desde chico junto a su padre. Relató que si bien para él era un trabajo como cualquier otro, no quería que sus hijos se dedicaran a lo mismo, por lo que estaba intentando terminar un curso de gas para tener un oficio.

Antes de hacer la entrevista, se había acercado al centro de salud con su hijo mayor Ciro (5) para solicitar un certificado buco dental. Éste es uno de los requisitos establecidos por la Asignación Universal por Hijo (AUH) que perciben Ciro y su hermano pequeño, Thiago (1). En su hogar, Martín es quien lleva el registro de los controles y certificados (como también el de alumno regular) que deben presentar todos los meses para que sus hijos puedan acceder y ejercer ese derecho. El incumplimiento de estos controles anteriormente trajo severos inconvenientes en el cobro de la Asignación por el atraso en los depósitos, resintiendo la economía familiar. En el caso de Martín, la dimensión administrativa de los cuidados contempla la administración del dinero y se conjuga de manera simultánea con su rol de proveedor único del hogar:

Martín: Después de que nos cortaron la plata la otra vez, de todo esto me encargo yo. Para mí es una gran ayuda que no puedo dejar. No tenemos mucho. Así que bueno, lo hago yo.

Cintia: ¿Siempre te encargaste vos?

M: No, pero ahora sí, aparte los revisan a los chicos así que bueno, es muy bueno todo. Lo único es que hay que esperar [para atenderse], pero no es tanto.

(Martín, 21 años)

Este modelo compartido de cuidado privilegia la *dimensión administrativa* del cuidado y la dimensión lúdica sobre otras. Desde este punto de vista, estos relatos no pueden ser asimilados completamente dentro del comportamiento tradicional de un padre proveedor. Su mayor participación en las tareas de cuidado (aunque sea especialmente en estas dos dimensiones o dominios) sugiere un compromiso con otras formas de vincularse con sus hijxs y sus parejas, más afectivas y cercanas donde se reelabora la relación con lxs hijxs, desde un contacto más emocional y lúdico.

Este modelo podría asociarse en mayor medida a las paternidades planificadas y salvavidas descritas en el capítulo 4, dado que las paternidades en estos dos grupos aparece en el primer caso de manera esperada y en el segundo, aunque es inesperada se convierte en un soporte (temporal) para los jóvenes entrevistados. De manera inversa, las paternidades fortuitas son asociadas mayormente con el modelo auxiliar

por la irrupción que supone la paternidad en la vida de los jóvenes, trastocando sus rutinas de manera problemática.

En la siguiente tabla se muestran las características de estos dos modelos y su vinculación con las tipologías de paternidades:

Tabla N° 4. Modelos de cuidados

Modelo de cuidado	Tareas domésticas	Cuidado de hijxs	Tipo de paternidad asociada
<p>Modelo Auxiliar</p> <p><i>“Hago cuando no puede, hago si me piden”</i></p>	<p>No participa, <i>“el trabajo imposibilita”</i></p>	<p>Rol secundario, <i>“cuido cuando se ausenta la madre”</i></p>	<p>Fortuita</p>
<p>Modelo Compartido</p> <p><i>“Hacemos los dos, nos turnamos”</i></p>	<p>Participa en la limpieza del hogar, pero la organizadora es la pareja</p>	<p>Dominios generizados del cuidado</p> <p>“Cuidados lúdicos”: Juegos y paseos</p> <p>“Cuidados administrativos” llevar hijxs al médico, jardín/escuela, hacer trámites</p>	<p>Planificada</p> <p>Salvavidas</p>

Fuente: elaboración propia

En síntesis, en esta sección mostré que la totalidad de los jóvenes entrevistados poseen experiencia (no elegida) en el cuidado aprendida en sus hogares de origen (cuidando hermanxs, cambiando pañales, limpiando sus viviendas), pero cuando conforman sus propios hogares sólo un grupo de ellos continúa realizando esas tareas de manera compartida, (principalmente a través de su dimensión lúdica/recreativa y administrativa), mientras otro grupo adopta una posición secundaria o una participación menor descansando en el trabajo reproductivo realizado por sus parejas.

A pesar de las diferencias señaladas entre los dos modelos de cuidados, la lógica que subyace a ambos es que aún cuando es posible encontrar mayor involucramiento de los jóvenes en el cuidado (especialmente en el modelo compartido), la responsable última en los dos modelos son las mujeres (principalmente las parejas, pero también pueden incluirse las madres de los jóvenes, sus suegras, hermanas, vecinas). Los varones cuidan, pero no logran romper con la división sexual del trabajo clásica y descentrar a las mujeres como cuidadoras principales o como expertas cuidadoras. Justamente, este capital negativo (Kaufmann, 1992) que establece que las mujeres se desempeñan mejor que los varones en las tareas de cuidado (Tronto, 2015), las perjudica en el momento de distribuir los quehaceres, dado que la mayor parte recae (o

al menos, como último recurso) en ellas. En relación al cuidado de lxs hijxs, observo tal como propone Faur (2017) una mayor disposición de los entrevistados para modificar sus comportamientos como padres que como corresponsables de las tareas domésticas. Esta disposición podría asociarse a la creciente valoración que el rol paternal ha adquirido socialmente en estos últimos años, pero que no ha tenido un correlato similar en la distribución de tareas en el ámbito doméstico.

En la próxima sección analizo las posibilidades que tienen los jóvenes de externalizar el cuidado de sus hijxs y el lugar que ocupa y desempeña el Estado en este asunto.

6.4. Nadie cuida como la familia

Otra dimensión vinculada a los cuidados explorada en esta investigación es su externalización o mercantilización, es decir, la posibilidad de trasladar las tareas de cuidado por fuera de los hogares.

En Argentina, la atención y cuidado para la primera infancia, especialmente para la franja etaria de 0 a 3 años de edad, dispone de una infraestructura de servicios dispersa, heterogénea y fragmentada, ofreciendo distintos grados de cobertura y de calidad dependiendo si los servicios son de carácter público, privado o comunitario (Pautassi y Zibecchi, 2010; Esquivel, Faur y Jelin, 2012; Faur, 2014; De León, 2016).

Como mencioné en la primera sección del capítulo, las familias de estratos socioeconómicos más altos tercerizan parte o toda la responsabilidad del cuidado a través de la contratación de ayuda doméstica o de servicios privados, mientras que las de menores ingresos recurren a “mecanismos adaptativos” (comparten intergeneracionalmente las tareas de cuidado o retiran la participación de las mujeres en el mercado de trabajo) que incrementan su vulnerabilidad, especialmente en las trayectorias laborales y educativas de lxs jóvenes (Filgueira, 2007; CEPAL, 2009).

Al respecto, De León (2016) señala que no es posible conocer la proporción de niñxs que concurre a un establecimiento de cuidados cuyos padres sean jóvenes. Dada la baja cobertura de este instrumento de política en nuestro país, podría inferirse que existe un porcentaje importante de población joven con hijxs que no tiene asegurado un espacio público de cuidado.

En la ciudad de La Plata existen actualmente 10 jardines maternos dependientes de la municipalidad⁷⁷, brindando cuidado a 461 niñxs (CEREN/CIC-PBA;

⁷⁷Jardín Maternal Dardo Rocha (77 vacantes), Pestalozzi (71), Federico Máspoli (30), Islas Malvinas (115), N°5 (16), Itatí (27), José Hernández (28), N° 4 Paulo VI (18), Hugo Stunz (18) y Villa Elvira (61). Estos datos se desprenden del informe de crecimiento y desarrollo elevado a la Secretaría de Cultura y

La Plata 2015). En el caso particular de la localidad analizada (Los Hornos), las únicas instituciones establecidas para niños de hasta 5 años son algunos jardines de infantes de gestión pública que, en modalidad de jornada simple, reciben a niños a partir de los 3 años. No hay jardines maternos ni comunitarios, centros de desarrollo infantil (CeDI) ni guarderías públicas (las escasas que existen son de gestión privada).

A partir de 2017, se concretó la apertura de un jardín maternal provincial (Jardín Maternal N°4)⁷⁸ a raíz de la presión ejercida por un movimiento de vecinos autoconvocados “Ensanche Av.66 Los Hornos”, que viene reclamando su construcción y apertura hace aproximadamente 12 años. A excepción de este jardín, en la localidad de Los Hornos no existen espacios públicos alternativos al hogar para el cuidado de niños menores de 3 años que no sean jardines de infantes.

Pero esta localidad no es una excepción. Marisa Fournier (2017) señala que la falta de jardines estatales es un rasgo común a los barrios más empobrecidos de la periferia del conurbano bonaerense, donde la crisis de los cuidados se presenta de modo más dramático o contundente. Como contrapartida, la emergencia de jardines comunitarios, apuntalados por diversas organizaciones sociales con fuerte protagonismo femenino, absorben la demanda y cubren la vacancia estatal, “subsidiando una parte de la reproducción social e intergeneracional en territorios vulnerados” (ibid, 2017:100).

Sin embargo, la demanda colectiva de apertura de un jardín maternal no tiene su correlato en los testimonios de los varones entrevistados. Rara vez un entrevistado refirió sobre la necesidad o el deseo de contar con instituciones públicas a modo de alternativa al cuidado doméstico y familiar. El cuidado como tal continúa siendo percibido como una responsabilidad de la esfera privada, doméstica, familiar, mientras que los ámbitos públicos, en especial los jardines de infantes, son vistos como espacios exclusivamente educativos.

En base a la información relevada en la ENES-Pisac⁷⁹, Faur (2017) afirma que en los hogares de bajos recursos del Gran Buenos Aires sólo el 4,9 % refiere dificultades para organizar el cuidado de niños menores de 4 años. La autora indica

Educación de la Municipalidad de La Plata (2015), abarcando la totalidad de los jardines maternos dependientes del Municipio (CEREN/CIC-PBA; La Plata 2015).

⁷⁸Ante la apertura del Jardín Maternal, el Diario vecinal tituló “este día (27 de abril de 2017) marca un antes y un después en la Historia Educativa de Los Hornos y la región. Abrió sus puertas a la comunidad el Jardín Maternal N° 4 dependiente de la DGCyE de la Provincia de Buenos Aires, primero fuera del centro de la ciudad, único por haber sido concebido y construido específicamente a tal fin. Los Jardines Maternos N° 1,2 y 3 son casas adecuadas y remodeladas para ser utilizadas como Jardines. Gracias al Grupo de “Autoconvocados Ensanche Av.66 Los Hornos” que desde 2004 ha luchado juntos y por los vecinos”.

⁷⁹ Se trata de una encuesta realizada por el Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac), iniciativa conjunta del Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de la Argentina y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación.

que esta poca mención se debe a que en estos hogares la mitad de las mujeres no participa en el mercado laboral, ocupándose ellas mismas del trabajo doméstico y del cuidado, en contraposición a los sectores medios. Asimismo, señala que las familias que viven en barrios con menor oferta de servicios públicos de cuidado son también las que menos conciben la posibilidad de externalizar el cuidado por la vía de las instituciones educativas. La mayor demanda de jardines que se observa en CABA es un indicador de que donde hay más presencia institucional también se incrementa la presión para acceder a estos servicios; es decir, que la oferta tracciona su demanda y no a la inversa (Faur, 2017).

Esta escasa demanda por parte de los entrevistados encierra también un conjunto de mitos y prejuicios. Los jóvenes aluden continuamente a imágenes de género tradicionales que establecen que las mujeres son quienes deben cuidar a sus hijxs, especialmente si éstxs son aún bebés (menores al año de vida). Como señala Faur (2014), existe una “ideología maternalista”, heredera del modelo de provisión masculina/cuidado femenino (como ya mencioné, que posiciona a *la madre* como mejor cuidadora posible de la familia, “cuidadora ideal” o cuidadora experta) que se encuentra presente en los relatos, como también en las diversas instituciones de salud o *estatales* que transitan⁸⁰. Esta lógica explica en parte que, sin haber enviado a sus hijxs a un jardín o centro de cuidado previamente, los jóvenes no los demanden ni los aprueben.

“A ninguno de los dos nos gustan las guarderías. Los dos tenemos el mismo pensamiento: nadie la va a cuidar [a nuestra hija] como la cuidamos nosotros. O como la cuida la familia. Entonces tenemos ese pensamiento y a veces si salimos la dejamos con mi mamá o con la mamá de ella”.

(Guillermo, 18 años)

“No, no, por ahora mientras yo lo pueda mantener [al hogar] prefiero que se quede [mi pareja] tranquila en mi casa y no que salga a la mañana a cagarse de frío, que no se tenga que mojar, prefiero hacerlo yo y que mis hijos estén con la madre. Sé lo que es no tener mamá. Que se críen con la madre y estén con la madre”.

(Fernando, 20 años)

El temor a dejar a lxs hijxs al cuidado de otras personas que no sean sus madres o algún familiar cercano o de confianza también es un motivo que refuerza el *maternalismo* en los jóvenes, impidiendo que el cuidado se tercerice. Las noticias en los diarios o en la televisión, como también las malas experiencias de personas conocidas sobre guarderías en donde lxs niñxs son maltratadxs o ignoradxs, alimentan

⁸⁰ Esto último se puede apreciar con mayor claridad en los capítulos 3 y 5 de esta tesis.

esta ideología que entroniza a las mujeres como base de sustentación de la organización familiar e impide su autonomía.

Cintia: ¿Pensaron en alguna guardería?

Jeremías: No, nunca llevamos [nuestros hijos] así a gente extraña. No me convence eso. No, porque por ahí mi nene se porta mal o la nena y no me gusta que lo reten. Eso nunca...

(Jeremías, 19 años)

Cintia: ¿Cómo se arreglan con el cuidado del nene?

Martín: Nada, lo cuida mi mujer.

C: ¿Y si tuvieran la posibilidad de dejarlo en una guardería?

M: Ni loco, no no. Yo no lo dejaría con nadie, hay cada loquito que sale en la tele que les pegan [a lxs niñxs], que no les dan pelota. No nos convence mucho.

(Martín, 19 años)

Otra de las razones esgrimidas es la racionalidad económica que opera en las decisiones de cuidado. Es decir, la idea de evaluar el costo que implica para los hogares el cuidado extra doméstico si las mujeres ingresaran al mercado de trabajo. En este sentido, se organiza una estrategia familiar que pueda articular el ingreso (secundario) de dinero con la atención de lxs hijxs. La decisión de externalizar los cuidados de acuerdo al costo económico no es un asunto privativo de los hogares pobres; pero en estos contextos determina la no inserción laboral de las mujeres por no tener otras opciones más que familiares (hermanas, madres, tías, vecinas) para trasladar “la carga” del cuidado.

“Mi señora no trabaja. Quiere laburar, le había puesto un kiosco en mi casa. Después el kiosco no caminaba, no funcionaba, así que lo cerramos. Vendía productos de belleza, siempre *tratando de ayudarme*. Pero más allá de que me decía “*Yo quiero salir a trabajar*”, está todo bien, vos salís a trabajar, ponele que ganás 4 lucas, tenés que pagar la niñera, una persona que lo venga a cuidar, vas a tener que trabajar para pagarle a otra persona. Entonces es mejor que se quede en casa”.

(Fernando, 20 años)

De este modo, se puede visualizar que la responsabilidad principal del cuidado de lxs hijxs recae, en la mayoría de los casos analizados, en las madres o en familiares muy cercanos (abuelas, tías, vecinas), preferentemente mujeres. Sin embargo, lejos de pensar que este cuidado se basa únicamente en un acto de solidaridad, el cuidado de niñxs entre familiares se paga. Se produce lo que Faur (2014) denomina *microeconomía del cuidado*: la persona que queda a cargo de familiares (por ejemplo, sobrinxs) participa en una estrategia tendiente a aliviar su propia situación de pobreza, en un contexto donde conseguir un empleo resulta

difícil. De esta manera, obtiene una remuneración por una “contraprestación” al realizar el trabajo.

“Mi mujer tenía que cuidar a la nena [sobrina] para que la hermana empiece a laburar, de ahí le iba a dar plata también. Entonces la hermana de ella se va a laburar y mi señora se queda con la nena [propia] y las otras nenas, las sobrinas vendría a ser, y las cuida a las sobrinas y cuida a la hija también”.

(Federico, 21 años)

Este testimonio podría llevar a pensar que la actividad de cuidado tiene un valor y se retribuye económicamente. Comas d'Argemir (2016) plantea que la valorización del trabajo de cuidado consiste en un primer paso para la construcción de relaciones más equitativas al interior de los hogares, pero también, como un trabajo que puede ser comparado y equiparado al trabajo extradoméstico. Solamente en el caso de Eugenio (19) el cuidado de lxs hijxs es considerado como un trabajo que debería ser remunerado económicamente, cuestionando su desvalorización y equiparándolo a un empleo extra doméstico:

“El padre puede pensar que tiene que trabajar, tiene que romperse el lomo, ¿no? pero la madre estando en la casa también tiene que romperse el lomo, pero de otra manera: estando con el bebé, haciendo las cosas de la casa. Es todo un trabajo eso, no sé por qué no les pagan [a las mujeres] por ser amas de casa, porque es un re bondi⁸¹”.

(Eugenio, 19 años)

En relación a sus propios trabajos, no registré “tensiones” en los testimonios de los entrevistados. Los jóvenes no manifiestan mayores alteraciones o cambios con sus trabajos a partir del nacimiento y crianza de sus hijxs. No observé “tironeos” ni preguntas acerca de cómo se reorganizará su trabajo en función del/a hijx, o planteos sobre cómo regresar antes de sus trabajos para estar más tiempo con lxs hijxs en el hogar, excepto en los relatos de Daniel y Santiago.

Ante la posibilidad que sus parejas busquen y consigan un empleo, y que los entrevistados sean los encargados principales del cuidado de sus hijxs, encuentro cierto consenso que denota incomodidad con la situación hipotética planteada. Además de la fuerte concepción de que las mujeres *deben criar* a sus propixs hijxs, especialmente en los primeros meses de vida, términos como “mantenido”, “vago”, “estar encerrado”, son puestos al mismo nivel para definir sus sensaciones al quedar como responsables centrales del cuidado. La realización de la situación hipotética

⁸¹ Con la expresión “re bondi”, Eugenio refiere a la maternidad como una tarea difícil, compleja, que requiere mucha dedicación.

aparece con mayores posibilidades cuanto más grandes son lxs niñxs y por tanto, no se visualiza un cuidado de carácter intensivo u omnipresente. A pesar de esta aceptación, el trabajo (extra-doméstico), en la mayor parte de los casos, parece definir a los varones quienes afirman que no podrían renunciar a él.

Cintia: Si tu mujer empezara a trabajar y vos te tuvieras que quedar con Ana en tu casa, ¿qué pensarías?

Ramón: Me sentiría incómodo, pero estaría bueno. No sé, [yo] *sería como la mamá y el papá a la vez.*

(Ramón, 22 años)

La baja institucionalidad del jardín maternal a nivel nacional (Rodríguez Enríquez y Pautassi, 2014; Faur, 2017) legitima la escasez de provisión pública y gratuita, y el relativo vacío de la oferta estatal no estimula la mercantilización del servicio y, en última instancia, impacta sobre la desigualdad social, en la medida en que lxs niñxs más pobres son lxs que menos oportunidades tienen de asistir a jardines maternales, recargando la responsabilidad exclusiva del cuidado en los hogares y particularmente en las mujeres.

6.5. Recapitulación y cierre: los jóvenes, ¿cuidan?

A lo largo de este capítulo la indagación se orientó a conocer los modos en que los jóvenes padres cuidan. A partir de sus relatos, pude identificar un conjunto de experiencias comunes en sus prácticas: las dificultades de cuidar a sus hijxs durante los primeros días de vida, su predilección por los hijos varones sobre las hijas mujeres, las marcadas diferencias generacionales sobre los cuidados que los jóvenes recibieron de sus padres y los que brindan ellos, su condena sobre el uso de la violencia física con sus propixs hijxs y las definiciones sobre qué significa ser un padre, un buen padre y su rol en las familias. Así encontré puntos de continuidad en sus concepciones y prácticas que responderían a un modelo tradicional proveedor o hegemónico de paternidad (la idea del legado o la trascendencia a través de lxs hijxs, proveer, proteger), así como prácticas de ruptura que responderían a modelos emergentes de paternidad (Bonino, 2003) como la crítica a una crianza violenta, el acompañamiento emocional a sus hijxs, la mayor presencia de los varones en los hogares. En estos últimos se critican, distancian o reconfiguran algunas dimensiones de la paternidad socialmente aceptadas con anterioridad. Es en esta tensión donde ubico los relatos de los jóvenes entrevistados.

No obstante las similitudes encontradas, pude establecer dos modelos de cuidado: uno auxiliar y otro compartido, que pueden asociarse en mayor o menor

medida con los tipos de paternidades caracterizados en el capítulo 4. A pesar de la *retórica de la igualdad* (Venturiello, 2012) manifestada por el modelo compartido, ninguno de los dos modelos logra descentrar la responsabilidad principal de las mujeres en el cuidado. La corresponsabilidad predicada en los discursos se sostiene con dificultad en las acciones. Observo un mayor compromiso de los jóvenes con el cuidado de sus hijxs, especialmente en la realización de actividades que resulten disfrutables como el juego o la dimensión administrativa del cuidado, pero las actividades de cuidado instrumental (Wainerman, 2007) (como el cambio de pañales, vestir a lxs hijxs, bañarlx) quedan generalmente dentro del ámbito de las acciones de las mujeres, así como las tareas domésticas marcadas por el género (limpiar, lavar, planchar, etc.). De este modo, el ejercicio de la paternidad aparece como una presencia puntual (episódica) en tanto la responsabilidad central del cuidado es de las mujeres, de manera transversal u omnipresente en su calidad de cuidadoras innatas o expertas.

En este marco, las posibilidades de externalizar el cuidado de lxs hijxs están fuertemente condicionadas por la ideología maternalista presente no sólo en los discursos de los jóvenes y en las distintas instituciones que transitan, sino también por la inexistente oferta de servicios públicos de cuidado (jardines públicos o comunitarios) en el barrio analizado. En ese sentido, los entrevistados mencionan que cuando eran niños no asistían a jardines o guarderías porque estaban al cuidado de sus madres, a excepción de algunos jóvenes incluidos en el grupo de la paternidad salvavidas que concurrían en ocasiones al comedor de Mónica o de Carmen. Pero esta participación en los comedores tampoco es visualizada por ellos mismos como un espacio de cuidado, sino como un lugar “donde estar” mientras los padres y las madres se ausentaban de sus hogares. A medida que fueron creciendo, los jóvenes realizaron tareas de cuidado en sus casas en todos los casos analizados (cuidar a sus hermanxs, cocinar, limpiar), pero cuando conforman su propio hogar algunos cuidan con énfasis en algunos dominios (modelo compartido), pero otros *ayudan* a sus parejas adoptando un papel secundario (modelo auxiliar).

De este modo, la externalización del cuidado no es problematizada. No se formulan preguntas acerca de quién cuidará a lxs hijxs o cómo se combinan las actividades laborales con las familiares. Existe una única certeza en los entrevistados: nadie cuida como la familia, o mejor dicho, nadie cuida como las madres. Aunque como mencioné a lo largo de este capítulo, es posible observar nuevas prácticas de cuidado de los jóvenes en comparación a sus padres (especialmente en el modelo compartido, a partir de los juegos o la *administración* del cuidado), la responsabilidad principal de los cuidados recae en las mujeres. La baja o nula inserción en el mercado

laboral de gran parte de las parejas mujeres de los entrevistados refuerza esta posición y favorece la ausencia de demanda de estos espacios, confirmando su lugar como cuidadoras en los hogares.

Considero que el cuidado constituye uno de los nudos donde mejor se observan las inequidades de género, como también las desigualdades sociales. En esa dirección, sostengo que las políticas de Estado orientadas a la defamiliarización o la socialización del cuidado son fundamentales para revertir esta tendencia, convocar a la corresponsabilidad y colaborar en la autonomía de las mujeres, especialmente en contextos de vulnerabilidad social.

CONCLUSIONES

Ni tan desertores ni tan ausentes

En esta investigación me propuse abordar y comprender los procesos de reproducción y cuidado de jóvenes varones en contextos de vulnerabilidad, poniendo en diálogo y conjugando aportes de diferentes áreas y enfoques del campo social: los estudios sobre masculinidades, los estudios sobre juventudes, los de familia y cuidados y el enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos. La articulación de estos campos temáticos me permitió enmarcar el objetivo de la tesis, que consistió en analizar las experiencias de paternidad(es) de jóvenes varones que viven en barrios populares desde una perspectiva relacional que otorgara centralidad a las voces de los jóvenes, pero que simultáneamente reparara y articulara los discursos y el accionar de diversas instituciones en estos procesos.

A partir de la revisión bibliográfica, señalé que los estudios sobre paternidades fueron mayormente desarrollados desde la ausencia de los varones y desde un aspecto negativo. En el grupo etario seleccionado, las investigaciones citadas se han centrado en la problemática del embarazo adolescente considerando, por diferentes argumentos, a las mujeres como sujetas principales de indagación pero relegando a los varones a un plano secundario como efectos de dicho recorte.

De este modo, mostré la relevancia de este estudio en base a la vacancia de investigaciones sobre padres jóvenes de sectores populares que superaran su abordaje desde los enfoques tradicionales que, amparados en los enfoques de riesgo y transición, señalan el evento de las mater/paternidades en la adolescencia y juventud como una desviación producto de comportamientos irresponsables de sujetxs incompletxs y sin agencia sobre sus decisiones y sus cuerpos. Destaqué la necesidad de revisar y exponer los supuestos que subyacen a estas explicaciones y complejizar el análisis de estas experiencias en el marco de los enfoques críticos y en procesos más amplios, como los de reproducción y cuidado, incorporando otras dimensiones de análisis tales como el impacto de la noticia del embarazo, las concepciones de los jóvenes sobre su interrupción voluntaria, los controles prenatales y el nacimiento de sus hijxs y las prácticas de cuidado en sus hogares (de origen y propios), desde una perspectiva relacional que tuviera en cuenta el entramado institucional en el cual se desarrollan. Asimismo, manifesté la importancia de comprender las paternidades juveniles de manera situada y en contexto junto a otras experiencias centrales que atraviesan los jóvenes varones de los barrios analizados, como el consumo problemático de sustancias y el delito, desde perspectivas que consideraran a la

juventud en su diversidad y otorgaran agencia y autonomía a los sujetos en estos procesos.

A continuación recapitulo, sistematizo y presento los principales resultados de la investigación, teniendo en consideración las preguntas formuladas en la introducción de la tesis.

Paternidades juveniles en plural

El primer hallazgo de la investigación se centra en la diversidad de formas de ser padre joven en barrios populares. A partir de una tipología, mostré que las paternidades asumen distintos modos y sentidos en las vidas de los entrevistados: las paternidades juveniles pueden ser planificadas, fortuitas o salvavidas. Estos tipos ideales fueron creados para organizar la multiplicidad de discursos analizados y con fines explicativos, pero en ocasiones existen contradicciones y *grises* en los relatos de los entrevistados que los limitan, tensionan y desbordan. El atributo que amalgama a los tres tipos y define quién es padre y quien no es la presencia de los jóvenes en los hogares, a través del acompañamiento cercano y emocional de sus hijxs.

En el grupo de la paternidad planificada es donde encontré la menor cantidad de casos analizados y su rasgo distintivo es el deseo manifiesto de los jóvenes de convertirse en padres. Estos entrevistados se caracterizan por tener relaciones de noviazgo extensas o de convivencia previa, mayor cantidad de años de escolaridad, una recepción familiar naturalizada de la paternidad y una variedad de soportes institucionales. Podría decirse que este grupo es el que configuraría *una paternidad "más ventajosa"*, ya que constituye el grupo más favorecido en términos de inclusión social frente a los otros: este tipo de paternidad es la menos vulnerable.

En los tipos de la paternidad fortuita y paternidad salvavidas, donde se reúnen la mayor cantidad de casos, la paternidad irrumpe de manera inesperada. En el primer grupo, los jóvenes mantienen relaciones de noviazgo de breve duración o parejas casuales, una recepción familiar crítica de la paternidad y un número moderado de soportes institucionales (en ocasiones, la escuela). En este grupo en particular, la paternidad aparece como un evento problemático que trastoca la trayectoria vital de los jóvenes, reorganizando prioridades.

En la paternidad salvavidas, mostré que este evento aparece como un proyecto de vida posible, cercano o accesible a los jóvenes operando *como un rescate*, en un contexto de condiciones altamente desfavorables en el que se intersectan marcadas violencias, diversas vulnerabilidades y escasas vinculaciones con instituciones (como el club del barrio y las organizaciones sociales). La paternidad se convierte en un soporte para este grupo de jóvenes. En ese marco, la noticia del embarazo de sus

parejas emerge como un evento que ofrece nuevos sentidos a sus propias vidas, de manera retrospectiva, permitiéndoles ordenarlas y releerlas como un “antes y un después”, abandonando, al menos discursivamente y al momento de las entrevistas, situaciones de consumo problemático de drogas, de soledad y de marcada precariedad. Resalto la temporalidad de estos cambios porque estos jóvenes representan las trayectorias más inestables de los tres grupos descriptos, en las que prevalecen una acumulación de vulnerabilidades más pronunciada (escasa escolaridad, experiencias de consumo problemático de sustancias, poca participación en instituciones barriales) que influyen en sus experiencias de paternidad. En ese sentido, la paternidad salvavidas como soporte es temporal e inestable.

A través de estos tres tipos, es posible hablar de paternidades juveniles en los barrios populares, encontrando diversidad y heterogeneidad de experiencias. Asimismo, considero que es menester analizar las paternidades de estos jóvenes no como una experiencia aislada sino en constante diálogo con otras experiencias centrales en su vida cotidiana: el consumo problemático de sustancias, el conflicto con la ley y el aborto, como desarrollo a continuación.

Antinomias I: Paternidad vs. Delito (o “portarse bien” vs. “portarse mal”)

Un segundo hallazgo refiere a una primera antinomia encontrada en los relatos de los jóvenes (y también en algunxs referentes institucionales), vinculada a la paternidad y al delito.

La conformación de una familia propia emerge como un proyecto de vida posible o viable para los jóvenes (especialmente aquellos agrupados en la paternidad salvavidas) que se contrapone con un mundo ligado al delito, “la joda” y “la vagancia”. Pero al universo de sentidos de la paternidad se suman otros, como el trabajo, el estudio, el esfuerzo y la responsabilidad. Ser padre para estos jóvenes es “hacer las cosas bien” o mejor dicho, “portarse bien” en un contexto barrial que cuenta con escasos recursos (materiales, institucionales) para ofrecer alternativas por fuera de esta aparente *dualidad*. En el otro extremo, los jóvenes asocian las actividades delictivas, la venta y consumo de drogas, no trabajar ni estudiar, “andar de vago”, “andar en cualquiera” con la idea de “portarse mal” o “hacer las cosas mal” (incluido el aborto, como mostraré en el siguiente apartado).

Así, los jóvenes no visualizarían otros proyectos por fuera de estos dos grandes mundos ni articulaciones entre ambos: “si sos padre, no podés seguir en la joda”. Estos imaginarios no sólo se infieren de los relatos de los jóvenes entrevistados, sino que también están presentes de manera explícita en lxs referentes institucionales que participaron de la investigación, aunque la práctica de los jóvenes demuestre lo

contrario. Como señalé en el desarrollo de este trabajo, indagaciones previas (Kessler, 2004; Cháves, Fuentes y Vecino, 2017) evidencian que *la escuela o la calle* no son condiciones excluyentes, y que en las experiencias vitales de los jóvenes de barrios populares es posible encontrar múltiples entrecruzamientos entre la escuela, el trabajo y la ilegalidad. Entre estas últimas dimensiones, también considero relevante sumar la experiencia de la paternidad. Si bien la paternidad se presenta como un evento que produce un giro en la existencia de estos jóvenes (y de manera más contundente en el tipo salvavidas), también destacué que este acontecimiento transcurre en trayectorias juveniles altamente inestables, por lo que es necesario comprender que la experiencia de la paternidad también implica cruces ó “idas y vueltas” con la ilegalidad, el consumo problemático de sustancias, el empleo/desempleo y los estudios.

Como mencioné en capítulos anteriores, una vez finalizadas mis tareas de campo dos de los jóvenes entrevistados del grupo salvavidas se encontraban detenidos en el Penal de Olmos y otro joven falleció en un intento de robo. El miedo a quedar preso, no poder ver crecer ni cuidar a lxs hijxs o como señala Federico (21) “terminar muerto”, es una preocupación manifiesta y recurrente en los jóvenes que confirma nuevamente las condiciones de gran vulnerabilidad por las que transitan sus paternidades y las trayectorias zigzagueantes entre el trabajo, los estudios, *la paternidad* y el delito. Este planteo rompe con la idea de una trayectoria lineal sostenida por el enfoque de transición que define a la paternidad como un *rito de ingreso* a “la vida adulta”, como un pasaje de la familia de origen a la conformación de la familia propia, como podría pensarse para el caso de los jóvenes de sectores medios o altos. La experiencia de la paternidad en barrios populares, al menos para los jóvenes entrevistados, adquiere otras formas y convive y es condicionada por otras experiencias ya mencionadas, que distan de un recorrido lineal, consecuente y previsible.

Antinomias II: Paternidad vs. Aborto (o “*Hacerse cargo*” vs. “*salida fácil*”)

Vinculada a la antinomia anterior, un tercer hallazgo del trabajo de campo refiere a la paternidad y al aborto como disyuntiva. Todos los grupos descriptos de jóvenes padres que integran la muestra poseen una mirada negativa y de impronta marcadamente moral sobre la interrupción voluntaria del embarazo, en la cual la fuerza del dogma religioso (cristiano católico) juega un papel determinante, reproduciendo asimismo *discursos adultos* que enfatizan la irresponsabilidad de los jóvenes en estos procesos. Esta postura condenatoria puede ser comprendida a la luz del recorte de la muestra, que incluye jóvenes que, ante la imprevisibilidad del evento, deciden asumir el embarazo de sus parejas y por lo tanto su paternidad.

Sin embargo, en los relatos de algunos de los entrevistados es posible apreciar que el aborto es una posibilidad que también estuvo presente en el proceso de decisión. Lxs denominadxs “aborta bebés” son varones y mujeres que recurren o sugieren esta práctica ante el posible embarazo pero no como una opción, sino como una “clase de persona” que “niegan o se sacan hijxs”, o “les quitan la vida” sin tener derecho a hacerlo. Para estos jóvenes, exceptuando un solo caso, el aborto es una práctica repudiable en todo contexto que no visualiza reparos ante casos de violaciones: *lxs bebés* “no tienen la culpa” por la agresión sexual sufrida por las mujeres, por lo que las adopciones serían la solución adecuada ante estas situaciones. La justificación del aborto se presenta cuando las jóvenes abusadas son menores de 14 años, pero no mayores a esa edad. Es importante volver a aclarar que estos jóvenes fueron entrevistados durante el período 2013-2015 anteriormente a que la *marea verde* instalara el debate parlamentario en la escena pública en el año 2018. Este hito pudo o no haber generado cambios en las posiciones esgrimidas por los jóvenes.

Así, en el conjunto de jóvenes entrevistados se observa la disyunción exclusiva y contraria que plantean Chaneton y Vacarezza (2011) como la *sacralización de la maternidad* (en este caso, *de la paternidad*) y la *criminalización del aborto*, instalado y alimentado por los discursos dominantes. Es decir, la paternidad se define como “hacerse cargo, no borrarse” del embarazo y el aborto como “tomar la salida fácil”. Como expliqué en la primera antinomia, la paternidad es asociada a una serie de significantes vinculados con el trabajo, el esfuerzo, “dejar la joda”, no robar (esto último especialmente en el caso del grupo salvavidas) en contraposición a la interrupción voluntaria del embarazo que, para los jóvenes entrevistados, significa tomar la “salida fácil”, no esforzarse, no trabajar, “seguir en cualquiera” y no cambiar nada. Nuevamente, ser padre es tener una conducta correcta (“portarse bien”) en contraposición al aborto, que remite a “portarse mal”.

Como mostré para el caso de la primera antinomia, la paternidad juvenil y el aborto no son eventos inconexos, sino dos partes de un mismo proceso, aunque los jóvenes lo experimenten como una encrucijada en sus vidas. Sostengo que difícilmente podamos abordar las paternidades juveniles sin analizar simultáneamente la interrupción voluntaria de los embarazos en estos contextos, dado que el aborto es una posibilidad que está presente en el proceso de decisión de los varones, a pesar de que sus concepciones y discursos morales lo condenan. Finalmente, la postura de los varones entrevistados sobre el aborto es un factor relevante en la continuidad o no del embarazo, y como tal, sería recomendable indagar, trabajar e involucrarlos en estos

procesos a través de políticas que los estimen y contengan, respetando la autonomía de decisión de las mujeres en primer término.

Paternidades situadas y en contexto. Las instituciones actúan entre la impotencia, el desconocimiento y el voluntarismo: la importancia de un abordaje integral

Como sostuve a lo largo de la tesis, las paternidades de los jóvenes no se producen en el vacío sino en un contexto social determinado compuesto por un entramado institucional particular. De este modo, procuré abordar el análisis desde una perspectiva relacional que centrara su atención en los jóvenes pero que también articulara con las instituciones que forman parte de las condiciones de producción y disputa de esas experiencias. Con ese objetivo, repuse el escenario barrial en que circulan los jóvenes por medio de las instituciones, que denominé estatales (como las escuelas y el centro de salud) y territoriales (creadas por vecinxs y/o referentes políticxs), evidenciando que intervienen sobre las paternidades juveniles entre la impotencia, el desconocimiento y el voluntarismo.

En las instituciones estatales constaté situaciones de invisibilización y sensaciones de impotencia hacia los jóvenes padres, por lo que no funcionaron como soportes para los entrevistados. Desde el centro de salud analizado se concibe a los varones jóvenes como *un eslabón perdido* en el sistema de atención, como *un sujeto difícil de buscar y encontrar* al que se lo interpela mediante “invitaciones” desde lo discursivo, pero sin una estrategia clara de intervención más que un conjunto de acciones aisladas aplicadas *a prueba y error*. Se desea involucrar a los jóvenes, pero las profesionales entrevistadas no saben cómo llevarlo a cabo. Su poca participación es explicada en parte por los horarios de atención matinales que impiden su presencia, pero principalmente como una característica cultural inherente a los varones que los vuelve reactivos al cuidado de su salud y la de su familia.

En este marco, la paternidad es definida como un “evento fugaz”, “un embelesamiento pasajero”, un enamoramiento de su propia masculinidad más que un deseo de conformar una familia. La paternidad estaría ligada entonces a la capacidad que los varones tienen de reproducirse, como una reafirmación de su masculinidad, aunque los jóvenes entrevistados no lo signifiquen de ese modo ni de igual manera como demostré a lo largo de los capítulos. Detrás de las escasas intervenciones ensayadas por lxs profesionales de la salud, existe una mirada culpabilizadora en la cual operan discursos negativos de los jóvenes que remiten a un enfoque de transición de la juventud, señalando su carácter incompleto, de carencia/falta y de

irresponsabilidad, como también una mirada de la masculinidad que se corresponde con el modelo hegemónico (poca emotividad, ausencia de prácticas de cuidado propias y del entorno).

La invisibilización de los jóvenes entrevistados en las instituciones de salud se torna más evidente en el nacimiento de sus hijxs, en donde las disposiciones discrecionales del equipo médico desalientan su participación en los partos. Algunos pocos jóvenes pudieron presenciar ese momento, pero la mayoría de los entrevistados no pudo hacerlo. La participación de los entrevistados en los hospitales fue el resultado de la tensa relación entre el *grado de permisividad* de las instituciones de salud y de los deseos de los jóvenes. Así se observa una contradicción: desde el centro de salud se alienta la participación de los jóvenes en los controles prenatales, mientras que en el momento del parto las instituciones hospitalarias la desalientan, en la mayoría de los casos. La falta de infraestructura adecuada, el hecho de ser menores de edad, las complicaciones de una cesárea son algunos de los argumentos esgrimidos por el equipo de salud que limitaron la presencia de los jóvenes en la sala de partos. Esto configura una *oportunidad perdida* porque, como demostraron investigaciones anteriores (Sadler, 2007, Marotto, 2009) y los jóvenes que entrevisté, *los varones también se emocionan* en estos procesos, produciendo replanteos en torno a su propia masculinidad y paternidad. Es importante que los espacios de salud garanticen las condiciones para que esto suceda, dado que en la mayoría de los casos son pocos los contactos que los jóvenes tienen con los centros de salud, por lo que esta situación representa una oportunidad para sensibilizarlos e involucrarlos en mayor medida en estos procesos reproductivos y de cuidado.

En esa misma lógica, los establecimientos educativos también invisibilizan a los jóvenes padres. En las escuelas visitadas y entrevistadas, aquellas que disponían de gabinetes escolares no estaban al tanto de la condición de paternidad de los estudiantes ni del régimen especial que les correspondía, vulnerando sus derechos. Estxs actorxs nunca se habían preguntado sobre los estudiantes padres porque siempre dirigieron sus esfuerzos a trabajar con las estudiantes embarazadas. Quienes estaban al tanto de la condición de los jóvenes eran lxs preceptorxs, porque tenían un seguimiento más cercano y eran quienes se encargaban de registrar las ausencias a clases. De este modo, los jóvenes “negociaban” con ellxs sus faltas o bien concurrían a la escuela nocturna o al programa FinEs para combinar el estudio, con el trabajo y la paternidad. Las instituciones educativas que estaban al tanto de la condición de los jóvenes, presentaban criterios discrecionales en el cumplimiento de los regímenes especiales que contemplaban a los entrevistados.

Por su parte, las instituciones territoriales ocupan un rol importante en el barrio analizado, supliendo algunas funciones que el Estado a través de las instituciones mencionadas, no alcanza o no puede cubrir. En esta investigación, los comedores son vitales no solamente para que niños, adolescentes y jóvenes puedan alimentarse, sino que cumplen funciones educativas y también de cuidado. Sin estos espacios, los jóvenes entrevistados tendrían menos oportunidades aún de finalizar sus estudios: los roles que cumplen el comedor de Mónica y el FinEs de la unidad básica en el cuidado son insustituibles. El conocimiento cabal que tienen estas organizaciones sobre los jóvenes que transitan sus espacios, como también las relaciones más cercanas que establecen con ellos, permiten que el acompañamiento a los jóvenes en sus experiencias de paternidad sea más eficaz. De este modo, el comedor de Mónica y el FinEs de la unidad básica se convierten en soportes que permiten a estos jóvenes continuar con sus estudios o combinar el estudio y el trabajo porque habilitan un espacio de cuidado para sus hijos, que no se equiparan a un jardín maternal, pero que colaboran a aliviar la “carga” del cuidado. Esto no significa que las instituciones territoriales estén exentas de poseer y reproducir discursos negativos y negativizantes (Chávez, 2005) sobre los jóvenes y especialmente sobre sus paternidades, considerándolas en algunos casos como fruto de la *irresponsabilidad propia* de dicha etapa vital.

En suma, las distintas instituciones poseen diversas concepciones de los jóvenes y de sus paternidades que fluctúan entre representaciones negativas que consideran a los entrevistados como sujetos irresponsables, ausentes y sin agencia sobre sus paternidades (asociadas a los enfoques tradicionales) a posiciones más comprensivas que conciben a los jóvenes como sujetos autónomos y con capacidad de decisión (asociadas a los enfoques críticos). Desde este *continuum* se despliegan sus acciones.

Cuidar o no cuidar, esa es la cuestión (de desigualdad social y de género)

El cuidado es una actividad que lejos de ser ajena a los jóvenes, está presente desde muy temprana edad en sus vidas. A través de las encuestas citadas, destaqué el tiempo que destinan los jóvenes para cuidar y las marcadas diferencias entre los jóvenes con responsabilidades de cuidado y quienes no las tienen, entre jóvenes de clases medias y sectores populares, como también entre mujeres y varones.

A partir de los relatos de los entrevistados, identifiqué un conjunto de experiencias comunes en sus prácticas de cuidado: las dificultades de cuidar a sus hijos durante los primeros días de vida, su predilección por los hijos varones por sobre las hijas mujeres, las diferencias generacionales sobre los cuidados que los jóvenes

recibieron de sus padres y los que brindan ellos, su condena sobre el uso de la violencia física con sus propios hijos y las definiciones sobre qué significa ser un padre, un buen padre y su rol en las familias.

Así encontré puntos de continuidad en sus prácticas con un modelo tradicional proveedor o hegemónico de paternidad (la idea del legado o la trascendencia a través de los hijos, proveer, proteger), así como prácticas de ruptura que responderían a modelos emergentes de paternidad (la crítica a una crianza violenta, el acompañamiento presencial y emocional a sus hijos, la mayor presencia de los varones en los hogares). Es en esta tensión donde ubico los relatos de los jóvenes entrevistados.

No obstante las similitudes encontradas, establecí dos modelos de cuidado: uno auxiliar y otro compartido, que pueden asociarse en mayor o menor medida con los tipos de paternidades caracterizados en el capítulo 4. A pesar de la *retórica de la igualdad* (Venturiello, 2012) manifestada por el modelo compartido, en ninguno de los dos modelos se logra descentrar la responsabilidad principal de las mujeres en el cuidado: la corresponsabilidad predicada en los discursos se sostiene con dificultades en las acciones. No obstante, es posible apreciar un mayor involucramiento de los jóvenes en el cuidado de sus hijos, especialmente en la realización de actividades que resultan disfrutables como el juego o la dimensión administrativa del cuidado que se vuelven “dominios masculinos”. Si bien las actividades de cuidado instrumental (Wainerman, 2007) como el cambio de pañales, vestir a los hijos, bañarlos, se distribuyen de manera más equitativa en el modelo compartido, continúan bajo la responsabilidad central de las mujeres como también las tareas domésticas marcadas por el género (limpiar, lavar, planchar, etc). De este modo, el ejercicio de la paternidad aparece como una presencia puntual (episódica) en tanto la responsabilidad principal del cuidado es de las mujeres, de manera transversal u omnipresente en su calidad de cuidadoras innatas o expertas.

Externalizar el cuidado: un asunto no problematizado por los jóvenes padres ni por el Estado que perpetúa las desigualdades

La externalización o mercantilización del cuidado de niños constituye un recurso vital para todos los sectores de la sociedad, especialmente para los grupos más vulnerables. Como desarrollé en el último capítulo, ante la falta de jardines maternales o guarderías estatales, las familias más pobres deben desplegar mecanismos adaptativos para afrontar la carga del cuidado, recurriendo al cuidado

intergeneracional, las mujeres deben abandonar el mercado laboral o lxs jóvenes asumir tareas de cuidado a temprana edad.

En los jóvenes entrevistados, las posibilidades de externalizar el cuidado de sus hijxs están fuertemente condicionadas por dos dimensiones que se retroalimentan: la inexistente oferta de servicios públicos de cuidado (jardines públicos o comunitarios) en el barrio y la persistencia de la *ideología maternalista* presente no sólo en los discursos de los jóvenes sino también en las distintas instituciones que transitan, que naturaliza las funciones de cuidado como femeninas. Asimismo, los entrevistados mencionan que cuando eran niños no asistían a este tipo de espacios por fuera del hogar porque estaban al cuidado de sus madres, a excepción de algunos jóvenes incluidos en el grupo de la paternidad salvavidas que concurrían al comedor de Mónica. Sin embargo, su asistencia al comedor de Mónica tampoco es visualizada como un cuidado, sino como “un espacio donde estar” (almorzar o merendar, hacer las tareas escolares, jugar) mientras los padres y las madres se ausentaban de sus hogares. De este modo, la externalización del cuidado no es problematizada. No se formulan preguntas acerca de quién cuidará a lxs hijxs o cómo se concilian las actividades laborales con las familiares. Existe una única certeza entre los entrevistados: nadie cuida como la familia, o mejor dicho, nadie cuida como las madres.

En este aspecto, las imágenes de género tradicionales sobre las mujeres como madres abnegadas y cuidadoras se presentan con fuerza en los discursos de los jóvenes. Aunque es posible observar nuevas prácticas de cuidado de los entrevistados en comparación a sus propios padres (especialmente en el modelo compartido), la responsabilidad última de los cuidados recae en las mujeres. La baja o nula inserción en el mercado laboral de gran parte de las parejas mujeres de los entrevistados refuerza esta posición y colabora en la ausencia de demanda de estos espacios, confirmando su lugar como cuidadoras en los hogares. Así, se conforma un círculo perfecto que mantiene la división sexual del trabajo con algunos cuestionamientos pero indemne.

En ese sentido sostengo que las políticas de Estado orientadas a la desfamiliarización o la socialización del cuidado son fundamentales para comenzar a revertir esta tendencia y convocar a la corresponsabilidad, especialmente en contextos de vulnerabilidad social. En el caso de los jóvenes entrevistados, la existencia de jardines maternos o escuelas que dispongan guarderías son vitales para que ellos y sus parejas tengan la oportunidad de completar sus estudios secundarios o emprender otros superiores, y en el caso específico de las mujeres, habiliten su inserción en el mercado laboral.

Dar lugar a las emociones y a “lo que incomoda/no cierra”

Un último hallazgo de la investigación refiere a las emociones (manifiestas y no manifiestas) de los entrevistados a lo largo del proceso de investigación. Tal como señala Amuchástegui (1996), el modelo de masculinidad hegemónica construye varones descomprometidos con su propio entorno reproductivo, privados de la expresión de sus sentimientos de felicidad, angustia, dolor o miedo. Contrariamente a lo esperado, encontré que el proceso que conllevó a los jóvenes a convertirse en padres suscitó en ellos una variedad de emociones: desde los miedos más profundos en el momento de la noticia del embarazo hasta las lágrimas de felicidad en los nacimientos de sus hijos. A partir del ejercicio de reflexividad constaté que su agradecimiento ante las entrevistas se debía a la soledad que vivenciaban estos jóvenes, la imposibilidad de *hablar sobre sus emociones* y especialmente sobre la paternidad con otros varones amigos o familiares. Algunos de ellos manifestaron los desbordes emocionales y la pérdida de control sobre sus cuerpos al tener que combinar el trabajo, con la escuela y la paternidad y pretender dar una imagen de que “todo marcha bien”.

Considero sumamente importante *recuperar y dar lugar a las emociones* como un espacio desde donde pensar las intervenciones con los varones jóvenes, retomándolas para replantear sus posiciones en los procesos de reproducción y cuidado, integrándolos. Es por este motivo que es crucial que los equipos de profesionales de la salud, como también escolares, dispongan de formación en enfoque de masculinidades para poder intervenir con los jóvenes en estas (y otras) experiencias.

Para finalizar, quisiera plantear algunos aportes de esta tesis como también ideas e interrogantes que se abren como líneas futuras en base al trabajo realizado.

Una de las principales contribuciones de la tesis consiste en descentrar el análisis de las paternidades juveniles en barrios populares como experiencias universales u homogéneas. A través de la tipología creada, mostré cómo la paternidad puede ser significada de diversos modos por los entrevistados y cómo éstas se traducen en distintas formas de cuidado. El cuidado no es una actividad ajena a los jóvenes, sino una tarea que asumen a temprana edad (de modo no elegido) en los hogares de origen, a través de la cual adquieren conocimientos y saberes domésticos. Los resultados de la investigación indican que aún cuando estos jóvenes ejercen una paternidad más comprometida y afectiva en comparación a sus propios padres y

realizan prácticas de cuidado más cercanas al modelo compartido (aun con dominios generizados), no logran romper con la división sexual del trabajo dentro de sus propios hogares ni con el maternalismo que entroniza a las mujeres como cuidadoras expertas: las responsables últimas del cuidado son las mujeres.

En relación al abordaje y el análisis de las paternidades, quisiera destacar que la perspectiva relacional asumida permitió exponer el rol de las distintas instituciones en los procesos de reproducción y cuidado de los jóvenes. En ese sentido, el análisis de las paternidades juveniles requiere de un abordaje conjunto que recupere otras experiencias centrales en estos contextos, como la interrupción voluntaria del embarazo, el delito y el consumo problemático de sustancias (alcohol, drogas) que, lejos de ser antinomias como plantean los jóvenes, son elementos que tensionan de manera permanente el ejercicio de su paternidad. De esta manera, es preciso abordar las paternidades juveniles en barrios populares desde un enfoque interseccional que repare en el encadenamiento de desigualdades en las que éstas se producen.

Estas indagaciones requieren profundizar sus análisis en relación a otras dimensiones para futuras investigaciones en al menos tres direcciones. En primer lugar, es necesario continuar estudiando las concepciones, discursos y estrategias de intervención promovidas desde las instituciones (especialmente aquellas que denominé estatales) y las políticas de salud orientadas a las paternidades juveniles. Estas investigaciones permitirían conocer cómo el accionar de los centros de salud y las escuelas opera en las experiencias de los jóvenes, especialmente los primeros, invisibilizando o reconociendo a estos jóvenes como sujetos participantes en los procesos de reproducción y cuidado. En el caso de los establecimientos educativos, considero relevante la indagación sobre las escuelas que disponen de guarderías para conocer cómo impactan estos “servicios” en las trayectorias educativas de lxs jóvenes, especialmente para el caso de los varones, quienes en su mayoría no acceden a este beneficio como producto de su invisibilización.

Como consecuencia de lo anterior, en segundo lugar considero pertinente ahondar en las instituciones territoriales y el lugar del cuidado en los barrios populares, analizando cuáles y de qué manera colaboran en su socialización. Como señalé a lo largo de la tesis, en estos contextos la cuestión del cuidado se vive de modo más dramático que en otros segmentos de la población, en las que las familias deben recurrir a mecanismos que vulneran aún más sus condiciones de existencia. No es menor que en las agendas políticas de los movimientos y organizaciones sociales el cuidado ocupe un espacio destacado. La creación de jardines maternales públicos, estatales o comunitarios constituye el puntapié inicial para aliviar la carga de los

hogares y especialmente de las mujeres, quienes además de insertarse en el mercado laboral no recargarían a sus hijxs con el cuidado de hermanxs menores.

Por último, es menester ampliar y complejizar el estudio de las paternidades juveniles a través de la comparación con jóvenes de otros sectores sociales, como en las clases medias. Existe poca evidencia que repare y compare las prácticas de cuidado de jóvenes de diversos estratos, como también el tiempo que destinan unos y otros en cuidar, la vinculación entre el trabajo, los estudios y las tareas de cuidado, entre otras dimensiones. Estas incorporaciones permitirían seguir profundizando las indagaciones sobre las paternidades juveniles para comprender e intervenir sobre su participación en los procesos de reproducción y cuidado que pretendí abordar en esta tesis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguayo, F., Barker, G. y E. Kimelman, E. (2016) Paternidad y Cuidado en América Latina: Ausencias, Presencias y Transformaciones, *Masculinities and Social Change*, 5(2), 98-106. doi:10.17583/MCS.2016.2140
- Aguayo, F. y M. Sadler (2011) El papel de los hombres en la equidad de género: ¿qué masculinidades estamos construyendo en las políticas públicas en Chile? En *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*, editado por Francisco Aguayo y Michelle Sadler, 105-126. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- Aguirre, R. (2005) “Los cuidados familiares como problema público y objeto de política”. Trabajo presentado en la Reunión de Expertos “Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales.” Santiago de Chile: Cepal.
- Alonso, L. (1999) “El análisis sociológicos de los discursos: una aproximación desde los usos concretos”. En: *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- Anthias, F. (2008) Thinking through the lens of translocational positionality: an intersectionality frame for understanding identity and belonging. *Translocations: Migration and Social Change*, 4(1), 5-20.
- Artiñano, N. (2015) “*Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza*”, Editorial Espacio
- Ayres, J., Paiva, V., Buchalla, C. (2012) Direitos humanos e vulnerabilidade na prevencao e promocao de saúde: uma introducao en Paiva, V., Ayres, J., Buchalla, C. (orgs.) *Vulnerabilidade e direitos humanos. Prevencao e promocao de saúde*. Juruá Editora, Brasil
- Badinter, E. (1993) *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barclay, L. y Lupton, (1999) The experiences of new fatherhood: a socio-cultural analysis. *J. Adv Nurs Vol. 4 pp. 1013-20*.
- Barker, G. y F. Verani. (2008) La participación del hombre como padre en la región de Latinoamérica y el Caribe: una revisión de literatura crítica con consideraciones para políticas. Brasil: Promundo—Save the Children,
- Bassa, E. y Radi, B. (2018) De universos y discursos. El lugar de los varones trans en los discursos contemporáneos sobre aborto voluntario, ponencia presentada en las XIII Jornadas Nacionales de Salud y Población, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
- Batthyány, K. (2004) Género, cuidados familiares y usos del tiempo
- Batthyany, K. (2013) “Perspectivas actuales y desafíos del Sistema de Cuidados en Uruguay”, en *Las fronteras del Cuidado, agenda, derechos e infraestructura*. Laura Pautassi y Carla Zibecchi (coord.) Ed. Biblos: Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (2007) *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Bellucci, M. (2014) *Historia de una desobediencia: aborto y feminismo*. Capital Intelectual

- Bonino, L. (2002) Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes* 6: Mites, de/construccions i mascarades, N° 6, 7-35
- Bonino, L. (2003) "Las nuevas paternidades", en *Cuadernos de Trabajo Social*, 16, p.p. 171-182. Madrid, CTS-UAM.
- Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Burin, M., & Meler, I. (2000) Género. Una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina. En M. Burin, & I. Meler (Eds.), *Varones: Género y subjetividad masculina* (1st ed., pp. 21-70). Argentina: Paidós
- Burin, M. (2000) Construcción de la subjetividad masculina. En M. Burin, & I. Meler (Eds.), *Varones: Género y subjetividad masculina* (1st ed., pp. 123- 148). Argentina: Paidós.
- Capriati, A. (2017) A cada uno lo que le toca. Vulnerabilidades y soportes en la condición juvenil. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy*, pp. 119-140. ISSN 1668-8104
- Carbajal, M. (2009) *El aborto en debate: aportes para una discusión pendiente*. 1º Ed. Buenos Aires: Paidós
- Carrigan, T., Connell, R. & Lee, J. (1985) Toward a new sociology of masculinity. *Theory and Society*, 14(5), 551-604.
- Carril Berro, E. y López Gómez, A (2012) "Significados de aborto y opiniones sobre derecho a decidir en varones uruguayos". *Estudios Sociológicos* Vol. XXX, issue 90 pp. 739-771.
- Castrillo, B. (2015) "Intervenciones médicas en los procesos de embarazo y parto: Reflexiones conceptuales y análisis de relatos de partos de la ciudad de La Plata. *XI Jornadas de Sociología*, 13 al 17 de julio de 2015, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
- Castrillo, B. (2016) Gobierno de embarazos y partos: las guías de procedimientos de los Ministerios de Salud nacional y provincial. *XII Jornadas Nacionales de Debate Interdisciplinario en Salud y Población*, 3, 4 y 5 de agosto de 2016, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. EN: [Actas]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, UBA.
- Castrillo, B. (2019) *Hacer partos y parir: Hacia una Sociología de la atención médica de embarazos y partos. Experiencias de mujeres-madres, varones-padres y profesionales de la salud de La Plata (2013-2019)*, tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Castro, R. (1996) "En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo". En: Szasz, I. y S. Lerner (comps.) *Para comprender la subjetividad*. México: El Colegio de México.
- CEPAL (2009), *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL
- Chaneton, J; Vacarezza, N. (2011) "Ellos, participantes". *La intemperie y lo intempestivo. Experiencias del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones*. Buenos Aires: Marea
- Charry, C. I. y J. L. Torres (2005) "Masculinidad, sexualidad y salud reproductiva en jóvenes de la Ciudad de México", en Montesinos, R. (coord.), *Masculinidades*

emergentes, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa, pp. 107-145.

Cháves, M. (2005) Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Revista última década* N° 23, CIDPA Valparaíso, pp. 9-32

Cháves, M. (2006) *Informe: Investigaciones sobre juventudes en argentina: estado del arte en ciencias sociales*. IDAES/DINAJU/Ministerio de Desarrollo Social.

Cháves, M. (2009) "Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006". En: *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín Año 2, N° 5*, Buenos Aires.

Cháves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Cháves, M. (2011) "Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia". En: Carpio, J. (comp.) *Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.

Cháves, M., Fuentes, S. y Vecino, L. (2017) Experiencias juveniles de desigualdad: fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos. Colección Las juventudes argentinas hoy: tendencias, perspectivas, debates. CLACSO, junio de 2017.

Checa, S. (comp.) (2003) *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Checa, S. (2006) (comp.) *Realidades y coyunturas del aborto: entre el derecho y la necesidad*, Editorial Paidós.

Checa, S. y Rosenberg, M. (1996) Abortos hospitalizados, un problema de salud pública, una cuestión de derechos reproductivos: estudio sobre abortos hospitalizados en la Ciudad de Buenos Aires

Choo, Hae Y. y Ferree, Myra M. (2010) "Practicing Intersectionality in Sociological Research: A Critical Analysis of Inclusions, Interactions and Institutions in the Study of Inequalities", *Sociological theory*, 28(2), 129-149.

Clarke, J., Hall, S., Jefferson, T. y B. Roberts (2010) "Subculturas, culturas y clase". En: Hall, S. y T. Jefferson (eds.) *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*. La Plata: Observatorio de Jóvenes, comunicación y medios.

Connell, R. W. (1987) *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Cambridge: Polity Press.

Connell, R. W. (1995) *Masculinities* (2nd ed.). Cambridge: Polity Press. Connell, R.W. & Messerschmidt, J. W. (2005) Hegemonic masculinity. *Rethinking the concept*. *Gender & Society*, 19(6), 829-859.

Connell, R. (2003) *Masculinidades*. México, Universidad Nacional Autónoma de México Programa Universitario de

Crenshaw, K., 1995. Mapping the Margins: Interseccionalidad, Identidad Política y violencia Againsts Women of Color. En: K. Crenshaw, et al. eds. *Critical Race Theory: The key writings that formed the movement*. New York: The New Press, 357-383.

Daly, M. y Lewis, J (2000) The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states, Medline Plus.

D'Argemir Cendra, Dolores Comas (2016) Hombres cuidadores: Barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas*, 15(3), pp. 10- 22.

Deave, T. & Johnson D. (2008) The transition to parenthood: what does it mean for fathers? *J. Adv. Nurs*, 63 (6) pp.626-33.

De Keijzer, B. (1997) "El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva", en Tuñón, E. (Coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, Ecosur/UAJT, pp. 49-70.

De Keijzer, B. (2000) *Paternidades y transición de género en: En Fuller. Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

De Keijzer, B. (2003) Hasta donde el cuerpo aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina

De Laurentis, T. (1989) *Tecnologías de género*, London, Macmillann Press pp. 1-30.

De León, G. (2017) Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social, Documento de trabajo N° 158, CIPPEC

Delphy, S (1980) *Por un feminismo materialista*, Barcelona, La Sal de las Dones.

Demetriou, D. Z. (2001) Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique. *Theory and Society*, 30(3), 337-361.

De Miguel Álvarez, A. (2018) "De "vasijas vacías" a "vientres de alquiler": la usurpación de la capacidad reproductora de las mujeres". En Busdygan, D. (Coord.) *Aborto. Aspectos normativos, jurídicos y discursivos*, 1° Edición. CABA, Biblos.

Denzin, N. (1970) *The Research Act*. Chicago: Aldine.

De Stéfano Barbero, M. (2017) Hacerse hombre en el aula: masculinidad, homofobia y acoso escolar. *Revista Cadernos Pagu* N° 50

Draper, J (2003) Men's passage to fatherhood: an analysis of the contemporary relevance of transition theory, *Nurs. Ing.* 10 (1) pp.66-77.

Elias, N. (2003) "*Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros*". En: *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 104/03. pp. 219-251.

Engels, F. (1975), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Ediciones Akal.

Engels, F. (1976) *La situación de la clase obrera en Inglaterra (Vol. 29)*. Madrid: Akal.

Erikson, E. (1974) [1968] *Identidad, Juventud y Crisis*, Buenos Aires: Editorial Paidós.

Esquivel V. (2011) *Atando Cabos, Deshaciendo Nudos. La economía del cuidado en América Latina. Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda*. PNUD

Escobar, J.C.; Chiodi, A., Vázquez, M. (2018) Masculinidades y Salud Integral. Repensando abordajes durante la adolescencia desde una perspectiva de género, *Revista Estudios de Políticas Públicas*, Santiago de Chile, pp. 99-109

Fabbri, L. (2013) “Poner el cuerpo: Reflexiones sobre la participación de los varones en la lucha por el derecho al aborto”, en Anzorena, C.; Zuriggen, R. *El aborto como derecho de las mujeres. Otra historia es posible*. Editorial Herramienta, Buenos Aires.

Fainsod, P. (2005) “Pobreza y trayectorias escolares de adolescentes madres y embarazadas. Una crítica a los enfoques deterministas”, en *Desigualdad educativa, la naturaleza como pretexto*, Llomovate, S. y Kaplan, C. (Coord.), Editorial Noveduc.

Fainsod, P. (2007) *Embarazo y maternidad adolescente en la escuela media*. Miño y Dávila editores.

Fainsod, P. (2008) “Embarazos y maternidades adolescentes. Desafíos de las escuelas”, en *Cuerpos y Sexualidades en la Escuela. De la “normalidad” a la disidencia*. Graciela Morgade y Graciela Alonso (compiladoras), Paidós - Buenos Aires

Fainsod, P. (2013) “Maternidad, paternidad y embarazo en la escuela”, publicado en suplemento especial “La educación en debate” del mensuario *Le Monde Diplomatique*, edición Cono Sur. N° 169.

Faúndez, A. (coord.) (2016) Evaluación de la Iniciativa Maternidades Seguras y Centradas en la Familia (MSCF) 2010-2014 Oficina de UNICEF Argentina.

Faur, E. (2014) *El cuidado infantil en el siglo XXI: mujeres malabaristas en una sociedad desigual*, Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Faur, E. (2017) *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento*”, Fundación OSDE, Siglo XXI editores.

Feixa, C. (1997) “Antropología de las edades”. En: J. Prat & A. Martínez (eds.) *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Editorial Ariel. Disponible en: www.cholonautas.edu.pe.

Feixa, C. (1990) *Púberes, efebos, mozos y muchachos: la juventud como construcción cultural*. VV.AA: Juventud y sociedad: del neolítico al neón. Zaragoza.

Feixa, C. (2003) “Del reloj de arena al reloj digital. Sobre las temporalidades juveniles”. En: *JOVENes Revista de estudios sobre juventud*, Año, 7, N° 19, México.

Felitti, K. (2011) *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

Figuroa Perea, J. G. (1998) “Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva”. *Cad. Saúde Pública* Vol. 14, suppl. 1 pp. 87-96.

Figuroa Perea, J.G. y O. Rojas (2000) “La presencia de los varones dentro de los procesos reproductivos”, en Beatriz Schmuckler (coordinadora) *Políticas públicas, equidad de género y democratización familiar*. Instituto Mora, México, pp. 42-56.

- Figuroa Perea, J. G. y Flores Garrido, N. (2012) Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género: La experiencia de algunos varones mexicanos. *La ventana* [online] vol.4, n.35, pp.7-57. ISSN 1405-9436.
- Filgueira, F. (2007) Cohesión, riesgo y arquitectura de protección social en América Latina, Serie Políticas Sociales 135, Santiago de Chile, CEPAL.
- Finn, M. & Henwood, K. (2009) Exploring masculinities within men's identificatory imaginings of first-time fatherhood, *British Journal of Social Psychology* Vol. 48, issue 3 pp. 547-562
- Foucault, M. (1987) *Historia de la sexualidad* (5ª ed.). Madrid: Siglo XXI de España.
- Findling, L. (2012) Maternidades, paternidades, trabajo y salud ¿transformaciones o retoques? Editorial Biblos
- Fournier, M. (2017) La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense ¿Una forma de subsidio de "abajo hacia arriba"?, *Revista Trabajo y Sociedad* N° 28, Verano 2017, Santiago del Estero ISSN 1514-6871
- Gamba, S. (2008) (coord.) *Diccionario de Estudios de Género y Feminismos*, Editorial Biblos, Segunda Edición
- Geertz, C. (1980) Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social. En: *American Scholar*, vol. 49, N° 2. pp. 165-179.
- Giddens, A. (1984) *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gogna, M. (2005) *Embarazo y maternidad en la adolescencia: estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*, 1º edición, CEDES, Buenos Aires.
- Gogna, M. (2008) Salud reproductiva y adolescencia: una mirada de género sobre los conflictos y dilemas de las y los profesionales en un contexto de transición
- González, M.G., Galletti, H.G., (2015) Intersecciones entre Violencia de Género, Pobreza y Acceso a la Justicia: El Caso de la Ciudad de La Plata. *Oñati Socio-legal Series* [online], 5 (2), 520-546.
- Gilligan, C. (1982) *In a different voice*, Harvard University Press.
- Guber, R. (2005) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guttman, M. (2006) "El género de la política popular en el México contemporáneo". En: Careaga, G. y Cruz Sierra, S. (Coords.) *Debates masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México, UNAM.
- Hall, S. (1904) *Adolescence, its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. Nueva York: Appleton
- Haraway, D. J., García Selgas, F. J., Arditti, J., Orr, J., Talens, M. & Instituto de la Mujer (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Hasicic, C. (2011) Repensar la maternidad adolescente en sectores populares: una expresión invisibilizada de la cuestión social, tesina de grado de Licenciatura en Sociología, Universidad Nacional de La Plata

Hasicic, C. (2012) "Paternidades adolescentes: hacia una conceptualización y sistematización en América Latina y Argentina", ponencia presentada en Jornadas de Sociología de la UNLP, diciembre de 2012

Hasicic, C. (2018a) "¿Jóvenes que cuidan? Un análisis de las prácticas de crianza y cuidado de padres jóvenes varones de un barrio popular del Gran La Plata", ponencia presentada en Vº Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos y IIIº Congreso Internacional de Identidades, Universidad Nacional de La Plata

Hasicic, C. (2018b) "Jóvenes y cuidado: un análisis sobre las prácticas de crianza y cuidado de padres varones de un barrio popular del Gran La Plata", Revista Polis N° 50, Universidad de Los Lagos, Chile. Pp. 91-109.

Hasicic, C. (2018c) "Paternidades juveniles: relatos y experiencias de jóvenes de un barrio popular del Gran La Plata", ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología de la UNLP.

Hearn, J. (2004) From Hegemonic Masculinity to the hegemony of men. *Feminist Theory*, 5(49), 49-72.

Henwood, K. & Procter, J. (2003) The good father: reading men's accounts of paternal involvement during the transition to first-time fatherhood, *British Journal of Social Psychology*, 42 (3) pp. 337-55

Herrera, F, Aguayo, F & Goldsmith Weil, J. (2018) Proveer, cuidar y criar: evidencias, discursos y experiencias sobre paternidad en América Latina. *Polis (Santiago) Vol.17 N° 50*.

Jelin, E. (1998) *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, E (2017) "Familia. Un modelo para desarmar". En: Faur, E. (2017) *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento*, Fundación OSDE, Siglo XXI editores.

Kaufmann, M. (1997) Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Valdés, T. y Olavarría, J. editores, *Masculinidad/es*. ISIS; FLACSO, Santiago.

Kessler, G. (2010) *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós

Kessler, G. (2014) *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2014*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Krause, M. (2016) La interseccionalidad entre clase y género: un acercamiento desde los relatos de vida, *Revista Laboratorio issn 1515-6370 / 2016 / N° 27, Año 16 pp.91-111*

Lamas, M. (2003) Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. En M. Lamas. *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (1a ed. 327- 366). México: PUEG.

- Laqueur, T. (1992) *Los hechos de la paternidad*. Traducción de Hortensia Moreno. Disponible en http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wpcontent/uploads/2016/03/articulos/006_08.pdf
- Levtov, R., Van der Gaag, N., Greene, M., Kaufman, M., and Barker, G. (2015) *State of the World's Fathers: A MenCare Advocacy Publication*. Washington, DC: Promundo, Rutgers, Save the Children, Sonke Gender Justice, and the MenEngage Alliance
- Lista, C. (2018) "Actitudes hacia el aborto: heteronomía vs autonomía morales". En: Ramón Michel, Agustina y Bergallo, Paola (Comps.). *La reproducción en cuestión. Investigaciones y argumentos jurídicos sobre aborto*. 1º Ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eudeba.
- Lonzi, C. (1971) *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*, Milán, Rivolta Femminile
- López, E. (2006) "La fecundidad adolescente en la Argentina: desigualdades y desafíos", en *UBA Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires* 39, pág. 24-31.
- López, E. y Pantelides, E. (compiladoras) (2007) *Aportes a la investigación social en salud sexual y reproductiva*. Buenos Aires, CENEP, CEDES, AEPA y UNFPA.
- López Roldán, P. (1996) "La construcción de tipologías: metodología de análisis", *Papers*, N°48, 9-29.
- Lupica, C. (2010) *Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina* Buenos Aires: OIT
- Madrid, S. (2017) The good night kiss: fatherhood among corporate managers and the reconfiguration of hegemonic masculinity in Chile, *NORMA*, 12:3-4, 240-255, DOI: [10.1080/18902138.2017.1362536](https://doi.org/10.1080/18902138.2017.1362536)
- Mallimaci, F. y V. Giménez Béliveau (2006) "Historias de vida y método biográfico". En: Vasilachis, I. (coord.) *Estrategias de Investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa, pp. 175-212.
- Mannheim, K. (1993) [1928] "El problema de las generaciones" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 62. Madrid: CIS. pp. 193-242.
- Margulis, M. (2008) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. y M. Urresti (1998) "La construcción social de la condición de juventud". En: Cubides, H., Laverde, M. C. y C. Valderrama (eds.) «*Viviendo a toda*» *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre/Universidad Central.
- Marradi, A., Archenti, N. y J. I. Piovani (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Martín Criado, E. (1998) *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.

- Mc Kinney, J. (1968) *Tipología constructiva y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Martuccelli, D. (2007a) *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada
- Martuccelli, D. y DE SINGLY, F. (2010). *Les Sociologies de l'Individu*. Paris: Armand Colin.
- Martuccelli, D. (2010) *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago de Chile: LOM.
- Mead, M. (1985) [1929] *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Planeta.
- Méndez Diz, A. M. (2001) *El riesgo en los jóvenes. Una alternativa de vida. Aportes a la comprensión de las conductas de riesgo en los jóvenes*, Buenos Aires
- Messerschmidt, J. W. (1999) Making bodies matter: Adolescent masculinities, the body, and varieties of violence. *Theoretical Criminology*, 3(2), 197-220.
- Millet, K. (1975) *Política Sexual*, Madrid, Aguilar.
- Minello Martini, N. (2002) Los estudios de masculinidad, *Estudios Sociológicos*, Vol. XX número 3 pp.715-732, El Colegio de México
- Nari, M. (2004) *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires 1890-1940*, Buenos Aires, Editorial Biblos
- Obach A, Sadler M, Aguayo F, Bernales M. (2018) Salud sexual y reproductiva de hombres jóvenes en Chile: resultados de un estudio cualitativo. *Revista Panamericana de Salud Pública*. <https://doi.org/10.26633/RPSP.2018.124>
- Olavarría J. y R. Parrini (1999) Los padres adolescentes, hombres adolescentes y jóvenes frente al embarazo y nacimiento de un/a hijo/a. Antecedentes para la formulación y diseño de políticas públicas en Chile UNICEF - FLACSO.
- Olavarrí, J. (2006) "Hombres e identidades de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina". En: Careaga, G. y Cruz Sierra, S. (Coords.) *Debates masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México, UNAM.
- Ortale, S. (2008) Los programas de salud sexual y reproductiva y la maternidad adolescente en el partido de La Plata. Discusiones a la luz de los derechos humanos y el enfoque de género, IX Congreso Argentino de Antropología Social, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones.
- Palomar Vereá, C. (2005) *Historia y Cultura*, Revista de Estudios de Género. La Ventana, num. 22 pp.35-67. Universidad de Guadalajara, México
- Pantelides, E. y López, E. (compiladoras) (2005) *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*. Buenos Aires, Barcelona, México, Paidós, Colección Tramas Sociales.
- Parrini, R. (1999) *Paternidad en la adolescencia: estrategias de análisis para escapar del sentido común ilustrado. Explorando la cuadratura del círculo*. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/1999/parrini.pdf>
- Parsons, T. (1942) "Age and sex in the social structure of United States". En: *American Sociological Review*. Vol. 7. pp. 604-616. (Versión castellano en: Pérez Islas, Valdez

González y Suárez Zozoya (coords.) (2008) *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: UNAM-CIIJ-Porrúa.

Pateman, C (1995) *El contrato sexual*, Anthropos UAM, México.

Pavicevic, Y. y Herrera, F. (2019) Involucrados dentro de lo posible: conciliación trabajo-paternidad de padres primerizos chilenos, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 36 pp. 97-113.

Pecheny, M. (2015) "Varones y aborto. Acompañarlas en lo que ellas decidan: aborto y participación de los varones" en López Gómez, A.; et al. *Investigación sobre aborto en América Latina y el Caribe*. CABA, CEDES

Pecheny, M, Andía, A.M., Brown, Josefina (2012) "¿A la cárcel o al sistema de salud? Las opiniones sobre despenalización y legalización del aborto en la Argentina", en *Problemas actuales de salud reproductiva, familia, género y sexualidad. La investigación social de la diversidad*, Rosa Geldstein y Marta Schufer (eds), Editorial Biblos

Perelman, M. (2007) *El cirujeo ¿rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones de la actividad en la Ciudad de Buenos Aires*. Schamber, Pablo y Suárez, Francisco, Comp. Recicloscopio. Miradas sobre recolectores urbanos de residuos en América Latina. Buenos Aires: UNLA/UNGS/Prometeo.

Perelman, M. (2008) De la vida en la quema al trabajo en las calles. El cirujeo ciudad de Buenos Aires. *Avá, Revista de Antropología* 12, (julio): 117-135.

Perelman, M. (2009) Haber sido y ser. De trabajadores y cirujas en la Ciudad de Buenos Aires (1977-2007). *Actas de la VIII Reunión de Antropología del Mercosur*. Buenos Aires: UNSAM.

Perelman, M. Boy, M. Brutto, N. (2010) La pobreza expuesta: el cirujeo en la ciudad de Buenos Aires (2002-2007). *Revista Universitas Humanística* no.69 enero-junio de 2010 pp. 83-100 Bogotá - Colombia ISSN 0120-4807

Petracci, M. (2011) "Opiniones y representaciones sociales de varones sobre aborto en Buenos Aires, Argentina". *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana* Vol. 8 pp. 10-35.

Petracci, M.; Pecheny, M. (2015) "Política, género, clase social y subjetividad en la interrupción del embarazo. Estudio cualitativo de trayectorias de mujeres y varones en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina" en AA.VV. *Universidad y sociedad. Desafíos de la investigación interdisciplinaria*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eudeba.

Piovani, J. I y otros (2006) "Producción y reproducción de sentidos en torno a lo cualitativo y lo cuantitativo en la sociología". En: Cohen, N. y J. I. Piovani (comps.) *La metodología de la investigación en debate*. Buenos Aires: Eudeba/ Edulp.

Piovani, J.I; Marradi, A.; Archenti, N. (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*, Emecé, Buenos Aires.

Provoste Fernández, P. (2012) *Protección social y redistribución del cuidado en América Latina y el Caribe: el ancho de las políticas*. División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Ramírez Rodríguez, J. C. (2005) *Madeiras entreveradas: Violencia, masculinidad y poder: Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Zapopan: Universidad de Guadalajara.

Ramos, S. (ed). 2015 *Investigación sobre aborto en América Latina y el Caribe: una agenda renovada para informar políticas públicas e incidencia*. 1ª ed. Buenos Aires: Cedes.

Razavi, S. (2007) *The political and social economy of care in a Development context. Conceptual issues, research questions and policy options*. Ginebra: UNRISD Gender and Development Paper N° 3.

Rich, A. (1980) *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*, Revista d'Estudis Feministes Número 10.

Roberti, E. (2018) *Políticas de inclusión socio-laboral para jóvenes: un análisis de las trayectorias de participantes de programas de empleo (Prog.R.Es. Ar y PJMMT) en el Conurbano Bonaerense (Tesis de posgrado)*. Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctora en Ciencias Sociales.

Rodríguez Enríquez, C. (2007) *Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional*. En: Girón, A. y Correa, E (comps.) *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*. CLACSO, Buenos Aires.

Rodríguez Enríquez, C. y Pautassi, L. (2014) "La Organización Social del Cuidado de Niños y Niñas. Elementos para la construcción de una agenda de cuidados en Argentina". Buenos Aires: Equipo Latinoamericano de Justicia y Género- ELA.

Rojas, O. L. (2000) *La paternidad y la vida familiar en la ciudad de México, un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos reproductivo y doméstico*. Tesis de doctorado en estudios de población. El Colegio de México, A. C., México.

Romero Almodóvar, M. (2017) *La sociología: ciencia clave para entender el desarrollo de la división sexual del trabajo. Principales discusiones en las teorías clásica y contemporánea*. Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, Cuba. Número 283, pp.179-192.

Sadler, M. (2004) "Así me nacieron a mi hija. Aportes antropológicos para el análisis de la atención biomédica del parto". En Sadler, Acuña y Obach, Nacer, Educar, Sanar; Miradas desde la Antropología del Género. Colección Género, Cultura y Sociedad, Cátedra UNESCO Género. Catalonia, Santiago de Chile, pp. 15-66.

Sadler, M. (2007) "Los hombres también se emocionan": hacia la construcción de masculinidades presentes. *Revista Gaceta Universitaria de Psiquiatría*, N° 3; pp. 437-449.

Sarkadi, A., Kristiansson, R., Oberklaid, F. and Bremberg, S. (2008) *Fathers' involvement and children's developmental outcomes: a systematic review of*

longitudinal studies. *Acta Pædiatrica* 97, 153–158. Retrieved from <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/18052995>

Schongut Grollmus, N. (2012) La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Revista Psicología, Conocimiento y Sociedad* Vol 2 pp. 27-65 ISSN 1688-7026

Scott, J. (2003) El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas. *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (1a ed. 265-302). México: PUEG.

Segato, R. (2013) “La nueva elocuencia del poder”. En Segato, Rita. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Editorial Tinta Limón.

Segura, R. (2011) “La trama relacional de la periferia de la ciudad de La Plata. La figuración ‘establecidos-outsiders’ revisitada”. En: *Publicar- En Antropología y Ciencias Sociales, Año IX, Nº X*.

Segura, R. (2015) *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*, UNSAM Edita.

Tajer, D., Reid, G., Fernández Romeral, J., y Saavedra, L. (2018) Barreras de género en la prevención y atención de la salud de los varones adolescentes: significados y prácticas de usuarios y de profesionales de la salud. *Anuario de Investigaciones*, 24.

Tronto, J. (1987) “Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado”. En: *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, University of Chicago.

Valdés, T. y Olavarría, J. (1998) Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo. En: *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) Flacso, Santiago, Chile, pp. 12-35.

Valles, M. (1997) “Variedad de paradigmas y perspectivas en la investigación cualitativa” (cap. 2) “Diseños y estrategias metodológicas en los estudios cualitativos” (cap. 3), “La investigación documental: técnicas de lectura y documentación” (cap. 4). En: *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Vasilachis de Gialdino, I. (2006) “La investigación cualitativa”. En: Vasilachis de Gialdino (coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa. pp. 23-64.

Ventimiglia, C. (2002) “Las madres dirigiendo, los padres sentados”, *Congreso Internacional “Los hombres ante el nuevo orden social”*, Vitoria-Gasteiz, Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer.

Viveros, M. (2008) Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En Ramírez, J & Uribe, G (Eds). *Masculinidades: El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (2a ed. 25-42). Madrid: Plaza y Valdés.

Volnovich, J. C. (2017) “Viejas y nuevas masculinidades”. En: Faur, E. (2017) *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento*, Fundación OSDE, Siglo XXI editores.

Wainerman, C. (1994) *Vivir en familia*, UNICEF, Losada.

Wainerman, C. (2007) "Conyugalidad y paternidad, ¿una revolución estancada?", en María Alicia Gutiérrez, *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*, Buenos Aires, CLACSO.

Wetherel, M. & Edgley, N. (1999) Negotiating hegemonic masculinity: Imaginary Positions and Psycho-Discursive Practices. *Feminism and Psychology*, 9(3), 335-356.

Williams, R. (1997) *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península

Documentos:

Aguayo, F., P. Correa y P. Cristi (2011) Encuesta IMAGES Chile: Resultados de la encuesta internacional de masculinidades y equidad de género. Santiago, Chile: CulturaSalud/EME.

Aguayo, F., Levto, R., Barker, G., Brown, V. y Barindelli, F. (2017) Estado de la paternidad: América Latina y el Caribe 2017. Nueva York: IPPF/ RHO, Washington, D.C., EUA: Promundo-US Amarante, V. y Rossel, C. (2014). Unpaid Household Work in Latin America: Unfolding Patterns and Determinants. 33rd IARIW General Conference. Rotterdam, Países Bajos: International Association for Research in Income and Wealth.

"Guía para la atención del parto normal en maternidades centradas en la familia". Dirección Nacional de Maternidad e Infancia del Ministerio de Salud de la Nación. 2012

"Guía de procedimientos para el control del embarazo y la atención del parto y puerperio de bajo riesgo". Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. 2012. Ley 2595 de Derechos de Padres e Hijos durante el Proceso de Nacimiento.

"Maternidad Segura y Centrada en la Familia (MSCF) con enfoque intercultural: conceptualización e implementación del modelo". Ministerio de Salud de la Nación, UNICEF, Maternidad Sardá y Fundación Neonatológica. 2011.

Maternidad y paternidad adolescente. El derecho a la educación secundaria. Estudio sobre una experiencia educativa de la provincia de Buenos Aires, UNICEF 2017 ISBN: 978-92-806-4876-8